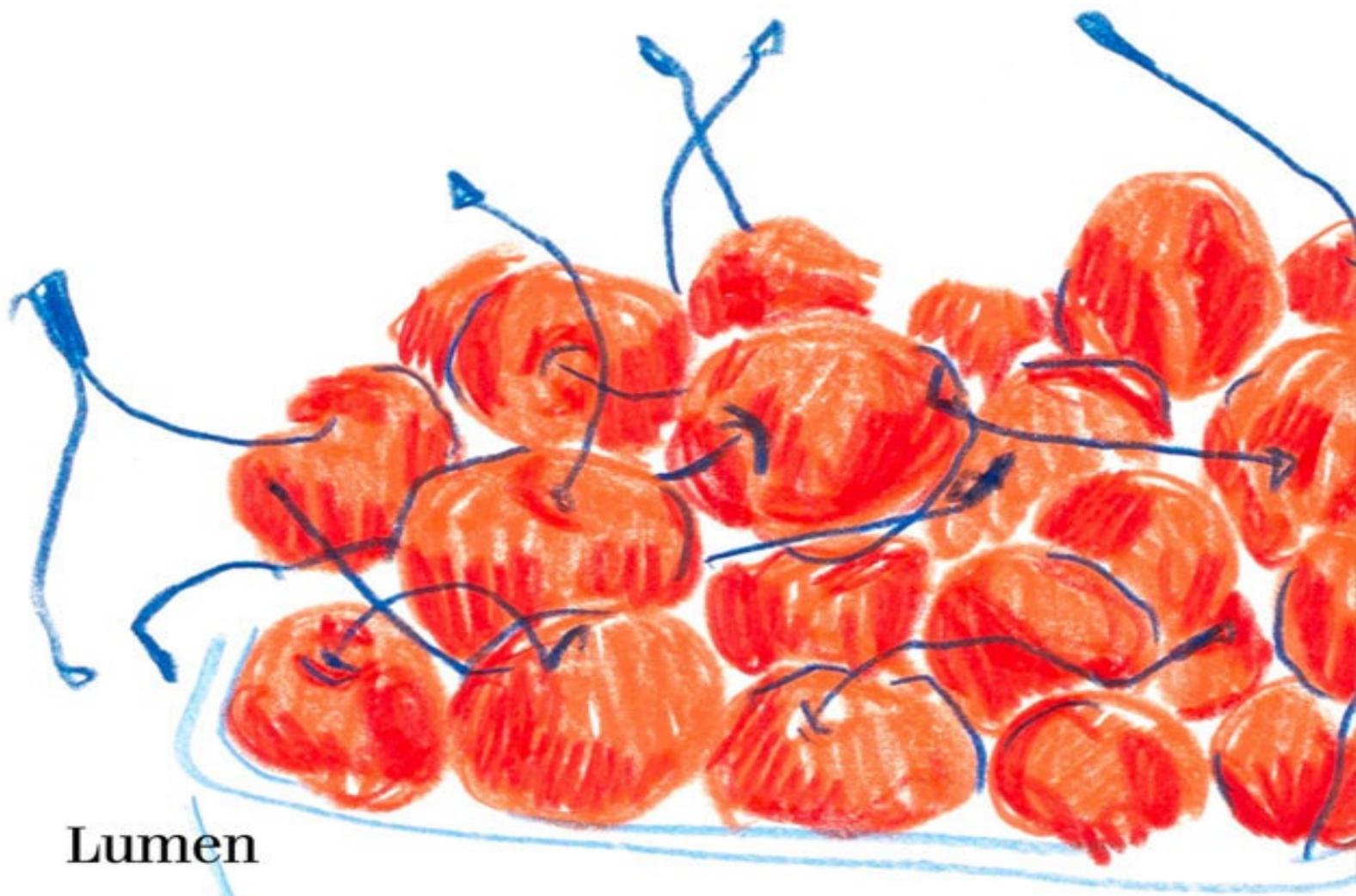


# Edna

Objeto de amor

# O'Brien



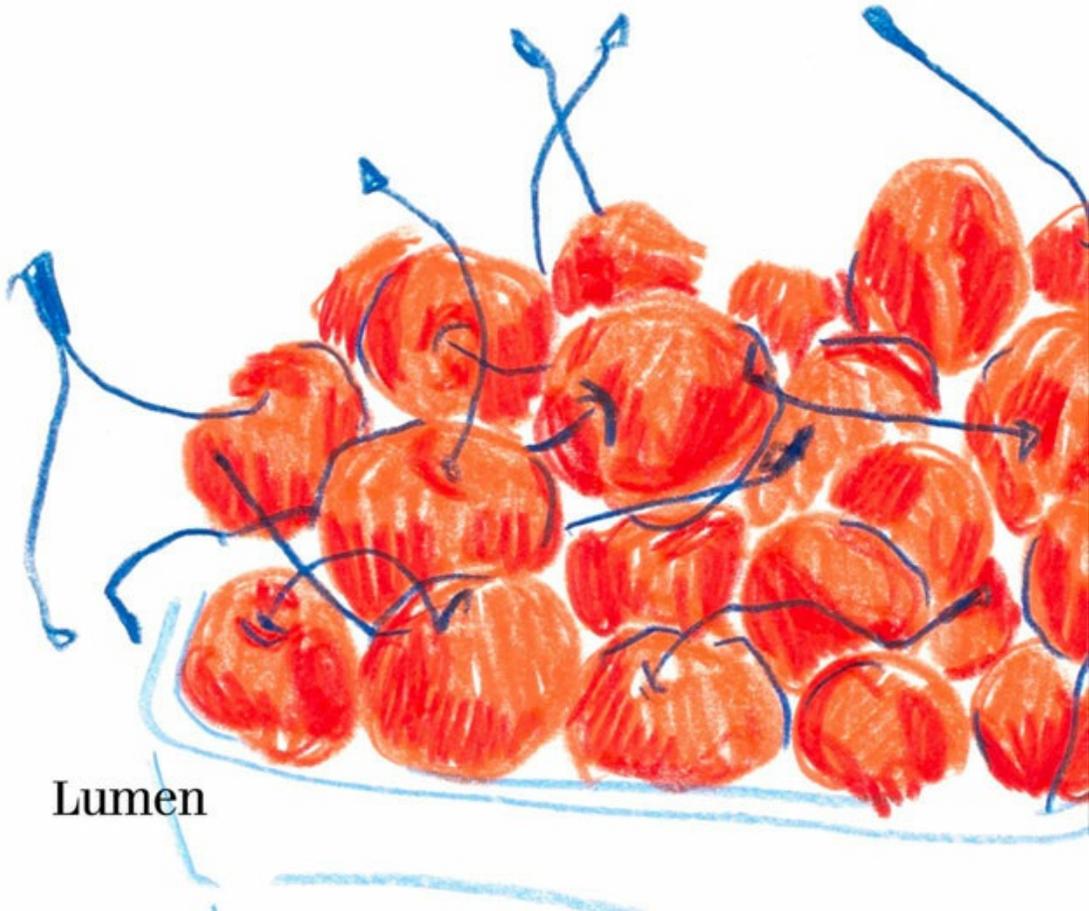
Lumen

---

# Edna

Objeto de amor

# O'Brien



# Objeto de amor

Edna O'Brien

Traducción de  
Regina López Muñoz

Lumen

---

*narrativa*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Philip Roth,  
por nuestra larga amistad*

## Jarana a la irlandesa

Mary confiaba en que el neumático delantero, podrido, no estallara. La cámara sufría ya un pequeño pinchazo, y había tenido que parar dos veces y usar una bomba, exasperante, porque no tenía válvula y había que encajarla sirviéndose de la esquina de un pañuelo. No recordaba haber hecho otra cosa en la vida que inflar neumáticos de bicicleta, acarrear turba, limpiar casas, hacer faenas de hombres. Su padre y sus dos hermanos trabajaban para los forestales, así que a su madre y a ella les correspondía todo el trabajo sucio: había que cuidar a tres criaturas, y aves de corral, y marranos, y batir mantequilla. Tenían una finca entre las montañas irlandesas, y la vida era dura.

Pero aquella tarde fría de primeros de noviembre, Mary era libre. Circuló por la carretera de montaña, entre los setos de espino pelados, pensando con deleite en la fiesta. Tenía diecisiete años, pero era su primera fiesta. La invitación le había llegado esa misma mañana a través de la señora Rodgers, del hotel Commercial. El cartero le dio el recado de que la señora Rodgers contaba con ella esa noche, sin falta. Al principio, su madre no quiso que fuera, había mucho trabajo que hacer, gachas que preparar y uno de los gemelos estaba con otitis y seguramente lloraría durante la noche. Mary dormía con los gemelos, que tenían un año, y a veces le daba miedo aplastarlos o asfixiarlos, de lo pequeña que era la cama. Rogó que la dejase ir.

—¿Para qué? —preguntó.

En opinión de la madre de Mary, todas las excursiones acarreaban inestabilidad, te daban a conocer algo que no podías tener. Pero al final se ablandó, sobre todo porque la señora Rodgers, propietaria del hotel Commercial, era una mujer importante y no convenía hacerle un feo.

—Puedes ir, siempre y cuando estés de vuelta para el ordeño de mañana por la mañana; pero ¡cuidadito con perder la cabeza! —le advirtió.

Mary pasaría la noche en el pueblo con la señora Rodgers. Se había trenzado el pelo, y luego, al cepillárselo, le cayó sobre los hombros en oscuras ondas. Obtuvo permiso para ponerse el vestido negro de encaje llegado de América años atrás, el que no era de nadie. Su madre la roció con agua bendita, la acompañó a lo alto del camino y le advirtió que no probase ni una gota de alcohol.

Mary se sentía feliz pedaleando despacio, sorteando los baches cubiertos de una fina capa de hielo. Aquel día la escarcha no se había derretido. El suelo estaba duro. De seguir así, tendrían que guardar el ganado en el establo y alimentarlo con heno.

La carretera giraba y serpenteaba y subía; Mary giraba y serpenteaba con ella, subía una pequeña loma y descendía en dirección a la siguiente. En la bajada de la Gran Colina se apeó de la bici —los frenos no eran muy de fiar— y volvió la cabeza, por costumbre, para mirar su casa. Era la única vivienda allá en la montaña, pequeña, enjalbegada, rodeada de unos pocos árboles y, por la parte de atrás, de un calvero que ellos llamaban huerto. Había un arriate con ruibarbos, y arbustos sobre los que echaban las hojas del té, y una extensión de hierba donde en verano instalaban un corral que cambiaban de sitio de un día para otro. Desvió la vista. Ahora era libre de pensar en John Roland. John había llegado al distrito dos años antes, en una motocicleta que corría a una velocidad de vértigo y cubría de polvo los paños para la leche tendidos en el seto a fin de que se secaran. Se había detenido para pedir indicaciones. Se alojaba en el hotel Commercial de la señora Rodgers y había subido para ver el lago, famoso por sus colores. Variaba de tono rápidamente; era azul y verde y negro, todo en menos de una hora. Al atardecer solía adoptar un extraño color burdeos y no parecía en absoluto un lago, sino vino.

«Por allá», le había dicho Mary al desconocido, señalando el lago, más abajo, con el islote en el centro. Había tomado un desvío equivocado.

Las colinas y los diminutos trigales descendían muy empinados hacia el agua. La miseria de las colinas era evidente desde todos los peñascos. Los trigales cambiaban de color, estaban a mediados de verano; las zanjas rebosaban de fucsias de un rojo sangre; la leche se agriaba cinco horas después de que la echaran en la cisterna. John comentó lo exótico que era todo. A ella, en cambio, las vistas no le despertaban ningún interés. Se limitó a levantar la vista hacia el cielo y vio un halcón cerniéndose en el aire, por encima de ellos. Era como una pausa en su vida, el halcón cernido sobre ellos, perfectamente inmóvil; y justo en aquel momento salió su madre para ver quién era el desconocido. Él se quitó el casco y dijo «Hola» con mucha educación. Se presentó como John Roland, pintor inglés, residente en Italia.

Mary no recordaba exactamente cómo había ocurrido, pero al cabo de un rato John entró con ellas en la cocina y se sentó a tomar el té.

Habían pasado dos largos años desde entonces; sin embargo, ella no había perdido la esperanza; tal vez esa noche... El cartero le había dicho que en el hotel Commercial la esperaba alguien muy especial. Estaba loca de contento. Hablaba con la bicicleta, y le parecía que su dicha resplandecía en el cielo frío y nacarado, en los campos escarchados que azuleaban al anochecer, en las ventanas de las casitas que iba dejando atrás. Su madre y su padre eran ricos y joviales; los gemelos no sufrían otitis; la chimenea de la cocina no hacía humo. A ratos se sonreía al imaginar

cómo se presentaría ante él, más alta y con pechos, y luciendo un vestido apto para cualquier ocasión. Se olvidó del neumático podrido, montó de nuevo y pedaleó.

Las cinco farolas estaban encendidas cuando llegó al pueblo. Aquel día se había celebrado una feria de ganado y la calle mayor se hallaba sembrada de boñigas. Los lugareños protegían las ventanas de sus casas con postigos de madera y arreglos provisionales hechos con tablones y toneles. Algunos estaban fuera limpiando su parte de la acera con un balde y un cepillo. Había vacas paseándose, mugiendo, como hacen las vacas en las calles que no conocen, y varios ganaderos borrachos armados con bastones que intentaban identificar a sus bestias en las esquinas sin iluminar.

Al otro lado del ventanal del hotel Commercial Mary oyó conversaciones a voces y cánticos masculinos. El cristal era opaco, de modo que no pudo identificar a nadie, solo distinguía las cabezas que se movían en el interior. Era un hotel destartado, a las paredes amarillas les hacía falta una mano de pintura; no las arreglaban desde que De Valera estuvo en el pueblo durante la campaña electoral, cinco años atrás. Aquella vez De Valera subió, se sentó en el salón, escribió su nombre con una pluma en el libro de visitas y le dio el pésame a la señora Rodgers por la reciente muerte de su esposo.

Mary pensó en dejar la bici apoyada en los barriles de cerveza que había bajo el ventanal y subir los tres peldaños de piedra que daban a la puerta del vestíbulo, pero de repente el cerrojo del bar chasqueó y ella echó a correr, aterrorizada, y se metió por el callejón lateral, temiendo que fuera algún conocido de su padre que dijera que la había visto entrando allí. Metió la bicicleta en un cobertizo y se acercó a la puerta de servicio. Aunque estaba abierta, llamó antes de entrar.

Dos vecinas del pueblo corrieron a abrir. Una era Doris O'Beirne, la hija del guarnicionero. Era famosa por ser la única Doris de todo el pueblo y también por tener un ojo azul y el otro castaño oscuro. Estaba estudiando taquigrafía y mecanografía en la escuela técnica local, y pretendía ser secretaria de algún miembro famoso del Gobierno, en Dublín.

—Madre mía, y yo que pensaba que sería alguien importante —soltó cuando vio a Mary allí plantada, ruborizada, cohibida y con una botella de nata en la mano.

¡Otra chica! Había chicas hasta debajo de las piedras por aquellos pagos. La gente decía que los nacimientos de mujeres estaban relacionados con el agua de cal. Chicas de piel rosácea y ojos en sintonía, y chicas como Mary, con el pelo largo y ondulado y un tipo espléndido.

—O entras o te quedas fuera —intervino Eithne Duggan, la otra muchacha.

Se suponía que era una broma, pero a ninguna de las dos les caía bien Mary. Odiaban a los tímidos montañeses.

Mary entró, con la nata que su madre le mandaba de regalo a la señora Rodgers. Dejó la

botella en el aparador y se quitó el abrigo. Las chicas se dieron codazos al ver el vestido. En la cocina olía a las boñigas de la calle y a las cebollas que se freían en una sartén sobre el fogón.

—¿Dónde está la señora Rodgers? —preguntó Mary.

—Sirviendo —dijo Doris con un tono descarado, como si fuera algo que hasta los tontos sabían.

Dos ancianos comían a la mesa.

—No puedo masticar, no tengo dientes —le dijo uno de los viejos a Doris—. Está más tieso que la suela de un zapato —protestó, tendiéndole el plato con el filete achicharrado. Tenía los ojos acuosos y parpadeaba como un niño. Mary se preguntó si sería verdad que los ojos clareaban con la edad, como las campánulas en los jarrones—. No irás a cobrarme por esto... —le decía el anciano a Doris.

Un filete y un té costaban cinco chelines en el Commercial.

—Ande, que le va bien masticar —terció Eithne Duggan, de guasa.

—Con las encías no puedo —repitió, y las chicas soltaron una risilla.

El anciano parecía complacido de hacerlas reír, y cerró la boca y mascó una o dos veces un trocito de pan fresco de la tienda. Eithne Duggan se reía tanto que tuvo que taparse la boca con un paño de cocina. Mary colgó el abrigo y pasó al bar.

La señora Rodgers salió de detrás de la barra un momento para hablar con ella.

—Mary, menos mal que has venido, esas dos de ahí no valen para nada, solo saben reírse. A ver, lo primero que hay que hacer es preparar el salón de arriba. Hay que sacarlo todo menos el piano. Habrá hasta baile.

Mary se dio cuenta enseguida de que la habían llamado para trabajar y se ruborizó por la sorpresa y la desilusión.

—Mételo todo en la habitación de atrás, todo todito —continuó la señora Rodgers mientras Mary pensaba en el vestido bueno de encaje que su madre no le dejaba ponerse ni siquiera para la misa dominical—. También hay que rellenar un ganso y meterlo en el horno —añadió, y prosiguió explicando que la fiesta se celebraba en honor del oficial de aduanas, que se retiraba porque su mujer había ganado un dinero en los caballos. Dos mil libras. La mujer vivía a cincuenta kilómetros, más allá de Limerick, y él se alojaba en el Commercial de lunes a viernes y pasaba los fines de semana en casa.

—Me está esperando alguien—dijo Mary, estremeciéndose por el placer de estar a punto de oír el nombre de él pronunciado por otra persona. Se preguntó en qué habitación se alojaría y si andaría por allí en aquel momento. En su imaginación ya había subido las desvencijadas escaleras, había llamado a su puerta y lo había oído moverse dentro.

—¿Esperándote a ti? —exclamó la señora Rodgers, que por un momento pareció

desconcertada—. Ah, el chaval ese de la cantera de pizarra ha preguntado por ti, dijo que te había visto un día en un baile. Es más raro que un perro verde.

—¿Qué chaval? —inquirió Mary. Sentía el corazón desbordante de alegría.

—Ay, ¿cómo se llamaba?... —dijo la señora Rodgers, y luego, a los hombres que la llamaban a gritos con los vasos vacíos—: Sí, sí, ya voy.

Arriba, Doris y Eithne ayudaron a Mary a trasladar los muebles más pesados. Arrastraron el aparador por el rellano, una de cuyas patas rasgó el linóleo. Mary estaba sin aliento, porque le había tocado el extremo que más pesaba, mientras las otras dos se ocupaban de un mismo lado. Tuvo la sensación de que lo hacían a propósito: comían caramelos sin ofrecerle a ella y las pilló haciendo mohines mientras escudriñaban su vestido. También le preocupaba el vestido, por si le pasaba algo. Si se enganchaba un encaje con una astilla, o con un tonel, ya podía ir preparándose para la que le caería a la mañana siguiente. Transportaron un mueblecito de bambú barnizado, una mesilla, bibelots varios y una bacinilla sin asa con unas hortensias marchitas dentro. Olían a rayos.

—«¿Cuánto cuesta ese perrito, el que mueve la colita?» —cantó Doris O'Beirne a un perro blanco de porcelana, y luego juró que los muebles de aquel tugurio no valían ni diez libras en total.

—¿Vas a dejarte los bigudíes hasta que empiece, Dot? —le preguntó Eithne Duggan a su amiga.

—¡Pues claro! —replicó Doris O'Beirne. Llevaba todo un surtido de bigudíes: bastoncillos blancos, horquillas de metal y rulos rosas de plástico. Eithne acababa de quitarse los suyos, y el pelo, rubio teñido, estaba tieso, tan crespo que asustaba. A Mary le recordó a una gallina en plena pelecha a punto de echar a volar. Era, Dios la bendiga, muy poquito agraciada, bizca, con los dientes torcidos y casi sin labios; como si la hubieran montado con prisas. Cuestión de suerte —. Toma —le dijo a Mary, pasándole varios montones de facturas amarillentas ensartadas en pinchos.

¡Haz esto! ¡Haz lo otro! Le daban órdenes como a una criada. Le quitó el polvo al piano, por arriba y los lados, y a las teclas amarillas y negras; luego, a los bordes y al revestimiento. El polvo, denso, se había asentado y transformado en una película sólida debido a la humedad del salón. ¡Una fiesta! Más le habría valido quedarse en casa; al menos la de los terneros, los marranos y demás bestias era suciedad conocida.

Doris y Eithne se lo pasaban pipa, pulsaban teclas del piano al azar y vagaban de un espejo a otro. En el salón había dos, y un lado de la pantalla plegable de la chimenea era también un espejo muy roñoso. En los otros dos lados había unos nenúfares pintados sobre tela negra, pero, al igual que el resto de elementos de la habitación, se caían a pedazos.

—¿Qué es eso? —se preguntaron a la vez Doris y Eithne al oír jaleo abajo.

Salieron disparadas a ver qué pasaba, y Mary las siguió. Desde la barandilla vio que un novillo se había colado en el interior y daba resbalones por el suelo embaldosado, intentando encontrar la salida.

—No lo pongas nervioso, ¡que no lo pongas nervioso, te digo! —le decía el anciano desdentado al chico que intentaba guiar al novillo negro.

Dos chicos más estaban apostando si el animal haría sus necesidades allí mismo cuando la señora Rodgers salió y un vaso de cerveza se le cayó de las manos. El novillo reculó por donde había venido, meneando la cabeza de lado a lado.

Eithne y Doris se morían de risa abrazadas, hasta que Doris se retiró para evitar que los chicos la insultaran al verla con los bigudíes. Mary había vuelto al salón, abatida. Pegó las sillas a la pared con desgana y barrió el suelo de linóleo donde los invitados bailarían más tarde.

—Está llorando, te lo digo yo —le decía Eithne Duggan a su amiga Doris. Se habían encerrado en el baño con una botella de sidra.

—Menudas pintas de tonta del culo, con el vestido ese —agregó Doris—. ¿Has visto lo largo que es?

—Es que es de su madre —informó Eithne. Antes, en un momento en que Doris había salido, había elogiado el vestido y le había preguntado a Mary dónde se lo había comprado.

—¿Y por qué llora? —preguntó Doris a voces.

—Creía que iba a ver a uno. ¿Te acuerdas de aquel chico que se alojó aquí hace dos veranos? El de la moto.

—Ese era judío —observó Doris—. Se sabía por la nariz. Dios mío, pues con ese vestido le habría puesto los pelos de punta, la habría tomado por un espantapájaros. —Se reventó una espinilla de la barbilla, apretó un bigudí que se había aflojado y añadió—: El pelo tampoco lo lleva al natural, se nota que lo tiene rizado.

—Cómo odio ese pelo negro, parece de gitana —declaró Eithne, bebiéndose el último trago de sidra. Escondieron la botella debajo de la bañera, recién limpiada.

—Tómame un mentolado, que te limpie el aliento —le aconsejó Doris mientras se miraba con reparos en el espejo del baño, preguntándose si ligaría con el tipo ese, O'Toole, el de la cantera de pizarra, que estaría en la fiesta.

En el salón, Mary sacaba brillo a las copas. Le corrían lágrimas por las mejillas, así que no encendió la luz. Se imaginaba cómo discurriría la fiesta: todos de pie se comerían el ganso, que ya estaba cocinándose en el fuego de turba. Los hombres se emborracharían, las chicas soltarían risitas. Una vez acabada la cena, bailarían y cantarían y contarían historias de fantasmas, y ella tendría que madrugar al día siguiente para estar en casa a la hora del ordeño. Se acercó a la negra ventana con una copa en la mano y miró las calles sucias, recordando la vez que bailó con John

por la carretera de la montaña sin música, solo al ritmo de sus corazones, que latían al son de la felicidad.

Aquella jornada de verano se había presentado en su casa para tomar el té, y a sugerencia de su padre se quedó con ellos cuatro días, para echar una mano con el heno y engrasar toda la maquinaria agrícola. Sabía mucho de máquinas. Reparó pomos caídos. Mary le hacía la cama por las mañanas y por las tardes le subía agua del barril de lluvia en un aguamanil, para que pudiera asearse. El día que le lavó la camisa de cuadros que llevaba se le despellejó la espalda desnuda al sol. Ella le aplicó leche. Era su última jornada con ellos. Después de cenar él se ofreció a dar una vuelta en la moto a los niños mayores. Ella fue la última; le pareció que él había querido hacerlo así, pero también pudo ser que sus hermanos insistieran más en ser los primeros. Nunca olvidaría aquel paseo. Ardía de la cabeza a los pies, de alegría y asombro. Él elogió su buen equilibrio, y en un par de ocasiones levantó la mano del manillar y la felicitó dándole una palmadita en las manos unidas. El sol poniente incendiaba las flores amarillas de la aulaga. Recorrieron kilómetros sin decirse una palabra; Mary sentía en el estómago el pellizco delicado y frenético de una chica enamorada, y por mucho que se alejaran siempre parecían moverse entre una bruma dorada. John vio el lago en su máximo esplendor. Se bajaron a la altura del puente que quedaba a diez kilómetros y se sentaron en el pretil de caliza, ablandado por el musgo y el liquen. Mary se quitó una garrapata del cuello y se tocó donde el bicho le había chupado un puntito de sangre; fue entonces cuando bailaron. Un sonido de alondras y agua en movimiento. El heno reposaba en los campos, verde y sin atropar, endulzando el aire con su perfume. Bailaron.

«Mi dulce Mary», le dijo, mirándola muy serio a los ojos. Los ojos de Mary eran de un tono castaño verdoso. Le confesó que no podía amarla, porque ya amaba a su mujer y a sus hijos, y luego añadió: «Eres demasiado joven, demasiado inocente».

Al día siguiente, cuando se marchaba, le preguntó si podía mandarle una cosa por correo; once días después, llegó un retrato de ella en blanco y negro, muy conseguido, salvo porque la chica del dibujo era más fea.

«Menudo regalito», comentó su madre, que esperaba una pulsera o un broche de oro. «Para qué querrás tú eso...»

Durante un tiempo lo tuvieron colgado con un clavo en la cocina, hasta que un día se cayó y alguien (seguramente su madre) lo usó para recoger la suciedad; desde entonces, cumplía aquella función. Mary habría preferido conservarlo, guardarlo en un baúl, pero le daba vergüenza. Eran gente adusta, que solo cuando alguien moría cedía a los sentimientos y al llanto.

«Mi dulce Mary», le había dicho. Él nunca le escribió. Pasaron dos veranos, las tritomas florecieron en dos ocasiones y el viento transportaba las semillas de cardo; los árboles del bosque medían un palmo más. Mary tenía el pálpito de que John volvería, y un miedo constante a que no apareciera.

—*Oh, it ain't gonna rain no more, no more, it ain't gonna rain no more. How in the hell can the old folks say it ain't gonna rain no more?*

Así cantaba Brogan, el homenajead, en el salón de arriba del hotel Commercial. Desabrochándose el chaleco marrón, se sentó y comentó lo magnífico que estaba siendo el convite. Habían subido una bandeja con el ganso, que ahora descansaba en el centro de la mesa de caoba rebosante del relleno de patatas. También había salchichas y copas brillantadas bocabajo, y platos y tenedores para todos.

«Una cena de tenedor» la había definido la señora Rodgers. Lo había leído en la prensa; eran el último grito entre los círculos más distinguidos de Dublín, esas cenas en las que se comía de pie con la única ayuda de un tenedor. Mary había subido cuchillos por si alguien se veía en un apuro.

—Es como tener América aquí mismo —comentó Hickey, echando turba al fuego humeante.

Abajo, la puerta del bar estaba atrancada y los postigos cerrados mientras en el piso de arriba los ocho invitados observaban a la señora Rodgers trincar el ganso y separar las partes con los dedos. Cada dos por tres se los limpiaba con un trapo.

—Toma, Mary, este para el señor Brogan, que por algo es el invitado de honor.

Al señor Brogan le tocó mucha pechuga y un buen pedazo de piel crujiente.

—Que no se te olviden las salchichas, Mary —añadió la señora Rodgers.

Mary debía ocuparse de todo: pasar los platos, servir el relleno, preguntar a cada uno si prefería plato de cartón o porcelana. La señora Rodgers había comprado platos de cartón, convencida de que eran de lo más sofisticados.

—Me comería a un niño chico —comentó Hickey.

A Mary le sorprendía que los pueblerinos fueran tan bastos y deslenguados. Cuando Hickey le retorció un dedo ella no se dignó sonreír. Habría preferido estar en su casa; sabía lo que estarían haciendo allá: los chicos estudiarían; su madre prepararía un pan integral, porque durante el día nunca le daba tiempo a cocerlo; su padre liaría cigarrillos y hablaría solo. John le había enseñado a liar cigarrillos, y desde entonces todas las noches se liaba cuatro que luego iba fumándose poco a poco. Era un buen hombre, su padre, aunque arisco. Al cabo de una hora rezarían el rosario y se meterían en la cama; el ritmo de sus vidas jamás se alteraba, el pan recién hecho siempre se había enfriado a la mañana siguiente.

—Las diez —señaló Doris, pendiente de las campanadas del reloj del rellano.

La fiesta empezó tarde porque los hombres habían tardado en volver del canódromo de Limerick. Por el camino, con las prisas por llegar, habían matado a un cerdo. El animal vagaba por la carretera y se toparon con él detrás de una curva; le dieron de lleno.

—Nunca en mi vida había oído chillar así —dijo Hickey, estirando la mano para coger un ala del ganso, el bocado más selecto.

—Nos lo tendríamos que haber traído —opinó O’Toole.

O’Toole trabajaba en la cantera de pizarra y no sabía nada de cerdos ni de ganadería; era alto, flaco y huesudo. Tenía los ojos verde claro y cara de galgo; el pelo era tan rubio que parecía teñido, aunque en realidad se lo clareaban las inclemencias. Nadie le había ofrecido comida.

—Bonita manera de tratar a un hombre, sí señor... —observó.

—Por el amor de Dios, Mary, ¿todavía no le has servido nada de comer al señor O’Toole? —dijo la señora Rodgers, dándole una palmada a Mary en la espalda para que espabilara.

Mary le sirvió una generosa ración en un plato, y él le dio las gracias y dijo que más tarde la sacaría a bailar. Le parecía mucho más guapa que las inútiles de las pueblerinas; era alta y delgada, como él; tenía un pelo largo y negro que algunos consideraban descuidado, pero él no; le gustaban las melenas largas y las chicas simplonas; quizá luego consiguiera convencerla para que se metieran en uno de los cuartos a hacer cositas. Si te fijabas, sus ojos eran muy curiosos, castaños y profundos, como un maldito hoyo en un cenagal.

—Pide un deseo —le dijo, levantando el hueso de la suerte del ganso.

Mary deseaba ir a América en avión, pero se lo pensó mejor y pidió ganar mucho dinero para comprarles a sus padres una casa junto a la carretera principal.

—¿Aquel de ahí es su hermano, el obispo? —le preguntó Eithne Duggan a la señora Rodgers, aunque sabía muy bien la respuesta, señalando al clérigo de cara flácida que había sobre la chimenea.

Sin darse cuenta, Mary había dibujado poco antes una jota en la capa de polvo del cristal del retrato, y ahora parecía que todos la miraran sabiendo quién la había hecho y por qué.

—Él es, mi pobre Charlie —dijo orgullosa la señora Rodgers, y a punto estaba de elaborar más la respuesta cuando Brogan de repente se puso a cantar.

—Dejad cantar al hombre, si no os importa —intervino O’Toole, haciendo callar a dos de las chicas, que bromeaban sentadas en el mismo sillón; los muelles asomaban por debajo y las muchachas decían que en cualquier momento se desfondaría.

Mary temblaba bajo el vestido de encaje. El aire era frío y húmedo, pese a que Hickey había encendido un buen fuego. Aquella chimenea no se había usado desde que De Valera firmara en el libro de visitas. Todo desprendía vapor.

O’Toole preguntó si a alguna de las damas le apetecía cantar. Había cinco damas en total: la señora Rodgers, Mary, Doris, Eithne y Crystal, la peluquera del pueblo, que acababa de echarse el tinte pelirrojo e insistía en que la comida era demasiado pesada para ella. El ganso estaba grasiento y poco hecho, no le gustaba el crudo color rosáceo que tenía. Ella era más de cosas refinadas, como daditos de fiambre de pechuga de pollo con pepinillos. Su verdadero nombre era Carmel, pero cuando abrió la peluquería se lo cambió por Crystal y se tiñó de rojo la melena castaña.

—Tú seguro que cantas bien —le dijo O'Toole a Mary.

—Pero ¡si donde esta vive casi ni saben hablar! —intervino Doris.

Mary sintió que la sangre se le subía a las mejillas cetrinas. No lo contaría, pero el nombre de su padre había aparecido una vez en los periódicos, porque había visto una marta en la plantación forestal; y en su casa comían con cuchillo y tenedor, y tenían un hule en la mesa de la cocina, y una lata con café por si recibían visitas. No contaría nada de eso. Se limitó a agachar la cabeza, dejando claro que no pensaba cantar.

En honor del obispo, O'Toole puso en el gramófono «Far Away in Australia». Se lo había pedido la señora Rodgers. El sonido salía con chirridos y chisporroteos, y Brogan dijo que él lo habría hecho mucho mejor.

—¡Dios santo, muchachas! ¡Que nos hemos olvidado de la sopa! —exclamó de repente la señora Rodgers, soltando el tenedor y yendo hacia la puerta. Había previsto empezar con una sopa.

—Yo la ayudo —se ofreció Doris O'Beirne, moviéndose por primera vez en toda la noche, y juntas bajaron para ir a buscar la olla de oscura sopa de menudillos que llevaba todo el día cocinándose a fuego lento.

—Bueno, pues son dos libras por cabeza —dijo O'Toole, aprovechando la ausencia de la señora Rodgers para sacar el delicado tema del dinero.

Los hombres habían acordado pagar dos libras cada uno, para costear las bebidas; las mujeres no tenían que pagar nada, pues las habían invitado para dar un ambiente más agradable y bonito y, naturalmente, para que echaran una mano.

O'Toole fue pasando con la gorra, y Brogan dijo que, como la fiesta era en su honor, tendría que poner cinco.

—Tendría que poner cinco, pero me imagino que no vais a dejarme—dijo Brogan, entregando dos billetes de una libra.

Hickey también pagó, igual que el propio O'Toole, y Long John Salmon, que no había abierto la boca hasta entonces. Cuando la señora Rodgers volvió, O'Toole le dio el dinero y le dijo que lo pusiera a buen recaudo.

—Muy amables, señores —dijo, escondiendo los billetes detrás del búho disecado de la repisa, bajo la atenta mirada del obispo.

Sirvió la sopa en cuencos y le pidió a Mary que los repartiera. En la superficie de cada cuenco la grasa flotaba como gotas de oro fundido.

—Hola, caracola... —dijo Hickey en el momento en que le entregó el suyo; luego le pidió un poco de pan, porque no estaba acostumbrado a la sopa sin pan—. Brogan, cuéntanos, ¿qué vas a hacer ahora que eres un ricachón?

—¡Eso, cuenta! —secundó Doris O'Beirne.

—Pues... —empezó Brogan, interrumpiéndose para pensar un instante—. Haremos reformas en casa.

Ninguno de ellos había estado nunca en casa de Brogan porque se encontraba en Adare, a cincuenta kilómetros, pasado Limerick. Ninguno de ellos había visto tampoco a su mujer, que al parecer vivía allá y criaba abejas.

—¿Reformas de qué tipo? —se interesó alguien.

—Vamos a cambiar todo el salón, y vamos a poner parterres —les explicó Brogan.

—¿Y qué más? —preguntó Crystal, pensando en toda la ropa bonita que podría comprarse con ese dinero; ropa y joyas.

—Pues... —repuso Brogan, cavilando de nuevo—. Puede que vayamos a Lourdes. Todavía no lo sé, dependerá.

—Yo daría los dos ojos por ir a Lourdes —declaró la señora Rodgers.

—¡Y los recuperaría nada más llegar! —terció Hickey, pero nadie le hizo ni caso.

O'Toole llenó hasta la mitad cuatro copitas de whisky y luego retrocedió un paso para examinar los vasos y asegurarse de que todos tuvieran la misma cantidad. A los hombres les generaba mucha ansiedad lo del reparto equitativo del alcohol. Entonces distribuyó las botellas de cerveza en grupitos de seis que fue asignando a cada varón. Las mujeres tomaban ginebra con naranja.

—Yo solo naranjada —pidió Mary, pero O'Toole le dijo que no fuera tan buenecita y, en cuanto ella se dio la vuelta, le echó un chorro de ginebra en el vaso.

Brindaron por Brogan.

—¡Por Lourdes! —dijo la señora Rodgers.

—¡Por Brogan! —dijo O'Toole.

—¡Por mí! —dijo Hickey.

—¡Chinchín! ¡Salud! —dijo Doris O'Beirne, que ya se bamboleaba debido a la sidra que se había pimplado.

—Bueno, lo de Lourdes todavía no está decidido —insistió Brogan—. Pero la obra del salón es segura y los parterres también lo son.

—Nosotros tenemos aquí un salón —dijo la señora Rodgers— que nunca pisa nadie.

—¡Vente al salón, Doris! —le dijo O'Toole a Mary, que estaba sirviendo la gelatina de la palangana grande de esmalte.

No tenían fuente de porcelana donde ponerla. Era una gelatina roja con claras a punto de nieve dentro, pero algo habían hecho mal, porque no había cuajado bien. Mary la sirvió en platillos mientras pensaba: «Vaya chapuza de fiesta». Ni siquiera habían vestido la mesa con un mantel en condiciones, sino con uno de plástico, y no había servilletas; y, para colmo, una palangana grande con la gelatina. Quizá la clientela de abajo la usara para lavarse.

—Bueno, que alguien cuente un chiste, ¿o qué pasa? —protestó Hickey, que estaba hartándose de tanta cháchara sobre salones y parterres.

—Yo os cuento uno —se animó Long John Salmon, rompiendo su silencio.

—Muy bien —aprobó Brogan, que alternaba sorbos del vaso de whisky y del de cerveza.

Era la única manera de disfrutar de una copa. Por eso, en las tabernas, cualquiera se sentía mucho más a gusto si se pagaba sus propias consumiciones, sin depender de la tacañería de nadie.

—Será un chiste con gracia, ¿no? —preguntó Hickey a Long John Salmon.

—Va sobre mi hermano —explicó Long John Salmon—. Mi hermano Patrick.

—Uy, de eso nada, ¿otra vez esa historia sin pies ni cabeza más vista que el tebeo? —dijeron Hickey y O'Toole al mismo tiempo.

—Pero dejadle que lo cuente —terció la señora Rodgers, que no conocía la anécdota.

Long John Salmon empezó:

—Yo tenía un hermano, Patrick, que se murió; no andaba muy bien del corazón.

—Por los clavos de Cristo, otra vez no... —masculló Brogan, recordando de qué historia se trataba.

Pero Long John Salmon prosiguió, impasible ante los vituperios de los otros tres hombres:

—Un día estaba yo en el establo, como un mes después de que lo enterrásemos, y lo vi atravesar la pared y caminar por el jardín.

—Uy, ¿qué harías tú si vieras algo así? —le preguntó Doris a Eithne.

—Dejad que lo cuente —dijo la señora Rodgers—. Sigue, Long John.

—Como decía, venía hacia mí, y yo pensé: «¿Y ahora qué hago?»; llovía a cántaros, así que le dije a mi hermano: «Anda, métete para dentro, que te vas a poner como una sopa».

—¿Y qué pasó? —preguntó una de las chicas, ansiosa.

—Que se esfumó —contestó John Long Salmon.

—Por el amor de Dios, vamos a poner algo de música —dijo Hickey, que había oído ya la historia nueve o diez veces.

No tenía principio, nudo ni desenlace. Pusieron un disco, y O'Toole sacó a Mary a bailar. Ejecutaba muchos pasos extravagantes y cabriolas, y de vez en cuando soltaba algún «Yupiii» desquiciado. Brogan y la señora Rodgers también bailaban, y Crystal dijo que se animaría si alguien la sacara.

—Venga, *knees up, Mother Brown* —le canturreó O'Toole a Mary mientras daba brincos por todo el salón, chocando contra las patas de las sillas.

Mary se sentía rara: la cabeza le daba vueltas y más vueltas, y en la boca del estómago notaba un cosquilleo que le hacía tener ganas de tumbarse y poner las piernas en alto. Una sensación nueva que la asustó.

—Ven a la salita, Doris —le dijo a Mary, llevándola con pasos de baile hasta el frío pasillo, donde la besó con torpeza.

Dentro, Crystal O'Meara se había echado a llorar. Era el efecto que le provocaba el alcohol; o lloraba, o hablaba con acento extranjero y decía: «¿A qué viene este acento extranjero?».

Esta vez lloraba.

—Hickey, no hay alegrías en esta vida —dijo, sentándose a la mesa y apoyando la cabeza entre los brazos; la blusa se le salía de la cinturilla de la falda.

—¿Qué alegrías ni qué niño muerto? —replicó Hickey, que había bebido ya cuanto tenía que beber y había sisado un billete de una libra de detrás del búho cuando nadie miraba.

Doris y Eithne se sentaron a ambos lados de Long John Salmon, preguntándole si podrían ir con él el año siguiente cuando las ciruelas estuvieran maduras. Long John Salmon vivía solo, en pleno campo, y tenía un huerto de frutales inmenso. Era un poco raro y muy callado; todos los días, en invierno y en verano, nadaba en el río que pasaba por detrás de su casa.

—Somos dos ancianos, ¡y estamos casados! —dijo Brogan, rodeando con un brazo a la señora Rodgers y animándola a que se sentara porque el baile lo había dejado sin aliento.

Dijo que conservaría recuerdos muy felices de todos ellos, y al sentarse la atrajo hacia su regazo. La señora Rodgers era una mujer grandota, con un pelo moreno y desgredado que en tiempos había sido color avellana.

—No hay alegrías en esta vida —sollozaba Crystal mientras el gramófono chasqueaba y Mary entraba corriendo desde el rellano, huyendo de O'Toole.

—Yo no me ando con chiquitas —dijo O'Toole, guiñando un ojo.

O'Toole fue el primero en ponerse peleón.

—Bueno, señora y señores, y ahora, un pequeño número cómico. ¿Preparados? —preguntó.

—¡Dispara! —respondió Hickey.

—Pues esto son tres amigos, Paddy el irlandés, Paddy el inglés y Paddy el escocés, que andaban con unas ganas de...

—¡Chist, nada de ordinarieces! —espetó la señora Rodgers antes de darle tiempo a articular palabrota alguna.

—Pero ¿qué ordinarieces? —preguntó O'Toole, muy ofendido—. ¡Ordinarieces...! —Y le pidió que explicara semejante acusación.

—¡Piensa en las niñas! —replicó la señora Rodgers.

—Niñas... —dijo con tono de mofa O'Toole, agarrando la botella de nata, que habían olvidado usar para acompañar la gelatina, y vertiéndola sobre los restos del ganso.

—Por el amor de Dios —intervino Hickey, arrebatándole la botella.

La señora Rodgers anunció que ya era hora de que se fueran todos a dormir, que la fiesta había

llegado a su fin.

Los invitados pasarían la noche en el Commercial. Era ya muy tarde para que volvieran a sus casas, y además la señora Rodgers no quería que los vieran salir dando tumbos de su casa a esas horas. La policía la vigilaba como aves de rapiña, y no quería problemas, al menos hasta pasada la Navidad. Habían decidido previamente cómo distribuirse; había tres habitaciones libres. Una de ellas era la de Brogan, en la que siempre se alojaba. Los otros tres hombres se juntarían en el segundo cuarto grande y las chicas compartirían el trasero con la propia señora Rodgers.

—¡Venga, a la cama todo el mundo! —exclamó la señora Rodgers al tiempo que colocaba una pantalla delante de los rescoldos y cogía el dinero de detrás del búho.

—Que os zurzan —dijo O'Toole, echando ahora cerveza sobre los restos del ganso.

Long John Salmon se arrepintió de haber ido. Pensó en la luz del alba y en su baño en el río de la montaña, detrás de su casa gris de piedra.

—Ablución —dijo en voz alta, deleitándose con la palabra y con la sensación del contacto con el agua fría.

Podía prescindir de la gente, la gente era una pérdida de tiempo. Se acordó de las candelillas en un árbol delante de su ventana, candelillas en febrero, más blancas que la nieve; ¿quién necesitaba a la gente?

—Crystal, espabila —dijo Hickey, poniéndole los zapatos y acariciándole las pantorrillas.

Brogan repartió besos a las cuatro chicas y las acompañó al dormitorio, al otro lado del rellano. Mary se alegraba de escabullirse sin que la viera O'Toole; había empezado a desmandarse y Hickey trataba de refrenarlo.

En el dormitorio se le escapó un suspiro: se había olvidado de que habían metido allí todos los muebles. Con desgana, empezaron a hacer hueco. El dormitorio estaba tan atestado de cosas que apenas podían moverse. De pronto Mary aguzó el oído y se asustó, porque O'Toole chillaba y cantaba en el rellano. Le había echado ginebra en la naranjada, ahora se daba cuenta, al echarse su propio aliento en la palma de la mano y olerlo. Había roto su promesa de confirmación, su juramento; le traería mala suerte.

La señora Rodgers llegó y les dijo que, como cinco en la misma cama estarían demasiado apretujadas, ella dormiría en el sofá.

—Dos en la cabecera y dos a los pies —organizó, al tiempo que les pedía que no rompieran ninguna figurilla y que no se quedaran toda la noche de cháchara.

—Hasta mañana, si Dios quiere —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

—Muy bonito meternos a todas aquí —dijo Doris O'Beirne—. A saber dónde se mete ella ahora...

—¿Me prestas unos bigudíes? —preguntó Crystal.

Para Crystal, la melena era lo más importante del mundo. Jamás se casaría, porque las mujeres

casadas no podían ponerse los bigudíes para dormir. Eithne Duggan declaró que estaba tan cansada que no se los pondría ni aunque le dieran cinco millones. Se tiró encima del edredón con los brazos en cruz. Era una chica escandalosa y sudaba mucho, pero a Mary le caía mejor que las otras dos.

—¡Ay, mis queridas amigaaaas! —dijo O’Toole, empujando la puerta.

Las chicas soltaron un grito y le pidieron que se marchara inmediatamente, que estaban a punto de acostarse.

—Vente conmigo al saloncito, Doris —le dijo a Mary, haciéndole un gesto con el índice.

Estaba borracho y no veía del todo bien, pero sabía que estaba ahí de pie en alguna parte.

—Vete a la cama, estás borracho perdido —le ordenó Doris O’Beirne, y por un momento O’Toole se irguió mucho y le dijo que se metiera en sus cosas.

—Acuéstate, Michael, que estás hecho polvo —le pidió Mary. Intentó aparentar tranquilidad porque él estaba muy alterado.

—Que te vengas conmigo al saloncito, te digo —repitió agarrándola por la muñeca y tirando de ella hacia la puerta.

Mary soltó un aullido. Eithne Duggan dijo que le abriría la cabeza como no dejara en paz a la chica.

—Trae esa maceta, Doris —pidió Eithne Duggan, y entonces Mary se echó a llorar presagiando una escenita. Detestaba las escenitas. Una vez oyó a su padre discutir con un vecino por unas lindes y se le había quedado grabado; los dos iban un poco bebidos, después de una feria.

—¿Tú estás chalada o es que te falta un tornillo? —exclamó O’Toole cuando se dio cuenta de que Mary lloraba.

—Te doy dos segundos —advirtió Eithne con el tiesto en alto, a punto de lanzarlo a la cara estupefacta de O’Toole.

—Sois una panda de urracas viejas e insensibles, ¡urracas! —exclamó—. Hasta un abrazo me negáis...

Y salió, maldiciéndolas a todas. Ellas corrieron a cerrar la puerta y la atrancaron con el aparador para que no pudiera entrar cuando estuvieran dormidas.

Se metieron en la cama en ropa interior; Mary y Eithne por un lado, con los pies de Crystal entre sus caras.

—Tienes un pelo muy bonito —le susurró Eithne a Mary.

Era el comentario más agradable que se le ocurrió. Recitaron cada una sus oraciones, se estrecharon la mano bajo las mantas y se dispusieron a dormir.

—Oye —dijo Doris O’Beirne unos segundos más tarde—, yo no he ido al baño.

—Pues ahora te aguantas —repuso Eithne—. El aparador está atrancando la puerta.

—Como no vaya, me muero —insistió Doris O’Beirne.

—Y yo también, después de tanta naranjada como hemos bebido —convino Crystal.

Mary no daba crédito a lo que oía. En su casa jamás se hablaba de esas cosas: una salía y se metía detrás del seto y punto. Una vez un peón la vio acuclillada y desde entonces ella no había vuelto a dirigirle la palabra ni el saludo.

—A lo mejor podríamos usar esa maceta vieja —sugirió Doris O’Beirne, y entonces Eithne Duggan se incorporó y dijo que si alguien lo hacía en una maceta ella no dormiría allí.

—Pero ¡algo tendremos que usar! —protestó Doris, que ya se había levantado y había encendido la luz. Alzó el tiesto contra la bombilla desnuda y distinguió lo que parecía una grieta.

—Pruébalo —dijo Crystal entre risitas.

Oyeron pasos en el rellano y a continuación una tos ahogada, y después a O’Toole maldiciendo, soltando palabrotas y dando puñetazos en la pared. Mary se acurrucó debajo de las mantas, agradecida por la compañía de las demás chicas. Dejaron de hablar.

«He estado en una fiesta. Ahora ya sé cómo son las fiestas», se dijo Mary, tratando de inducirse el sueño. Oyó un sonido como de agua que corría, pero no parecía que lloviera. Más tarde dio alguna cabezada, pero al alba oyó un portazo abajo y se incorporó sobresaltada. Tenía que llegar temprano a casa para ordeñar, así que se levantó, agarró los zapatos y el vestido de encaje, movió un poco el mueble y salió por el hueco.

En el suelo del rellano y en el baño había periódicos desperdigados, y un olor intenso. Abajo, el vestíbulo estaba inundado de cerveza procedente del bar. Seguramente O’Toole habría abierto los grifos de los cinco barriles; las losas de piedra del bar y el pasillo estaban anegadas de cerveza negra. La señora Rodgers iba a matar a alguien. Mary se puso los zapatos de tacón y avanzó con mucho cuidado hasta la puerta. Se fue sin prepararse siquiera una taza de té.

Sacó la bici del callejón y enfiló la calle. El neumático delantero estaba totalmente desinflado. Estuvo media hora hinchándolo, en vano.

La escarcha se había posado igual que un hechizo sobre la calle, las ventanas durmientes y los tejados de pizarra de las casas estrechas. Como por arte de magia había dejado blanca e impoluta la calle llena de estiércol. No estaba cansada, sino aliviada de haber salido de allí, y, aturdida por la falta de sueño, aspiró la belleza de la mañana. Caminó a paso ligero, volviendo a veces la cabeza para contemplar sus huellas y las de la bicicleta en la calzada blanca.

La señora Rodgers despertó a las ocho y salió a traspies de la cama caliente de Brogan, ataviada con su gran camión. Olió el desastre al instante, bajó a toda prisa y descubrió el charco de cerveza en el bar y el vestíbulo; luego corrió a llamar a los demás.

—¡Está todo inundado de cerveza! ¡Hasta la última gota que había en esta casa, por el suelo! ¡Virgen Santísima, ayúdame! Levantaos, levantaos. —Aporreó la puerta y llamó a las chicas por su nombre.

Las muchachas se frotaron los ojos somnolientos, bostezaron y se sentaron en la cama.

—Se ha ido —dijo Eithne, mirando la parte de la almohada donde había apoyado Mary la cabeza.

—Una campesina listilla —apostilló Doris mientras se ponía el vestido de tafetán y bajaba a ver la inundación—. Como tenga que limpiar eso con la ropa de los domingos, me da algo —añadió.

Pero la señora Rodgers ya había traído los cepillos y los cubos y se había puesto manos a la obra. Abrieron la puerta del bar y empezaron a achicar cerveza a la calle. Los perros acudieron a lamerla, y Hickey, que para entonces ya había bajado, se quedó plantado y dijo que desperdiciar toda esa bebida era una auténtica lástima. Fuera, el líquido fundió una parte de la escarcha y dejó al descubierto el estiércol de la feria de la víspera. O'Toole, el culpable, había huido durante la noche; Long John Salmon se había ido a nadar y Brogan seguía en la cama acurrucado cinco minutitos más, pensando en las alegrías que tanto echaría de menos cuando abandonara para siempre el Commercial.

—¿Y mi damisela con el vestido de encaje, dónde está? —preguntó Hickey, que recordaba a duras penas la cara de Mary pero conservaba una imagen nítida de las mangas de su vestido negro, que metía en los platos.

—Se ha largado antes de que nos despertáramos nosotras —informó Doris.

Todas estuvieron de acuerdo en que Mary era una completa inútil y que no tendrían que haberla invitado.

—Y encima fue ella la que volvió loco a O'Toole. Primero lo soliviantó y luego le dio calabazas —dijo Doris, y la señora Rodgers juró que O'Toole, o el padre de Mary, o quien fuera, pagaría muy cara la bebida derramada.

—Me imagino que ya estará en su casa —dijo Hickey, rebuscando una colilla en el bolsillo. Tenía un paquete nuevo, pero si lo sacaba se pondrían todos a fumar de gorra.

Mary estaba a un kilómetro de su casa, sentada en un terraplén.

«Si tuviera un novio, algo a lo que aferrarme...», pensaba mientras rompía una placa de hielo con el tacón y observaba las esquirlas que se formaban. Los pobres pájaros no podrían comer nada, con aquel suelo tan congelado. La escarcha lo cubría todo; envolvía las ramas desnudas y hacía que parecieran aguafuertes, almidonaba la hierba y emborronaba los contornos de un arado que había en medio de un campo; por encima de todo, confería al mundo una apariencia de santidad.

Volviendo a ponerse en camino, se preguntó si les contaría algo a su madre y a sus hermanos, y qué parte, y si todas las fiestas serían tan horribles. Estaba ya en lo alto de la colina, y veía su casa, como una cajita blanca en el fin del mundo, esperándola con los brazos abiertos.

## Las Connor

Conocerlas significaría acceder a un mundo elevado. Abrir la rígida verja de hierro verde, remontar el caminito sombreado y llamar a la puerta blanca era un viaje que yo ansiaba hacer. Solo les estaba permitido al jardinero, al cartero y a una señora de la limpieza que no revelaba ninguno de los secretos de la familia, limitándose a jactarse del valor incalculable de los óleos de las paredes y de la antigüedad del mobiliario. Tenían un jardín floral con fuentes, un estanque con nenúfares, huerto y árboles ornamentales que la gente llamaba «pinos de brazos». El señor Connor, el mayor, vivía allí con sus dos hijas. Su único hijo varón había muerto en un accidente de coche. Se decía que el accidente se produjo por culpa del padre, que siempre lo animaba a pisar el acelerador, dado que tenía el coche más caro de la localidad. Ni siquiera la tragedia los unió más a los lugareños, en parte porque eran gente reservada, pero también porque, al ser protestantes, los católicos no pudieron asistir a las exequias ni ir al cementerio donde poseían un panteón al que se accedía por una pequeña escalera, igual que si fuera una casa. Estaba tapizado de enredaderas. No guardaron luto, y al cabo de un mes dieron una fiesta a la que asistieron sus amigos.

Unos amigos del mayor eran dueños de una granja de sementales, y los invitaba dos o tres veces al año, junto con un cirujano de Dublín y su mujer. Las Connor no destacaban por su belleza, pero eran muy distinguidas y hablaban con un acento que hacía parecer plano y deslavazado el de los demás, como un estuario conocido o un charco en un campo. Tenían el pelo y los ojos oscuros, y la piel curtida. La señorita Amy llevaba el pelo en dos trenzas recogidas en la coronilla; la señorita Lucy tenía una melena más tupida que gobernaba con ayuda de pasadores marrones. Bastaba con que saludaran con la cabeza a un vecino o se parasen para admirar a un recién nacido en su cochecito para que se corriera la voz por toda la parroquia, y quienes nunca habían recibido un saludo sintieran una punzada de envidia por verse excluidos. A nosotros sí nos habían saludado, y con toda seguridad consolidaríamos nuestras relaciones, dado que los Connor habían contraído una especie de compromiso con nosotros. Mi padre les había dado permiso para que pasearan a sus perros por nuestros campos, de modo que casi todas las tardes veíamos a las dos chicas con los chubasqueros blancos y los bastones de color avena

llevando de la correa a aquellas bestias de pelaje beis tan poco manejables. Una vez pasada nuestra casa solían soltarlos, con lo cual nuestros perros pastores ladraban desahogados, pero sin salir de la empalizada, pues creo que estaban aterrorizados por los de raza pura, que eran beagles. Aunque llevaban casi un año paseando por allí, nunca se paraban a dar conversación a mi madre si se la cruzaban cuando volvía del gallinero con el cubo vacío, o lleno, si se dirigía hacia allí. Se limitaban a saludarla y pasaban de largo. Con mi padre, sin embargo, sí que hablaban, y lo llamaban Mick, pese a que se llamaba Joseph, y le gastaban bromas sobre sus cazadores, que jamás ganaban ninguna copa o medalla. A mi madre no le hacían ningún caso, y eso le sentaba muy mal. Estaba deseando invitarlas a entrar para que admirasen nuestra casa con todos sus bibelots, y admirasen los tupidos tapetes de lana que tejía en las noches de invierno y recogía cuando no esperábamos visitas.

—Voy a invitarlas a tomar el té este viernes —me dijo.

Planeamos proponérselo de improviso, convencidas de que si lo hacíamos con antelación serían más proclives a rehusar. De modo que hicimos bizcochos y hojaldres rellenos de salchichas y sándwiches de huevo duro con mayonesa, algunos con cebolla, otros sin. La gelatina de leche estaba a punto de nieve y parecía un cuenco de espuma con un dulce aroma a golosinas. Me puse a montar guardia en la ventana de la cocina y en cuanto las vi aparecer por la cancela llamé a mi madre:

—¡Ya vienen, ya vienen!

Mamá se atusó el pelo, se lo recogió hacia atrás con la peineta marrón de concha, salió y se apoyó en el travesaño más alto del portón, como si posara para una foto o estuviera contemplando las vistas. La oí decir: «Perdón, señorita Connor; o, mejor dicho, señoritas Connor» con ese acento exagerado que se le había pegado en América y que empleaba cada vez que venían desconocidos a casa o iba a la ciudad. Era como si se pusiera ropa o zapatos nuevos de otra talla. Vi a las Connor negar con la cabeza un par de veces y mucho antes de que mamá se metiera en casa comprendí que las Connor habían rechazado la invitación y que la mesa que habíamos preparado con tanta ceremonia había sido una auténtica ridiculez.

Mamá volvió canturreando por lo bajo, como fingiendo que no tenía mayor importancia. Las Connor habían seguido su camino y los perros, ya sueltos, perseguían por el bosque a las crías de nuestros pavos.

—¿Y ahora qué hacemos con esta comilona? —le pregunté a mamá en el momento en que ella se ponía el guardapolvo.

—Dárselo a los hombres, supongo —contestó con desgana.

Su abatimiento era tal que estaba dispuesta a regalarles los bizcochos glaseados y los exquisitos sándwiches a los jornaleros que estaban arando y que tenían un apetito voraz.

—No han venido —dije estúpidamente, curiosa por saber cómo habían formulado su negativa

las Connor.

—Nunca comen entre horas —comentó mamá, citando sus palabras textuales con tono sarcástico y ofendido.

—A lo mejor vienen más tarde.

—Son más raras que un perro verde —repuso, rasgando un paño de cocina muy ajado.

Cada vez que se ponía de mal humor se entregaba a las tareas domésticas. O descolgaba las cortinas, o se arrodillaba para limpiar el suelo y las patas y los travesaños de las sillas de madera.

—No se juntan con nadie salvo con el chiflado ese —añadió, casi para sí misma.

Las Connor eran muy reservadas y hacían casi todas las compras en la ciudad. Iban a la iglesia los domingos, a una congregación compuesta por cuatro almas protestantes en un templo de piedra, el más antiguo de nuestra feligresía. El musgo cubría la piedra y varias plantas crecían entre las grietas, de modo que en la distancia el muro lateral parecía verde tanto por la vegetación como por los siglos de lluvias. Su padre no las acompañaba todos los domingos, pero una vez al mes las chicas lo llevaban al panteón familiar, donde estaban enterrados su mujer y su hijo. Los vecinos que ansiaban entablar amistad corrían a darle el pésame, como si el mayor fuese el único que hubiera sufrido la pérdida. Él siempre se mostraba arisco y les preguntaba a sus hijas por el nombre de la persona que le hablaba en ese momento. Tenía fama de cascarrabias, pero la culpa era del reuma, contraído años atrás. No había manera de convencerlo para que acudiera a alguna de las fuentes milagrosas a las que iban los demás, a rezar y buscar una cura para sus achaques. Era un hombre corpulento con la cara muy colorada y siempre llevaba guantes grises. El párroco lo visitaba dos veces al mes y en la temporada de pesca con mosca le mandaba dos truchas frescas en la furgoneta del correo.

Aparte de eso, recibían en muy contadas ocasiones, salvo al chiflado que los visitaba todos los domingos. Era un capitán retirado del pueblo de al lado y tenía un bigote castaño con reflejos rojizos y los ojos muy grandes e inyectados en sangre. La gente decía que se acostaba con las Connor, de ahí le venía el apodo de Semental. A él se refería mi madre cuando aludía al «chiflado». Los domingos llegaba en su deportivo, justo a tiempo para el té de la tarde, que en verano tomaban al aire libre, en una mesa de forja. Nosotros, los niños, nos acercábamos a espiarlos entre los árboles, y aunque no los distinguíamos del todo bien oíamos sus voces, la risa de las chicas y los golpes de un mazo de cróquet cuando echaban una partida. Desde la carretera se accedía a la casa a través de un caminito sinuoso lleno de árboles de hoja perenne. Eran centenarios, pero también había otros más jóvenes que el mayor había plantado para conmemorar los momentos importantes de su vida: la Coronación, el nacimiento de sus hijos, la victoria inglesa en la última guerra. Para sus hijas había plantado membrillos. Nosotros nos preguntábamos qué eran los membrillos, pero nunca lo averiguamos. Clavado al cedro azul,

cerca de la cancela, un letrero rezaba CUIDADO CON LOS PERROS, y las tapias blancas enguijarradas que rodeaban sus hectáreas de jardín estaban coronadas con cristales rotos para que los niños no trepasen y robaran fruta.

Todo el mundo escudriñaba a las Connor cuando salían de su fortaleza los domingos por la tarde. Su escolta, el Semental, las acompañaba hasta el hotel Greyhound. La señorita Amy, la más joven, vestía con colores más vivos, pero ambas llevaban trajes de tweed y calzado plano con lengüetas decorativas que sobresalían por el empeine y ocultaban los cordones. La señorita Amy se decantaba por el rojo o el granate, mientras que la señorita Lucy prefería el marrón oscuro con papalina a juego, también marrón oscura. En el hotel disfrutaban en exclusiva del salón, y a veces, cuando estaban un poco ebrios, la señorita Lucy tocaba el piano mientras su hermana cantaba con el Semental una canción atrevida, un dueto en que el hombre le preguntaba a la damisela adónde iba y al final le pedía la mano en matrimonio. Ella, rechazándolo, le decía: «Contigo no me caso, no me caso, ni me casaré», y daba un par de zapatazos para poner énfasis, momento en que los hombres de la barra se echaban a reír y comentaban que la señorita Amy estaba «corcoveando». Sus vidas daban para muchas insinuaciones, porque el Semental dormía los domingos en su casa. Hickey, nuestro mozo, decía que se emborrachaban tanto que seguramente caerían todos juntos en la misma cama. Decía que al volver a la casa en noches de helada representaban la parábola del ciego guiando al ciego, culebreando por la calzada, y según él usaban un lenguaje impropio de señoritas. Le contaba estas cosas a mi madre a la mañana siguiente, y, como la habían desairado, ella lo escuchaba con deleite y hacía hincapié en el hecho de que no eran de noble cuna. Naturalmente, tenía una pésima opinión del Semental y se negaba a llamarlo por su nombre de pila. Para ella era «el chiflado ese».

El Semental fue el único acompañante de las Connor hasta que el destino mandó a otro hombre encarnado en un empleado temporal del banco. Supusimos que sería protestante porque el primer domingo no participó en la misa. Era elegantísimo. Tenía el pelo castaño, y también lucía bigote, pero más denso que el del Semental y de un color pardo, oscuro y delicado. Casi siempre llevaba una chaqueta de tweed con bombachos cortos a juego. Tenía una motocicleta y cada vez que la conducía se ponía unas gafas. En apenas dos semanas ya paseaba con la señorita Amy y la llevaba al hotel Greyhound. Esta empezó a prestar más atención a su atuendo, estrenó dos faldas plisadas y varios jerséis ajustados que resaltaban su busto. Pese a que eran largos y desaliñados poseían unas líneas muy puras y resultaban de lo más favorecedores. Antes llevaba el pelo recogido en una trenza alrededor de la cabeza, muy formal, pero ahora se lo dejaba suelto, formando espesos bucles sobre los hombros, y se atenuaba el color de las mejillas con polvos

claros. Nadie la consideraba guapa, pero sí que lo parecía cada vez que se acercaba en bici al pueblo a comprar la prensa matutina, tarareando al descender la colina sin pedalear.

El empleado del banco y ella estaban enamorados. Hickey los vio besándose en el porche del Greyhound cuando la señorita Lucy entró de nuevo para comprar un paquete de cigarrillos. Más tarde se besaban sin tapujos cuando paseaban por el camino de sirga, y la gente murmuraba que la señorita Amy le mordisqueaba los pelos del suntuoso bigote. Una noche se quitó una sandalia en el hotel y metió el pie descalzo en el bolsillo de la americana de él, y ambos rieron de la ocurrencia. Su hermana y el Semental solían participar en las veladas, pero la señorita Amy y el empleado del banco se montaban en la moto y enfilaban la carretera del Shannon, para pasar un buen rato. Se decía que nadaban desnudos, pero nadie pudo probarlo, y era posible que solo se mojaran los pies.

Resultó que alguien trajo malas noticias sobre el empleado del banco. Un viajante de comercio que se movía por otras comarcas dijo saber de buena tinta que el hombre era un católico no practicante y que tiempo atrás había echado por tierra su reputación en un pueblo de la costa. La gente se preguntaba por la naturaleza de la falta y la mayoría concluyó que tendría que ver con una chica o una mujer. De un día para otro, la feligresía se puso en su contra. La tarde siguiente, cuando salió de trabajar, descubrió que le habían pinchado y rajado las dos ruedas de la bicicleta, y en el sillín encontró una carta anónima que decía: «Como no vayas a misa, te matamos». Vencieron los perseguidores. Al domingo siguiente asistió a la iglesia y se arrodilló en el último banco, sin rosario ni misal, rezando solo con ayuda de sus manos.

Sin embargo, aquello no malogró el romance. Quienes habían vaticinado que la señorita Amy lo abandonaría por ser católico se equivocaron. Casi todas las noches circulaban por la carretera del Shannon, una pareja llena de alegría, ella con el pelo y el pañuelo al viento, y los dos partiéndose de risa cada vez que espantaban a un perro o a las gallinas que invadían el arcén. Mucho más tarde él la acompañaba a su casa, y las luces del salón permanecían encendidas hasta la madrugada. A un vecino (el enterrador, concretamente) se le ocurrió usar un catalejo para ver lo que ocurría en aquel salón, pero en cuanto franqueó la cancela para el reconocimiento los perros salieron enfurecidos por el caminillo y tuvo que poner pies en polvorosa.

«Sabe Dios si la cosa irá en serio.» Así fue como mi madre reconoció por fin estar enterada del noviazgo. Le resultaba inconcebible, decía que católicos y protestantes no podían mezclarse. Recordó las quejas que ella misma había suscitado durante largos años de su juventud por haber sido invitada, junto con sus compañeras de colegio, a una fiesta en el jardín de la gran casa, donde las pusieron en ridículo obligándolas a hacer saltos de longitud y carreras de sacos y después les dieron limonada aguada con moscas dentro. Aquel día se convenció firmemente de la incompatibilidad de católicos y protestantes. Esa misma noche, la señorita Amy lució un anillo de compromiso en el Greyhound y a la mañana siguiente el periódico anunció la noticia. El

anillo tenía forma de estrella con unas piedras azules diminutas que titilaban y temblaban bajo la lámpara de techo. La gente se quedó sin respiración cuando se supo que estaba asegurado por mil libras.

—Habría que hacerle algún regalo a la señorita Amy —dijo mi madre a regañadientes aquella noche.

No se le había olvidado el desaire, ni que apenas le daban las gracias por los filetes de cerdo que les regalaba cada vez que hacíamos matanza.

—Pues sí, y uno bueno, además —convino mi padre.

Así pues, poco después fueron a Limerick y compraron un cuchillo y un tenedor de trinchar en un estuche forrado de terciopelo. Se lo entregamos a la señorita Amy la siguiente vez que pasó por delante de nuestra casa con los perros.

—Pero qué amables, muchísimas gracias —dijo, dirigiéndonos una sonrisa a cada uno de nosotros, y luego le comentó a mi padre con fingida modestia que, dado que pronto se casaría, tendrían que salir juntos una noche.

Naturalmente no hablaba en serio, pero nos echamos todos a reír y mi madre chasqueó la lengua para manifestar su desaprobación. Tenía la piel suave y sus ojos castaños reflejaban el color naranja de la bufanda, que le confería un fulgor cálido y teatral. Y se mostraba muy afable. El día era húmedo, con jirones de niebla en las montañas, y mientras hablábamos los árboles rezumaban silencio. La señorita Amy abrió las manos para coger las gotas del nogal y anunció a los cielos que era «una chica con suerte». Mi madre le preguntó por el ajuar y descubrió que tenía cuatro pares de zapatos de salón, dos abrigos de piel de camello, un traje de viaje azul cobalto y un vestido de novia con velo de un tono entre el melocotón y el champán. En aquel momento la adoré, quise conocerla más, y deseé con todas mis fuerzas atravesar los campos con ella y ser su confidente, pero yo tenía diez años y ella treinta o treinta y cinco.

Hubo muchas especulaciones acerca de la boda. Ningún vecino del pueblo había recibido una invitación, lo que era de esperar. Algunos decían que tendría lugar en una oficina del registro en Dublín, pero otros contaban que el empleado del banco le había asegurado al párroco que se casaría en un templo católico y había prometido una enorme suma a cambio de obtener el certificado de soltería. Incluso se decía que la señorita Amy iba a recibir instrucción para convertirse, pero eso no eran más que ilusiones. El día en que el empleado del banco se marchó de improviso la gente se quedó boquiabierta. Salió del banco a la hora de comer, tras una conversación a solas con el encargado. La señorita Amy lo llevó en coche hasta el apeadero que había a quince kilómetros, y se besaron varias veces antes de que él se subiera al tren ya en marcha. Según la versión oficial, él se había adelantado para ocuparse de los preparativos y las Connor y su padre lo seguirían poco después. Pero el cartero, que era protestante, decía que el mayor no iba a moverse ni un centímetro para ver a su hija casarse con un papista.

Durante toda la semana vigilamos exhaustivamente la casa y la cancela, pero no vimos salir a la señorita Amy. Nadie sabía cuándo se había ido, ni qué llevaba puesto ni en qué estado de ánimo. Lo único que sabíamos era que de pronto la señorita Lucy salía a pasear con el Semental y que de su hermana no había rastro.

—¿Dónde está la novia esta noche? —quiso saber la señora O’Shea, la dueña del hotel.

La respuesta de la señorita Lucy fue taxativa y arrogante:

—Mi hermana se ha ido, para cambiar de aires.

La voz gélida dejó a todo el mundo cortado, y la señora O’Shea emitió una especie de jadeo indecoroso que parecía presagiar la catástrofe.

—¿Desea saber algo más, señora O’Shea? —preguntó la señorita Lucy, y a continuación giró sobre sus talones y se marchó con el Semental.

Nunca más fueron a beber al hotel Greyhound; se trasladaron a una taberna de la misma calle, a la que varios parroquianos los siguieron poco después.

Las conjeturas y la curiosidad acerca del misterio de la señorita Amy estaban enloqueciendo a los vecinos. Todo el mundo pensaba que los demás sabían algo. Al cartero le preguntaban pero él se limitaba a asentir y decir: «El tiempo lo dirá», pese a que era evidente que estaba encantado con el curso de los acontecimientos. El cura, interpelado en secreto por mi madre, dijo que lo mejor que podía hacer un buen cristiano era arrodillarse y rezar por la señorita Amy. Muchas de las mujeres emplearon la expresión «amantes desventurados», y durante un tiempo incluso se insinuó que la señorita Amy había perdido la cabeza y estaba en un manicomio. El suspense tocó a su fin cuando todos los regalos de boda fueron devueltos, acompañados de una nota crítica aunque muy correcta de la señorita Lucy. Mi madre llevó el nuestro a la tienda y lo cambió por unas bandejas. El motivo que se adujo fue que se había producido un conflicto de intereses familiares. La señorita Lucy apenas se dejaba ver por el pueblo. La salud del mayor había empeorado y ella se dedicaba a cuidarlo. Todos los días a las nueve menos cinco una enfermera de noche remontaba en bicicleta el caminillo de la casa, que empezó a parecer abandonada sin tantas idas y venidas. Las noches de verano yo solía pasar por la carretera y me quedaba mirándola, admirando las celosías verdes, el comedero para pájaros clavado al árbol, las flores y los arbustos altos e imponentes, que por falta de cuidados habían crecido desmesuradamente. Cómo me habría gustado abrir la cancela, acceder a la casa, que me recibieran, y descubrir la clave del paradero y el secreto de la señorita Amy.

Y al final visitamos la casa al invierno siguiente, cuando el mayor murió. El mobiliario era mucho más sencillo de lo que había imaginado, y las amplias fundas de lino de los sillones estaban un tanto ajadas. Estaba contemplando los retratos de unos antepasados melancólicos, abotargados y siniestros, cuando de pronto se produjo un silencio y apareció en el salón la

señorita Amy, ataviada con un abrigo de pieles y muy cambiada. Parecía mayor y se le habían endurecido los rasgos.

«¡Señorita Amy! ¡Señorita Amy!», exclamaron varios, y ella, estremeciéndose, se giró para pedir al conductor que por favor le subiera el baúl al descansillo del primer piso. Había engordado mucho y ya no llevaba el anillo de compromiso. Cuando recibió el pésame se le empañaron los ojos y se retiró enseguida al piso de arriba para velar los restos mortales de su padre.

Todo el mundo se percató muy pronto de que la señorita Amy se había dado a la bebida. Cuando depositaron el ataúd en el panteón intentó hablar con su padre, una gran insensatez. No solo bebía por las noches en el bar, sino también durante el día, y se sacaba una botellita en miniatura del bolso cada vez que esperaba su turno en la carnicería para comprar chuletas y una cabeza de cordero para los perros. Bebía con mi padre cuando él empinaba el codo. En realidad bebía con cualquiera que se sentara a su lado, y había perdido toda altanería. A veces hacía alusión a su compromiso como «mi devaneo». Poco después la detuvieron en Limerick por conducir bajo los efectos del alcohol, pero se fue de rositas porque el superintendente había sido íntimo amigo de su padre. Se volvió un peligro al volante. La gente no dejaba que sus hijos jugasen en la calle por miedo a que la señorita Amy los atropellara con su Peugeot. Nadie había olvidado que el hermano se había matado en un accidente de coche, y hasta su hermana empezó a confiarse a mi madre: le contaba sus preocupaciones con nerviosos susurros, recalcando las palabras más comprometedoras.

—Debe de ser el mal de amores —le dijo un día mi madre.

—Por supuesto, ahora que papá ya no está, no hay nadie que se oponga a la boda.

—¿Y por qué no se casan, entonces? —preguntó mi madre, abandonando de golpe y porrazo todos los prejuicios.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —repuso la señorita Lucy, añadiendo que la señorita Amy no podía quitarse al empleado del banco de la cabeza, que se sentaba a la mesa del desayuno y miraba las fotografías que se habían hecho el día del compromiso, y que siempre buscaba una excusa para pronunciar su nombre.

Una noche el cura nuevo descubrió a la señorita Amy borracha en un seto, debajo de su bicicleta. Por aquel entonces ya le habían retirado el permiso de conducir durante un año. El hombre la levantó, la llevó a su casa en el coche y al día siguiente fue a verla porque había encontrado un broche en el seto de fucsias. Además, mandó su bicicleta a reparar. El gesto obró maravillas. Lo invitaron a tomar el té, y volvieron a invitarlo al domingo siguiente. Debido a su influencia o quizá a sus oraciones secretas, la señorita Amy empezó a beber menos. Para sorpresa general, el cura se presentaba en la casa casi todos los domingos por la noche y jugaba al bridge con las señoritas y el Semental. En muy poco tiempo la señorita Amy se volvió resuelta

y diligente. El descuidado jardín recuperó su aspecto vistoso y pulcro, y ella misma fue a la ferretería a comprar bombillas, cuando antes mandaba a un recadero. Todo el mundo se dio cuenta de lo educada que se había vuelto. Mi madre y ella intercambiaron las recetas de la gelatina de manzana y la crema de limón, y antes de que me marchara al internado la señorita Amy me regaló las fábulas de Esopo en una edición muy bien encuadernada. La letra era tan pequeña que no acertaba a leerla, pero lo que contaba era la intención. Me lo dio cuando estábamos en el campo, y luego me preguntó si me apetecía acompañarla a recoger flores. Fuimos a la ciénaga a por lirios amarillos. Aquel día hacía bochorno, el aire estaba plagado de mosquitos diminutos que volaban en enjambres sobre las aguas turbias. Apretando un ramito contra su pecho dijo que se los enviaría por correo a alguien, a alguien especial.

—¿Y no se marchitarán por el camino? —pregunté, aunque lo que yo quería saber en realidad era a quién se los enviaría.

—Si los preparo con musgo húmedo, no —replicó, y me pareció que la sola idea de mandar aquel regalo la colmaba de felicidad, pese a que no reveló el destinatario.

Me preguntó si ya sabía lo que era estar enamorada, o si tenía un «noviete». Contesté que me había gustado un actor de una compañía ambulante y que conseguí que me firmase un autógrafo.

—Sueños —dijo—, sueños... —Y usando las flores como matamoscas espantó a unos mosquitos.

En septiembre entré en el internado, empecé a relacionarme con monjas y con varias niñas, y con el tiempo los vecinos del pueblo, incluso las Connor, desaparecieron casi de mi memoria. Ya nunca soñaba con ellas ni tenía la ilusión de salir con ellas en bici o ir a su casa. Más adelante, cuando estudiaba en la Universidad en Dublín, me enteré por pura casualidad de que la señorita Amy había estado trabajando en un salón de belleza de Stephens Green, bebía como una cosaca y era miembro de un club de golf. Para entonces ya no me interesaban lo más mínimo los chismes acerca de sus andares tambaleantes con los altos tacones, las medias dispares que lucía o su sonrisa bobalicona y lo despacio que hablaba.

De manera un poco precipitada, y sin que mis padres lo supieran, me prometí con un hombre que no profesaba nuestra religión. Desafiando las amenazas de cortar relaciones me casé con él, lo que me valió la ira de toda mi familia; igual que la señorita Amy, solo que yo no estaba allí para aguantar el chaparrón. Me llegaban cartas horribles, algunas firmadas y otras anónimas, y mi madre juró por escrito que jamás volveríamos a vernos, al menos a este lado de la tumba. Durante varios años no supe nada de ellos, hasta mucho después de que naciera mi hijo, cuando cambiaron de parecer y me propusieron por carta que fuésemos a visitarlos, mi marido, mi hijo y yo. Una ventosa tarde de otoño nos subimos al coche y durante el trayecto me entretuve leyendo cuentos en voz alta, tanto para distraerme como para tranquilizar a mi hijo. Yo temblaba. El cielo

era acuoso, con parches de un verde claro que parecían agujeros o el vacío. Jamás olvidaré la sensación de extrañeza, tristeza y desaliento cuando me apeé del coche de mi marido y vi la lúgubre casona de piedra y los cardos del jardín. El viento transportaba con frenesí las semillas de cardo junto con las hojas, e incluso las que ya habían caído se levantaban y revoloteaban. Le presenté mi marido a mis padres y con mucho orgullo le pedí a mi hijo que le diera la mano a su abuelo y su abuela. Ellos elogiaron su pelo rubio, pero el niño no les hizo ningún caso y corrió a acariciar a dos perros pastores. Gracias a él la visita fue algo más llevadera.

Mi madre había preparado la mesa para el té en el salón de las visitas y nos sentamos y hablamos con un hilo de voz tensa, inclemente. El té era demasiado fuerte para mi marido, que estaba acostumbrado al de China, y mi madre se levantó de un salto para ir por agua caliente. Yo la acompañé a fin de pedirle perdón por la molestia.

—La casa está preciosa, limpísima —observé.

Había sacado brillo a todo e incluso había limpiado las flores artificiales, que yo recordaba cubiertas de una capa de polvo.

—Pasarás aquí un mes —me dijo con voz cálida y autoritaria, abrazándome.

—Ya veremos —repliqué, prudente, pensando en la impaciencia de mi marido.

—Tienes que ver a muchos amigos.

—No te creas —contesté con una frialdad que fui incapaz de disimular.

—¿Sabes quiénes van a invitarte a tomar el té...? Las Connor.

Lo dijo con un tono apresurado y agradecido. Significaba un triunfo para ella, para mí, y la aceptación de la no-religión de mi marido. A juicio de mi madre, ser protestante era sinónimo de ateísmo.

—¿Cómo están? —me interesé.

—Se han vuelto muy sensatas y ya no son tan estiradas —respondió, y acto seguido salió corriendo porque mi padre estaba llamándola para que cortara el bizcocho glaseado.

Al día siguiente se celebró una yincana en el pueblo y mis padres insistieron en que participásemos.

—Yo no quiero ir —me dijo mi marido.

Tenía pensado pescar truchas en uno de los muchos ríos de la montaña, y pasar esos pocos días, según sus propias palabras, a salvo del asedio de los bárbaros.

—Solo por esta vez —le rogué, y cuando se puso la corbata comprendí que había cedido, pero sin asomo de afabilidad.

Después de comer, mi padre, mi marido, mi hijo y yo nos pusimos en camino. Mi madre no vino porque tenía que cuidar a los polluelos. Nos había contado con todo lujo de detalles el mal rato que había pasado una mañana al encontrarse a sesenta pollitos recién nacidos con el pescuezo roto, matados por las comadreja.

En el terreno donde se celebraba la yincana había remolques, música de acordeones, un letrero chillón que anunciaba a una pitonisa galesa, unos cuantos caballos inquietos y varios grupos de gente cohibida con ropa gris que temblaba de frío a la espera de que empezaran los festejos. Todavía hacía viento y los caballos parecían incontrolables. Intentaban domeñarlos unos muchachos que no lograban imponerse. Vi que algunas personas me miraron descaradamente, algunas con una media sonrisa reticente. Me sentí incómoda, violenta y superior al mismo tiempo.

—Ahí están las Connor —dijo mi padre. Estaban apoyadas en los bastones, que se abrían y en un pequeño asiento desplegable—. Venid, venid —añadió, entusiasmado, y conforme nos acercamos las dos me saludaron llamándome por mi nombre.

Estaban mayores, pero todavía guapas y lozanas, y la señorita Amy no mostraba signos de su desesperación pasada. Me estrecharon la mano, estrecharon la de mi marido, y enseguida se pusieron a flirtear con él, para demostrarle lo alegres que eran.

—¿Y qué me dicen de este jovencito? —preguntó mi padre, orgulloso, al presentarles a su nieto.

—Pero ¡qué niño más lindo! —exclamaron al unísono, y vi que mi marido hacía una mueca.

Entonces, la señorita Amy se sacó del bolsillo del abrigo beis dos caramelos blandos que ofreció a mi hijo. Estaba a punto de comérselos cuando mi marido se agachó, lo miró a los ojos y dijo con mucha parsimonia:

—Pero como tú no comes caramelos, tienes que devolvérselos.

El chiquillo hizo un puchero, se ruborizó y alargó la palma con los dos caramelos de gelatina recubiertos de azúcar. Mi padre protestó, las Connor soltaron exclamaciones de horror y yo le dije a mi marido:

—Déjalo que se los tome, hoy es un día especial.

Me dedicó una mirada amenazante y repitió con firmeza a nuestro hijo lo que ya le había dicho. El niño devolvió los caramelos y la señorita Amy, mirando con desprecio a mi marido, dijo:

—¿Acaso mamá no tiene voz ni voto sobre su propio hijo?

Hubo un momento de tensión, un silencio, hasta que mi padre sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a cada una. Como nosotros no fumábamos, nos sentimos excluidos.

—Nada de vicios —observó la señorita Lucy, comentario que mi marido ignoró.

Mi esposo me sugirió entonces que lleváramos al niño a ver a un tipo que tenía un mono amaestrado agarrado a un palo. Se levantó ligeramente la gorra para despedirse y yo sonreí lo mejor que pude. Mi padre se quedó con las Connor.

—Iban a invitarnos a tomar el té en su casa —le dije a mi marido cuando descendíamos la colina. Oía la succión de sus zuecos sobre el suelo mojado.

—No creo que nos perdamos gran cosa —dijo, y en ese momento me di cuenta de que al escoger su mundo había dicho adiós al mío y a quienes lo habitaban. Decisiones así van convirtiéndonos en exiliados, hasta que al final nos vemos completamente solos.

## Una mujer escandalosa

Todos los vecinos de nuestro pueblo eran únicos, y una o dos de las chicas eran guapas. Hubo otras antes y después, pero con Eily establecí un vínculo. A veces te descubres integrada, deseada, querida, una más, y entonces sucede, el destino, y entonces todo acaba y vuelves a tu sitio y sabes que, por desgracia, le toca a otra persona.

Su cara era la de una Virgen María. Tenía el pelo moreno, una buena melena, la piel clara y los ojos tan grandes, delicados y transparentes como la uva espina madura. Siempre le faltaba un poco el aire y jadeaba cuando me acercaba, luego me besaba y me llamaba «cariño». Eso, cada vez que nos veíamos en secreto. Delante de sus padres, o de otra gente, se mostraba un tanto testaruda y retraída, y se contaba que cuando era pequeña se metía siempre debajo de la mesa para escapar a las palizas de su padre. Una vez, en Adviento, se planteó meterse a monja, pero la idea quedó en agua de borrajas y la ropa y las labores pasaron a ser sus intereses principales. Echaba una mano en la finca y en verano no la dejaban apenas salir porque había mucha faena. Le encantaba la carretera principal, con sus coches, sus bicicletas y sus autobuses, y no mostraba interés alguno en el tílburí que sus padres usaban como medio de transporte. Faenaba como una bestia con tal de salir a la carretera principal antes del anochecer para ver a la gente pasar. Era rápida como un potrillo. Mi padre no se cansaba de elogiar esta cualidad, que atribuía a su musculatura. Todo el mundo sabía que Eily y su familia escondían los zapatos debajo de un seto junto a la carretera para encontrárselos limpios cuando iban a la iglesia, o al mercado, o más tarde, en el caso de Eily, al baile de gala.

El baile de gala en beneficio del nuevo altar con mosaicos marcó su puesta de largo. Se puso un vestido de georgette y unos zapatos de salón con remates plateados y dorados. El vestido había llegado desde América mucho antes pero Eily le había hecho varios arreglos, y durante la semana previa al baile no se la vio ni una vez sin un puñado de alfileres entre los labios, haciendo diversas pruebas. Peter el Patrón, uno de los tiranos del pueblo, vigilaba la puerta con dos o tres de sus compinches tanto para contar el dinero como para controlar a las parejas y hacer comentarios acerca de su torpeza o su «técnica de baile». Cuando Eily llegó con el abrigo de tweed y saludó con un «Buenas, caballeros» nadie dijo nada, pero en cuanto se quitó la pelliza y

reveló la transparencia del georgette, sumada a los hombros desnudos, Peter el Patrón se escupió en la palma de la mano y exclamó que menudo pedazo de mujer había debajo de aquella tela.

Los vecinos se quedaron patidifusos. No abandonó la pista de baile ni una sola vez, y cuanto más bailaba, más cautivadora se volvía, y lanzaba «oes» y «aes» cuando sus parejas la hacían dar vueltas y más vueltas. Al final, una de las señoras que se encargaban de la cena tuvo que llevársela al comedor y abanicarla con un trozo de cartón. A mí me dejaron mirar por la ventana y observé admirada a las parejas, las serpentinas, y a los guapos músicos de la orquesta, con sus patillas y sus trajes de rayas. Cuando me colé en el comedor, Eily me confió que había ocurrido algo que no era de este mundo. Casi inmediatamente después su hermana Nuala se la llevó a casa.

Eily y Nuala siempre andaban a la greña por cuestiones como quién ordeñaba, quién colaba la leche, quién traía agua del pozo, quién batía la mantequilla o quién hacía el pan. Por lo común Eily se ocupaba de las faenas más sencillas debido a su fatiga y a su maña con las agujas. Tejer se le daba de maravilla y le bastaba ver cualquier punto en una revista o en un patrón para reproducirlo. Iba a su casa a jugar y, aunque eran mayores que yo, me rogaban que fuera y me sobornaban con canillas vacías o retales para mis muñecas. A veces jugábamos al escondite, a veces jugábamos a las casitas y nos atribuíamos nombres y oficios distinguidos, y nos pintábamos la cara como si fuesen paletas con colorantes vegetales o con añil, y luego nos reíamos y nos maravillábamos ante los azules e índigos y fingíamos ser indias, bailábamos el hula-hula y comíamos hojas de acedera. Una vez Nuala me hizo llorar porque me dijo que yo era adoptada y que mi madre no era mi madre de verdad. Para tranquilizarme, Eily escupió sobre unas hojas de acedera y me las pegó por toda la cara, a guisa de máscara.

Nuala solo era feliz cuando alguien sufría, y casi siempre nos obligaba a jugar a los médicos. Ella era la médico, Eily la enfermera. A Nuala le gustaba operar con un cuchillo negro inmenso, y mucho antes de proceder se regodeaba en su método y en el tumor que se disponía a extirpar. Solía decir que cuando acabara no quedaría más que un receptáculo vacío, y que la paciente jamás tendría bebés ni sufriría las molestias de las mujeres. Ponía nombres a las partes femeninas: Susies eran los pechos, Florrie la barriga y Matilda lo de más abajo. Afilaba una y otra vez el cuchillo contra los escalones y ordenaba a Eily que le trajera el agua caliente y el jabón, para esterilizar el instrumental, y una sábana grande.

Eily también tenía que ponerse un delantal, uno blanco que anteriormente había usado en unas clases de cocina. La caldera siempre tardaba una eternidad en romper a hervir en la lumbre, y muy a menudo Nuala echaba azúcar al fuego para avivar las llamas. Las dos puertas se mantenían abiertas, una con un cubo y otra con una piedra. Nuala afilaba el cuchillo y tarareaba «Walzing Matilda», los pájaros casi siempre cantaban o piaban, los perros salían y se sentaban sobre los cuartos traseros, espantando moscas, y yo me tumbaba en la mesa de la cocina,

aterrorizada y medio desnuda. De vez en cuando intercambiaba una mirada con Eily y esta alzaba los ojos al techo, como diciendo: «Pobre criatura», pero nunca le llevaba la contraria a Nuala ni desobedecía sus órdenes. Nuala se ponía la máscara. Era una máscara de papel maché de un rojo encendido que llevaba en la casa desde aquella vez en que se presentaron unos mimos el día del San Esteban, el perro los mordió y perdieron parte de su atuendo, incluidas la máscara y unas mallas. Antes de empezar carraspeaba varias veces imitando a la perfección la tos seca y profesional del doctor. Jamás olvidaré esos últimos segundos en que se ceñía el elástico de la máscara en la nuca y le preguntaba a Eily: «¿Todo listo, enfermera?».

Por algún motivo yo siempre miraba hacia arriba y hacia atrás y, por tanto, veía el aparador y su contenido del revés. Había una fila de tazones, casi todos blancos con dibujos color sepia que representaban trigo, o ganado, o una pareja que se afanaba en los campos. Los tazones colgaban de unos ganchos en el borde del aparador, y detrás estaban las bandejas con unas peras maduras pintadas en el centro. Pero lo más bonito de todo eran los platillos de postre de cristal tornasolado, en tonos anaranjados y con los bordes festoneados. Solía despedirme de ellos antes de llegar el momento de cerrar los ojos y aguardar el calvario.

Nunca lo llamaba «operación», sino simplemente «ope», como hacía el médico. Yo sentía la punta del cuchillo igual que la punta de un compás recorriéndome los pechos casi sin formar. No me quitaba del todo el corpiño, solo me lo subía. Nuala comentaba lo que iba viendo y añadía «interesante», o «muy bien», o «uy, madre mía», dependiendo del caso, y entonces, cuando llegaba a la altura del estómago, siempre emitía un sonido de desaprobación y decía: «Qué cosa más fea tenemos aquí». Repasaba la lista de las porquerías que yo había comido, sorbetes o caramelos arcoíris, me golpeaba la barriga con la hoja del cuchillo y pedía dos cucharadas de trementina y tres de aceite de ricino antes de proceder. En ese momento yo debía tragarme las pociones. Entretanto Eily, la presunta enfermera, enjugaba la frente a la doctora e iba entregándole herramientas como las tenacillas para el azúcar, la cuchara o el tenedor. La cuchara servía para apoyarla en la lengua y pedir a la paciente que dijera: «Aaah». Las costras y los cortes se consideraban demonios malignos, y las marcas de los elásticos eran síntomas de iniquidad. También me obligaba a hacer una confesión general. Me quedaba allí tumbada, rezando por que llegara su madre de improviso. Siempre lo hacíamos los martes, el día en que su madre iba al mercado a vender cosas, comprar provisiones y retirar la pensión de su marido. Aguzaba el oído por si oía a los perros. Eran unos animales despiadados que mordían a todo el mundo salvo a sus dueños, y cada vez que yo llegaba tenía que llamar a voces a Eily para que bajara y me escoltara.

En definitiva, era un juego lamentable, pero aun así me presentaba todos los martes, iba directa a su casa desde el colegio, y cuando su madre regresaba ya habíamos terminado y yo

estaba tímidamente sentada junto al fuego, esperando a que me ofrecieran una galleta del ultramarinos, que por supuesto al principio yo fingía rechazar con mucho énfasis.

Eily siempre me acompañaba por el primer prado hasta la cancela blanca, y aunque los perros gruñían y enseñaban los dientes, nunca intentaban mordirme cuando me marchaba. Una tarde, pese a que ya casi era la hora del ordeño, me acompañó un poco más lejos, y pensé que querría coger unas cuantas avellanas, porque en la linde que separaba su finca de la nuestra había un pequeño árbol cargado. Bastaba con sacudirlo un poco para que las avellanas cayeran rebotando, y con sentarse luego en el murete cercano, coger una de las piedras sueltas y cascarlas hasta no poder más. Estaban en su punto, y tenían un sabor nuevo y puro, y además ayudaban a limpiar la suciedad de la cara interna de los dientes. De modo que aquel día nos sentamos en el murete, pero Eily no alargó el brazo ni tiró de una rama para provocar una lluvia de avellanas. En cambio, me preguntó qué opinaba de Romeo. Romeo era el nuevo empleado del banco, protestante, un señorito rematado, con sus bombachos cortos y su bicicleta de carreras blanca. La bici tenía una dinamo conectada y siempre llevaba el faro encendido. Montaba en ella con el cuerpo hacia delante, y cuando Eily lo nombró me lo imaginé avanzando hacia mí por la carretera con aquel hocico suyo y el mechón de pelo rebelde. También se distinguía por meter la bicicleta dentro de las tiendas y los recibidores de las casas. En realidad, pocas veces se apeaba. Al parecer Romeo había bailado con ella la noche del vestido de georgette verde, y al día siguiente le había dejado una nota en el seto donde su familia y ella guardaban los zapatos. Me contó que había sido la Providencia lo que la había llevado a acercarse hasta allí aquella mañana, de lo contrario, la nota podría haber caído en manos de cualquier otra persona. La citaba para el domingo siguiente, y Eily no sabía cómo iba a apañárselas para salir de casa, ni con qué excusa. Al menos Nuala se había ido, había vuelto a la escuela técnica donde estudiaba para ser maestra de economía doméstica, y mis hermanas habían regresado al convento, así que pudimos cavilar sin la molestia de sentirnos espiadas. Le dije que sí, que sería su cómplice, sin saber en qué estaba metiéndome. El domingo les anuncié a mis padres que iba a acompañar a Eily a visitar a un primo suyo al hospital, y ella les dijo a los suyos que visitaríamos a un primo mío. Nos reunimos en la cancela blanca, las dos hechas un manojo de nervios. Ella se quitó una vieja falda tirolesa negra, y debajo apareció su vestido color guinda con rajadas a los lados. Era un atuendo de lo más comprometedor. Lucía un broche en el escote. El broche de su madre, un sencillo alfiler de oro con una estrellita en el centro que brillaba con frenesí. Sacó un estuchito dorado y se aplicó colorete. Como el pompón estaba muy seco, apartó la protección de muselina y me pidió que la sujetara con delicadeza mientras ella se ponía los polvos. Era un mazacote ocre que le estropeaba por completo el cutis. Luego se pintó los labios, se humedeció el rizo de la frente y me obligó a arrodillarme en la tierra y prometerle que jamás la delataría.

Fuimos en dirección al hospital, pero en lugar de emprender el camino sombrío flanqueado de cedros atajamos por un campo, hundiéndonos casi en el pantano y agachándonos continuamente para que nadie nos viera. Comenté que parecíamos soldados en plena guerra y Eily contestó que tendríamos que habernos camuflado vistiéndonos de verde o marrón. Su colorido trasero, que se bamboleaba arriba y abajo, quedaba bien visible para cualquiera que pasara por la carretera. Cuando llegamos a la espesura del bosque, Romeo ya estaba allí. Se lo veía muy indiferente, con la cara echada hacia delante y la cabeza casi a la altura del manillar de la bici; nos estudió detenidamente conforme nos acercábamos. Entonces emitió un par de silbidos para comunicarle a Eily que era muy bienvenida. Ella se puso a su lado, yo me planté frente a ellos, y los tres comentamos el buen tiempo que hacía esa tarde. Me quedé de piedra cuando vi que él le pasaba un brazo por la cintura y el vestido se arrugaba como si lo levantaran desde atrás, y pese a que los dos estaban completamente inmóviles se miraban con insistencia y se hacían señales con los labios. El vestido le quedaba ya por encima de las corvas. Eily empezó a ponerse muy colorada y él observó sus rasgos con sumo cuidado, comentando lo bonitos que eran, que le gustaban. Me ordenó que me largara: «Lárgate, mona», eso me dijo. Yo me fui y me pegué a la corteza de un árbol, con los ojos cerrados, los puños apretados, con el cuerpo entero en tensión. Poco después Eily dio un grito y de camino a casa, mientras avanzábamos a paso ligero, hablamos de los dolores del crecimiento y ella dijo que esas cosas no existían, que no eran más que reuma.

Aquello se prolongó un domingo tras otro, con un festivo añadido, el jueves de la Ascensión. Nos volvimos dos genios de las excusas: un día fue para ensayar con el coro escolar, otro para enseñar a los pequeños a recibir la comunión y en otra ocasión —nuestro ardid más arriesgado— para coger uvas espigas en el jardín de una vieja cascarrabias llamada señorita MacNamara. Esto último se demostró peligroso porque tanto mi madre como la de Eily esperaban la fruta, ya fuera para comer tal cual o para algún dulce, y tuvimos que inventarnos que la señorita MacNamara no estaba, a lo que ellas objetaron que de todos modos los arbustos estarían en su sitio, con las uvas colgando. Por un instante me imaginé que había estado allí de veras, en aquel jardincillo asfixiante, con las gallinas de Bantam y los arbustos enmohecidos y lastrados por las uvas espigas grandes y peludas, que eran suaves al tacto y estallaban cuando las mordías. De camino a casa nos poníamos a rezar, pronunciábamos oraciones y jaculatorias, y con mucha frecuencia, cuando nos sentábamos en el terraplén herboso mientras Eily se ponía la falda vieja y los viejos zapatos de lienzo, recitábamos alguno de los misterios del rosario. Tenía unos zapatos nuevos que en realidad eran zuecos y que su madre no había visto. Eran de un verde aceituna y se los había comprado a una gitana a cambio de un mantel robado a su madre. Se trataba de un mantel especial que una monja había mandado desde Australia. Encima, ladrona. Algún día tendría que pagar por todos esos pecados. Yo temblaba por las noches al pensar en la cantidad de

mandamientos que estábamos incumpliendo, pero me afligía más por ella, que estaba faltando al peor de todos con los besos y las relaciones que mantenía con Romeo. Nunca hablaba de él, salvo una vez, para decir que su segundo nombre era Jack.

En aquellas semanas mi madre me decía que yo estaba pálida y me preguntaba por qué no comía y por qué hacía tantas gárgaras con agua salada. Eran formas de expiación dirigidas a Dios. Ya ni siquiera ver a Eily los martes me procuraba el placer de antes. Vivía atormentada. Solía recitar: «¿Es un puñal lo que veo ante mí?», y me acordaba de todas las personas raras que tenían visiones y sufrían delirios. Nosotras correríamos la misma suerte cruel. Ella se enfurecía. ¿La quería o no, caramba? Pues claro que la quería, me habría dejado matar por ella, pero me pedía que hiciera las dos cosas peores que existen: desobedecer a Dios y a mi propia madre. A menudo se enfadaba, me decía que ya encontraría a otra —normalmente Una, mi mayor rival— dispuesta a prestarse al jueguecito de la uva espina y a hacerle de factótum en su vida secreta. Pero luego cambiaba de parecer, y me esperaba en el camino cuando yo volvía de la escuela, y nos encaramábamos a la tapia que daba a sus campos y cogidas del brazo pergeñábamos la excusa del domingo siguiente. Un día se planteó ponerse el vestido verde de georgette, y hasta yo, que carecía de toda moderación en lo tocante a vestimenta, pensé que llamaría la atención de una manera inapropiada, dado que era un vestido de fiesta y dado que Peter el Patrón decía que «parecía que iba desnuda». Le dije que la señora Bolan se olería el pastel. La señora Bolan era una de las muchas mujeres que siempre andaban patrullando y se presentaban en los cementerios o las canteras de pizarra para ver si había parejitas. Siempre decía que buscaba un pavo que se le había extraviado, o huevos de pavo, aunque ella ni criaba aves ni nada, y a resultas de sus calumnias una maestra sustituta tuvo que irse del pueblo, huyendo a escondidas de noche, sin tiempo siquiera para recoger los zapatos que había dejado en el taller del remendón. Sin embargo, Eily decía que nadie nos descubriría jamás, que el dios Cupido nos protegía, y mientras estaba con ella me lo creía.

Pocos días más tarde me llevé una sorpresa. Eily me esperaba escondida en el camino cuando yo volvía de la escuela. Se asomó por la tapia, dijo «Yujuuu» y volvió a desaparecer. Yo me subí. Ella no llevaba nada debajo del vestido porque hacía un calor abrasador. Caminamos un rato y luego nos tiramos encima de un almiar, el último del campo, porque la víspera se habían llevado los otros veintitrés. Se había quedado allí solo muy tontamente debido a un accidente: la yegua se había encabritado y soltado del carro y por poco estrangula al carretero, un pobre idiota en cuya barbilla había permanentemente un rastro de saliva. Me pidió que cerrara los ojos, abriera la mano y viera lo que Dios me daba. Hay momentos en la vida en que el placer supera lo que una puede tolerar, y quieras o no te adentras en un túnel de agitación y vértigo. Ocurre en las atracciones de feria, en los barcos vikingos y en los columpios voladores, ocurre quizá en las

cataratas, se dice que a algunos les ocurre cuando se enamoran, pero a mí me ocurrió aquel día, echada sobre un montón de heno, al sol, con la brisa que se levantaba y las nubes igual que veleros en el cielo rumbo a un puerto lejano. Había cerrado los ojos, y entonces sentí el contacto frío del objeto en la palma de mi mano, encajando a la perfección, y mis dedos se cerraron para sujetarlo mejor y adivinar qué era. No me atreví a decirlo, por si me equivocaba. Sin duda era un frasquito, con tapón de rosca y una etiqueta en uno de los lados, pero era demasiado pedir que se tratase de mi perfume favorito, el que se llamaba «Travesura». Eily me pedía que lo adivinara. Temí fuese una botellita vacía, pese a que un regalo así no me habría desagradado del todo, dado que siempre quedaba un resto del aroma; o que se tratara de un perfume más barato, uno menos enigmático con nombre de clavel o amapola, un perfume que no me provocase estremecimientos de alegría en la garganta y el pecho, hasta llegar al mismísimo corazón. Al final abrí los ojos y ahí estaba, mi tesoro máspreciado, una botellita azul oscura con la etiqueta plateada y un taponcito de goma, y dentro, la valiosa sustancia. Desenrosqué el tapón, levanté el pequeño protector de goma y una gota del valioso líquido cayó en la yema de mi dedo y acto seguido se trasladó a un punto concreto del hueco detrás de la oreja izquierda. Ella hizo exactamente lo mismo y nos dimos un beso y aspiramos el exultante aroma. El perfume del heno se interponía, así que corrimos adonde no había heno y volvimos a besarnos. La sorpresa y nuestro mutismo revistieron aquel momento de un halo de misterio y santidad, y en un lugar recóndito de mi mente comprendí que estábamos involucradas en un asunto muy turbio, y que los días de diversión habían terminado.

Cuando las cosas iban bien, mi madre siempre decía que era todo demasiado bonito para ser verdad. El dicho se reveló profético el sábado siguiente, porque mientras ella me lavaba el pelo en la mesa de la cocina Eily llegó, se sentó a un extremo de la mesa y se puso a chasquear los dedos en mi dirección. Cuando la miré a través de la cortina de espuma vi que estaba al borde del llanto y llena de churretes. Mi madre casi me abraza, porque al saludar a Eily se había olvidado de añadir el agua fría a la palangana del agua hirviendo, y me puse a dar gritos y saltos por toda la cocina nombrando los fuegos del infierno y el purgatorio. Luego, Eily y yo rodeamos la casa y nos sentamos en el peldaño de la puerta principal, donde me contó que todo se había ido al garete. Había ido a encontrarse con él, como era su costumbre, debajo del puente, donde él pescaba los viernes, pero le pidió que se fuera. Ella se negó, de modo que él avanzó río abajo y, cuando ella lo siguió, vadeó las aguas. Seguía pidiéndole que se largara, que se largara. Eily se había sentado en el banquito de ordeñar que antes había ocupado Romeo, y entonces él cometió la temeridad de lanzar la caña en su dirección y casi le arranca un ojo con el anzuelo. Eily se echó a llorar y yo me puse a trenzarle el pelo para consolarla. Juró que se tiraría al río antes de que anocheciera, y enseguida añadió que era una pelea de enamorados sin importancia, luego,

que él no podía negarse a verla, y al final anunció que tenía el corazón roto en mil pedazos, hecho papilla. Yo llevaba el frasquito de perfume en el bolsillo y lo levanté hacia la luz para mostrarle lo ahorrativa que estaba siendo, pero a ella solo le interesaba dar con la manera de recuperarlo, o si no, de quitarse la vida. Además del ahogamiento se planteó la posibilidad de ahorcarse, de beber lejía o tomar la estricnina que su padre usaba para los zorros.

Su padre era un hombre muy huraño que nunca hablaba con su familia salvo para pedir la comida y ordenar a las niñas que se centraran en los libros. Él nunca había ido al colegio pero era muy perspicaz con la compra y venta de vacas y ovejas, algo que atribuía al hecho de haberse codeado con eruditos. Era un hombre mayor con un carácter de mil demonios, y una vez en una feria le rasgó la ropa a un subastador que intentó timarlo con el precio de una lámpara votiva.

Mi madre vino a sentarse con nosotras, lo que me alarmó porque mi madre jamás se concedía tiempo para sentarse, ni dentro de la casa, ni fuera. Empezó a hablar con Eily sobre punto, acerca de una lana nueva que imitaba el tweed, le explicó que quería comprar unos cuantos ovillos y le preguntó si estaría dispuesta a echarle una mano con una rebeca tres cuartos. Eily había tejido muchas cosas para nosotras, incluido el vestido que llevaba puesto yo, uno color salmón con los bordes festoneados y decorados con un remate de angora blanca. En ese preciso instante, mientras la angora me hacía cosquillas en la cara, mi madre le dijo a Eily que una vez fue a ver a una pitonisa y se quitó la alianza para engañarla, y que cuando la vidente quiso saber si estaba casada y ella respondió que no, le preguntó: «¿Cómo es que tienes cuatro hijos, entonces?». Mi madre añadió que aquellas mujeres eran extraordinarias, con su sangre gitana y sus poderes de clarividencia. Adiviné de inmediato lo que Eily estaba pensando. ¿No podríamos dar con una pitonisa o una bruja que le predijera el futuro?

A treinta kilómetros había una bruja bastante conocida que regentaba una taberna, pero solo aceptaba a quien le apetecía. Cuando mi madre corrió a ver si era un zorro el que había provocado una gran agitación en el gallinero, le dije a Eily que antes de ir a visitar a una bruja debíamos recurrir a otras cosas, como las novenas, poner una tarta nupcial debajo de la almohada o recoger botellas de rocío de buena mañana y colocarlas en cierta fortaleza para pedir un deseo. Además, ¿cómo íbamos a llegar a un pueblo que estaba a treinta kilómetros? Andando, o en bici, pues ninguna de las dos teníamos coche. Pese a todo, el domingo siguiente nos echamos a la carretera con un termo de té, un pequeño juego de reparación de neumáticos y ocho chelines, todo el dinero que logramos reunir.

No llevábamos mucho camino hecho cuando Eily se quejó de que se notaba débil, y de pronto la bici empezó a tambalearse por la carretera y al intentar aminorar cayó de cabeza en un terraplén. Sus frenos eran inexistentes, igual que los míos. Eran bicis prestadas. Tuve que recurrir al mismo método para desmontar, y cuando un motociclista pasó y nos vio a las dos con la rueda

delantera encajada en el terraplén y el manillar torcido nos gritó que éramos un par de chifladas y un peligro público.

Le di un sorbo de té y la obligué a comerse uno de los huevos que habíamos sisado en varios nidos, que llevábamos a modo de soborno para la bruja. Además de los huevos teníamos una lonchita de beicon casero curado. Lo cascó contra el manillar, y después de que yo insistiera mucho, se lo tragó de una vez, diciendo que sabía peor que el aceite de ricino. Como era domingo, rememoró otros domingos, los lugares donde había estado en ese preciso instante, y rezó a san Antonio para que le devolviera a su amor. Habíamos oído que ahora Romeo pasaba casi todos los fines de semana en Limerick, y se rumoreaba que salía con la hija de uno que ahumaba panceta y que estaban a punto de prometerse.

La mujer que abrió la puerta de servicio de la taberna dijo que la bruja ya no vivía allí. Estaba muy irritada y tenía las cejas juntas, que eran, igual que su cabello, de un gris amarillento. Nos pidió que nos fuéramos inmediatamente y nos recriminó que la molestáramos en su descanso dominical. Nos cerró en las narices. Le dije a Eily: «Es ella». Y justo cuando estábamos armándonos de valor para volver a llamar, la anciana abrió y nos preguntó en nombre de Jacob quién nos mandaba. Respondí que veníamos de muy lejos, que habíamos recorrido kilómetros y kilómetros, le enseñé los huevos y el beicon con su capa de salazón, y ella repuso que estaba atareadísima, porque era su cumpleaños y venían sus hijos y primos a cenar. Abrió y cerró varias veces, mientras nosotras nos manteníamos firmes en todo momento, hasta que por fin nos hizo pasar, aunque para vaticinar mi futuro, no el de Eily. La cocina era minúscula y sofocante, y tanto el suelo como la mesita coja estaban revestidos del mismo linóleo. Había un pequeño sillón de madera para ella, un banco para las visitas y una estufa que humeaba. Encima se enfriaban dos tartas de ruibarbo, única señal, junto con una tarjeta de felicitación, de una celebración de cumpleaños. Un hombrecillo, su marido, se excusó e hizo mutis por otra puerta. Le supliqué que se ocupara de Eily y no de mí; ella vaciló, incluso salió al jardín a tirar las hojas de té, y dijo que tal vez accedería, pero que éramos unas pesadas. A mí me mandó con su marido a la diminuta despensa, y casi me asfixié con el humo de la pipa. También olía mucho a harina, y el único mobiliario era una máquina de coser con una prenda a medio hacer, un vestido suelto atrapado bajo la aguja. El hombre me dijo en susurros que los Mau Mau iban a invadir el país y que san Columba saldría de su sepultura para que Irlanda volviera a ser la isla de los santos y los eruditos. Yo estaba convencida de que iba a ahogarme. Pero mereció la pena. Eily estaba exultante. Las cosas no podrían haber salido mejor. La bruja no solo había adivinado su inicial, la jota, sino que la había visto dos veces en un mejunje que había hecho con la clara de uno de los huevos y unas gachas. Sí, las cosas estaban mal, muy mal, y había habido unos

malentendidos lamentables, pero todo cambiaría, e inclinándose sobre la mesa le dijo a Eily: «Ten por seguro que acabarás tus días con él».

El trayecto de vuelta fue pura felicidad, flechadas cuesta abajo, mandando al infierno la seguridad, al infierno los frenos, saludando a los desconocidos, admirando las casitas, las cuadras, las cisternas de leche y los chuchos quejumbrosos, y pasando sin pestañear por delante de la casa encantada. A decir verdad, nos habría gustado ver una aparición en un día tan feliz. Cuando llegamos al cruce que daba a nuestro pueblo, Eily tuvo el fuerte presentimiento, como yo, de que él estaría esperándonos, contrito, con el cilicio, de rodillas. Pero no fue así. Nos cruzamos con la pandilla habitual de chicos que jugaban a las chapas. Un par de los más pequeños intentaron cerrarnos el paso colocándose delante de las bicis y Eily se puso muy colorada. Aquel verano era la niña bonita de todos y lucía un vestido distinto cada día de la semana. La llamaban «figurín». Nos despedimos y supimos que daba igual que no estuviera allí, porque Eily y Romeo no tardarían en estar juntos para siempre. Mi amiga decidió armarse de paciencia, mostrarse un poco arrogante y no ir detrás de él.

Tres semanas más tarde, un sábado por la noche, mi madre acababa de sumergir los pies en una mezcla de agua caliente y bicarbonato cuando oímos un golpecito en la ventana de la trascocina. Nos sobresaltamos. Rondaba por el pueblo un chiflado que se había instalado en una depresión de la ciénaga, y estábamos seguras de que sería él. «Avisa a tu padre», me ordenó ella. Mi padre se había metido en la cama indignado porque mi madre le había puesto un huevo duro para cenar, en vez de uno frito. Como no quería dejarla sola y sin vigilancia, llamé a mi padre a gritos en el mismo momento en que se produjo un segundo asalto al cristal. Oí las palabras: «Señor, señor».

Era el padre de Eily, porque nadie más llamaba «señor» al mío. Cuando le abrimos la puerta lo primero que vi fue la hoz que llevaba en la mano, y luego su pelo, tieso y revuelto. «Lo voy a colgar, arrastrar y descuartizar», dijo, y mi madre respondió: «Pase, señor Hogan», sin saber aún a quién le auguraba un destino tan gráfico. Nos contó que había sorprendido a su hija en el calero con el empleado del banco, en una postura satánica, con la barriga al aire.

Mi primer pensamiento fue de alegría por el reencuentro, y luego me molesté porque Eily no me hubiera contado nada y hubiera sido capaz de quedar con él de noche en aquel horno de cal en desuso que apestaba a humedad. Mucho mejor el bosque, pensé, con el cuco, y yo ejerciendo cierta vigilancia, aunque siempre me quedara pegada al tronco de un árbol.

El hombre explicó que necesitaba que le prestáramos una linterna para perseguirlos, dado que habían huido cada uno en una dirección, y no sabía a cuál de los dos matar primero. Mi padre, que había recobrado el buen humor gracias a la repentina e inesperada visita, respondió que

esperara un segundo, y lo invitó a entrar para pensar un plan de acción. El señor Hogan dejó la gorra en el escalón, un gesto que hacía siempre, y mi madre le rogó que la metiera en casa, porque el cachorro nuevo se comía cualquier prenda que se le ponía a tiro. Aquella misma mañana mi madre se había asomado al campo y había confundido con nieve las trizas de toda la ropa blanca que había tendido la víspera. Él se negó a entrar con la gorra, lo que para mí supuso una perfecta demostración de lo cabezota que era y de lo incómoda que sería la situación. Mi padre le ordenó a mi madre que preparase té, y pese a las formas aún un tanto bruscas vi que se había creado entre ambos cierto entendimiento, porque se avecinaba la peor de las tragedias. Mi madre parecía la más afectada; preparó un té pésimo, cortó el pan en rústicos mendrugos y no hacía nada a derechas, como si hubiera sido ella la sorprendida en plena bajeza. Cuando los hombres salieron a iniciar la partida de búsqueda, me arrodillé para rezar con ella, pero me costaba pronunciar las oraciones porque no podía dejar de pensar en la somanta que me llevaría por estar metida en aquello. Ella me interrogó: ¿sabía algo? ¿Se habían visto ya otras veces? ¿Por qué se confeccionaba ropa tan estilosa, sobre todo aquella falda con rajas?

Respondí a todo con negativas. Unas negativas tan apresuradas que, de no haber estado mi madre tan ocupada cavilando y haciendo conjeturas, estoy convencida de que habría sospechado. Allí arrodillada vi a nuestros padres repasando cada uno de nuestros movimientos, extrayendo datos de aquí y de allá, de los supuestos primos, de la mujer que nos prometió las uvas espinas y de la señora Bolan. Yo sabía que no teníamos escapatoria. ¡Eily! Había perdido lo más valioso que tenía, su joya. El interior de una mujer era como un pequeño reloj, y cuando desaparecía la joya o joyas el exterior no era más que una pantomima. La vi morir en el frío calero y luego en una habitación de hospital, y después tumbada en un quirófano, igual que cuando me operaban a mí. Se había unido a la pequeña hermandad de mujeres escandalosas que habían concebido hijos sin procurarse primero un padre y que condenaban su cuerpo y su alma. De haberse congregado no formarían un grupo de más de siete u ocho, y podrían haber dedicado un quejido profano a su creador y sus seductores furtivos. Lo único que me resultaba insoportable era imaginarla con la tripa hinchada y que saliera de ella un bebé balbuciendo. Si hubiera podido verla le habría propuesto que nos escapáramos con los gitanos.

Pobre Eily, desde entonces la encerraron bajo llave y solo la dejaban salir para ir a misa, pero tan tapada por una mantilla que ni siquiera podía hacerme una señal con los labios. Nunca la vi tan guapa como aquellos domingos en la capilla, con el pelo y el rostro velados, los ojos asomando como tragedias consumadas. Una vez me senté justo delante de ella y, cuando nos pusimos de pie para la primera lectura del evangelio y me volví a mirarla, mi madre me asestó tal codazo en las costillas que me doblé en dos.

A la semana siguiente llegó una misión, y un extraño cura con un acento precioso y una gran capacidad retórica pronunció los sermones de las tardes. Era mejor que una obra de teatro: la

capilla en un silencio total, filas de velas como escalinatas móviles, todas encendidas, más flores en el altar, la mezcla de olores, la mantelería blanca y el templo tan abarrotado que los más pequeños teníamos que sentarnos en la escalera del altar y lo veíamos todo mejor, incluida la nuez del sacerdote que bajaba y subía. Siempre divisaba a Eily, atrapada entre su madre y alguna otra anciana, pálida e imperturbable, y me convencía de que estaba a punto de morir. El día en que el sermón versó sobre el sexto mandamiento, a los jóvenes nos mandaron fuera hasta el momento de la bendición. Pasamos el rato paseando entre los bancos, mirando las ristras de rosarios, tan deslumbrantes como collares, todos colgados juntos y ondeando con la brisa, de todos los colores y de piedras distintas, y por supuesto los vistosos escapularios, y las medallitas y crucifijos preciosos, tan grandes que no cabían en una mano, algunos hasta con una pequeña reliquia dentro de un hueco, y los bonitos libros de oraciones y misales, algunos con bordes dorados y funditas de filigrana.

Cuando entramos en tropel para la bendición, Eily me pasó a escondidas una estampita. Decía: «Que me recuerdes es lo único que te pido, pero si recordarme no puedes, de ti me despido». Estaba reflexionando acerca del mensaje, conteniendo las lágrimas, cuando Eily empezó a tener arcadas y cuatro hombres se la llevaron en volandas. La levantaron igual que a un cadáver en una camilla. Le dije a mi madre que lo más probable era que mi amiga muriera y mi madre replicó que ojalá, que sería lo mejor. Mi madre ya lo sabía. La noche siguiente Eily vino a nuestra casa, a nuestro salón, y pese a que no me dejaron estar presente, pegué la oreja a la puerta y solo salía corriendo cuando oía un grito, o un golpe, o un porrazo. Le preguntaban por todos los detalles, y por el empleado del banco, y por sus tratos con él. Ella respondía que no, una y otra vez, y por momentos se mostraba insolente, o, como decían ellos, «engreída». Formulaban amablemente una pregunta y al minuto siguiente la asediaban, y justo después su padre juraba que la mandaría al manicomio, y de pronto la madre le recriminaba que no hubiera ordeñado en dos semanas.

Eran la terquedad personificada. ¿Cómo iba a ordeñar si la tenían encerrada en el cuartito anejo a la cocina donde almacenaban la avena, infestado de ratones? Yo sabía de buena tinta que le daban de comer —un mendrugo y una taza de té flojo— dos veces al día, y que ella no podía hacer nada más que llorar, y pensar, y sentarse encima de la avena y hundir los dedos en el cereal, y que seguramente debía hacer ruido continuamente para espantar a los ratones. Durante el interrogatorio mi madre fue la más sensata, pero también la más meticulosa. Le preguntaba cosas como: «¿Dónde os citabais? ¿Cuánto rato pasabais juntos? ¿Había alguien más con vosotros?». Eily negaba haberse citado con él y tuvo la presencia de ánimo de responder: «¿Por quién me toma, señora Brady, por una fresca?», lo que debió de valerle un correazo de su padre, porque oí a mi madre decir que no era necesario recurrir a la violencia. Poco me faltó para

desmayarme cuando por el cristal de la puerta de la entrada vi una sombra, luego unos nudillos y la aparición de un hábito marrón, como el del misionero.

Se entrevistó a solas con Eily mientras los demás aguardábamos en la cocina, los hombres sorbiendo té, mi madre partiendo un pomelo para ofrecérselo al cura. Era un poco raro ofrecerle fruta de noche, pero estaba acostumbrada a recibir clérigos solo a la hora del desayuno, cada cinco o diez años, cuando alguno venía a dar una misa dentro de casa para volver a bendecirla y acabar con las obras del demonio. Antes de marcharse, el cura nos estrechó la mano a todos y a mí me acarició el pelo, y al ver su cara cetrina y sus gafas sin montura, mientras me embebía de las palabras que pronunciaba con su bonita voz, pensé que si yo estuviera en la piel de Eily lo preferiría a él antes que al empleado del banco, y que sería capaz de cualquier cosa con tal de disfrutar de su compañía.

Dispuse de un segundo con Eily mientras los demás salían atropelladamente a abrirle la cancela al cura y despedirlo. Me pidió por lo que más quisiera que no la traicionara. Luego mi madre se la llevó arriba, y cuando reaparecieron Eily llevaba uno de los chubasqueros maternos, un sombrero de la señora Miniver y unas gafas de sol viejas. Era una especie de disfraz, porque iban a emprender un viaje. El padre de Eily quería ponerle un cabestro, pero mi madre objetó que ya no estábamos en la Edad Media. A mí me encomendaron fregar las tazas y los platillos, vaciar el cenicero y ahuecar los cojines otra vez, pero en cuanto se fueron me sentí incapaz de moverme por el dolor insoportable que me atenazaba el estómago y los riñones, y me convencí de que yo también iba a tener un bebé, y de que si me movía o separaba las piernas expulsaría algo terrible.

A la mañana siguiente el padre de Eily fue al banco y rompió dos cristales, lanzó por los aires un puñado de monedas, atacó al director e intentó aserrar cierta parte de la anatomía del empleado. Los dos clientes que estaban allí —el carnicero y el enterrador— tuvieron que intervenir, y la cajera, que en ese momento se encontraba en el guardarropa, consiguió alcanzar el teléfono y llamar al cuartel. Cuando entró en escena el sargento, ya habían reducido al padre de Eily, que tenía las manos atadas con una comba, pero seguía intentando dar puntapiés al canalla que le había buscado la ruina a su hija. El sargento fue enseguida al meollo de la cuestión. Se acordó que Jack, que así se llamaba el culpable, iría a casa de los Hogan esa misma tarde. Aunque la cita estaba marcada por el infortunio, mi madre, al enterarse, propuso preparar una cena fría.

Fue una jornada ardua. Hubo que sacar la avena del cuartito a paladas, tarea que recayó en las mujeres, dado que mi padre estaba ocupado haciendo visitas al abogado y al cura, y el padre de Eily se había quedado en el pueblo jactándose de lo que le habría hecho a ese sinvergüenza si no llega a intervenir el sargento.

Eily era el silencio personificado. Ni siquiera me sonrió cuando llevé a su casa la cesta con víveres que su madre me había encargado. La madre aludía sin parar al hecho de que ahora ya no

podrían comprar ladrillos y cemento para la casa nueva. Su marido y ella llevaban años ahorrando y escatimando con intención de construirse otra, dos parcelas más cerca de la carretera. Sería idéntica a la casa donde vivían, es decir, una vivienda de cemento de dos plantas, pero con aseo, y un vestíbulo diminuto a la entrada para que, como ella decía, si venía alguien pudieran estudiarlo bien allí, en vez de darle la bienvenida directamente en la cocina. Era una mujer chapada a la antigua, y seguramente porque vivía en el campo no tenía amigos ni había entrado nunca en casa de nadie. Siempre se lavaba al aire libre con el barril de agua de lluvia y trataba de usted a su marido. Al sacar los comestibles dijo que era un derroche que se los comiera él, y el único capricho que se permitió fue olerlo todo, sobre todo el paquete de galletas de vainilla y frambuesa. Había también mermelada de grosella negra, un brazo de gitano, una lata de arenques en tomate, una hogaza y una lata grande de macedonia de frutas.

Eily blanqueaba una y otra vez sus zapatos de ante. Tan pronto como los sacaba a la ventana, volvía a cogerlos y le aplicaba otra capa de blanqueador. Las mujeres estaban en la sala metiendo la avena en sacos. No tenían gran cosa que decir. Mi madre solía reírse porque cuando se encontraba con la señora Hogan, esta solía preguntarle: «¿Hay noticias?», dirigiéndole una mirada desquiciada, abriendo la boca y mostrando los huecos que tenía entre las palas, y sin embargo las «noticias» habían acabado por llegar a su propia casa, y aunque el asunto debía de tenerla preocupadísima parecía más contrariada que avergonzada, como si se hubiera producido una molestia en lugar de una desgracia. Pero a partir de ese día dejó de llamar a Eily por su apelativo, que era Babbie.

Le dije a Eily que si le apetecía podíamos hacer caramelos de dulce de leche, una actividad que siempre la ponía de buen humor. Ella se hizo la sorda. A su madre también le había retirado la palabra, y cuando alguien le hacía una pregunta enseñaba los dientes igual que los perros. Incluso pretendió que uno de los perros, Spot, me mordiera, y me lo acercó estirándole de la oreja, pero el animal se interesó más por una cabeza de cordero que yo traía del pueblo. Fue una jornada ardua, entre sacar la avena en bidones y cubos, rellenar sacos, colocar una mesa y los cajones con el té, encontrar manteles apropiados, poner bien la mesa, quitar todas las telarañas de los rincones, barrer el hollín que caía de la chimenea e incluso colgar una cortinita. Eily debía coserle el dobladillo, y cuando se sentó en la puerta trasera y distinguí su expresión me pareció muy pertinaz, sin atisbo de la docilidad de antes. Mi madre aportó un pollo asado, pepinillos y remolachas recién cocidas. Las peló con las manos cuando todavía estaban calientes, y dijo: «Ay, tú te lo has buscado», pero Eily no dio muestra de haberla oído. Se limitó a lavarse la cara en la tina de aluminio, se cepilló el pelo hacia atrás con brío, se puso los zapatos recién blanqueados y se giró para comprobar que las costuras de las medias estuvieran rectas. Su padre volvió a casa borracho y parecía más joven mientras trotaba por los campos con los calcetines color avena,

pues había perdido los zapatos. Cuando vio el saloncito que hasta entonces había sido el almacén para la avena, se sobresaltó y, quitándose el sombrero, preguntó: «¿Es esta mi propia casa, señor?». Mi padre llegó cargado de importantes noticias que ampliaría más tarde, como no dejaba de repetir. Aguardamos sentados en corro alrededor del fuego, y los pocos comentarios, comentarios sin interés alguno, los hacían los hombres. Hablaban de un animal que había tenido lombrices.

Los perros fueron los primeros en avisarnos. Nos pusimos todos en pie de un salto y miramos por la ventana. El empleado del banco llegaba a pie, y mi madre señaló sus andares, clavaditos a los de un vagabundo. Eily corrió a mirarse en el espejo que colgaba de la cornisa de la ventana. Por algún extraordinario motivo mi padre salió a recibirlo y sacó un paquete de cigarrillos. Los dos entraron fumando y fueron directamente a la salita, que quedaba a la izquierda nada más entrar. No había ninguna bebida para ofrecerle porque las mujeres habían decidido que el alcohol desmandaría a los hombres. El padre de Eily no paraba de alabar las bondades de la estancia, y levantó un retal de cretona para asegurarse de que lo que había debajo era una caja de té y no una pieza de valiosa caoba. Mi padre dijo: «Bueno, señor Jacksie, le corresponde cumplir con su deber y hacer de ella una mujer decente». Eily estaba de pie junto a la ventana, mirando la creciente oscuridad. El empleado del banco dijo: «¿Y eso por qué?», y soltó un silbido que yo ya le había oído. No parecía intimidado. Yo temía que sintiera el impulso de abalanzarse sobre Eily y toquetearla. El padre nos avergonzó a todos al decir que su hija llevaba un lechón en la barriga, a lo que el otro replicó que como tantas otras chavalas, lo que le valió un bofetón y la orden de sentarse y comportarse como estaba mandado.

A partir de ese momento debió de darse cuenta de que no tenía escapatoria. En las demás ocasiones lo había visto con una chaqueta color caqui y sus bombachos cortos; aquella noche, en cambio, llevaba un traje marrón que le confería cierto aire de formalidad y monotonía. No se dirigió ni una vez a Eily, ni la miró siquiera, y ella se había sentado en un taburete bajo, miraba por la ventana y mordisqueaba el medallón que le colgaba del cuello. Mi padre dijo que ya estaba bien de hacerse el tonto y que ahora solo podía apechugar y casarse con ella. El empleado del banco puso tres objeciones: la primera, que no tenía casa; la segunda, que no tenía dinero, y la tercera, que ni se planteaba casarse. Durante la cena, la madre de Eily se negó a sentarse y se quedó en la cocina montando guardia frente a la lata grande de macedonia y dándole toquecitos con el viejo abrelatas de hierro. Hablaba sola sobre «esa gente» de al lado y de la lamentable situación a la que habían llegado. Como de costumbre, mi madre solo se comió la rabadilla y sirvió a los hombres las pechugas del pollo. La conversación cambiaba cada dos por tres, lo trataban con consideración al recordar su estatus de empleado del banco, luego le preguntaban qué se cultivaba en su zona del país y a continuación hablaban de él como si no estuviera presente y decían: «Al niño le gusta la carne, ¿eh?». Le informaron de que se casaría con ella el

miércoles de la semana siguiente, que el banco le concedería un traslado y que se afincaría con su nueva esposa en un pueblecito del interior. Él se limitó a encogerse de hombros y yo pensé que al día siguiente se quitaría de en medio; pero lo que él no sabía era que todo el mundo estaba alerta, y cuando en efecto trató de largarse al amanecer, tres tipos muy fornidos le salieron al paso y se lo llevaron a dar un paseo por la montaña en su camión. Estuvo malo una semana, y se cuenta que tenía los ojos hinchados como una pompa de chicle. Se le quedó un boquete permanente en la parte baja de la mejilla, como si le hubieran arrancado un pedazo de piel.

En cualquier caso, debatieron los aspectos prácticos de la boda mientras se tomaban la macedonia, que se sirvió en los platitos de cristal tornasolado, y me acordé de todas las operaciones que Nuala me había practicado, y que tanto Eily como yo, de haber podido, nos habríamos ahorrado con mucho gusto. Yo no quería que la obligaran a casarse con él, y poco me faltó para que se me escapara. Pero los planes seguían adelante, le decían que costaría diez libras, que la ceremonia se celebraría en la sacristía de la iglesia católica, dado que él era protestante, y que no habría otros invitados que los allí presentes, más la antigua maestra de Eily, la señorita Melody. Ni siquiera se lo comunicarían a Nuala, la hermana de la novia, hasta pasado el acontecimiento. No dejaban de preguntarle si estaba todo claro, y él respondía sin cesar: «Sí, sí», como si se tratara simplemente de decidir si quería repetir macedonia. Las guindas estaban contadas y por algún motivo tenían un leve tono malva. A mí me tocó una y mi madre me dio la suya. Eily comía pero sin ganas, como si estuviera ausente. Hacia el final mi padre cantó «Master Mc-Grath», una canción sobre un galgo, y el señor Hogan contó la historia de miedo sobre el señor de librea decapitado que se aparecía en un cruce cuando él era niño.

Al cruzar el campo le ordenaron a Eily caminar por delante con su pretendiente, probablemente para que pudieran hablar del ajuar o de algún otro asunto pendiente. Yo nunca había visto tantas estrellas, ni tan brillantes, y la luna emitía un fulgor tan blanco como si acabara de amanecer y el mundo estuviera cubierto de un velo de escarcha. Eily y él avanzaron en completo silencio. Por fin ella lo miró y le dijo algo, pero lo único que hizo él fue apartarse, creando entre ellos tal distancia que podía haber pasado un carro o un coche. Ella se desvió un poco a la derecha para volver a arrimarse, pero él se apartó aún más, de modo que al final Eily caminaba por el borde del sendero y él por los setos e iba golpeando los arbustos con un palo que había recogido del suelo. Nosotros los seguíamos, los adultos discutiendo si llovería o no al día siguiente, aunque sin duda se preguntaban lo que Eily había intentado decirle al muchacho.

Se vieron dos veces más antes de la boda, una en el salón del hotel, donde el abogado itinerante preparó los papeles que garantizaban a Eily una dote de doscientas libras, y en otra ocasión en la ciudad, donde los mandaron a una joyería para que él comprara la alianza. Era la misma ciudad donde él había estado viéndose con la hija del que ahumaba panceta. Eily contó que en la joyería

le expresó su deseo de verla muerta. En el convite de boda solo hubo suspiros y llantos, y la maestra, como era su costumbre, se plantó delante del fuego y haciendo caso omiso de la variopinta compañía se levantó el vestido por detrás para calentarse mejor las nalgas. En su discurso, mi padre dijo que solo tenían que poner al mal tiempo buena cara. Eily gimoteaba, su madre lloraba a moco tendido y exclamaba: «Ay, mi Babbie, mi Babbie», mientras el novio decía: «Gato escaldado, del agua fría huye». La recepción se celebró en su nueva vivienda, y a mi madre le pareció muy feo que la casera se hubiera autoinvitado. También dijo que el ajuar de cocina daba pena: dos tenedores, dos cuchillos, dos cucharas, una caldera vieja, una sartén, un hornillo, y, según sus propias palabras, ni un bonito recipiente de esmalte para el pan, sino una caja de galletas oxidada. Cuando se despedían, Eily intentó colarse en la parte de atrás del coche, más de una vez, igual que un animalillo que tratara de meterse en su madriguera.

En el trayecto de vuelta mi madre me dejó pintarme los labios con su barra y me felicitó sin motivo por ser una niña tan buena, tan pura, y me sentí peor que nunca por el protagonismo que yo había tenido en el idilio de Eily. Lo único que mi madre comió en la boda fue una gelatina hecha con leche. Intentamos hacerla el domingo siguiente, una gelatina de frambuesa con la misma cantidad de leche que de agua, y luego batida. Era como una bonita lengua rosa, salpicada de saliva, y con una textura resbaladiza. A mí no me habían descubierto, no había recibido castigo alguno, y la vida volvía a la normalidad. Hacía gárgaras con agua salada, los domingos anhelaba unas visitas que nunca llegaban y los lunes por la mañana renovaba el forro de todos mis libros para que la maestra me felicitara. Desde el escándalo, nos impuso que volviéramos a casa de dos en dos, que habláramos en gaélico y que no caminásemos con andares provocativos.

Ella, sin embargo, seguía plantándose delante de la chimenea y, tras levantarse el vestido, se acariciaba. Cuando se enfurecía nos lanzaba tizas y otros utensilios de clase, y nos soltaba barbaridades.

Fue un año magnífico para las lilas, y los alféizares estaban rebosantes, primero de ramos inmensos y húmedos, con sus bonitas hojas verdes y frescas, y luego con arreglos marchitos, y después con las semillas amontonadas por todo el alféizar y el morado mucho más triste y mucho más doloroso que cuando las habían cortado.

Si soñaba despierta, cosa que ocurría a menudo, todo giraba en torno a Eily. ¿Tendría una amiga, la querría su marido, echaría de menos su casa? Y sobre todo, ¿estaría hinchándosele todo el cuerpo? Escribía a su madre cada dos semanas. Ella solía venir con el delantal puesto y la carta guardada en uno de los bolsillos, se sentaba en el escalón de la puerta de atrás y vacilaba antes de leerla. Nunca entraba, porque le daba vergüenza; se quedaba allí sentada mientras mi madre le preparaba una taza de cordial de frambuesa. Todas éramos muy golosas. En las cartas no se contaba casi nada, solo anécdotas como que la chimenea había echado a arder, o que un pastorcillo se había encontrado una moneda antigua en un campo, o Eily pedía a su madre que le

buscase algunas prendas en un baúl y se las mandara, porque no tenía nada que ponerse. «Mucho estilo es lo que tiene...», comentaba entonces su madre con amargura, y luego aconsejaba que lo mejor era cortarme el pelo y no dejarme salir con los bucles, porque «el hábito hace al monje». De vez en cuando derramaba alguna lágrima y luego echaba a los pajarillos las migajas de la galleta que mi madre le había dado.

Le encantaban los pájaros y en su jardín les fabricaba en secreto comederos pequeñitos y, por si fuera poco, les colgaba retales de telas de colores y hasta algún espejito para que se entretuvieran. Mi madre había cosido una colcha para Eily; creo que fue el único regalo de bodas que recibió. La empaquetaron juntas. Era una colcha roja de franela con el forro blanco y rematada con punto de crucetilla. Nada que ver con la colcha grande y suave que una vez estuvo expuesta en el escaparate de la pañería, de un satén color rosa sobre el que cualquier cuerpo se habría hundido para luego levitar. Un día su madre me miró a los ojos y preguntó: «¿Ha vuelto a tener lombrices?». Yo había tenido una solitaria inmensa que fue la comidilla del pueblo durante una semana entera, cuando el escándalo de la boda ya se había aplacado. Luego me regaló media corona. Era una especie de agradecimiento por mi amistad con Eily. Cuando nació el niño, la familia recibió un telegrama. Le pusieron Jack, igual que a su padre, y pensé que la bruja había dado en el clavo al ver la jota dos veces, y en lo equivocadas que habíamos estado nosotras al tomárnoslo como una buena noticia.

Eily empezó a hacer cosas raras, a hablar sola, y luego su precioso pelo comenzó a caérsele a mechones. Yo oía a su madre contarle estas cosas a la mía. Las noticias llegaban con cuentagotas, primero por una familia que había ido allí a alquilar unos pastizales y luego por una enfermera que tuvo que recetarle pastillas y brebajes. Las cartas de Eily no tenían pies ni cabeza y preguntaba por gente que ya había muerto o que ni siquiera conocía. Su madre tenía intención de ir un día en el autobús y pasar allí la noche, pero fue posponiéndolo hasta que su artritis empeoró y ya no pudo viajar.

Cuatro años más tarde, en Navidad, Eily, su marido y sus tres hijos vinieron de visita al pueblo; ella lo escudriñaba todo y le pedía a la gente que por favor dejara de mirarla, y luego se paseó por toda la casa buscando por debajo de las camas a un hombre que según ella estaba espiándola. Iba de marrón y llevaba también guantes largos marrones con forro de piel. Su marido estaba encantador, se había dejado el pelo largo, y durante el té no paró de apretar su rodilla contra la mía y de preguntarme qué prefería, si dulce o salado. El único momento de ligereza fue cuando los tres niños se metieron, vestidos y todo, en el comedero de los cerdos y empezaron a revolcarse. Eily se moría de risa mientras su madre los limpiaba a manguerazos. Luego tuvieron que dormir en el mueble cama, entre los costales de harina, las escobas y las baratijas, mientras les lavaban la ropa y la colocaban sobre un caballito de madera para que se secara junto al fuego. Se reían, pero les castañeteaban los dientes. Eily no se acordaba bien de mí

y me preguntaba una y otra vez si era la hija mayor o la mediana. Más tarde nos enteramos de que habían ascendido a su marido y que ahora dirigía una tiendecita donde empleaba jovencitas.

Yo estaba embarazada e iba andando por una calle de ciudad con mi madre, en circunstancias no precisamente felices, cuando vimos a una criatura enloquecida venir hacia nosotras, hablando y discutiendo consigo misma. Tenía el pelo gris y encrespado, la ropa hecha harapos, y nos miró, nos escrutó, como si estuviera a punto de abalanzarse sobre nosotras, y entonces empezó a reírse de las dos, más bien despreciándonos, hasta que se alejó, con intención de atacar a otros. Mi madre dijo: «Creo que era Eily», pero me prohibió que me volviera. Seguimos andando, aterrorizadas, y nos escondimos en la entrada de una tienda para seguirla con la mirada sin que nos viera. Todo el mundo la evitaba, y para entonces estaba gritando algo y enseñando los puños, peleando por que alguien le hiciera caso. Me eché a temblar, y lo mismo hizo la criatura que llevaba dentro de mí, y por un momento quise retroceder y acercarme, pero mi madre me retuvo asegurándome que era peligrosa y que en mi estado no debía arriesgarme. No hizo falta mucho más para convencerme. Eily seguía avanzando y ahora varias personas se burlaban de ella y la seguían con la mirada mientras yo en cambio era incapaz de moverme, y reviví la felicidad de aquel día de verano, el frasquito de «Travesura» apretado de nuevo contra la palma de mi mano, y la vi ágil y guapa como era antes, y en medio de la calle un potente haz luminoso envolvió un montón de heno que revoloteaba por su cuenta.

Años más tarde fui a buscarla. Mi marido me esperó en el cruce y yo bajé la callejuela en pendiente con mi hijo, que estaba emocionado ante la idea de entrar en una tienda. Eily se encontraba detrás del mostrador, con la cabeza inclinada sobre una pila de facturas que ensartaba en un pincho. Levantó la vista y sonrió. La misma cara, pero mucho más tosca. De la permanente sobresalía un lápiz recién afilado. Se alegró mucho de verme y estiró la mano para darle a mi hijo un puñado de caramelos arcoíris.

Fue como si nos hubiéramos visto días antes. No me estrechó la mano, ni hizo aspavientos; simplemente dijo: «Hablando del rey de Roma...», porque esa misma mañana se había acordado de mí. Sus hijos la ayudaban, uno pesaba el azúcar, la niña vertía aceite de ricino en frasquitos sirviéndose de un embudo y el mayor estaba subido a una escalera arreglando un cable de una lámpara del techo. En cuanto Eily me presentó, el chico repitió mi nombre con descaro, pero ella lo mandó callar. A sus hijos no les hacía ningún caso porque ya estaban crecidos, pero con el mío se deshizo en atenciones y repetía que era un nene guapísimo. Lo pesó en la balanza grande para la harina y lo dejó meter la paleta en el trigo y hundir el brazo entero, haciéndolo gorjear.

La clientela entraba y salía y ella seguía hablando conmigo mientras despachaba. Era la dueña y señora del lugar y se lamentó de que su marido estuviera con la furgoneta repartiendo pedidos.

Había dejado la banca al ver que el comercio daba más beneficios. Cada vez que abría la caja registradora guiñaba un ojo, para demostrarme que era una verdadera experta. En cuanto había una pausa yo pensaba en decir algo, pero las monerías de mi hijo monopolizaban la situación. Como estaba deseando agasajarme, rasgó el celofán de una caja de bombones de un kilo y me la puso delante, inclinada, apoyada sobre una lata o algo parecido. Eran tremendamente tentadores y cuando los rechacé Eily hizo alusión a la línea.

—Siempre has sido muy generosa —le dije, con el tono que habría empleado mi madre o algún pariente estirado.

—Anda, mujer —repuso ella, dándome una palmadita.

Parecía el momento perfecto para sacar el tema, pero ¿cómo?

—¿Cómo estás? —le pregunté.

Dijo que de fábula, cumpliendo años, y que los niños eran un primor y que la próxima vez tenía que avisarla con antelación para poder charlar más tranquilamente. No le dije que mi marido estaba esperándome fuera, y que a esas alturas ya estaría mirando el reloj y farfullando y que tal vez se hubiera puesto a sacarle brillo o hacerle alguna carantoña al coche de época al que tanto cariño tenía. En cambio, hice otro comentario lamentable:

—¿Te acuerdas de los viejos tiempos, Eily?

—No mucho —contestó.

—De los días felices del pasado...

—Ahora es más de lo mismo —dijo.

—¿Malos?

—No, ajetreados —discrepó.

Mi primer pensamiento fue que debían de haberle matado los sentimientos a base de medicamentos; debían de haberle dado extraños brebajes que además de reprimir su locura le habían arrebatado la chispa.

Me dio un beso y me aplicó agua bendita en la frente, apretando mucho el dedo, como si yo fuera de plastilina. Nos despidieron con la mano, saludo que mi hijo no pudo devolverles por tener los brazos llenos de los muchos regalos que tanto Eily como sus hijos le habían hecho. Empezaba a chispear, y entre la lluvia, el agua bendita y el frondoso serbal rojo, cargado de vida, pensé que la nuestra era una tierra de vergüenza, una tierra asesina y una tierra de extrañas mujeres expiatorias.

## La alfombra

Me puse de rodillas sobre el flamante linóleo y aspiré el extraño olor. Era intenso y aceitoso. Al instante penetró y se adhirió a algún elemento de mi memoria, cuando yo tenía nueve años. Más tarde descubriría que es el olor del aceite de linaza; si lo percibo sin esperármelo, me trastorno y entristezco un poco al mismo tiempo.

Me crie en el oeste de Irlanda, en una finca gris de piedra que mi padre heredó del suyo. Mi padre venía de las tierras bajas, de una familia de labradores adinerados; mi madre, de las hambrientas y ventosas colinas que dominaban un gran lago. De niños jugábamos en un bosquecillo de rododendros —adensado y enmarañado y quebrado bajo el peso de las vacas que se restregaban contra él— que rodeaba la casa y el acceso. Los baches del caminillo que subía desde la cancela eran tan grandes que los coches se veían obligados a meterse en el terreno para sortearlos.

Pero aunque el exterior estuviese descuidado, plagado de hierba de Santiago y cardos, los desconocidos se quedaban boquiabiertos al entrar en la casa; mi padre podía pasarse la vida viendo caer las lajas del tejado del establo, pero, dentro, esa misma casa cuadrada de piedra plantada en la llanura era el gran orgullo de mi madre. Siempre impecable. Estaba atestada de cosas: muebles, perros de porcelana, tazones de personajes históricos, jarras, bandejas, tapices y vitrinas. En las paredes y repisas doradas de cada uno de los cuatro dormitorios había imágenes religiosas. Las bocas de las chimeneas estaban protegidas por pantallas de papel o tapas de cajas de bombones. Las repisas exhibían un apretujado surtido de flores de cera, estatuillas religiosas, despertadores estropeados, conchas, fotografías y acericos suaves y redondeados.

Mi padre era generoso, insensato y víctima de una pereza que solo podía venirle de una suerte de insatisfacción. Cuando yo tenía nueve años y experimenté por primera vez el maravilloso olor, mi padre tuvo que vender otro prado para saldar una deuda, y por primera vez en muchos años mi madre dispuso de un puñado de dinero.

Salió muy temprano, cogió el autobús de la ciudad y caminó toda una mañana y una tarde de verano en busca del linóleo. Cuando volvió, ya de noche, con los pies doloridos por los tacones, anunció que había comprado un bonito linóleo marrón claro con cuadros naranjas.

Llegó el día en que nos dejaron los cuatro rollos en la cancela, y Hickey, nuestro mozo, preparó el carro y el caballo para traerlos. Fuimos todos con él, de tan emocionados como estábamos. Los ternerrillos perseguían el carro, creyendo que a lo mejor les daríamos de comer al borde de la carretera. A veces alguno se alejaba a galope pero luego volvía, apartando a los demás con el hocico. Era un día cálido y sin viento; los ruidos de los coches y los perros de los vecinos se distinguían nítidamente, y las boñigas de las vacas sembradas por el caminillo estaban pardas y secas como picadura de tabaco.

Mi madre se esforzó más que nadie en levantar y meter los rollos en el carro. Había asumido desde muy pronto que su cometido en la vida era trabajar.

Debió de engatusar a Hickey con la promesa de regalarle unas pocas gallinas para que las vendiera, porque esa noche el mozo se quedó en casa para echar una mano con el suelo; él, que por lo común se acercaba al pueblo a beberse una o dos pintas de cerveza. Mamá, por supuesto, siempre conservaba los periódicos, y nos dijo que cuantos más colocáramos debajo del linóleo, más tardaría en desgastarse. A gatas en el suelo, levantó la cabeza una sola vez, colorada, entusiasmada, agotada, y dijo:

—Algún día pondremos aquí una alfombra, fijaos en lo que os digo.

Antes de cortar los trozos difíciles que iban junto a los marcos de las puertas, la ventana salediza y la chimenea, hubo muchos cálculos y discusiones. Hickey decía que si no llega a ser por él, mi madre habría hecho una verdadera chapuza. Enfrascados como estaban en la cháchara y la discusión, no se dieron cuenta de que ya había pasado la hora de mandarme a la cama. Mi padre estuvo toda la noche pegado al fogón de la cocina mientras nosotros nos afanábamos. Más tarde se asomó y nos felicitó por el magnífico trabajo que estábamos haciendo. «Magnífico trabajo», dijo. Él tenía jaqueca.

El día siguiente debió de ser sábado, porque me pasé la mañana entera en el salón admirando el linóleo, aspirando su olor, contando los cuadros naranjas. Se suponía que tenía que quitar el polvo. De vez en cuando recolocaba las contraventanas, según la posición del sol. Teníamos que evitar que la luz desvayese los vivos colores.

Los perros ladraron y apareció el cartero en su bicicleta. Salí y vi que traía un paquete enorme. Mamá estaba en el corral con las gallinas. Cuando el cartero se fue, me acerqué a contárselo.

—¿Un paquete? —preguntó. Estaba limpiando el comedero antes de echarles de comer. Las gallinas bregaban a su alrededor, entraban y salían de los baldes, le picoteaban las manos—. Será cordel para la empacadora —dijo—. ¿Quién iba a mandarnos un paquete? —Mi madre nunca lanzaba las campanas al vuelo.

Le dije que llevaba matasellos de Dublín —me lo había dicho el cartero— y que dentro había algo lanudo y negro. El papel se había rasgado en una esquina y yo había metido un dedo, muerta de miedo.

Mientras volvíamos a la casa se limpió las manos con un puñado de hierba alta.

—A ver si va a ser que alguien de América se ha acordado de nosotros por fin.

Uno de sus pocos sueños era que se acordaran de ella los parientes que habían emigrado a América. El gallinero quedaba a cierta distancia de la casa, y el último tramo lo hicimos corriendo. Pero, a pesar del entusiasmo, su cautela natural la obligó a desanudar y enrollar una por una todas las cuerdas del paquete, para reutilizarlas en un futuro. Era la mujer más generosa del mundo, pero en lo tocante a cuerdas y papel, y restos de velas, y alas de pavos, y cajas de pastillas vacías, se volvía muy ahorrativa.

—¡Madre mía! —exclamó impresionada al apartar el último pedazo de papel y dejar a la vista una alfombra negra de piel de carnero, de las que se colocan al pie de la chimenea.

La desplegamos. Tenía forma de media luna y cubría toda la mesa de la cocina. Mi madre se había quedado muda. La piel era auténtica, densa, suave y voluptuosa. Echó un vistazo al forro, escrutó la etiqueta del fabricante por la parte de atrás, rebuscó una hipotética carta entre los pliegues de papel marrón, pero nada indicaba su procedencia.

—Tráeme las gafas —me ordenó. Leímos de nuevo la dirección y el matasellos. El paquete había salido de Dublín dos días antes—. Llama a tu padre —añadió.

Papá estaba en la cama con reuma. Con o sin alfombra, exigió una cuarta taza de té antes de levantarse.

Llevamos la gran alfombra negra al salón y la colocamos sobre el linóleo nuevo, delante de la chimenea.

—Queda perfecta, ¿verdad? Los colores combinan a la perfección... —comentó.

De pronto la estancia se había vuelto acogedora. Mi madre retrocedió unos pasos y la contempló con asombro y una pizca de suspicacia. Pese a que jamás perdía la esperanza, en el fondo no contaba con que las cosas salieran bien. Con nueve años, yo sabía lo bastante sobre la vida de mi madre para rezar una oración de agradecimiento por que hubiera obtenido por fin algo que deseaba, y sin tener que deslomarse a cambio. Mamá tenía la cara redonda y cetrina y su sonrisa tímida e indecisa era muy particular. La sospecha la abandonó enseguida, dando paso a la sonrisa. Fue uno de los días más felices de su vida; lo recuerdo igual que recuerdo el que yo considero el más infeliz: aquel en que recibimos la visita del alguacil, un año más tarde. Me imaginé que se acomodaría los domingos en el salón recién renovado para tomar el té, sin el delantal, con la melena castaña bien cepillada, serena y guapa. Fuera, los rododendros, aunque salvajes y rotos, echarían flores rojas y moradas, y dentro la alfombra nueva luciría sobre el linóleo de olor intenso. Me dio un abrazo de improviso, como si debiera agradecerme todo aquello; el puré de las gallinas se le había secado en las manos y desprendía ese olor harinoso que yo tan bien conocía.

Por momentos a lo largo de los días siguientes mi madre se devanó los sesos, y nos obligó a devanarnos, en busca de alguna pista. Tenía que haber sido alguien que conociera sus necesidades y deseos, ¿cómo, si no, habría escogido justo lo que más falta le hacía? Escribió cartas aquí y allá, a parientes lejanos, a amigos, a gente a la que llevaba años sin ver.

—Ha tenido que ser uno de tus amigos —le decía a mi padre.

—Pues puede ser, puede ser. He conocido a mucha gente honrada en estos años.

Mamá se refería —irónicamente, por supuesto— a los muchos desconocidos a los que papá había invitado a té. Nada le gustaba más que plantarse en la cancela en días buenos o de carreras, dar palique a quienes pasaban por allí y acabar llevando a alguno a casa para tomar el té y huevos duros. Tenía un don para hacer amigos.

—Yo diría que estás en lo cierto —convenía mi padre, encantado de llevarse el mérito de la alfombra.

En las noches templadas nos sentábamos en torno a la chimenea —nunca antes en toda mi niñez habíamos encendido el hogar en esa habitación— y en torno a la alfombra, a escuchar la radio. Y de vez en cuando mamá o papá daban con algún otro posible remitente de la alfombra. No había pasado ni una semana cuando mamá ya había escrito una docena de cartas: a un conocido que se había mudado a Dublín con un cachorro de galgo que papá le había regalado y que había ganado muchas carreras; a un cura secularizado que pasó una semana en nuestra casa, reuniendo gracias a mamá la energía necesaria para ir a su casa y reencontrarse con su familia; a un mago que le robó a papá el reloj de oro y acto seguido se esfumó; a un agricultor que nos vendió una vaca tuberculosa y se negó a devolvernos el dinero.

Pasaron las semanas. Los sábados sacábamos la alfombra para sacudirla bien y abrillantábamos el linóleo nuevo. Un día regresé antes de la escuela y al echar un vistazo por la ventana vi a mamá arrodillada en la alfombra, rezando. Nunca la había visto rezar así, en pleno día. Al siguiente mi padre iba al condado vecino para ver un caballo que creía que podría comprar por poco dinero; mamá rezaba, como es natural, por que mantuviera su promesa de no probar ni una gota de alcohol. De lo contrario cogería una de sus cogorzas y desaparecería una semana entera.

Se marchó al día siguiente; pasaría la noche en casa de unos familiares. En su ausencia yo dormía con mamá, por hacerle compañía, en la cama grande de metal. Me despertó la llama de una vela y vi a mamá poniéndose la rebeca con prisa. ¿Había vuelto papá? No, me dijo, pero llevaba un rato desvelada, pensando, y tenía que decirle una cosa a Hickey; si no, no pegaría ojo en toda la noche. Todavía no habían dado las doce; estaría despierto. Yo no quería quedarme sola a oscuras, protesté, pero mamá ya estaba precipitándose al rellano. Salí de la cama y la seguí. El reloj luminoso marcaba las doce menos cuarto. Desde el primer descansillo me asomé y la vi girar el pomo de la puerta de Hickey.

¿Por qué iba él a abrirle?, pensé; nunca dejaba entrar a nadie, fuera la hora que fuera, y cada vez que se iba cerraba con llave. El día que nos colamos por la ventana nos encontramos tal caos —el traje de los domingos extendido en el suelo, una camisa en remojo en un cubo de agua sucia y verdosa, una lechera con suero cortado, una cadena de bicicleta, un Sagrado Corazón roto y varios pares de botas desgastadas, deformadas, inservibles— que mamá resolvió no volver a poner jamás un pie allí.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Hickey.

Sonó un golpetazo. Debía de haber tirado algo mientras buscaba la linterna.

—Si mañana hace bueno, cortaremos la turba —le dijo mamá.

Hickey le preguntó si lo había despertado a esas horas solo para decirle algo que ya sabía; lo habían discutido a la hora del té.

—Abre —ordenó ella—. Tengo que decirte una cosa sobre la alfombra.

Hickey entreabrió la puerta.

—¿Quién la mandó?

—La parejita de Ballinsloe —dijo mamá.

Con «la parejita» se refería a dos visitantes que se habían presentado en nuestra casa años antes, una jovencita y un señor mayor con guantes marrones. Prácticamente acababan de llegar cuando mi padre se fue con ellos en el coche. Volvieron una hora después, y por lo que hablaron comprendí que habían ido a ver al médico del pueblo, amigo de papá. La chica era hermana de la monja que dirigía el convento donde estudiaban mis hermanas. Había estado llorando. Adiviné entonces, o puede que más tarde, que las lágrimas guardaban relación con el hecho de que estaba embarazada, y que papá la había llevado al médico para que le confirmara el embarazo y pudiera iniciar los preparativos de boda. Le habría resultado imposible ir a un doctor de su localidad, y no me cabía duda de que papá estaba encantado de hacerle un favor a la monja, dado que no siempre podía pagar las cuotas del colegio de mis hermanas. Mamá les sirvió té en una bandeja —sin alardes de manteles bordados a mano ni tazas de porcelana— y les estrechó la mano con frialdad cuando se marchaban. No soportaba a los pecadores.

—Un detalle que se hayan acordado —dijo Hickey, aspirando entre dientes y haciendo un ruido de pájaros—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Es una suposición —reconoció mamá.

—¡Ay, Señor! —exclamó Hickey antes de dar un portazo espantoso y volver a meterse en la cama con tal vehemencia que oí los muelles rebelarse.

Mamá me subió en brazos, porque yo tenía los pies helados, y dijo que Hickey no tenía ni una pizca de vergüenza.

Al día siguiente papá volvió sobrio y mamá le contó la historia, y esa misma noche mamá escribió una carta a la monja. A su debido tiempo recibimos otra carta —con medallitas y

escapularios para mí— en que la monja decía que ni ella ni su hermana casada habían mandado regalo alguno. Imagino que la chica acabó casándose con el hombre de los guantes.

—Quedará como uno de los misterios de la vida —dijo mamá al tiempo que sacudía la alfombra contra el pilote, cerrando los ojos para que no le entrara polvo, y se resignó a nunca descubrir la verdad.

Pero cuatro semanas más tarde llamaron a la puerta trasera mientras nosotras estábamos arriba cambiando las sábanas.

—Baja a ver quién es —me pidió.

Era un vecino del pueblo, tocayo de papá, un tipo que venía siempre a pedir cosas prestadas: un burro, la segadora y hasta una pala.

—¿Está tu madre? —preguntó, y yo subí la mitad de las escaleras y la llamé.

—Vengo por la alfombra —anunció.

—¿Qué alfombra? —replicó mamá. Fue lo más cerca que estuvo en su vida de mentir. Se le entrecortó la respiración y se ruborizó un poco.

—Me he enterado de que tenéis una alfombra nueva. Y resulta que es nuestra, porque la hermana de mi señora nos la mandó hace meses y nunca la recibimos.

—Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó ella con un tono muy sarcástico.

El hombre era un cobarde, y se contaba que además era tan inútil que hacía entrar a su mujer del jardín para que le sirviera una taza de té. Supongo que mi madre esperaba espantarlo.

—La alfombra que el cartero os trajo una mañana y le dio a la chiquilla. —Me señaló con la cabeza.

—Ah, esa —dijo mamá, anonadada por que el cartero hubiera ido contándolo.

Entonces debió de atravesarla un rayo de esperanza, o de locura, porque le preguntó de qué color era la alfombra que andaba buscando.

—Negra, de piel de carnero.

No había lugar a dudas. Todo su ser se vino abajo: hombros, vientre, voz, todo.

—La tenemos aquí —comentó, ausente, y cruzó el recibidor para meterse en el salón.

—Como somos tocayos, el cartero se hizo un lío —me dijo el tipo, como un idiota.

Mamá me había hecho un guiño para indicarme que me quedara allí y me encargara de que el vecino no entrase, porque no quería que supiera que habíamos estado usándola.

Se la entregó enrollada y atada con una cuerda en el centro. Mientras lo veía alejarse por el caminito se echó a llorar, menos por la pérdida —si bien la pérdida era enorme— que por haber sido tan tonta para creer que alguien por fin había querido tener un detalle con ella.

—De los errores se aprende —dijo al tiempo que se desataba el delantal, por costumbre, y volvía a atárselo lenta y metódicamente, apretando más el nudo.

## La Criatura

En el pueblo siempre la llamaron la Criatura: la modista para la que abría ojales, el sacristán, que solía buscarla entre los bancos en las oscuras tardes de invierno antes de cerrar, y hasta Sally, la niña para quien copió la letra de una canción sobre la hambruna. La vida la había tratado de pena, y sin embargo no solo no se quejaba, sino que siempre andaba con la sonrisa puesta, de modo que aquella cara de mofletes rosados parecía más bien algo que pudiera comerse o lamerse; a mí me recordaba muchísimo a un buñuelo de manzana.

Solía encontrármela cuando volvía de rezar o de misa, o dando un paseo, y cuando nos cruzábamos me sonreía, pero nunca decía nada, seguramente por miedo a molestar. Yo estaba haciendo una sustitución en una escuela de un pueblecito del oeste de Irlanda y pronto descubrí que vivía en una casa diminuta enfrente de un taller mecánico que era también el local de las pompas fúnebres de la localidad. La primera vez que la visité nos sentamos en el salón y nos quedamos mirando las letras torcidas de la puerta. No parecía que hubiera nadie atendiendo la zona de la gasolinera. Un hombre se despachó su propio combustible. Tampoco había visillos que velaran el mundo porque, como me repitió una y otra vez, ese mismo día los había lavado, qué lástima. Me sirvió un vaso de vino de ruibarbo y compartimos la silla, que era en realidad un asiento de madera con respaldo de rejilla que había rescatado de la basura y barnizado ella misma. Después de aplicar el barniz había pasado la punta de un clavo por encima de la madera para crear una especie de jaspeado, y por las líneas más temblorosas se apreciaba dónde había vacilado la mano.

Yo venía de otra zona del país; en realidad, me había ido para superar una aventura amorosa y debía de emanar cierta tristeza que hacía que conmigo se sintiera muy a gusto y me llamara «querida» cuando nos veíamos y cuando nos despedíamos. Después de corregir los ejercicios del colegio, escribir en mi diario y dar un paseo, llamaba a su puerta y me sentaba con ella en el saloncito casi sin amueblar —desprovisto incluso de plantas o cuadros—, donde la mayoría de las veces me ofrecía un vaso de vino de ruibarbo y, de cuando en cuando, una porción de bizcocho de cerveza. Vivía sola desde hacía diecisiete años. Era viuda y tenía dos hijos. La hija estaba en Canadá; el hijo vivía a poco más de cinco kilómetros. Llevaba diecisiete años sin verlo

—desde que la nuera la había echado de su casa— y los nietos que había conocido de bebés eran ya mayores y, según tenía entendido, guapos a rabiar. Cobraba una pensión y una vez al año se desplazaba al extremo sur del país, donde vivían unos parientes en una casita de campo frente al Atlántico.

Su marido había sido asesinado dos años después de que se casaran: recibió un tiro en la parte de atrás de un camión en un incidente que más tarde las fuerzas británicas calificaron de «lamentable». Ella tuvo que ocultarle la muerte y las circunstancias en que había acaecido a su propia madre, porque esta había perdido a un hijo más o menos por las mismas fechas, también en combate, y el día del funeral de su marido, cuando las campanas de la capilla doblaron sin cesar, se vio obligada a fingir que sonaban por un calderero que estaba de paso y que había muerto de repente. No llegó al entierro hasta el último momento, con la excusa de que tenía cita con el cura.

Su marido y ella habían vivido con su madre. Crio a los hijos en la vieja casa de labranza, al final le confesó a su madre que ella también se había quedado viuda, y las dos unieron sus fuerzas para trabajar, hacer las tareas más arduas, cuidar al ganado, ordeñar, batir mantequilla y criar una cerda a la que llamó Bessie. Cada año adoptaba a los gorrinos como mascotas, también los bautizaba con nombres bonitos, y ellos la seguían por la carretera cuando iba a misa o a cualquier otra parte. Un jornalero inmigrante las ayudaba en los meses de verano, y en otoño él mataba un cerdo a fin de que se proveyeran de carne para el invierno. La matanza siempre la entristecía, y aseguraba que seguía oyendo los gruñidos del animal —los de todos ellos— después de tantos años, lo detallaba, y luego contaba que un cerdo especialmente malo se les metió una vez en la casa, hundió el hocico en los cuencos de nata y luego se tiró al suelo, roncando y eructando como un borracho. El jornalero dormía abajo, en el mueble cama, se emborrachaba los sábados y fue el causante de un accidente; mientras enseñaba al hijo de ella a tirar al blanco, el niño se voló tres dedos. Aparte de eso, su vida había transcurrido sin incidentes.

Cuando sus hijos volvían del colegio, ella les despejaba la mitad de la mesa para que hicieran los deberes —era una mujer desordenada— y todas las noches les preparaba manjar blanco antes de mandarlos a la cama. Le echaba colorante rojo, marrón o verde, según el día, maravillándose con las esencias de colores casi tanto como los propios críos. Cada año les tejía dos jerséis a cada uno —idénticos, de ochos de lana blanca— y se henchía de orgullo maternal cada vez que el niño hacía de monaguillo en misa.

Su economía sufrió un terrible revés cuando todo su ganado contrajo la fiebre aftosa, y para colmo tuvo que ver morir y enterrar por toda la finca, dondequiera que cayeran, a aquellos animales que ella tanto quería. Sus tierras fueron desinfectadas y estuvieron en barbecho más de un año; aun así, consiguió reunir dinero suficiente para mandar a su hijo a un internado, y tuvo la

suerte de que le redujeran las cuotas debido a sus estrecheces económicas. El párroco había intercedido por ella. La admiraba y solía tomarle el pelo por las novelillas que devoraba. Los niños se fueron, su madre murió y ella pasó por un período en que no quería ver a nadie, ni siquiera a los vecinos, una fase que ella reconocía como su Huerto de los Olivos. Contrajo la culebrilla y una noche, al asomarse al pozo para sacar agua, miró primero hacia arriba, a las estrellas, y luego hacia abajo, al agua, y pensó en lo fácil que sería todo si se ahogara. Entonces rememoró la vez en que su hermano la había tirado al pozo en broma, y otra ocasión en que una de sus celosas hermanas le había echado por encima un balde de agua, y el recuerdo del impacto de aquellas dos experiencias, junto con una súplica a Dios, la hizo apartarse del pozo y cruzar a la carrera el jardín plagado de ortigas hasta la cocina, donde el perro y la lumbre, al menos ellos, la esperaban. Se puso de rodillas y rezó por hallar la fuerza necesaria para salir adelante.

Es fácil imaginar la alegría que sintió cuando, después de años dando tumbos, su hijo volvió de la ciudad, le anunció que se haría agricultor y que se había prometido con una chica del pueblo que trabajaba en la ciudad como pedicura. Ella les regaló una colcha de *patchwork* y un parterre de acianos que plantó debajo de la ventana, porque la futura novia estaba más que orgullosa de sus ojos azul violeta y aludía a ellos en cuanto se le presentaba la ocasión. La Criatura pensó que sería bonito tener unas flores a juego en la ventana, y muy apropiado, pese a que ella prefería los alhelíes, tanto por el olor como por su suavidad. Cuando la joven pareja volvió del viaje de novios ella estaba arrodillada quitándole la mala hierba al parterre; al levantar la vista y ver a la novia con su sombrero con velo pensó que ni un retrato al óleo podía ser más bonito ni suntuoso. Esperaba secretamente que su nuera le quitara los callos cuando se hubieran hecho íntimas.

Pronto tomó por costumbre salir a la vaqueriza para dejar solos a los recién casados, porque aun cuando subía al piso de arriba los oía. Era una casa pequeña, y los dormitorios quedaban justo encima de la cocina. No paraban de discutir. La primera vez que oyó palabras rabiosas rezó por que se tratara simplemente de una riña de enamorados, pero se hablaron con tanto rencor que se estremeció y se acordó de su difunto compañero, de que ellos jamás habían intercambiado una palabra fea. Aquella noche soñó que estaba buscándolo y que aunque algunas personas conocían su paradero no le echaban una mano. No tardó en darse cuenta de que su nuera tenía la desgracia de contar con un carácter avinagrado y resentido. Discutía automáticamente por todo: el precio de los huevos, las matas de patata que más convenía arrancar y hasta qué campos debían usarse para pastos y cuáles era mejor reservar para la labranza. Las mujeres se entendían más o menos durante el día, pero de noche, cuando él volvía, las broncas eran inevitables, y, como siempre, la Criatura salía a la vaqueriza o al camino mientras caía el chaparrón. Ya en su dormitorio se ponía bolitas de algodón en los oídos para amortiguar cualquier posible ruido. El nacimiento del primer bebé solo sirvió para exacerbar el nerviosismo de la joven, que al cabo de tres días se quedó sin

leche. El hijo le pidió a su madre que lo acompañara al cobertizo, se encendió un cigarrillo y le dijo que mientras ella no le cediera la casa y las tierras su joven y entrometida esposa no lo dejaría tranquilo.

La Criatura lo hizo poco después, pues no habían pasado ni tres meses cuando cogió sus pocas pertenencias y se marchó de la casa donde había vivido cincuenta y ocho de sus sesenta años. Solo se llevó la ropa, la lámpara votiva y un tapiz que representaba unos barcos en un mar color cáñamo. Era un recuerdo de familia. Encontró una vivienda en el pueblo, y fue objeto de gran curiosidad y luego de escarnio por haber entregado su finca a su hijo y a su nuera. El hijo dejó de pasarle la asignación semanal que habían acordado, pero aunque ella consultó el asunto con su abogado, el día señalado no se presentó en el juzgado y se pasó la noche entera en la capilla, escondida en el confesionario.

Al oír aquella historia durante varios meses y comprobar que la Criatura se había resignado y comía sopa casi todos los días, que estaba ahorrando para comprar una manta eléctrica y que prefería con diferencia el invierno al verano, decidí ir a conocer al hijo sin que se enterase su esposa. Una tarde lo seguí hasta el campo donde manejaba el tractor. Me encontré con un hombre taciturno de mediana edad que ni siquiera se tomó la molestia de mirarme; prefirió concentrarse en liarse un cigarrillo. Lo reconocí sobre todo por los tres dedos que le faltaban, y me planteé la inútil cuestión de qué habrían hecho con ellos aquel fatídico día. Estaba en el campo grande al que la Criatura iba antaño dos veces al día con cubos de leche desnatada para dar de comer a los terneros lechales. Detrás de unos árboles se entreveía la casa, y no sé si por prudencia o por nerviosismo él se apeó del tractor, caminó unos metros y se plantó bajo un árbol, con la espalda apoyada contra el tronco nudoso. Era un pequeño majuelo, y yo, por superstición, vacilé en meterme debajo. Sus flores daban un aire como de ensoñación a aquel lugar por lo demás desolado. La tierra roturada tiene un elemento truculento, quizá porque recuerda a la tumba.

Parecía conocerme y se quedó mirando, en mi opinión con desagrado, mis botas de charol y mi capa de tweed. Me dijo que él no podía hacer nada, que agua pasada no movía molino, y que su madre había rehecho su vida en el pueblo. Cualquiera habría pensado que la mujer había prosperado o se había vuelto a casar, a tenor del tono cáustico con que él hablaba de «su propia vida». Tal vez había contado con que muriera. Le dije que su madre seguía pensando en él con mucho cariño, y contestó que siempre había sido una sensiblera y que si algo odiaba en esta vida era un pañuelo empapado.

Con muchos recelos accedió a visitarla y fijamos la cita para una tarde a finales de esa misma semana. Me rogó que no dijera nada a nadie, y entonces me percaté de que no quería que llegara a oídos de su esposa. Lo único que yo sabía de aquella mujer era que no se hablaba con ninguna

persona, que había hecho reformas en la casa —ventanas más grandes y un cuarto de baño de obra— y que nunca se los veía juntos, ni siquiera la mañana de Navidad en la capilla.

Hacía ya un buen rato que había salido de la escuela cuando pasé por casa de la Criatura el día señalado; como de costumbre, ella me había dejado la llave en la puerta. Me la encontré adormilada en el sillón, muy cerca de la estufa, con el libro aún en una mano y moviendo los dedos de la otra, como si anduviese enfrascada en alguna labor. El bonito chal bordado estaba hecho una bola en el suelo, y lo primero que hizo al despertarse fue recogerlo y sacudirle el polvo. Me di cuenta de que le había salido una especie de sarpullido y de que su cara no se diferenciaba mucho de la de una rana, con sus ojillos de uva pasa hundidos bajo unos párpados rosados e hinchados.

Al principio no encontraba las palabras, se limitaba a menear la cabeza. Pero al final dijo que la vida era un calvario, un verdadero calvario. Intenté consolarla, sin saber exactamente de qué. Me señaló la puerta trasera y dijo que todo se había ido al garete desde el momento en que su hijo cruzó el umbral. Al parecer llegó por el jardín trasero y se la encontró dándose los últimos retoques en el pelo. Ella, cogida por sorpresa, recayó en un estado de agitación como hacía mucho que no sentía y no fue capaz de decir nada con sentido. «Creía que era un ladrón», me dijo, mirando aún la puerta, en la que su bastón colgaba de un clavo.

Cuando se dio cuenta de quién era, le puso de comer y de beber sin darle tiempo a recobrar el aliento, pero me di cuenta de que él no había probado bocado, porque el plato con fiambre de lengua de ternera seguía en la mesa, intacto. A su lado había una botella de whisky, vacía. Me contó que había envejecido mucho y que cuando alargó la mano para tocarle el pelo cano, él se apartó como si le hubiera dado corriente. Él, que tanto odiaba la sensiblería y los pañuelos empapados, debió de aborrecer aquella caricia. La Criatura le pidió que le enseñara fotos de la familia, pero su hijo no llevaba ninguna. Lo único que le contó fue que la chica estaba preparándose para ser modelo, y ella metió aún más la pata cuando dijo que no hacía falta embellecer lo que ya era perfecto. Llevaba periódicos en las suelas de los zapatos para aislarlos de la humedad; ella se los quitó e hizo amago de cepillárselos. Me imaginé la escena, la vi afanándose con el solo propósito de complacerlo y sin embargo crispándolo cada vez más. «Estaban secándose en la cocina —me dijo— cuando los cogió y se los puso.» Se marchó antes de que a ella le diera tiempo a abrillantarlos, y lo peor fue que no le hizo ninguna promesa respecto al futuro. Cuando le preguntó si volverían a hablar, él había contestado: «Ya veremos», y me explicó que las dos palabras que ella más detestaba en esta vida eran «ya veremos».

—Me he equivocado —dije y, aunque ella no me dio la razón, supe que estaba pensando lo mismo, que a partir de entonces me consideraría una entrometida. De repente me acordé del majuelo, del campo roturado desnudo, del corazón de él, tan negro y adormecido como el del hombre al que yo pretendía olvidar yendo allí, y dentro de mí se liberó también un pesar

gigantesco e inútil. Le había sido arrebatado aquel último hilillo de esperanza al que llevaba veinte años aferrada, y se había quedado sin nadie, sin nada, y deseé no haberme impuesto nunca el castigo de solicitar una sustitución en aquel agujero estancado y dejado de la mano de Dios.

## La muñeca

Todos los años por Navidad llegaba una muñeca, regalo de una señora a la que yo apenas conocía. Era una amiga de mi madre, y aunque se reunían en muy contadas ocasiones, o se veían por casualidad en algún entierro, ella mantenía la milagrosa costumbre de enviarme una muñeca. Llegaba en el autobús de la tarde poco antes de Nochebuena, alimentando el fervor frenético de aquellos días en que todo estaba cargado de ajeteo y entusiasmo. Preparábamos relleno de patata, preparábamos tartaletas de fruta, preparábamos cuencos de *trifle*, decorábamos los alféizares de las ventanas con acebo y espumillón, y era como si una felicidad indecente estuviera a punto de abatirse sobre nosotros.

Cada año la muñeca me parecía más bonita, más fascinante y más suntuosamente vestida que la anterior. También había muñecos. Hubo un jinete vestido con tonos escarlata y azafrán, hubo un tamborilero holandés de terciopelo marrón claro, hubo una muñeca durmiente con miriñaque, una criatura de una belleza tan frágil que yo me asustaba cada vez que mis hermanas la cogían con torpeza o intentaban que pestañeara. Los ojos me recordaban a la porcelana y a las florecillas azules, poseían el hechizante color de unas y el delicado lustre de la otra. Se llamaba Rosalind.

Mis hermanas, como es natural, estaban celosas y muy irritadas por la injusticia de que yo recibiera todos los años una muñeca mientras que ellas tenían que conformarse con el clásico e insulso calcetín de franela relleno de chucherías, cosas útiles como lápices, cuadernos, algunos caramelos y una barra de regaliz. Cada una de mis muñecas tenía su nombre y su lugar, en una esquina o encima de una rinconera, o dentro de una lata de galletas vacía, y a cada una le reservaba una conversación especial, carantoñas especiales y, en caso de que fuera necesario, regañinas especiales. Tenían sus horas para tomar el aire; bajaba una muñeca y la sentaba con las piernas separadas en un alféizar, o entre la hierba alta, como si la hubieran abandonado. No tuve ninguna favorita hasta que llegó la séptima, que para mí era la viva imagen de una princesa. Era también una muñeca durmiente, pero de tamaño natural, ataviada con un vestido celeste con sobrevestido de gasa, una papalina también celeste y zapatitos blancos de cabritilla con botones. Mis hermanas —que eran mayores— se encapricharon con ella tan locamente como yo. Era extraordinaria. Todas estábamos de acuerdo en que parecía de verdad y que a fuerza de mimos

conseguiríamos que hablara. El pelo rubísimo parecía de plumas al tacto, las muñecas giraban, las pestañas eran negras y largas y la mirada resultaba tan cautivadora que a menudo nos convencíamos de que no era un ser inanimado, sino que poseía alma, y que se acordaba de nosotras. Las conversaciones con ella eran las más intensas y comprometedoras de todas.

Resultó que la maestra de la escuela me tenía ojeriza, por motivos incomprensibles. A mí me encantaba estudiar, era la primera con los deberes, llegaba siempre temprano y cuando ella aparecía se encontraba la chimenea del aula encendida, la ceniza recogida y el cesto de turba y leña lleno. A decir verdad, lo que la irritaba era justo mi diligencia, y por eso se burlaba de mí y me calificaba de «santita». Se reía de mi rebeca o de mis cordones o de mi pasador, y para hacer reír a las demás niñas se refería a mí como «esta». Decía: «Esta tiene un tomate en el calcetín», o «Esta no tiene una chaqueta decente», o «Esta ha hecho un borrón en el cuaderno». Estoy segura de que me odiaba. Si en un examen yo era la primera —cosa habitual— leía las notas de todas y dejaba la mía para el final, con un: «Ya sabemos quién ha sido la más empollona», como si fuese una deshonra. Si en la clase de cocina preparaba tortitas y le ofrecía una, ella hacía un mohín como si le hubiese ofrecido tripas o estricnina. En una ocasión le pidió a una de las mayores que me diera laxantes de fruta fingiendo que eran caramelos, y se lo pasó pipa viéndome ir y venir del baño durante todo el día. Era una cruz cruel. Cuando vino el inspector y me felicitó, ella replicó que yo era espabilada pero poco versátil. En sangrante contraste se mostraba encantadora con mis hermanas y de vez en cuando les preguntaba por mi madre y cuándo le mandaría un tarro de su mermelada casera o una tarta. Yo rezaba y hacía novenas pidiendo que algún día hiciera examen de conciencia, reflexionara sobre lo mal que me trataba y se arrepintiese.

Un día mis súplicas parecieron a punto de ser atendidas. Estábamos en noviembre y las niñas ya estaban ahorrando para Navidad; sabíamos que pronto se celebraría el mercado de los pavos y poco después colocarían los jamones y las naranjas pequeñas y sin pepitas en el escaparate de la tienda. La maestra nos anunció que, como todas habíamos obtenido tan buenos resultados en el examen de catecismo, las pequeñas actuarían en la representación escolar y montaríamos un pesebre con heno y estatuas. Alguien dijo que mi muñeca sería una Virgen María preciosa. Varias niñas habían venido conmigo a casa para verla y yo les había permitido que la admirasen dentro de su caja, forrada de paja plateada. Al día siguiente la llevé a la escuela y todas las cabezas del aula se estiraron para mirar en el momento en que la maestra levantó la tapa de la caja negra barnizada.

«Pasable», dictaminó, y pidió a una de las niñas que colocara la muñeca en el armario de cocina hasta que hiciera falta. Yo sufrí por que me separasen de ella, pero estaba orgullosa de que participara en el teatrillo y fuera el blanco de todas las miradas. Le había hecho un manto, un manto azul suelto con toca de rejilla por encima y un pequeño cierre de strass. Parecía una

criatura lunar, resplandecía incluso en días húmedos y sombríos. El armario de cocina no era lugar para ella, pero ¿qué podía hacer?

La obra no estuvo exenta de incidentes. El primo de la maestra, Milo, apareció borracho, beligerante y faltón. Llamaba a las chicas junto a la chimenea fingiendo querer hablar con ellas y luego les tocaba las pantorrillas y les hacía cosquillas en las corvas. A mí me llamó y me preguntó si me caía bien. Era subastador en la ciudad y no estaba casado. Los dos hijos de la maestra vinieron también a ver el espectáculo, aunque uno se marchó a la mitad. Era raro y se reía sin motivo, y aunque tenía ya bien cumplidos los veinte llamaba «mamita» a la maestra. Tenía el pelo de un rojo encendido y una mirada muy particular. Casi todas las pequeñas se olvidaron de sus frases, perdieron el hilo, y la apuntadora siempre intervenía tarde, así que daba el pie a quien no era. Se había colocado detrás del telón, pero se la oía desde la calle. Fue un gran fiasco. Mi muñeca fue la estrella absoluta y todo el mundo se quedó prendado de ella.

Luego dieron té y bollitos y la maestra conversó con las pocas madres que habían asistido. La mía no acudió porque por aquel entonces era incapaz de desenvolverse con la gente y temía incluso ir a misa los domingos, aunque confiaba en que Dios la protegería de los vértigos y los ahogos que sufría. Cuando el público se marchó y algunas nos pusimos a fregar los cacharros, me acerqué a la maestra, que para mi deleite me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Me dio las gracias por la muñeca, dijo que era innegable que había salvado la representación y cuando le tendí la mano me propinó un reglazo y soltó una carcajada.

—No creerás que voy a devolvértela ahora que me he encariñado con ella..., pobrecita —dijo, dándole una palmadita a la mejilla de porcelana.

En casa me puse hecha una furia. Mi madre quiso pensar que la maestra estaría de broma y que me devolvería la muñeca al cabo de un día o dos. Mi padre dijo que, si no, tendría que vérselas con él, o llevarse una buena paliza. Pasaban los días y llegaron las vacaciones, y no solo no me devolvió la muñeca sino que se la llevó a su casa y la colocó en el mueble de la porcelana, entre las tazas y los adornos. Cada vez que yo pasaba por delante de su ventana me paraba a echar un vistazo. No la veía, porque el mueble ocupaba un rincón, pero sabía dónde estaba porque Lizzie, la criada, me lo había dicho. Pegaba la frente al cristal y llamaba a la muñeca y le decía que me acordaba mucho de ella y que estaba preparando su rescate.

Todo el mundo se mostraba de acuerdo en que era una monstruosidad, pero nadie habló con la maestra, nadie le plantó cara. Lo cierto es que todos la temían. Tenía una lengua viperina, y además, como eran supersticiosos, creían que podía darles o quitarles la inteligencia a los niños, igual que una bruja. Era como si pudiera levantarnos la tapa de los sesos con un fórceps y hacer escabeche con nuestro cerebro. Nadie movió un dedo, y con el tiempo me resigné. Una vez pregunté, en un arranque de osadía, y la maestra exclamó que estaba volviéndome muy

impertinente. Ya no solo no me paraba a mirar por la ventana de su casa sino que además me cambiaba de acera, y no hablaba con Lizzie por si me daba alguna noticia preocupante.

Una vez me mandaron a la casa de la maestra con un lomo de cerdo y me la encontré junto a la chimenea con su hijo raro, los dos con los calcetines bajados, calentándose. En las espinillas tenían marcas de calor con forma de zigzag. Me preguntó si quería entrar a ver a la muñeca, pero rehusé la invitación. Por aquella época estaba preparándome para ir al internado y sabía que me liberaría de ella para siempre, que la olvidaría, que olvidaría a la muñeca, que olvidaría casi todo lo sucedido, o al menos lo recordaría sin escalofríos.

Los años pasan y todas las personas y las cosas son reemplazadas. Aquellos que conocíamos, aunque ausentes, se confunden inextricablemente con las caras nuevas, de modo que cada individuo es para nosotros la suma de muchos otros y el efecto es como el de abrir cajas y más cajas en que se oculta para siempre el original.

La maestra padece una muerte lenta; el cáncer la reduce a una sombra y, sin embargo, no se rinde y dice que no está preparada. Me entero de la cantidad de dinero que dejó y de sus deplorables últimas palabras, pero no siento nada. No siento ni una pizca de la rabia ni de la desesperación pasadas. Ya no significa nada para mí. Huyo de ellos. He escapado. Vivo en una ciudad. Soy cosmopolita. Recibo gente en casa, personas de toda clase, que ejecutan proezas como bailar, bromear, cantar, inventando una especie de teatrillo privado donde todos interpretamos un papel. Yo también tengo el mío. Mi papel es recibirlos y desarmarlos, atiborrarlos de comida y bebida y desconfiar secretamente de ellos, guardar las distancias. Al igual que ellos, sonrío, y me muevo sin propósito, al igual que ellos fumo o bebo para inducirme una febrilidad o una agradable alucinación errante. No es algo que haya cultivado. Se ha desarrollado solo, como una espora que late en la oscuridad. Y estoy lejos de las personas que me rodean y también de quienes dejé atrás. Por las noches saboreo esa distancia. Por las mañanas toco una mesa o una taza de té para asegurarme de que es una mesa o una taza de té y les hablo, y riego las flores y les hablo, y pienso en lo tiernas que son las flores, y los bosques y el humo de las chimeneas, y en lo tiernos que seguramente son mis nuevos amigos, que, al igual que yo, se empeñan en disimular. Ninguno de nosotros cuenta nunca de dónde viene ni qué le atormenta. Tal vez estemos desorientados o avergonzados.

Vuelvo. El deber me obliga a regresar para ver a los parientes que me quedan, e interpreto el papel que de mí se espera. Tuve que ir a visitar al hijo de la maestra. Era el sepulturero y se encargaba del entierro de mi tía. Fui a pagarle, a «ajustar cuentas», como suele decirse, y su mujer, que tenía fama de no estar muy bien de la cabeza, me hizo pasar entre carcajadas. Mientras atravesaba el pasillo llamando a voces al marido, dijo que siempre había creído que yo

tenía el pelo negro azabache. Él se llama Denis. Me estrecha la mano con mucha formalidad, me pregunta qué corona prefiero y si me gusta más con forma de corazón, de cruz o redonda. Lo dejo todo en sus manos. Allí, en el abarrotado aparador de la porcelana, está mi muñeca confiscada; si las muñecas envejecen, esta no se ha librado. Está gris y se ha apulgarado, el vestido y el manto parecen un sudario, y pienso que si trato de cogerla se me desintegrará entre las manos.

—Mi madre le tenía un cariño... —dijo él, como si intentara decirme que aquel apego también lo sentía por mí. De haberlo dicho explícitamente, yo habría soltado un bufido. Ahora era mayor y comprendía muy bien que se había quedado la muñeca por pura perversidad, por resentimiento y celos. En cierto modo había adivinado que yo tendría una vida muy lejos de todos ellos, y aventuras que ella jamás conocería. Al percibir mi escalofrío, se jactó de que nunca había dejado que sus hijos jugaran con ella, dando a entender que la muñeca era un objeto sagrado, un recuerdo muy valioso. Sacó una botella de brandi y me guiñó un ojo, esperando que aceptara. Lo rechacé.

Yo era presa de un malestar, de una especie de náusea por haber querido tanto a la muñeca, por haber permitido que me maltrataran y porque ya todo me daba igual. Se quedó desconcertado cuando me vio marchar tan de repente. Hizo una cosa de todo punto inapropiada. Intentó besarme. Debí de pensar que en mi mundo era de lo más normal. Con la diferencia de que me daba un beso a modo de pésame, un beso de condolencias por la muerte de mi tía. Su cara despedía el olor acre de la toalla con que se había secado justo antes de salir a recibirme. Aquel beso fue la torpeza personificada. Sentí pena por él, pero no podía quedarme, y no podía recordar, y no podía fingir ser la mujer de beso fácil que él creía.

Al pasar por la calle, que transito en mi recuerdo, mañana, tarde y noche, no fui capaz de distinguir qué me había abocado a aquel estado de desdicha. Tenía la certeza de que no había sido la muerte, sino más bien la acuciante convicción de no haber vivido aún. Lo único que sabía era que las estrellas eran tan singulares y maravillosas como las recordaba, y que aún se me antojaban un vínculo, una invitación a los cielos grandiosos, y que algún día las alcanzaría y sería absorbida por su gloria, y abandonaría un mundo que, en aquel momento, me parecía lleno de crueldad y estupidez, un mundo que había olvidado cómo se da.

«Mañana... —pensé—. Mañana me iré», y me percaté de que no había perdido el deseo de escapar ni la extenuante costumbre de mantener la esperanza.

## Sor Imelda

Sor Imelda no dio clases el primer día de su regreso al convento, pero la divisamos por el jardín después del rosario vespertino. La emoción y la curiosidad nos impelían a seguirla e intentar ver cómo era, pero ella frustraba nuestras intenciones al caminar cabizbaja y con los ojos entornados. Solo sabíamos con certeza que era alta y cimbreña y que rezaba mientras andaba. No era de las que observan la naturaleza, ni mostraba curiosidad alguna por las setenta internas con abrigo de gabardina y zapatos y leotardos negros. Podríamos haber sido cuervos, de lo inmune que era a nuestras miradas e infructuosas tentativas de saludarla con un: «Hola, hermana».

Habíamos vuelto de las largas vacaciones de verano y todas estábamos hundidas. La tapia alta de piedra y la verja verde de hierro del convento nos cercaban de nuevo, y más que nunca nos parecía una prisión, puesto que tras un breve período en el mundo exterior todas nos sentíamos mucho mayores y más sofisticadas, y mi amiga Baba y yo soñábamos con la huida definitiva, que tendría lugar al cabo de un año. Por eso, aquella húmeda tarde otoñal en que vi los crisantemos y a la monja nueva enfrascada en sus oraciones la compadecí y pensé en lo sola que debía de sentirse, separada de sus amigos y conversando solo con Dios, su intangible esposo.

Al día siguiente vino a nuestra aula a darnos geometría. Su cara pálida levemente alargada se me antojó intimidatoria, pero sus ojos eran distintos, de un negro azulado, cargados de entusiasmo. Tenía los labios lívidos, como si se hubiera aplicado un lápiz rojo oscuro. Podían haber sido los labios de una cabaretera, e inconscientemente había tomado por costumbre meterlos hacia dentro, como si supiese lo provocativos que eran. Había pasado los últimos cuatro años —el mismo tiempo que Baba y yo llevábamos en el convento— en la Universidad de Dublín, estudiando filología. Nosotras no entendíamos cómo había podido resistir las tentaciones del frenético mundo y volver por voluntad propia. El tiempo vivido fuera la diferenciaba de las demás monjas; caminaba con más brío, había mayor entusiasmo en su manera de abordar las clases y nos recordaba que la enseñanza era lo más importante de este mundo murmurando la fórmula: «Alabado sea el mundo encarnado». Empezaba cada clase leyendo pasajes del cardenal Newman, que era uno de sus preferidos. Leía que Dios moraba en la luz, inalcanzable, y que con Él no había cambio ni sombra de alteración. Era asombroso cómo cambiaba ella de aspecto.

Algunos días le chispeaban los ojos, casi parecía profana, y yo me preguntaba qué sucesos dentro de los límites del convento provocaban aquella repentina emoción. De no ser por el hábito habría parecido una chica camino de un baile.

—Qué ojos más bonitos tiene —le dije a Baba. Aquel día eran como moras, grandes, suaves y brillantes.

—Esta mujer no tiene la cabeza bien amueblada —replicó Baba, y añadió que, maquillada, sor Imelda sería una belleza.

—¡Pero tiene vocación! —exclamé, aireando la estúpida idea de que quizá yo también la tuviera.

A ratos me resultaba tentador meterme a monja, llevar una vida libre de pecado, no verme nunca obligada a tener hijos y ponerme una alianza que me distinguiera como Esposa de Cristo. Pero también estaba la otra cara del asunto: el silencio, la gravedad, la obligación de levantarse dos o tres veces todas las noches para rezar y, lo más importante de todo, jamás poder salir de los confines del convento salvo para asistir al entierro de tus padres. Para nosotras, las internas, era una tortura, pero para las monjas suponía poco menos que una maldición. Además, nosotras al menos podíamos quejarnos, y bien que lo hacíamos, siendo la comida la fuente principal de las protestas. Para almorzar nos ponían o coles con panceta o una carne correosa muy peculiar seguida de pudín de tapioca; la merienda consistía en una rebanada de pan con un pegote de manteca, y, de vez en cuando, a modo de recompensa, una mermelada de ruibarbo muy verde a la que le faltaba azúcar. A través de las ventanas alargadas sin cortinas veíamos las coníferas y un cielo que casi nunca dejaba de amenazar lluvias o chaparrones.

Estaba loca de remate, decía Baba, si había ido cuatro años a la universidad y luego había vuelto por su propio pie a la cárcel, a la pobreza, a la castidad y a la obediencia. Urdíamos escenas de agonía en una pensión dublinesa mientras un chico, o incluso un joven, tiraba trozos de barro o silbaba o suplicaba bajo su ventana. En nuestra versión de los hechos, él era un poco mayor que ella, y seguramente estudiaba medicina, puesto que los estudiantes de medicina se daban mucha maña con las mujeres, de tanto analizar diagramas y esqueletos. Sus avances, como los de un aguacero repentino, revivirían de forma intermitente y la abrumarían, y el recuerdo de esos asaltos súbitos y castigadores la perseguirían hasta su muerte, y si alguna vez le dieran fiebres estas revelarían todos sus secretos. También se rumoreaba que tenía un carácter muy feroz y que siendo novicia pegó tan fuerte a una chica con el cinto de piel que la pobre tuvo que guardar cama debido a las heridas. Otro punto negro contra sor Imelda era que una enfermera había denunciado a su hermano Ambrose por haber roto la promesa de matrimonio.

Aquella mañana en que entró en nuestra aula y se presentó con mucha modestia yo aún no sabía que se colaría en mi vida con una intensidad terrible, que con el tiempo dejaría de ser una

profesora o una monja más para convertirse en alguien especial, casi como un fantasma que trascendía los límites de las relaciones habituales y se te metía dentro, devorando gran parte de tus pensamientos, gran parte de tu pasión, invadiendo ese lugar llamado corazón. Hablaba en voz baja, como si no quisiera que sus palabras traspasaran los límites de las paredes, y recalaba constantemente el valor del trabajo tanto para abrir la mente como para disciplinar los pensamientos. Tenía un párpado colorado e hinchado, como si estuviera saliéndole un orzuelo. Imaginé que no comía nada para mortificarse aún más. Veía en ella un horrible presagio del sacrificio que yo estaría obligada a emular. De repente rompió los esquemas al sostener la tiza distraídamente entre los dedos índice y corazón, igual que si fuese un cigarrillo, y Baba me susurró que debía de haber fumado en Dublín. Sor Imelda me dirigió una mirada severa y me preguntó por el secretito y si no quería compartirlo con todas, si tanta gracia tenía. Yo respondí: «No es nada, hermana, no es nada», y sus ojos oscuros me transmitieron tal vehemencia, que recé por no darle nunca motivos para castigarme.

Llegó noviembre, y las paredes alicatadas de la sala de recreo rezumaban humedad y melancolía. A las muchas chicas que tenían dolor de garganta las invitaban a sufrir y mortificarse para fomentar la comunión del espíritu que vinculaba a los vivos y a los muertos. Era el mes de las almas en pena del purgatorio, y a la vez que nos hablaban de su doble agonía, el anhelo por Jesucristo y la ferocidad de las lenguas de fuego que quemaban y carbonizaban sus pobres cuerpos, nos pedían que lleváramos a cabo actos de mortificación. Algunas niñas se privaban de mermelada o caramelos; otras hacían voto de silencio y durante el recreo parecían títeres, pues para preguntar un simple «¿Cómo estás?» se ponían a hacer señas con el pulgar y el índice. Baba decía que a personas más cuerdas las encerraban en el manicomio, a poco más de un kilómetro de distancia. Las veíamos en el patio, dando vueltas de acá para allá, con la boca abierta y un hilo de saliva que parecía un carámbano. Entre nuestros muchos miedos estaba el de que uno de esos locos se escapara y viniera directo al convento a atacar a alguna chica.

Sin embargo, pese a tantos temores, me descubría cada vez más temerosamente feliz. Me había encontrado con sor Imelda fuera de clase unas cuantas veces y sentía que existía cariño entre nosotras. Uno de esos encuentros se produjo en el patio, donde sor Imelda tuvo un gesto temerario: arrancó un crisantemo y me lo ofreció para que lo oliera. No desprendía olor alguno, si acaso un vago deje otoñal, y como ella era de la misma opinión me dijo que no era precisamente una gardenia. En otra ocasión nos cruzamos en el atrio de la capilla, y al ver a sor Imelda ceñirse aún más el chal sentí lo humana que era, y víctima del frío.

En clase congeniábamos menos. Geometría era mi talón de Aquiles, un auténtico misterio para mí. No habíamos hecho más de cuatro clases cuando sor Imelda se percató de ello y en un arranque de rabia me lanzó un borrador. Unas cuantas chicas se quedaron sin aliento cuando me pidió que me levantara para que todas pudieran verme. Se había puesto colorada; sacó su pañuelo

y se frotó el ojo rojo e hinchado. No solo me sentí como una idiota, sino también en inminente peligro de estornudar, dado que había inhalado el polvillo de tiza que me había caído en el pichi. De pronto salió del aula y nos dejó solas los diez minutos que faltaban para la siguiente clase. Algunas chicas comentaron que era una vergüenza, que debía escribir a mi casa y contar que me habían agredido. Otras se alegraron de disponer de unos minutos para cotorrear. Lo único que yo quería era salir corriendo tras ella y pedirle perdón por haberla enfadado tanto, porque intuía que la simpatía y la antipatía habían intervenido en igual medida en el incidente. Sentí nacer dentro de mí una especie de ternura muda por ella, y quizá me diera cuenta de que estaba turbada.

—Podríamos conseguir que la expulsaran de la orden —dijo Baba, dándome un codazo para que, por el amor de Dios, me sentara ya.

Aquella tarde en la bendición me esperaba una sorpresa abrumadora. Era una tarde especialmente alegre: las monjas del coro cantaban en todo su esplendor, y las filas de velas parecían incontables escaleritas hacia el cáliz de oro que refulgía aún más gracias a los rayos intermitentes de las diminutas llamas. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando descubrí una estampita nueva dentro de mi libro de oraciones, y antes de atreverme a volver la cabeza para comprobar quién me la había regalado, sentí y adiviné que no se trataba de una estampita cualquiera procedente de una amiga cualquiera, sino de un talismán y una ofrenda de paz de parte de sor Imelda. Era una imagen azul celeste, tan claro que casi parecía gris, como el pecho de un palomo, y representaba a una madre con la mirada puesta en su bebé. Al dorso, con su preciosa y cuidada caligrafía, había escrito unos versos:

Confía en Él cuando te asalten negras dudas,  
confía en Él cuando flaquee tu fe,  
confía en Él cuando confiar en Él  
te parezca lo más difícil del mundo.

Era su expiación. Y pensar que había identificado el casillero donde yo guardaba mi libro de oraciones, y pensar que se había desnudado tanto para escribir unas palabras y darme así la oportunidad de presumir y enseñárselo a mis compañeras... Cuando le di las gracias al día siguiente, hizo una reverencia pero no dijo nada. La mayor parte del tiempo las monjas guardaban silencio y solo en clase tenían permiso para hablar.

Muy poco después recibí otro regalo: un libro de oraciones en miniatura con las tapas de piel y los bordes dorados. Las oraciones estaban en francés y la letra era tan diminuta que parecía escrita por un insecto minúsculo. Pronto me gané la fama de ser la niña de sus ojos. Le abría las puertas, colocaba la pizarra dos ganchos más arriba (era más alta que otras monjas) y repartía los cuadernos con los ejercicios corregidos. Ahora en los márgenes de mis problemas de geometría

me encontraba con un «Bien» o un «Excelente» donde antes sor Imelda solía garabatear: «Desastre». Baba decía que era repugnante ser la niña mimada de una monja y que no se fiaba de quien le lamiera el culo a una monja.

Un mes más tarde sor Imelda me pidió que le subiera los libros cuatro pisos, hasta el aula de cocina. Impartía la asignatura de cocina a un grupo de las pequeñas. Al verla subir delante de mí pensé en lo flexible que era y en la clase que tenía, y cuando se detuvo en el descansillo para asomarse por la ventana alargada sin cortinas, yo hice lo mismo. Abajo, en la calle, dos mujeres con botas de gamuza charlaban y fumaban, cargadas con cestas de la compra. Algo más allá una monja lega fregaba de rodillas los peldaños de granito, impregnando el aire frío del olor a desinfectante sin diluir. Había una maceta en el descansillo y sor Imelda, metiendo los dedos en la tierra, chasquéó la lengua en señal de desaprobación y dijo que necesitaba agua. Yo le dije que la regaría luego. Era feliz en mi prisión, feliz de estar a su lado, feliz de caminar detrás de sor Imelda mientras ella toqueteaba el rosario y se inclinaba ante las monjas serviles. Ya no lloraba por mi madre, ya no contaba en un almanaque de bolsillo los días que faltaban para las vacaciones de Navidad.

—Vuelve a las cinco —me dijo, parada en el vano de la puerta del aula de cocina.

Las niñas, ataviadas con babis blancos, la esperaban en torno a la mesa alargada de madera. Era como si todas las chicas estuviesen enamoradas de ella. Porque, en el momento en que sor Imelda entró, todos los rostros esbozaron sonrisas y todas pronunciaron su nombre con distintos tonos de audacia. A ella debía de gustarle la clase de cocina, porque se le iluminó la cara y pidió que alguien, cualquiera, encendiera un buen fuego. Entonces se acercó a la estufa de hierro colado y escupió para comprobar su temperatura. Estaba caliente, porque la saliva saltó con un chisporroteo.

Regresé más tarde y me la encontré sentada en el borde de la mesa, balanceando las piernas. Su pose tenía algo de imprudente, un deje desafiante. Parecía como si en cualquier momento fuera a sacar una pitillera, abrirla y ofrecerme un cigarrillo con malicia. El maravilloso olor a repostería me hizo percatarme del hambre que tenía, y más aún, me trajo el recuerdo de mi casa, de mi madre cuando comprobaba la cocción del bizcocho de naranja con una aguja de punto y me dejaba lamer la rayita de masa que quedaba adherida. Me pregunté si sor Imelda habría suplantado a mi madre, con la esperanza de que no, porque mi objetivo era abandonar mi mundo de origen y ocupar un lugar en otro, nuevo y sagrado.

—Seguro que eres golosa —dijo, y entonces se puso de pie, cruzó la cocina y sacó de debajo de una magnífica campana plateada resplandeciente dos tartaletas con un dibujo en zigzag formado por la masa trenzada sobre la mermelada oscura. Todavía estaban calientes.

—¿Qué hago? —pregunté.

—Cómetelas, tontina —contestó, y me miró comer como si le procurase placer verme avergonzada por las migas que hacía y por mancharme los labios con los trocitos de mermelada de moras.

Estaba pasándoselo en grande. Fue uno de los momentos más violentos y al mismo tiempo más electrizantes que yo había vivido nunca, un placer que llevaba aparejada una terrible sensación de peligro. Si nos hubiera pillado alguien, sin duda sor Imelda habría tenido que hacer una penitencia enorme. Yo la miraba y pensaba que era única, muy valiente, y me preguntaba si tendría hambre. Llevaba una bata blanca sobre el hábito negro que la volvía más cálida, más libre, y me incitó a pensar en lo felices y emancipadas que habríamos sido las dos en una cocina cualquiera, preparando algo fácil y común. Pero no era el caso. Entonces comprendí claramente que mi versión del placer era inextricable del dolor, y que ambos convivían y eran interdependientes, como dos cargas eléctricas opuestas.

—¿Tenía usted amistades cuando estudiaba en Dublín? —pregunté con osadía.

—Compartía pupitre con una hermana de Howth que vivía en la misma pensión que yo.

«¿Y los chicos? —pensé—. ¿Y cómo es su vida ahora? ¿No siente ganas de salir al mundo?» Pero no podía decírselo.

Sabíamos algunas cosas sobre el día a día de las monjas. Se rumoreaba que llevaban ropa interior de lana rasposa, que desayunaban pan duro, que raras veces comían carne, dulces o chucherías, que guardaban ciertas horas de silencio absoluto y recíproco, amén de una constante vigilancia sobre los pensamientos; por eso, si su mente se desviaba hacia la comida o los placeres, enseguida la reconducían con pensamientos sobre Dios y sus almas eternas. Se acostaban en catres duros sin sábanas ni mantas suaves. A las cuatro de la mañana, mientras dormíamos, las monjas se levantaban, con el hábito puesto —que sería también su atuendo en la muerte—, y bajaban la escalera de madera cantando, igual que una bandada de cuervos, y se lanzaban al suelo embaldosado de la capilla. Todas las monjas —incluida la madre superiora— se tiraban al suelo con una sumisión total, pronunciando oraciones en latín y ofrendando el momento a Dios. Luego volvían en silencio a sus celdas y disfrutaban de una hora más de descanso. No era difícil imaginar a sor Imelda bocabajo, con los brazos extendidos, postrada en las baldosas. A menudo oía los cánticos de las monjas cuando despertaba de pronto por una pesadilla, porque dormíamos en edificios distintos pero adyacentes, y si por casualidad despertabas advertías la monótona letanía en latín, mucho antes que el canto de los pájaros, mucho antes que la campana que nos llamaba a levantarnos, a las seis.

—¿Come usted cosas ricas? —pregunté.

—Claro que sí —replicó sonriendo. A veces le iluminaba el rostro una sonrisa entusiasta que se esforzaba en disimular—. ¿Sabes ya qué quieres ser de mayor?

Negué con la cabeza. Mis planes cambiaban de un día para otro.

Ella consultó su reloj de bolsillo, plateado y masculino, bajó la tapa de los fogones y se preparó para marcharse. Comprobó que todos los muebles empotrados estuvieran cerrados con llave pasando la mano por encima.

—Hermana —dije, armándome por fin de valor. Había llegado la hora de compartir algún secreto, algo que nos uniera—, ¿de qué color tiene el pelo?

Nunca les veíamos el pelo a las monjas, ni las cejas ni las orejas, porque todo eso quedaba oculto bajo un griñón blanco y rígido.

—Esas cosas no se preguntan —repuso, sonrojándose, y entonces dio media vuelta y susurró —: Te lo diré el último día que pases aquí, siempre y cuando mejores en geometría.

Apenas se había marchado cuando Baba, que estaba espiando detrás de una columna, se asomó por la puerta y dijo: «¡Guárdame un pedacito, por Dios!». Se terminó la segunda tartaleta y luego se puso a fisgonear en los cajones. Todo estaba cerrado con llave y solo encontró azúcar glas en un salero de cerámica. Lo probó y tiró el resto a los rescoldos del fuego, que se reavivó un momento y crepitó con una llama amarilla. Baba manifestó sus celos difundiendo por el colegio que yo me metía todas las tardes en el aula de cocina a engullir pasteles y chismorrear con sor Imelda.

No volví a hablar en privado con ella hasta la noche de las representaciones navideñas. Sor Imelda vino a ayudarnos a maquillarnos, vestirnos y colocarnos los tocados. De un año para otro los disfraces se guardaban en un arcón, y pese a la suntuosidad de las costuras y los remates dorados la ropa olía a alcanfor. Aun así nos sentíamos diferentes al enfundárnosla, y cuando nos aplicábamos la base con una esponja, nos volvíamos insolentes y acentuábamos aquella apariencia nueva pintándonos los ojos con lápiz negro y los labios de un tono naranja intenso. Solo había una barra de labios, y todas las chicas nos la disputábamos. El espectáculo de la velada se componía de escenas de Shakespeare y sainetes. A mí me habían asignado el lamento de Marco Antonio junto al cadáver de Julio César, y para ello debía ponerme una toga púrpura, unas calcetas blancas hasta las rodillas y unos zapatos de charol con hebilla. Los zapatos me quedaban grandes y me movía como si llevara zuecos. Sor Imelda sugirió que me los quitara, que actuase descalza. Me di cuenta de que empezaba a ponerme nerviosa, y de que, en un esfuerzo por memorizar el discurso, las palabras me revoloteaban sin orden ni concierto en la cabeza, como las piezas sueltas de un puzle. Sor Imelda se percató de mi pánico y muy despacio me puso una mano en la cara y me ordenó que la mirase. La miré a los ojos, que parecían insondables, y vi que me invitaba a calmarme y me obligaba a domeñar mis miedos, y entreví que algún día tendría que hacer lo mismo con respecto a mis ingobernables sentimientos hacia ella. Mientras nos mirábamos empecé a sentirme más tranquila y las palabras recuperaron su orden correcto y fluido. En la sala de recreo bajaron las luces y supimos que todas las monjas habían llegado, se

habían sentado y aguardaban con entusiasmo el batiburrillo anual del espectáculo casero. Se produjo un silencio aterrador en el momento en que la sala quedó completamente a oscuras y se encendieron los escasos focos. Sor Imelda besó su crucifijo y me di cuenta de que estaba rezando por mí. Entonces levantó un brazo, imitando la pose de una diosa griega, y al entrar en escena me sentí espoleada por su ardor.

Baba podía quejarse de que yo había berreado «como un puñetero toro», pero sor Imelda, que se quedó entre bastidores, me dijo que por un momento se había sentido en las calles de Roma y había visto el cadáver de Julio César mientras yo declamaba aquellos versos conmovedores y destemplados. Cuando salí del escenario me rodeó con sus brazos y me atrapó en una lluvia de besos mudos. Cuando acabamos de quitar los adornos y guardar los disfraces en el arcón, le regalé dos cajas de bombones de media libra —cuya compra encargué a escondidas a una de las externas—, y ella me regaló un estuche hecho con la parte interior de las cajas de cerillas, pintado con purpurina. Era como tocar una de esas polillas que te dejan un polvillo adherido a los dedos.

—¿Qué hará el día de Navidad, hermana?

—Rezaré por ti —me dijo.

Era inútil preguntarle si comería pavo, si tomaría pudín de ciruelas o si dormiría hasta tarde, porque estaba segura de que el día de Navidad sería tan lúgubre y estaría tan lleno de privaciones como cualquier otra jornada de su vida. Sin embargo, se la veía radiante, como si esa austeridad la hiciera feliz. Puede que se deleitara en una intuición secreta que nos implicaba a las dos.

Tres semanas después, la tarde de frío y nieve en que regresamos de las vacaciones, sor Imelda vino al dormitorio a darme la bienvenida. Las demás habían bajado a la sala de recreo a hacer bailes populares y oía el aporreo del piano. No tenía ningunas ganas de bajar a dar zapatazos con otras setenta chicas sin más expectativa que la de tomar té, rezar el rosario y meterme pronto en la cama. Las camas estaban húmedas debido a nuestra ausencia, y cuando metí la mano entre las sábanas sentí algo similar al rocío, pero sin la frescura del cielo abierto. Lo que más me deprimía era la imagen de un ratón en uno de los armarios: lo había vislumbrado retorcer la cola aterrorizado mientras se escabullía por una grieta. Si había un ratón, tenía que haber sabe Dios cuántos más, y los bizcochos que escondíamos no estarían a salvo. Aún estaba deshaciendo la maleta cuando sor Imelda cruzó el estrecho pasillo entre las filas de catres de hierro; percibí cierta agitación en sus andares.

—Vaya, vaya, te has rizado el pelo —observó, resentida.

Sí, aquella permanente delataba a voces la existencia del mundo exterior, y por un segundo recordé el dolor y la quemazón de los goterones de amoníaco al deslizarse por mi frente y la posterior alegría cuando la peluquera dijo que iba a dejarme como a Movita, la estrella de cine mexicana. De pronto ese mundo y esas aspiraciones me parecieron triviales y quise coger un

cepillo, alisarme el pelo y volver a ser la chica morena, desmañada y seria de antes. Le ofrecí unas magdalenas glaseadas hechas por mi madre, pero las rechazó y me dijo que solo podía quedarse un segundo. Me prestó un cuaderno suyo, de cuando estudiaba, en el que había copiado sus citas preferidas, algunas religiosas, otras no. Leí al azar:

Una o dos veces te quise  
sin conocer aún tu rostro ni tu nombre.  
En una voz, en una llama informe  
a veces nos conmueven los ángeles.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

Estaba pálida. Quizá fuera por el día, horrible, gris, con aguanieve, o por la blancura de las colchas, pero parecía descompuesta.

—Te echaba de menos.

—Yo también —repuse.

En casa, mientras me atiborraba, comía *trifle* a todas horas, incluso para desayunar, migaba galletitas en el té, me probaba zapatos nuevos y medias de seda, me habría gustado que sor Imelda estuviera allí con nosotros, disfrutando del fuego y la libertad.

—No está bien que seamos tan amigas, ¿sabes?

—No tiene nada de malo —discrepé.

Me daba miedo que decidiera darme la espalda, que zanjara nuestro amor y corriera un repentino velo sobre él, un velo negro de crepé que sancionase su muerte. Me daba miedo, y sabía que iba a ocurrir.

—No debemos cogernos cariño —continuó, y yo no pude decirle que ya nos lo habíamos cogido, como tampoco recordarle el día de la fiesta y la intimidad que se había creado entre nosotras. Los conventos eran mazmorras, sin duda.

A partir de entonces me trató como todo lo contrario de su predilecta. En el aula pronunciaba mi nombre con aspereza, y un día me dijo que si tenía que toser me esperase al final de la clase. Baba estaba encantada de la vida, igual que las demás; se alegraban de verme menoscabada a sus ojos. Yo, sin embargo, sabía que esa sequedad formaba parte de su amor porque, por muy despiadadas que fuesen sus miradas, de vez en cuando se ablandaba. Leer su cuaderno me ayudaba, y copié todas sus citas en el mío, esforzándome por imitar lo mejor posible su caligrafía.

Pero una tarde, muy poco después, vino a supervisarnos mientras hacíamos los deberes y me dedicó una sonrisa desde la tarima sobre la que nos vigilaba. Yo le mantuve la mirada y fruncí

ligeramente el ceño para indicarle que la geometría estaba dándome problemas. Me hizo una leve seña y me acerqué con el cuaderno y la pluma. Al situarme a su lado, también porque el griñón estaba mal colocado, le vi por primera vez una ceja. Ella se dio cuenta y me preguntó si ya había satisfecho mi curiosidad. Respondí que no del todo. Me preguntó qué más quería ver, ¿tal vez su cuello de cisne?, y me puse como un tomate. Me pasmaba que dijera algo así delante de las demás, y entonces añadió algo peor: que G. K. Chesterton era muy despistado y un día se puso los pantalones del revés. Esperaba que me echara a reír. Estábamos tan cerca que cuando le rugieron las tripas me pareció que eran las mías, y esto también la hizo reír. Por un terrible instante se me pasó por la cabeza que tal vez había decidido abandonar el convento saltando la tapia. Resolvió mi teorema, me lo evaluó con un diez, y me preguntó si tenía más problemas. Se me llenaron los ojos de lágrimas; quería que se diera cuenta de que su frialdad había acabado con mis nervios y mi serenidad.

—¿Qué te pasa?

Podía llorar o echarme a temblar para intentar transmitirle mis emociones, pero no era capaz de expresarlas con palabras. Como si le hubiesen dado pie, la madre superiora entró, y al percatarse de nuestra palmaria intimidación frunció el ceño y se acercó a la tarima.

—Vuelva a su sitio, por favor —me ordenó—, y en el futuro tenga la amabilidad de dejar a sor Imelda cumplir con sus obligaciones.

Volví casi de puntillas y me senté cabizbaja, a punto de estallar de miedo y vergüenza. Entonces la superiora observó la bandeja de las tazas de leche y al ver una de ellas intacta preguntó quién no se había bebido la suya.

—Yo, hermana —dije, y me obligó a levantarme, bebérmela y quedarme castigada de pie debajo del reloj.

La leche estaba templada y polvorienta y me acordé de las vacas en casa en los días buenos, y de los ganaderos que las azotaban cuando resbalaban y se escurrían por las calles embarradas.

Durante semanas intenté encontrarme en privado con mi monja, y hasta la aceché tras las puertas por donde yo sabía que pasaba, pero solo me vi despreciada una y otra vez. Sospechaba que la madre superiora le había prohibido demostrar su preferencia por mí. Pero aún me aferraba a la creencia de que existía un vínculo entre nosotras, y de que su frialdad e incluso las miradas furiosas que me había dirigido no eran más que una farsa, una máscara. Me preguntaba si se sentiría sola en la cama y en qué postura dormiría, y si pensaría en mí o si se negaría y soñaría conmigo como yo soñaba con ella. Era evidente que adelgazó mucho porque la alianza de plata se le escurría fácilmente del anular, a veces de manera inevitable. Me planteé que quizá estaba sufriendo una crisis nerviosa.

Un día de marzo salió el sol, apagaron los radiadores, y aunque soplaba un viento desbocado nos

anunciaron que había llegado oficialmente la primavera y que podíamos salir a jugar. Salimos todas en tropel al campo de juegos y, para nuestra sorpresa, vimos que sor Imelda estaba de guardia ese día. Los narcisos, de un luminoso amarillo intenso, se agitaban y revolvían, pero no eran tan cautivadores como los pequeños y tímidos galantos que temblaban al viento. Jugamos al béisbol, y cuando me tocó darle a la pelota con el bate alargado de madera me achiqué y fallé, por miedo a recibir un golpe.

—Muy bien, campeona... —dijo Baba, abucheándome.

Después de fallar tres veces, sor Imelda sugirió que si lo prefería podía sentarme a mirar, y cuando estaba sentándome en el invernadero, tragándome la vergüenza, entró y me dijo que no debía ceder a las lágrimas porque la humillación era la mayor prueba del amor de Jesucristo, o de cualquier otro amor.

—Cuando seas monja lo entenderás —añadió, y en ese preciso instante decidí que me ordenaría monja y que, aunque nunca fuéramos libres para expresar nuestros sentimientos, al menos viviríamos bajo el mismo techo, en el mismo claustro, en comunión mental y espiritual el resto de nuestras vidas.

—¿Es muy duro al principio? —pregunté.

—Espantoso. —Y me metió una medallita en el bolsillo del babero. Estaba caliente aún de su bolsillo, y cuando la cogí supe que una vez más estábamos muy unidas y que en realidad nunca nos habíamos distanciado.

Al alejarnos del campo para ir a tomar el almuerzo dominical a base de cordero y coles, todas quisieron parlotear con sor Imelda. Las chicas se arremolinaban a su alrededor, la agarraban del brazo, intentaban darle la mano, contaban las llaves que llevaba en el manajo y le hacían preguntas impertinentes.

—¿Ha montado alguna vez en moto, hermana?

—¿Ha llevado alguna vez medias sin costuras, hermana?

—¿Quién es su estrella de cine preferida, hermana? ¡Las mujeres no cuentan!

—¿Cuál es su comida preferida, hermana?

—Si le concedieran un deseo, hermana, ¿qué pediría?

—¿Qué hace cuando le pica la cabeza, hermana?

Sí, había montado en moto y llevado medias de seda, pero con costuras. Lo que más le gustaba eran los plátanos y si le concedieran un deseo pediría volver a su casa unas horas para ver a sus padres y a su hermano.

Aquella tarde paseamos por el pueblo, pero la visión de los comercios cerrados con barriles de cerveza y chuchos en las puertas no disipó el éxtasis que yo había recobrado. Llevaba la medalla en el bolsillo y cada dos por tres la tocaba para asegurarme de que seguía ahí. Baba vio en el

escaparate de una confitería un brazo de gitano colocado sobre una blonda y espolvoreado con azúcar glas, tan atractivo que se echó a llorar de hambre y se puso a despotricar por vivir en un puñetero reformatorio, rodeada de niñas sosas y mustias. Obedeciendo a un impulso, se sacó del bolsillo la lima de uñas y frotó con ella el escaparate para ver si conseguía cortar el cristal. La prefecta vino corriendo desde el final de la fila y le preguntó si quería que la metieran en la cárcel.

—¡Como si no lo estuviera ya! —respondió ella limándose una uña, para afirmar su independencia y descargar la bilis.

Baba era la única que les plantaba cara a las prefectas. Si se lo proponía, era capaz de salirse de la fila durante un paseo y sentarse en un murete a esperar que volviéramos. Decía que solo había una cosa más aburrida que estudiar, y era andar. Se bajaba las medias, se miraba las pantorrillas y decía que estaban saliéndole varices a causa del puñetero paseo diario. Al igual que todas nosotras, tenía las piernas ennegrecidas por el tinte de las medias y porque nos tenían prohibido bañarnos, ya que los baños eran una inmoralidad. Todas las noches nos lavábamos en una palangana de esmalte que teníamos al lado de la cama. Las chicas soltaban berridos cada vez que se salpicaban agua helada en el pecho, pese a que estaba prohibido.

Después del paseo escribíamos cartas a nuestras familias. Solo nos permitían escribir a casa una vez por semana, y nuestras cartas siempre eran censuradas. Le conté a mi madre que estaba decidida a meterme a monja, y le pedí que me mandara plátanos en cuanto llegara una remesa al ultramarinos del pueblo. Aquella tarde, quizá mientras yo le escribía en el folio rayado, llegó un telegrama en que se informaba de que el hermano de sor Imelda había muerto cuando volvía a casa en furgoneta después de un partido de hurling. La madre superiora nos dio la noticia y nos pidió que rezáramos por su alma y escribiéramos cartas de pésame a los padres de sor Imelda. Todas escribimos exactamente lo mismo, dado que en el primer año de colegio nos entregaron modelos de cartas para diversas ocasiones, y nos limitamos a copiar la del modelo del pésame.

Al día siguiente el taxi del pueblo apareció en la puerta del convento y sor Imelda se marchó al funeral, acompañada por otra monja. Estaba blanca como la pared, tenía los ojos hinchados y llevaba un grueso chal de punto sobre los hombros. Pese a que volvió esa misma noche (me quedé en vela hasta que oí el coche), no la vimos en una semana, solo vislumbrábamos su espalda en la capilla. Cuando reanudó las clases estaba paliducha y distante, y no hizo alusión a la reciente tragedia.

El día que llegaron los plátanos la esperé en la puerta y le regalé un manojo envuelto en papel de seda. Algunos estaban todavía un poco verdes, y sor Imelda me dijo que la madre superiora los metería en el invernadero para que madurasen. Tuve la sensación de que ella no llegaría a probarlos, de que los guardarían para algún cura u obispo que viniera de visita.

—Ah, sor Imelda, siento mucho lo de su hermano —dije de sopetón.

—A todos nos llega la hora, tarde o temprano —respondió con tristeza.

Me atreví a tocarle la muñeca para transmitirle mi pesadumbre. Ella se marchó enseguida, seguramente por miedo a venirse abajo. A veces se ponía irritable, y le salió un forúnculo en la mejilla. Se saltó varias clases, y en el aula de cocina la sustituyó una monja más joven. Me pidió que rezara por el alma de su hermano y que evitara encontrarme con ella a solas. Cada vez que se aproximaba por un pasillo yo me veía obligada a girarme. Ahora era Baba o alguna otra chica quien subía la pizarra y colocaba su chal sobre el radiador para que se secase cuando estaba húmedo.

Cogí la gripe y tuve que guardar cama. La enfermedad siguió su deprimente curso habitual: una taza de sena caliente servida personalmente por la abadesa, que se quedaba allí plantada mientras me la bebía; a la hora del almuerzo, té con rebanadas finas de pan moreno (como acababa de terminar la guerra, la comida estaba todavía racionada, de ahí que la mantequilla se mezclara con manteca y tuviera vetas blancas y un leve olor a rancio), horas tumbada vigilando el dormitorio vacío, los camastros de hierro con sus colchas blancas y los crucifijos de metal sobre cada funda de almohada blanca con volantes. Yo sabía que sor Imelda me echaría de menos y esperaba que Baba le dijera dónde me encontraba. Contaba los azulejos que bajaban desde el techo hasta el cabecero de mi cama; pensaba en mi madre en casa, en el corral, mezclando la comida para las gallinas; pensaba en mi padre, perdiendo los nervios quizá y dando zapatazos en el suelo de la cocina con las botas claveteadas, y me acordaba de las cuotas pendientes del colegio, con la esperanza de que jamás llegase a oídos de sor Imelda. Durante las vacaciones de Navidad había leído una nota que la abadesa le mandó a mi padre en que decía: «Abone las cuotas esta semana sin falta, por favor». Odiaba estar en la cama causando más molestias de lo normal y, por tanto, recordándole a la abadesa los pagos pendientes. No había reloj en el dormitorio, así que no tenía forma de averiguar la hora, pero cada minuto se me hacía eterno.

Marigold, una de las criadas, vino a quitar las colchas a las cinco y me trajo dos regalos de parte de sor Imelda: una naranja y un sacapuntas. Me guardé la piel de la naranja entre las manos y la olí, y planeé cómo darle las gracias. Pensando en ella caí en un sueño febril del que desperté cuando las chicas se metieron en la cama a las diez y apagaron las distintas lámparas del techo.

En Pascua sor Imelda me pidió que no le regalara bombones, así que le di una linterna y pilas de recambio. Contenta de recibir un regalo tan útil (seguramente leía sus cartas en la cama), me abrazó y pegó una mejilla a la mía, sin emitir el ruido de un beso. Aquello compensó las siete semanas de abstinencia, y cuando Baba y yo descendimos por el caminito del convento en el coche me dijo adiós con la mano, como me había prometido, desde la ventana de su celda.

El último trimestre en el convento era muy intenso por los exámenes de finales de junio. Sor Imelda, como las demás monjas, no pensaba más que en esos exámenes. Nos atiborraba de

contenidos, perdía la paciencia a menudo y hacía rechinar los dientes cada vez que la pizarra estaba demasiado grasienta y la tiza no agarraba. Si por casualidad me la encontraba en el pasillo me preguntaba si me sabía tal o cual cosa, y a la vuelta de los juegos dominicales repasaba con nosotras. Llegó el funesto día de los exámenes y nos sentaron en pupitres individuales supervisados por una desconocida venida de Dublín que abrió una caja cerrada con llave, sacó las hojas rosas de los exámenes y las repartió. Geometría tocaba el cuarto día. Cuando salimos, sor Imelda nos esperaba en el pasillo con las respuestas, para que comparásemos nuestros resultados. Entonces me llamó aparte, subimos hacia el aula de cocina y nos sentamos en la escalera a repasar el examen, pregunta por pregunta. Yo sabía que había hecho tres bien y dos mal, pero no se lo dije.

—Muy negro —dijo entonces, sin venir a cuento.

Pensé que se refería a la oscuridad que nos rodeaba.

—Al menos se está fresco —respondí.

Había llegado el verano, nuestra piel blancuzca se cocía bajo el pesado uniforme y en el patio del convento florecían unos pensamientos morado oscuro. Ella había recuperado el buen aspecto y su piel pálida volvía a estar inmaculada.

—Me refiero al pelo —susurró—. Lo tengo muy negro.

Y me contó lo que hizo la noche antes de ingresar en el convento. Salió a dar un paseo en bicicleta con un chico y recorrieron kilómetros y kilómetros, se perdieron en una montaña y a ella le entró miedo de volver demasiado tarde a casa y quedarse dormida a la mañana siguiente. Dábamos por hecho que yo ingresaría en el convento en septiembre y que también podría permitirme una última aventura.

Dos días más tarde nos preparamos para volver a nuestras casas. Hubo despedidas y promesas estafalarias, y muchas dedicatorias en los libros de firmas, y chicas que corrían por la sala de recreo con las maletas a reventar de ropa y libros. Baba esparció galletas desmenuzadas en el dormitorio para los ratones y escondió todos sus libros de oraciones debajo de un colchón. Su padre vendría a recogerlos a las cuatro. Yo había quedado en secreto con sor Imelda en que nos veríamos en uno de los cobertizos que había repartidos por los caminos, donde pasaríamos nuestra última media hora juntas. Esperaba que me contara cómo sería mi vida de novicia. Pero el padre de Baba llegó una hora antes. Tenía un recado urgente más tarde y apareció a las tres en vez de a las cuatro. Lo único que pude hacer fue pedirle a Marigold que le entregara una nota a sor Imelda.

Que me recuerdes es lo único que te pido,  
pero si recordarme no puedes,

de ti me despido.

Odié a Baba, odié a su atareado padre, odié pensar en mi madre esperándome en la puerta con su mejor vestido, dándome la bienvenida por fin. Si hubiera podido, me habría metido a monja en ese preciso instante.

Escribí a mi monja esa misma noche y de nuevo al día siguiente, y todos los días durante un mes entero. Sus cartas pasaban por las manos de las censoras, de modo que yo trataba de expresarle mis sentimientos de manera indirecta. En una de las que ella me mandó (solo les permitían una al mes) me decía que estaba deseando verme en septiembre. Pero en septiembre Baba y yo nos mudamos a Dublín para estudiar en la universidad. Dejé de escribir a sor Imelda, reacia a contarle que ya no quería ser monja.

En Dublín nos matriculamos en la misma facultad que sor Imelda. Vi su apellido de soltera en una lista, por haberse graduado con honores, y durante días volví a sumirme en la tristeza y los remordimientos. Salí a comprarle pilas para la linterna que le había regalado y se las envié sin ninguna nota. Ninguna alusión a mi vocación perdida, ninguna alusión a las razones por las que había dejado de escribirle.

Un domingo, dos años más tarde, Baba y yo cogimos un autobús para ir a Howth. Baba había conocido a unos empresarios que jugaban al golf allí y había hecho lo indecible para conseguir que nos invitasen. El autobús iba abarrotado, sobre todo de madres con niños y bebés, de camino a la playa de Dollymount. Circulamos por la carretera de la costa y vimos el mar, verde y chispeante al sol; las millones de olitas que se formaban en su superficie parecían un montón infinito de cascos de botellas verde oscuro. Cerca de la orilla, la arena daba la impresión de estar caliente y era del color de las galletas. Nosotras nunca nadábamos ni tomábamos el sol, porque jamás hacíamos nada que fuera bueno para la salud. Nuestra meta en la vida era trabajar y conocer a hombres, pese a que intuíamos que el apareamiento solo podía abocar a la maternidad y a llevar a niños revoltosos a la playa los domingos. De nosotras podía decirse eso de «no saben lo que hacen».

Íbamos tan pintarrajeadas que hasta el conductor nos miró mal, y chasqueó la lengua por tener que darnos cambio de diez chelines. Sin motivo alguno me acordé de nuestra sesión de maquillaje previa a la función del colegio y de lo inocente que fue en comparación, porque ahora nuestro cutis estaba completamente cubierto bajo capas y capas de maquillaje que no nos quitábamos por la noche. Al pensar en el convento me vino de pronto a la cabeza sor Imelda, y entonces, como en un sueño, oí el frufrú de la sarga, olí el desinfectante y la col hervida, y vi su rostro macilento y conmocionado durante los meses que siguieron a la muerte de su hermano. Entonces miré alrededor y la vi de verdad y al principio creí que estaba sufriendo alucinaciones.

Pero no: ella y otra monja habían subido, y se acomodaban en el asiento de atrás, el más cercano a la puerta. Estaba mayor, pero conservaba su aire distante y su mirada, y se me aceleró el corazón en una mezcla de excitación y terror. Al principio latía con una fuerza pródiga pero luego empezó a vacilar y me pareció que estaba a punto de desfallecer. Mi miedo y mi amor por ella resurgieron al instante. Habría sido capaz de escapar por la ventana si hubiera sido lo bastante grande. El problema era cómo eludirla. Baba gorjeó de puro deleite, se puso de pie y miró descaradamente para asegurarse de que era Imelda. Reconoció en la otra a la monja a la que apodábamos «Johnny», la que daba clases de piano. La primera idea de Baba fue la venganza, mientras enumeraba los castigos que nos habían infligido, y comentó lo magnífico que sería acercarnos y dejarlas de piedra con un: «¡Va por vosotras, hermanas!», o un «¡Al diablo!», o algo peor. Baba no entendía a qué venían mis temblores, ni por qué me afanaba en quitarme el pintalabios. Yo solo sabía que no era capaz de enfrentarme a ellas.

—Pues tendrás que poder —dijo Baba.

—No puedo.

No era solo por mi atuendo: era por no haber vuelto a escribirle y por haber roto mi promesa. Baba no paraba de mirar atrás y decía que no intercambiaban ni una palabra y que los niños las miraban embobados. No era normal ver monjas en los autobuses, e hicimos conjeturas acerca de su destino.

—Igual han quedado con dos maromos —aventuró Baba, y las imaginó en el club de golf cogiéndose una castaña y levantándose los faldones.

A mí no me hacía ninguna gracia. Al final ideó una estratagema, a saber, que cuando nos acercáramos a nuestra parada, con el autobús aún en marcha, yo me levantaría y recorrería el pasillo sin mirarlas siquiera. Me dijo que seguramente ni se fijarían en nosotras, porque estaban mirando al suelo, como si rezaran.

—No puedo ir corriendo hasta el fondo del autobús —protesté. Me fallaban las piernas y sentía unos mareos horribles.

—Sí puedes —porfió Baba, y aunque insistí en que no podía, ya empezaba a ensayar una disculpa.

Entretanto no paraba de santiguarme una y otra vez, y Baba no se cansaba de recordarme que solo faltaba una parada para la nuestra. Cuando llegó el temido momento, me puse de pie y esbocé lo que solo podía calificarse de una sonrisa de disculpa. Seguí a Baba hasta la parte trasera del autobús. Pero ellas ya se habían bajado. Vi por detrás las dos siluetas idénticas, negro azabache, con los velos ondeando furiosamente por el viento. Parecían tan frías y perdidas mientras caminaban a paso ligero por la acera que me dieron ganas de correr tras ellas. En cierto modo me sentía peor que si se hubiera producido el encuentro. No tengo ni idea de lo que habría dicho. Sabía que el final de un amor posee algo triste y ligeramente desagradable, sobre todo en

el caso de un amor que no ha llegado a fraguar. Quizá hubiera aludido a ello, pero lo dudo. En los momentos más trascendentales de nuestras vidas decimos las cosas más inapropiadas.

## Una rosa en el corazón de Nueva York

Noche de diciembre. Las escamas del Padre Invierno en el exterior de las ventanas conferían a las diversas habitaciones una luz blanca tamizada. El hielo, como esquirlas de espejos, biselaba los charcos de los baches. Los cuartos estaban fríos y en su mayoría amueblados del mismo modo. La habitación sin siquiera un mueble —solo con las manzanas que se cosechaban en otoño— se llamaba «el cuarto vacío». Había manzanas por todas partes. El olor era embriagador, muchas habían empezado a pudrirse. Cuartos en que nadie había entrado en días, y sin embargo esos cuartos y sus objetos se convertirían en parte de la historia recordada. Una casa solemne, levantada en medio de unas tierras, lejos del indolente trajín del pueblo. Una casa solitaria, como demostraría ser, y con una extraña vitalidad, como si no se tratara de una casa sino de una persona que observara y respirara, una presencia entre un conjunto de árboles y unos setos robustos podados por el viento.

La obesa comadrona apretó el paso por el caminillo, la capa de sarga aleteaba tras ella. Jadeaba. Llevaba el cabás con forma de barril que contenía desinfectante, gasas, fórceps, instrumental y un frasquito con agua bendita por si el recién nacido corría peligro de muerte. Fallecían más niños en torno a la Navidad que en ningún otro momento del año. Cuando dejó atrás el pequeño sicomoro que había a la mitad del camino, empezó a oír los bramidos y súplicas a Dios. «Pobre madre —pensó—, pobre, pobre madre.» No llegaba demasiado pronto, se había presentado más o menos cuando tocaba, pese a que Donai, el chico que trabajaba en la finca, había ido a buscarla horas antes. Ella había traído al mundo a la mayoría de los niños de la feligresía, y sin embargo no tenía parientes ni amigos. Nada más entrar por la puerta de servicio se quitó la papalina y la colgó en el pomo por el cordoncillo elástico.

Era un cuarto azul: paredes de un azul oscuro, húmedo y sombrío, muebles de nogal, incluida la cama en que estaba teniendo lugar el acontecimiento. Delante de la chimenea había una tapa inmensa de caja de bombones con la imagen de una señora de aspecto pícaro. La borla de la persiana se agitaba contra el cristal escarchado de la ventana. Había un lavamanos, una palangana con un aguamanil color hueso con rosas grandes por toda la porcelana y un ropero

inmenso, un armatoste, una bestialidad. La comadrona recordó la vez en que subió a una casa en lo alto de la montaña y al llegar descubrió que el niño había muerto ahogado, el niño sin padre había muerto asfixiado en un cajón. Los gemidos resonaban en el cuarto, traspasaban las paredes destempladas y salían al frío pasillo, donde el perrito negro de fieltro con ojos de ámbar hacía de centinela sobre una alta rinconera barnizada. A ratos la mujer le pedía perdón a la comadrona por el inapropiado alboroto con un hilo de voz, y luego volvía a caer presa de un dolor que a veces describía como el de una cuchillada, un navajazo, un infierno en vida. Era su cuarto parto. El bebé anterior había muerto dos días después de nacer. Otro bebé, también niña, murió de tos ferina. Tenía la matriz enferma de muerte. ¿Para qué ser mujer? Ay, vida cruel; ay, destino despiadado; ay, hombre desalmado, lloraba. Agarrada a la colcha, recordaba que entre aquellas mismas sábanas llenas de remiendos le habían abierto las piernas por la fuerza, una y otra vez, sin una palabra, ni un gesto amable, solo recibiendo embestidas y órdenes para que abriera más. Al casarse había escapado de una vida de sirvienta, quizá de acabar interna en una lúgubre institución, pero conforme pasaba el tiempo y el último cajón se vaciaba de regalos se dio cuenta de que tendría que servir de una manera completamente distinta. Cuando no gritaba, meneaba la cabeza contra la almohada rezando por que todo terminase. La aterrorizaba el sangrado mucho antes de haber derramado una sola gota. La comadrona la obligó a ponerse cómoda colocándole debajo una sábana vieja, y sobre esta un trozo de hule. Le dijo que aquello no era moco de pavo y repitió su teoría de que si los hombres tuvieran que parir no habría nacido un solo niño en el mundo entero. El marido estaba abajo, cogiendo una cogorza. Antes, cuando su mujer había anunciado que tenía que subir porque estaba de parto, él, que aprovechaba la mínima excusa para montar una celebración, le preguntó si había vino casero o de consagrar guardado por ahí, para sacarlo, para exhibirlo, junto con las copas de cristal tallado. Ella le respondió que no había y que él lo sabía de sobra, puesto que a duras penas podían permitirse el té y el azúcar. Él se puso a hurgar y rebuscar, a vaciar aparadores de trapos, ropa y provisiones, e incluso metió la mano en la funda de la almohada y examinó el relleno de los cojines; no paró hasta encontrar una botella en el ropero, precisamente en el cuarto donde su mujer gemía y suplicaba. Ella le rogó que no, pero por toda respuesta él meneó la botella color ámbar hacia ella y luego se la llevó a la altura de la cabeza, de modo que el licor empezó a gorgotear. Era un líquido embriagante. Quiso la maldita casualidad que un amigote suyo llegara para venderles otra estufa, probablemente otro cacharro inservible, un objeto que necesitaría mil atenciones para mantenerse encendido y emitir calor. La otra criatura estaba con un vecino; las que murieron, en un camposanto a diez o quince kilómetros de allí, entre desconocidos y parientes lejanos, sin sus nombres grabados en la tumba torcida y empapada de lluvia.

—¡Ay, Dios! —gritó cuando él volvió para preguntarle dónde había una aguja de punto para sacar un trozo del corcho, que se había roto.

—¡A tomar viento! —replicó al tiempo que ella se enroscaba en un nudo y sentía una bola grande y apremiante (sería la cabeza) presionar contra la base de las tripas y reventarle las entrañas.

De la boca le salía una mezcla de blasfemias y oraciones que poco a poco se hacían más lastimosas y eran interrumpidas por gritos. La comadrona le puso una compresa en la frente y le ordenó que empujara, que por el amor de Dios empujara. Ella se quejó de no tener ya fuerzas, pero la comadrona insistía y remedaba una respiración honda. Tardó más de una hora. La cabecita asomaba la coronilla pero retrocedía, y reaparecía, cada vez un pelín más, aunque, entre medias, parecía querer retirarse del mundo al que se precipitaba. Le dijo a la comadrona que estaba desmembrándose, que le daba igual morir, y que los de abajo se emborracharan hasta la muerte. En la cocina, los hombres discutían cuál era el mejor galgo, quién poseía al sucesor de Mick the Miller. Se le había caído el crucifijo que había estado aferrando; las manos parecían huesudas y flacas por la manera en que se las retorció.

—Por el amor de Dios, empuje, mujer.

Ella habría empujado hasta vaciarse por dentro, hasta echar las tripas, el útero, el buche, los ojos y el hígado, pero el centro de su cuerpo se resistía, y ese centro parecía mandar sobre ella. Deseó no ser nada, una concha, desprovista de todo y de todos, y eso mismo estaba diciendo, entre bramidos y delirios, cuando el bebé salió de golpe, primero despacio, como si el cuello no consiguiera abrirse paso, luego los hombros —fue la peor parte— allanaron el camino, y después el giro abominable, y un grito distinto al de ella, y un presagio urgente de cosas mientras los goterones de sangre y linfa sucedían a los gimoteos del bebé. Ella sintió entonces que le arrebataban el último atisbo de tranquilidad, y perdió toda esperanza. Había llegado al mundo de través, y el primer anuncio de la comadrona fue una fatalidad: tenía los pies zambos. Los piecitos, se aventuró a decir, eran como dos tocones unidos, y el condenado cordón se le había enrollado al cuello. El resultado era un bulto lloriqueante informe, inerte y amoratado. Los hombres se dieron una pequeña tregua cuando les gritaron la noticia y subieron a dar la enhorabuena. El padre blandió una loncha de carne rosa pinchada en un tenedor y señaló lo poco apetecible que era. Estaban cocinando un ganso abajo y declaró que en el futuro insistiría en optar por el pavo, pues el ganso era propio de palurdos y mentecatos. La madre, pálida y asqueada, pidió que la dejaran en paz. El vendedor preguntó si había sido niño o nena, pese a que acababan de anunciar que habían tenido una hija. La madre sentía la sangre saliéndole a chorros, igual que el agua de una presa. La comadrona les pidió que bajaran y se comportaran como caballeros.

Entonces sacó tres números atrasados de la revista semanal y una caja de zapatos con su tapa, donde metió la porquería y lo superfluo. Canturreaba mientras se aprestaba a coser la carne desgarrada, abierta y ensangrentada. La madre volvió a bramar y dijo que aquello era su vinagre

y su hiel. Mordió el crucifijo, abollándolo aún más. Sentía como si le cosieran también la boca y los párpados; ya no era un cuerpo bonito, sino un vehículo para el dolor y el agravio. La criatura estaba tan tranquila que casi no respiraba. Echaron la placenta en la estufa, donde el perro, Shep, la olisqueó entre las capas de papel y por curioso se llevó un puntapié. La lumbre se había apagado, y la comadrona les dijo a los hombres que era un pecado mortal dejar así un buen ganso, a medio hacer. Habían arrancado pellizcos de la pechuga, de modo que el animal parecía herido, como la mujer de arriba, que entretanto se endurecía el corazón y el alma, se endurecía por dentro de los puntos de sutura, y consideraba su vida entera una grandísima desilusión. La comadrona bajó el fardo al sótano, le puso por encima un paño con aceite, le acercó una cerilla, y supo que pronto tendría que marcharse a cumplir a otra parte. Le habría gustado quedarse y fajar a la recién nacida, y tranquilizar a la mujer, y beber un té dulce y caliente, pero no tenía tiempo. Nunca había tiempo, y aquella mañana ni siquiera había limpiado la ceniza y los tizones de su chimenea.

La niña estaba en un rincón de la habitación en una cuna marrón con listones que crujían por el maltrato que habían sufrido con los bebés anteriores. La madre no estaba orgullosa, nada más lejos. Le dio a la criatura el primer biberón, observó su cara apergaminada y pensó: «¿De dónde has salido tú, y por qué?». No había pensado un nombre para ella. Al primer visitante, de hecho, un teniente del ejército, le dijo que no le contara cuentos, que la niña tenía la cara más fea que había parido madre. Aquella Navidad la borrachera y las discusiones se alargaron, los visitó algún que otro vecino, la madre se levantó al tercer día y bajó tambaleándose para ordenar un poco la cocina. Todos los días al anochecer preparaba un pedacito de vela para tener a mano y engrasaba la lámpara del Sagrado Corazón para cuando la niña llorara. Las dos contrajeron bronquitis y la criatura fue aprisionada entre franela de lana y algodón.

Las cosas cambiaron. La madre acabó idolatrando a su hija, porque era muy tranquila, nunca lloraba, nunca le pedía nada, y se quedaba extrañamente quieta en su cochecito, con el perro vigilante, pendiente de cualquier cosa que se perfilara en el horizonte. La fealdad desapareció. Ella parecía devorarlos con aquellos ojos azul oscuro inmensos, observadores, ligeramente embotados. Brillaban ante todo lo que veían. La madre miraba en dirección al cochecito y pronunciaba una pequeña oración, o sonreía, y a menudo en plena noche acercaba la vela, protegiéndola con la mano, para verle la carita, para decirle mi niña o ajo, para decirle palabras sin sentido. Comía lo que le daban, pero con el tiempo desarrolló sus propios gustos y sentía debilidad por los dulces. El alimento las unía, comían del mismo plato, usaban la misma cuchara, se miraban masticar, sentían la comida que bajaba por la garganta de la otra. La niña tardó en gatear y aún más en echar a andar, pero lo sabía todo, estaba atenta a todo. Cuando había manjar blanco o cuajada se comía una parte de la preciosa sustancia de su madre.

Estaban juntas, siempre juntas. Si la madre salía a la estafeta de Correos, ella se quedaba en medio del camino rezando hasta que volvía sana y salva. La niña se cortó cuatro dedos con el filo de una cuchilla de afeitar que se había quedado clavada en la madera del tocador, y al ver los cuatro tajos horizontales, profundos e idénticos, la madre se metió los deditos en la boca y los chupó, para aplacar el dolor, y los lamió para limpiarles la sangre, sin dejar de pronunciar palabras tiernas hasta que la niña se calmó.

Los nudillos de su madre eran sus propios nudillos, las venas de su madre las suyas propias, el regazo de su madre era un segundo paraíso, la frente de su madre, un cuaderno donde ella trazaba a, be, ce, de, el cuerpo de su madre era un recoveco donde vagaría por siempre jamás, un sepulcro que se hacía cada vez más profundo. Cuando veía a otras personas, sobre todo a su bonita hermana, se limitaba a saludar con la mano desde aquel lugar seguro, no se movía, no dejaba que la sacaran de allí. Su padre fue hacia su madre blandiendo un hacha y la amenazó con abrirle la cabeza. La niña lo vio todo por la ventana de la cocina, porque el desastre tuvo lugar fuera, en un altozano bajo las tres hayas entre las que se tensaban y combaban los cordeles para tender. La madre había estado colgando las cuatro sábanas que había lavado esa mañana, dos de cada cama. La niña estaba enfrascada en rizarse el pelo, se enrollaba mechones alrededor de jirones blancos, formando bucles, engalanándose delante del espejo de la cocina, y cada dos por tres iba hasta la ventana para un reconocimiento, preguntándose qué debía hacer, dando brincos como si le doliera algo, sin saber qué hacer, volviendo al espejo, con la esperanza de que la terrible escena acabara, de que la tierra se abriera y se tragara a su padre, de que el hacha se transformara en una varita mágica, de que su madre entrara por la puerta de la cocina diciendo «No temas» y pusiera fin a aquel tormento. Su padre exigía dinero, su madre se negó argumentando que no tenía, pero añadió que si lo tuviera se habría ahorcado antes que dárselo. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Fue entonces cuando se puso hecho una furia, apretó los dientes y tensó los músculos, dijo que le abriría la cabeza, y la madre repuso que si lo hacía ya sabía dónde acabaría. En el asilo de los locos. El manicomio quedaba a unos cincuenta kilómetros, un edificio grande y gris, con hombres y mujeres juntos y hacinados, algunos con camisas de fuerza, otros en cuartos acolchados, otros cegados por los sacos que les ponían en la cabeza, otros con correas en el pecho que los aquietaban e inmovilizaban. Quienes no querían ir voluntariamente acababan siendo arrastrados por sus familiares, o atados, algunos al extremo de un arado o una grada, y conducidos a gatas, como alimañas. Luego, cuando dejaban de estar tan locos, tan violentos, los mandaban a casa, donde se comportaban de una manera muy peculiar y tendían a sonreír y hablar solos, y en un santiamén ya estaban listos para volver a la institución, por su propio pie o por la fuerza. Marzo era el peor mes, cuando todo se torcía, hasta el viento, hasta las liebres de marzo. Su padre no acabó en el manicomio. Se cogió una curda monumental y luego ingresó en un monasterio, y después lo trajeron a casa y estuvo cinco días temblando en

el tresillo, comiendo pan y leche y preguntando quién iba a llevarlo a los campos para que viera a sus potrillos, y como nadie se ofreció voluntario le tocó a ella, porque era la más pequeña. En el campo, el padre acarició a los potros y pronunció palabras muy empalagosas que jamás habría dicho dentro de casa, ni a cualquier otro ser humano, y lloró y juró que jamás volvería a beber ni una gota, y tenía babas en el bigote color peltre que eran los restos del puré que había estado comiendo, y el potro se puso nervioso e irritable, como si estuviera a punto de encabritarse o patear hasta dejar la tierra hecha trizas.

La chica y su madre salían los domingos: paseaban, cogían moras, que examinaban en busca de gusanos, hacían mermelada y dormían en la misma cama, enredadas como las ramas de los árboles o los extremos de las pinzas para el azúcar. Cuando se despertaba y descubría que su madre se había levantado y ya estaba preparando la comida para las gallinas o la mezcla para los cochinitos bajaba corriendo, con el lío de ropa debajo del brazo, y se vestía allí donde pudiera deleitarse con la visión materna. Siempre un huevo para desayunar. Un huevo al día y crecería robusta. Su madre nunca tomaba huevos, pero le quitaba la parte de arriba al de la niña y se lo daba con la deslustrada cucharilla para huevos, alternando sorbitos de té para bajarlo. Tenía su propia taza, de esmalte rojo y sin un solo desconchón. La niña miraba siempre atrás cuando tomaba el caminillo para ir a la escuela, y con el tiempo perfeccionó el truco de andar de espaldas para no perderse nada, para mirar la silueta con el delantal que le decía adiós o sostenía un machacador de patatas o un colador, o lo que fuera que llevara en la mano.

Una vez la niña volvió a casa y la madre no estaba. Su madre había cumplido la promesa de desaparecer cualquier día, de irse adonde nadie la encontraría. Aquel lugar era el fondo del lago. Pero en realidad su madre había vuelto a casa de su familia, porque el padre la había apuntado con una escopeta y le había disparado, aunque, como no tenía la puntería de Guillermo Tell, había fallado y hecho un agujero en la pared del cuarto azul. Qué estarían haciendo allí arriba en pleno día, donde jamás subían salvo cuando su madre tenía que hacer las dos camas. Sospechaba algo. Durmió en casa de unos vecinos, durmió en una cama con dos ancianos que apestaban a eucalipto. Se quedó prácticamente vestida y se hizo un ovillo porque no quería tocar ni que la tocaran esos dos viejos enterrados bajo varias capas de piel, pelo y franela. Al otro lado de la ventana había un rosal trepador con tres o cuatro flores rojas desperdigadas, y mirando las flores y pensando en la arcilla llena de gusanos intentaba no oír lo que decían los ancianos, para recordar a la madre, a quien ya había perdido la esperanza de volver a ver. No muy lejos estaba su propia casa, con la puerta trasera abierta de par en par dando libre acceso a cualquier extraño o gitano que pasara por allí. El perro se sentiría solo y estaría todo ensangrentado de cazar conejos, nadie se ocupaba de las gallinas, que estarían en el corral, histéricas, picoteándose unas a otras debido al nerviosismo. Los huevos se pudrirían. Si se ponía de pie encima del murete encalado que había frente a la casita, veía más allá de la tapia de caliza que delimitaba sus campos y se

quedaba mirando el caminito que conducía a su casa. Para ella era como una especie de castillo donde habían ocurrido y seguirían ocurriendo cosas extrañas. La adoraba y la temía. El cielo detrás y sobre la casa la envolvía en el misterio, a veces le daba un aire melancólico, y una suerte de esplendor cuando los jirones rojos del firmamento parecían antorchas que anunciaban la representación de una obra sangrienta. De pronto, allí parada, con una brizna de hierba entre los dientes, contemplando su hogar e imaginando esa tragedia futura, oyó abrirse y cerrarse con un sonido metálico el portón del cercano cementerio y vio aparecer a su padre, y dio un salto tan torpe que creyó que se lo había roto todo, sobre todo las costillas. Se sintió hecha añicos. Sería como Humpty-Dumpty, y ni todos los caballos del rey ni todos sus hombres podrían recomponerla. El desmembramiento ya había ocurrido antes, mucho tiempo atrás, la vez en que el cuello se le transformó en una bola inmensa de carne. Solo podía moverlo hacia un lado, porque el otro era como una pelota y estaba lleno de fluidos y gorgoteaba si se lo tocaba con los dedos. Iban a hacerle una punción. La colocaron en una silla de la cocina. Su madre hirvió agua en una cacerola. Se sentó en otra silla y alargó mucho el brazo para sacar una toalla limpia del fondo de un armario. Todo estaba en aquel armario: el azúcar y el té y las galletas y la harina de trigo y las sábanas y el moho y los ratones. Primero un hombre, luego otro, luego otro más, y un último hombre que estaba arreglando la chimenea, y al final su padre; la sujetaron entre todos, un brazo, otro brazo, los hombros, la cintura, y las piernas voladoras, que hacían lo posible por no estar allí. La médico le dedicó palabras bonitas y hundió el bisturí en el balón de fútbol que tenía en el cuello, y fue como cuando revienta una vejiga de cerdo: los líquidos salían a borbotones, hasta que dejó de brotar y fue como sentir una navaja aserrarle el hueso del cuello, rajando la carne, más y más profundo, mientras los hombres la retenían usando toda su fuerza, diciendo que era un demonio, y el cuchillo le traspasó el buche, o lo que ella siempre consideraría el buche, y la doctora exclamó: «¡Mecachis en la mar!», porque se había equivocado, había cortado demasiado profundo y ahora tenía que empezar a raspar, y su hermana mayor bailaba una giga en las baldosas de fuera para que los vecinos que pasaran por la carretera no creyeran que estaban asesinando a alguien. Mucho más tarde regresó al mundo de voces, voces amortiguadas, y a sus comentarios tranquilizadores, y a un trozo de dulce que la ayudara a reponerse, y a la médico, que se ponía el abrigo marrón de pieles y se marchaba a cumplir con su siguiente obra de misericordia.

Cuando dormía con los vecinos el viejo le preguntaba a la vieja si algún día se librarían de ella, si se quitarían de encima a aquella mocosa, si se la habían endilgado para el resto de sus vidas. Ella rechazaba la leche que le daban porque era de cabra, demasiado amarilla y llena de polvo. Les respondía con monosílabos, solo sí o no, casi siempre no. Estaba aprendiendo a fruncir el ceño para contar ella también con el abecé. La frente de su madre y la suya se reunirían

en el cielo, se saludarían y todas sus arrugas coincidirían. Se negaba a comer. Languideció. Aquello duró una semana en total.

El día que su madre volvió —todavía era enero— las cañerías habían reventado y, cuando la niña llegó donde los vecinos y estos le dijeron que ya podía irse a su casa, salió corriendo con toda la fuerza y determinación que tenía, tanta, que le dolió la tráquea, pero dejó de dolerle cuando se encontró a su madre arrodillada, afanándose con los charcos de agua procedente de las cañerías rojas. El paño marrón se empapaba cada pocos segundos y había que retorcerlo y estrujarlo en la palangana grande y desconchada, la misma donde la bañaron a ella por primera vez. Había agua por todas partes, creaba olitas, amenazaba con expandirse, con desteñir las baldosas, y de aquel peligro se preocuparon en lugar de hablar de la desaparición de la madre, o de los funestos motivos que la habían provocado, o de hablar de la razón por la que había vuelto. Entraron y sacaron los ingredientes, los utensilios y el tamiz para preparar un bizcocho de naranja con relleno de naranja y glaseado de naranja. La niña nunca había probado nada tan maravilloso. Se comió tres pedazos grandes; su madre la rodeó con un brazo y le advirtió que si seguía comiendo le saldría barriguita.

El padre volvió del hospital, lloró otra vez, dijo que él no le haría daño ni a una mosca, y anunció que jamás rompería su promesa ni pondría un pie fuera de la casa salvo para ir a misa, nunca abandonaría sus queridos dominios. La niña dormía con su madre, como antes, rezaba el rosario con ella, y compartía las pequeñas onzas de chocolate negro con pasas, y se echaba a temblar cada vez que su madre iba al dormitorio del padre un segundito, para que no cogiera un berrinche. Las consecuencias de estas visitas se evitaban gracias a los trocitos de papel de seda, que la protegían de toda expulsión. No concibieron más hijos, y no se dio más uso a los pañales deformados, ni al biberón ni a la tetina marrón oscura con manchas. La cuna fue cortada con la sierra y utilizada para los respaldos de dos sillas que pasaron a constituir una parte del mobiliario del rellano grande de arriba, del que el perro de fieltro seguía siendo dueño y señor, pese a que ahora le faltaba un ojo porque el hijo de una visita le había clavado un alambre. Las sillas se pintaron de rojo oscuro y con un clavo hicieron muescas en el barniz para crear un efecto de relieve. En el rellano había además un jarrón con alambre por dentro para sostener un montón de rosas de té artificiales. Las rosas eran bicolors, de plástico rojo y amarillo, y la punta de cada pétalo estaba rígida como la de una espina. Las flores de tela eran más suaves. Ella las había visto una vez, de un rosa y morado muy pálido, hechas de tul, en otra casa, en un jarro grande, dominando el buró de una señora. En el rellano de su casa también tenían la cabeza decapitada de Jesucristo, que lo observaba todo con infinita paciencia e infinita conmiseración. Debajo de Jesucristo había un gatito de papel maché negro, que en su origen estaba relleno de caramelos, caramelos que eran la viva imagen de las fresas, inclusive la hojita de la base, hecha de angélica glaseada. Les gustaban las mismas cosas: la salsa de manzana, la remolacha, las salchichas de

tomate y la angélica. Limpiaban juntas las ventanas, una por dentro, la otra por fuera, cantaban duetos, colocaban papel de periódico sobre las baldosas rojas recién fregadas para protegerlas del barro y de las pisadas de los hombres. Estaban de acuerdo en todo, o en casi todo.

En las noches oscuras el viento solía colarse por la ventana y se metía en el rellano y las demás habitaciones, y en el cuarto azul, ahora deshabitado. La puerta del armario se abría sola, o repiqueteaba el aguamanil, o el bonito busto de Nuestra Señora de Limerick se caía al lavamanos de mármol, con gran estrépito seguido de la predicción de siete años de mala suerte. Cuando la otra hija volvía del internado, la niña se emocionaba al principio, la recibía con ilusión, preparaba bizcochos, pero poco después se sumía en la desdicha. Le arrebatában a su madre o, peor aún, ella le regalaba a la intrusa sus palabras, sus atenciones, sus manos y todas sus miradas. Su madre y su hermana mayor iban al piso de arriba, donde la madre le guardaba alguna sorpresita, un pañuelo o una funda para los pañuelos, y una vez un retal que había comprado rebajado después de que la fábrica sufriera un incendio. Precioso, de un rosa salmón con lunares.

Entretanto, abajo, ella tenía que guardar los platos limpios. Daba golpetazos con las tazas, metía un cuchillo de mantequilla en el tarro de un kilo de mermelada de grosella negra y se servía un buen pegote, luego apilaba los platos grasientos uno encima de otro sin meter como siempre hacía un tenedor en medio para proteger la parte de abajo. Soñó que su madre y su hermana y rival salían a pasear y ella pedía ir también, pero se escabullían. Las seguía en bicicleta, solo que una vez franqueada la cancela no era capaz de decidir si girar a la izquierda o a la derecha, y cuando por fin tomaba una decisión se equivocaba y se topaba con un rebaño de novillos, todos dándose cabezazos y empeñándose en montarse unos a otros. Daba media vuelta y las veía paseando por el caminillo, igual que dos tranquilas señoras, cogidas del brazo y riendo, y el retal salmón con lunares era ya una prenda, una preciosa chaqueta holgada que su hermana lucía con mucho garbo.

«Yo quería ir con vosotras», decía, y la una le decía a la otra: «Quería venir con nosotras», y dijera ella lo que les dijera, suplicara lo que suplicara, ellas lo repetían como si ella no estuviera presente. Al final comprendía que tendría que dejarlas solas, porque no era bien recibida, porque estorbaba. A raíz de aquel sueño, o más bien del alboroto que montó mientras dormía, dictaminaron que tenía lombrices, y a la mañana siguiente le dieron una dosis de trementina y aceite de ricino, lo que le daban a los caballos.

Cuando su hermana volvió a la ciudad se restableció la felicidad en el hogar. Su madre le pidió consejo sobre el dibujo de una bolsa de cuero que estaba confeccionando. Su madre quería un dibujo muy antiguo, algo relacionado con la historia de su país. Le dijo que tendría que haber batallas, y también paz, y estampas magníficas de la naturaleza. Decía que una tierra tenía que tener mucha historia y que la educación era una cosa muy buena. Preferible a la ciénaga, decía la madre. La niña decía que cuando fuera mayor tendría un buen trabajo y llevaría a su madre a

América. Su madre hablaba de la calle de Brooklyn donde había vivido y decía que estaba al lado de un parque. Algún día irían juntas. La madre respondía que tal vez.

La niña crecía y empezaba a usar la palabra «culo» para sus adentros, sabiendo que su madre se escandalizaría. Se reía de los novillos y de sus juegos. Luego dio un paso más y se provocaba convulsiones, como si tuviera un diablo en el cuerpo que la tocara y le hiciera cosquillas por dentro. Era escalofriante. Lo hacía al aire libre, lejos de la casa, campo adentro, en alguna arboleda o bajo un dosel de rododendros. Los brotes de los rododendros eran pegajosos y rezumaban vida, y todo estaba empapado, igual que ella, y la niña se ruborizaba y le entraban ataques de risa, y tenía que obligarse a recuperar un estado de aparente normalidad, para lo que se abofeteaba con fuerza ambas mejillas. Como castigo extremo tomaba una taza de sal de Glauber tres veces al día, que se bebía aún tibia, cuando más asco daba. Su padre le decía que saliera, que rompiera el caparazón, que se despegara de las faldas de su madre, y la mandaba a dar una vuelta en la penosa bicicleta sin frenos. Ella iba a la capilla, que se hallaba vacía salvo por la sacristana, que se pasaba la vida allí limpiando y recolocando las flores artificiales; o bien bajaba hasta la ciénaga y pedía deseos inalcanzables, pero siempre, al final de todos los días, y al final de cada pensamiento, y al comienzo del sueño y en el preciso instante de despertar, existía por y para su madre, y sus oraciones y buenas acciones y tirabuzones y la ira de sus piernas — provocada por la sarga del pichi— se dirigían a su madre, sin tregua. Solo la muerte podría separarlas, y ni siquiera, porque decidió que se quitaría la vida si alguna enfermedad o calamidad se llevaba a su madre. Se ponía la chaqueta tres cuartos materna, hundía las manos en los profundos bolsillos y pronunciaba el nombre «Delia», el de su madre, en distintos tonos de voz, una y otra vez, siempre en un susurro y con un deje conspirativo.

Pasó una cosa preciosa. Su madre y su padre fueron en un coche de alquiler a hacer una transacción que les permitiría obtener un crédito por unas tierras, y su padre no se emborrachó, sino que pidió un té, y luego se sentó agarrándose los tirantes y le dio a su madre unos cuantos billetes, con los que se compró una barra de labios magnífica en un estuche dorado acanalado. Era como fruta fresca, todo húmedo y rojo coral. Su madre y ella lo probaron varias veces, con comicidad, lo probaban y se lo limpiaban, y volvían a probárselo, dibujando corazones, hasta que su madre protestó y dijo que eran unas cabezas de chorlito, y hasta el padre participó de la hilaridad y le manchó la mejilla a la madre diciéndole que era una bobalicona, y la madre dijo que ya estaba bien, que la barra de labios podía partirse. Apretó el ganchito con la uña del pulgar y el pintalabios se metió en su estuche, en su cama. Con los años se secó y adoptó una forma muy peculiar, y en algún sitio leyeron que dicha forma revelaba el carácter de una mujer, y desearon poder descubrir si la madre era extravertida o tímida como una violeta.

La niña no tenía amigos, no le hacían falta. Su taza estaba llena. La madre era la taza, el aparador, el armario con todas las cosas dentro, el tabernáculo con Dios dentro, el lago con las

leyendas dentro, la ciénaga con el pozo de los deseos dentro, el mar con las ostras y los cadáveres dentro, su madre, una esponja gigantesca, una morada donde ella anhelaba hundirse y desaparecer para siempre. Y sin embargo, le daba miedo hundirse, atrapada en el abominable cepo entre el miedo a hundirse y el miedo a nadar, se debatía entre varias cosas: entre la escuela, entre las vacunas, entre un hombre que colocó su pañuelo blanco entre la desnudez de ella y la de él y se corrió contra la puerta de una letrina galvanizada, gruñendo y gañendo sobre ella como una bestia amarrada; entre una buena amiga, una amiga que intentó recortarle los pelos de la vulva con unas tijeras de podar. Los pelos de su vulva eran de color caoba, y su mejor amiga decía que eso era síntoma de pecado mortal. A ella eso le atormentaba. Y entonces ocurrió algo terrible. Se presentaron en su casa dos monjas y su madre y su padre le ordenaron que se quedara en la cocina vigilando que el agua para el té hirviera y que retirase la caldera del fuego para que no se derramara. Recorrió el pasillo de puntillas y pegó la oreja a la puerta del salón. Solo captó palabras sueltas. Hablaban de ella. La mandarían a otra escuela. Negociaban las cuotas y su madre preguntaba si no podrían bajárselas un poco. Salió corriendo de la casa en un estado lamentable. Fue hasta el gallinero para llorar y desahogarse. El suelo estaba lleno de excrementos húmedos y de un verde grisáceo. Los nidos estaban llenos de pegotes de heno podrido. Le pareció que estaba volviéndose loca. Cuando más tarde la encontraron, su padre le ordenó que se dejara de «sandeces», pero su madre intentó consolarla diciéndole que tenían un folleto de la escuela y que podría llevar mucha ropa nueva, azul marino. Pero ¿de dónde sacarían el dinero?

En el convento al que la mandaron por fin halló consuelo. Una monja se transformó en su nuevo ídolo. Una monja con el semblante terriblemente pálido y una maestría en ciencias. La monja y ella idearon códigos con los párpados y los pestañeos, de modo que siempre estaban al tanto del estado de ánimo y los sentimientos de la otra, y el más leve dolor que padeciera una lo identificaba la otra y reaccionaba con una mirada. La monja puso mejor nota a otra niña en los exámenes del segundo trimestre, solo para hacerle daño, para herirla en su orgullo; la monja se dirigió a ella con brusquedad delante de la clase, la llamó por su nombre y apellido y le planteó un problema teológico irresoluble. A cambio, ella dejó caer una de las estampitas de la monja en el suelo de la capilla, donde naturalmente la encontró la hermana que hacía la limpieza, que se la dio diciéndole: «Me parece que se le ha caído esto». Intercambiaron regalos en Navidad y notas con insinuaciones felices. Ella le había regalado unos bombones con un martín pescador en la caja, y recibió un libro de oraciones con los lomos dorados, tan pequeño como su meñique. No era capaz de leerlo, pero lo atesoraba como un talismán, igual que un pergamino secreto en que se hablaba de amor.

Las vacaciones en casa eran otro cantar. Ahora ella era quien la evitaba, quien la rehuía. Todas las sorpresitas y el suflé de musgo de Irlanda que su madre le preparaba la dejaban indiferente. El

delantal rosa de crepé de China que le había hecho con un viejo vestido de fiesta no recibió las aclamaciones que la madre esperaba. Se lo probó y enseguida se lo quitó y lo dejó en el respaldo de una silla, sin más elogio que un comentario sobre el trenzado, que estaba muy bien hecho.

«Estas cosas no pueden despreciarse», decía la madre, pasándole la bandeja de los bollitos por tercera o cuarta vez. El amor por la monja dominaba todos sus pensamientos, y su rostro pálido se interponía entre ella y el mundo visible que habría debido ver. En ocasiones podía saborearlo. Interfería en sus estudios, sus otras amistades, acabó por descubrirse. La madre superiora la mandó llamar. La monja y ella no volvieron a verse en privado ni intercambiaron más estampitas. El día de su marcha definitiva se citaron en secreto en el cenador del jardín, pero ninguna de las dos apareció. Ambas mandaron sendos mensajes de disculpa, y quienes se encontraron fueron las mensajeras, una alumna de las más jóvenes y una novicia con la misma frase en los labios: «Lo siente mucho... Quería decirte que no ha podido...». Quién sabe si se habrían venido abajo o si habrían hecho cualquier cosa, incluso besarse.

Fuera de la escuela, lejos del influjo de las monjas, los dioses, los jardines floridos y los actos de contrición, lejos de la capilla con su incienso y sus sermones apocalípticos, lejos de la vigilancia, conoció a un panadero que también era un famoso jugador de hurling con quien inició esa especie de cortejo tan habitual entre los de su clase: cita bajo la columna de Nelson dos tardes a la semana, una cafetería para tomar café y pasteles de crema, cogerse de la mano bajo la mesa, tomar un autobús hasta la pensión de ella, besarse contra una barandilla y devorarse mutuamente la cara como poco antes habían devorado la falsa crema y los bizcochos espolvoreados de azúcar. Pero estas orgías solo incrementaban su hambre, la transformaban en algo insaciable. Se acordaba de su madre mucho tiempo atrás, con la chaqueta tres cuartos de tweed color salmón, el broche en la solapa, el olor del colorete, la barra de labios aplicada a toda prisa que siempre se salía un poco por el labio superior o el inferior y parecía una especie de marca de nacimiento. Recordaba que incluso tenían el mismo lunar en el dorso de la mano izquierda, un lunar que no se alteraba ni en invierno ni en verano y empalidecía si apretaba el puño. Pero eran recuerdos de alguien que ella quería desterrar de su vida. El panadero se hartó, él quería más que unas pocas carantoñas, le dijo que adiós muy buenas. Entonces no hubo nadie, solo un largo trecho, rezar novenas, trabajar en la biblioteca, y las cartas de su madre llegaban, contando lo de siempre, lo dura que era la vida, lo inclemente del tiempo, que le mandaría un bizcocho ese mismo día o al siguiente, en cuanto tuviera huevos suficientes. Los paquetes llegaban cada dos semanas, envueltos en varias capas de papel de periódico, y luego en una exterior y más recia de papel de estraza, todo sujeto con un surtido espantoso de cordeles: bramante, cuerdas muy blancas e hilo de plástico de colores de los escabeles que se había aficionado a fabricar; con muchas salpicaduras de lacre para hacer bonito. Siempre un paquete certificado, siempre un bizcocho, medio kilo de mantequilla y un pollo que se veía obligada a

cocinar de inmediato, porque ya estaba casi podrido después de cuatro días de viaje. No era difícil imaginar la mesa de la cocina, el balde lleno de plumas, la mano del lunar arrancando las más nuevas, la otra hundiéndose en el interior y sacando la porquería, trémula, con cuidado de no romper cierta bolsita cuyo líquido color tabaco podía echar a perder el sabor del ave. Uf. Siempre las mismas alusiones en cada carta, el mismo lamento...

«Sabe Dios lo que nos depara la vida. Tu padre tendrá todos los defectos que quieras, pero no es un hombre duro. Me entristece pensar en las pequeñas cosas que yo antes era capaz de hacer por ti.» Ella odiaba aquellos paquetes, por muy bien que le vinieran.

Se casó. Se casó apresuradamente. Su madre dijo desde el primer momento que aquel hombre era más raro que un perro verde. Estaba preparando una enciclopedia y era una mina de información sobre ciertos temas. Su especialidad era la vegetación de los estanques. Vivían apartados de todo. Ella aprendió a hacer las tareas domésticas, a embotellar y preparar conservas, a obedecer, a ser una buena esposa, a desvestirse con esmero cada noche, a doblar la ropa, a colocarla encima de una silla de mimbre, con cuidado de dejar el corsé y el resto de la ropa interior debajo del vestido o la falda, por respeto. Era como volver al colegio. La madre no la visitaba, por estar reñida con el marido censurador. Madre e hija se veían en una localidad a medio camino entre sus respectivos hogares rurales, y entraban en el vestíbulo de algún hotel, pedían té y tocaban temas de los que puede conversarse con facilidad: recetas, patrones de punto, su hermana, muebles que pretendían comprar. Su madre envejecía, se había encorvado un poco y levantaba las manos para enseñar el reuma que le afectaba a las articulaciones. Entonces, de pronto, como si acabara de recordarlo, se ponía a hablar de las cataratas, y de su visita al especialista, y de que este le había preguntado si había sufrido algún episodio grave relacionado con los ojos y ella había tenido que contestarle que una mañana se había quedado ciega durante cinco o seis minutos y luego recuperó la visión. Él le había dicho que era muy afortunada, porque en algunos casos nunca se recupera. Ella replicó que sí, que las sombras de la vida la acechaban. La hija sabía que ahora ya comía cada uno por su cuenta o él pasaba semanas enteras sin dirigirle la palabra, y aun así ella lo defendía, hablaba del aparador de pino que él había fabricado, y su madre se lamentaba de no haber contado nunca con un manitas que le hiciera algunas cosas. Le contó que durante una tormenta se había roto una ventana y que todavía la tenían tapada con un cartón. Le contó que se había prendado de dos butacas, dos butacas con fundas de damasco. La hija habría querido regalárselas y pensó en robarle dinero a su marido mientras dormía, robarle el dinero del depósito, y pagarlas a plazos. Pero no se decían nada de lo que deberían haberse dicho.

—No te has comprado ropa nueva —observaba la madre, reafirmando su desagrado por un abrigo de piel de carnero.

—No quiero más ropa —contestaba la hija con sequedad.

—Siempre has sido una blandengue —continuaba la madre, unas palabras que llevaban implícitas su desaprobación respecto a un hombre que permitía que su mujer fuese desaliñada.

Tal vez creyera que el matrimonio de su hija debía enmendar el suyo.

Cuando el matrimonio hizo aguas, la hija le escribió para anunciarle que todo había acabado, y la madre le respondió a toda prisa, exigiéndole dos promesas funestas: la hija debía jurarle que jamás tocaría una copa de alcohol mientras viviera y que nunca más se relacionaría con ningún hombre, ni en cuerpo ni en alma. Órdenes divinas. Por aquel entonces la hija deambulaba aturdida por las calles y contaba sus penas a desconocidos que iba parando. Un día conoció a un hombre muy compasivo en un parque, una especie de vagabundo. Ella le contó su historia y, sin que viniera a cuento, él le confió un sueño terrible. Se había despertado y estaba nadando en un agua que cambiaba de color, era azul, roja y verde, tonos cambiantes que lo aterrizaraban. Ella comprendió que el hombre no estaba en sus cabales y se inventó una excusa para marcharse. Con el tiempo vendió la bicicleta y empeñó una pulsera, un reloj y una cadenita de oro. Cogió un avión a Inglaterra. Quería ir a algún lugar donde no conociera a nadie. Intentaba empezar de cero, borrar su vida anterior. Los recuerdos la asaltaban, dejándola consternada: un cuenco con la compresa menstrual de su madre en remojo y su sacrílega idea de que si le prendía fuego se parecería al corazón de Jesucristo; la mecha cónica de la lámpara votiva que ardió con demasiada fuerza y quedó reducida a un borbotón negro; las rosas, las extrañas cinco rosas de invierno que florecieron cuando reventaron las cañerías; los ratones que salían de los zapatos, y del propio mueble zapatero, e iban por el suelo cubierto de hojas de periódico para protegerlo de la mugre y el estiércol que traían los hombres en las botas; la cajita de colorete que casi pedía a voces que lo lamieran, de lo rosa y seco que estaba; el fogón negro cuya temperatura podía comprobarse escupiendo y observando los brincos y el temblor de la saliva; las tortitas del Martes de Carnaval (cuando no había pelea); las lonchas de panceta ahumándose colgadas; los olvidados tarros de mermelada con el inevitable moho en el fondo; y siempre, como un espíritu vigilante, la figura de la madre, que era responsable de todas y cada una de aquellas facetas, y siempre la amenaza de que la madre se golpeará con el filo de un balde, o con un mazo, o con alguna otra arma improvisada; que fuera golpeada por el padre medio loco. Bastaba algo tan leve como que a la madre se le clavara una astilla bajo una uña para que la niña sintiera que le levantaban una de sus uñas, sentía el dolor, o sentía el esputo de su madre, era capaz de saborearlo igual que un alimento. La poseían estos pensamientos en la biblioteca donde trabajaba todos los santos días archivando, catalogando y repartiendo libros. Eran más que pensamientos, eran la presencia de esa mujer que ella había decidido matar. Sí, se veía obligada a matar. A tomar las armas y cometer un asesinato. Pensó en el estrangulamiento o el ahogamiento. Ciertamente, el método tenía que estar relacionado con la asfixia, y se vio a sí misma con una almohada grande o un cojín en la mano, en la clandestinidad que le brindaba el cuarto azul, donde todo había

comenzado. Su madre se convertía en las cañerías rojas que reventaban, en los trapos marrones, en pantanos de agua parda y negra, ensangrentada. Su madre se convertía en una mujer de la calle y se pavoneaba. Su madre se quitaba las bragas en público, se agachaba para hacer cosas terribles, dejaba orines diminutos, tan minúsculos como los de un cachorro; su madre vagaba dentro de un pozo, en un cubo grande, imploraba ayuda, pero nadie acudía a socorrerla. Tuvo el sueño más raro de todos. Su madre estaba en su lecho de muerte, nada más parirla a ella —la cabecita tonsurada sobresalía por encima de la sábana—, y tenía un sarpullido en el cuello, y trataba de capturar a un pequeño insecto, intentaba atraparlo en la palma de la mano, y decía que al final «lo único que hay eres tú misma y este insecto que intentas matar». La palabra «matar» estaba por todas partes, en las vallas publicitarias, en el aire nocturno, en la punta de sus pensamientos. Pero la vida sigue. Se compró un dos piezas de lana amarilla, escribió a su casa y dijo: «Debo de estar volviéndome más alegre, ya no me visto tanto de negro». Su madre escribió: «Ahora mismo solo tengo un deseo: que nos entierren juntas». Cuanto más intentaba matar, más tenaces eran los avances. Su madre tiraba de todos los recuerdos antiguos, los escapularios marrones salvados de la dolorosa noche de diciembre, una taza con la inicial de ambas, un mantel que la hija había mandado con el primer dinero ganado como bibliotecaria. Las cartas de la madre empezaban a manifestar señales de incoherencias. Se interrumpían en plena frase; una estaba escrita en papel secante y era casi indescifrable; contenían información del tipo: «Fulanito murió, en el funeral no cabía un alfiler», «Me vendría muy bien una pulsera de cobre para el reuma», «La vida es cada vez más solitaria, ¿sabes?».

Temía las vacaciones de verano, pero aun así iba. Las ocas y los gansos se perseguían en la ribera del río, las vacas la miraban boquiabiertas, como si un extraño hubiera invadido su territorio. Solo evitaba a los caballos, siempre nerviosos, como a punto de desbocarse. Los campos estaban más encantadores que nunca, campos llenos de pasto y filipéndulas, campos sembrados de lentejuelas de oro cuando los ranúnculos captaban los intermitentes rayos de sol. Ojalá pudiera cogerlos y llevárselos. Se sentaban dentro de la casa. Un perro tenía un corte profundo en la pata, posiblemente provocado por un zorro, quizá una noche el perro y un zorro habían peleado. Por este motivo lo dejaban entrar en casa. La madre y el perro hablaban, pese a que no intercambiaban ni una sola palabra. El padre hacía preguntas profundas, tales como si llovería o si ya era hora de cenar. Por pasar el rato hablaron de todos los perros que habían tenido. La madre se acordaba sobre todo de Monkey y decía que era muy raro, que leía el pensamiento. El padre y la madre se remontaron a Shep, el collie grande que vigilaba el cochecito de la niña y ahuyentaba a los caballos purasangre del caminillo, arriesgando su propia vida. Luego hubo varias parejas de perros que reñían y peleaban toda su vida y sin embargo morían con apenas una semana de diferencia; el superviviente moría de pena por su compañero.

Por mucho que lo evitaran, la muerte se colaba en sus conversaciones. La madre dijo sin mucho convencimiento que tenían mucha suerte de no haberse quedado nunca lisiados, de haber gozado de buena salud y de haber tenido para comer. Las cortinas que había tras ella eran de una cálida pana roja y le iluminaban el rostro. Una luz que recordaba a la de su belleza pasada.

Decidió celebrarlo. Se lo debía a su madre. Se verían en alguna otra parte, lejos de aquella casa, de sus esqueletos y su artera capacidad de tocarles la fibra sensible. Lo planeó con un año de antelación, unas vacaciones en un hotel, situado en una preciosa zona boscosa a orillas del Atlántico. Las primeras horas las pasaron felices y dichosas contemplando las habitaciones, las vistas, los diversos tapices, localizando las cosas, mirando la sala de juegos y los expositores, donde se vendían recuerdos de cristal tallado y mármol. La madre dijo que todo era «veneno, querida». Pasearon por la playa y comentaron las distintas franjas de color del agua, perfectamente definidas, cada tono que reclamaba su parcela de mar, igual que la avena o la hierba o un terreno roturado. Las trenzas pardas de algas golpeaban y acariciaban las rocas, unas aves zancudas emitían chillidos aislados y las montañas que surgían en lontananza parecían contener el espectro de varios continentes, tan vastas y vetustas eran. Cenaron temprano. Luego hubo un concierto improvisado y la madre le susurró que el dinero no era lo más importante, que mirase aquellos rostros severos. Algo se rompió dentro de ella, y, olvidando que se hallaba en misión de paz, pensó que su madre estaba llena de rencor, un rencor amargo hacia el amor, la felicidad y su destino de severas estrecheces. Los jerséis de angora, los zapatos de salón, los vestidos castaños y beis, la tez lechosa, el pelo cobrizo, la leve dificultad para respirar, las manos ajadas por las tareas, los pies doloridos, todo eso no eran más que adornos, tras los cuales se encontraba la persona de verdad, que le exigía a la vida su medio kilo de carne. Se sentaron en un sofá. La madre sorbía té, y ella su whisky. Brindaron. La hija trató de reconducir la conversación a la época previa a su nacimiento, previa al nacimiento de los demás bebés, a los bailes y al día de las carreras y al noviazgo que precedió al matrimonio. La madre se negó a hablar, se plantó, no tenía nada que contar, y dijo que aunque lo tuviera no lo contaría. Dijo que odiaba escarbar en el pasado. La hija tuvo que sacárselo con sacacorchos. La madre reconoció que sí, que de jovencita había sido atrevida y obstinada y albergó sus sueños extravagantes, pero que pronto aprendió a tener los pies en la tierra. Luego se echó a reír y dijo que una vez se coló en la capilla encaramándose a una escalera y se metió en el confesionario para ser la primera en confesarse con el misionero. El misionero estuvo a punto de quedarse en el sitio porque no entendía cómo había podido entrar si la puerta estaba atrancada, y para recobrase se sentó en el confesionario, donde ella se puso a soltarle todos sus pecados. ¿Qué pecados?

—No me acuerdo, tesoro —dijo la madre—. Se me olvida todo.

—No, no me mientas —dijo la hija.

Se dieron las buenas noches y acordaron verse en el comedor a la mañana siguiente.

La madre no pegó ojo en toda la noche, se quejó de que le picaban los ojos y la nariz, y temió estar incubando un resfriado. Bebió té haciendo mucho ruido, lo engulló. Caminaron junto al mar, que ahora era del color del plomo, y las montañas ya no les daban tema de conversación. Visitaron las ruinas de un monasterio donde las ortigas, las acederas, el trébol y las sórdidas romazas crecían con fuerza dibujando un rectángulo. De los muros construidos con sólida piedra caía polvo. La madre dijo que posiblemente había sido una capilla, o una cancellería apostólica, un lugar sacro con siglos de antigüedad, e hizo una genuflexión. Para la hija no era más que una ruina, profana, llena de malas hierbas y de un zumbido de avispa e insectos. Fuera había una bandada de ruidosos estorninos. Barruntaba el conflicto. Dijo que olía de maravilla, que debía de tratarse de una hierba silvestre, y se arrodilló para localizarla. Buscando entre la hierba baja con los ojos y los dedos dio con un nido de hormigas que se movían sobre un pedacito de tierra con una cantidad sorprendente de energía y tenacidad. Sintió que perdía el control.

Regresaron a tiempo para el café. Mientras mordía una galleta glaseada la madre dijo que la vida de hotel le minaba la moral. El portero trajo el periódico. Dos extraños cachorros muy pequeños lamieron los pies de la madre, y el portero dijo que tendría que ahogarlos si nadie los reclamaba antes del anochecer. La madre replicó que era una lástima y se acordó de sus cachorros, que durante el día no se comían la ropa del tendedero, pero en cuanto caía la noche salían a ponerse las botas.

—A esos sí que habría que haberlos matado, pero, claro, no fui capaz —dijo poco convencida. Se refería a cachorros de hacía diez o quince años.

El hombre le preguntó si lo pasaba bien.

—¿Sabe eso que dicen de «Ver Nápoles y morir?» —dijo la madre—. Pues esto es igual.

La hija sabía que la madre quería volver a su casa sin más demora, pero habían reservado para cuatro días y acortar la estancia habría sido reconocer abiertamente su fracaso. Le pidió al portero que les organizara una excursión en barco a la isla habitada por aves marinas y que contratara luego un coche hasta los lagos de Killarney y otro para ver la casa del libertador Daniel O'Connell, el hombre que pidió que cuando muriera mandaran su corazón a Roma, a la Santa Sede. Por supuesto, dijo el portero, que hizo muchos aspavientos al aceptar la propina que le ofreció. Fue él quien les contó dónde se conservaba el corazón de Daniel O'Connell, y la madre repuso que era lo más desgarrador que había oído en su vida y lo más pío. Y añadió que sí, que unas vacaciones eran muy estimulantes, pero que le habían llegado demasiado tarde, que ella no estaba acostumbrada a darse caprichos. A la hija no le sentó nada bien. Para cambiar de tema sacó una postal que usaba como marcapáginas. Era una fotografía de un torso perforado y le dijo al portero que así se sentía, que aquel era su estado de ánimo. Más tarde la madre comentó que no le había parecido apropiado que la hija dijera tal cosa y que había exagerado un pelín. Entonces la madre escribió una carta de seis folios a su amiga Molly y la hija conspiró para

echarla ella misma al buzón y así poder leerla y averiguar alguna pista sobre el abismo que se abría entre ellas. Resultó que no fue capaz de leerla, porque la madre se la dio sin cerrar, como si le hubiera adivinado el pensamiento, y la hija se mordió el labio y preguntó:

—¿Cómo está Molly?

—Más ciega que un topo, la pobre —contestó la madre, poniéndose sentimental.

Pero añadió que la gente se portaba muy bien con ella y que cuando la veían con el bastón blanco la trataban como era debido. Le leería la carta una hija que estaba casada y sufría de los nervios y de sobrepeso. La hija se acordó de un libro de firmas, materno, con las páginas de colores pastel, como los ripios y cancioncillas que contenía. La madre rememoró los helados que había tomado en Brooklyn muchos años atrás. Recordó un bordado que había hecho, en el que a golpe de puntada declaró que en el corazón de Nueva York había una rosa. La hija repuso que las puntadas desempeñaban un papel muy importante en esta vida y dijo:

—Una puntada a tiempo ahorra ciento.

Les entró la risa tonta. Estaban acercándose. La hija preguntó con mucho tacto por el nombre y la ocupación del anterior enamorado de la madre, el rival de su padre, en suma. La madre no soltó prenda, salvo para decir que estaba muy unido a su madre y a su hermana, que era muy atento, y nada más. Otro largo silencio. Entonces la madre se revolvió en su silla, tosió, le hizo una confidencia, dijo que en realidad ella y aquel hombre tan atento, temiendo, presintiendo de algún modo que no llegarían a ser marido y mujer, hicieron un pacto solemne una tarde de domingo en Coney Island mientras tomaban un helado. Se juraron que se pondrían en contacto con el otro hacia el fin de sus días. ¡Y mira por dónde, después de cincuenta y cinco años la madre le había escrito! El corazón de la hija se aceleró, y su sangre danzó con la noticia de esa cita, esa pasión clandestina tan duradera. Tuvo la sensación de que estaban a punto de decirse algo crucial. Por fin podrían ser sinceras, no tendrían que ocultarse de la mirada de la otra. Su madre se confesaría. Dejaría de vivir tras una cortina de vergüenza. Pensó en el hombre casado que la esperaba en Londres, el que la llevaba a pasar fines de semana espléndidos, y se estremeció. La madre dijo que le habían devuelto la carta; posiblemente había sido su hermana, tan celosa como siempre. La hija suplicó que le revelara su contenido. La madre explicó que era inofensiva. La hija pidió que le contara algo más. Intentó reavivar la llama, pero la madre ya había tomado una decisión. Dijo que eso que llaman amor entre hombres y mujeres no existía, que no eran más que sandeces. Se reafirmó en que solo existía una clase de amor, el de una madre por sus hijos. Entre ellas transcurrió un momento, un momento que no fue de ternura, ni de reafirmación, sino un momento preñado de odio; una odiaba y la otra recibía el odio igual que si fuesen rayos, y entonces la madre, para disimular, comentó que el techo era magnífico. La hija apretó los dientes y resolvió que no las enterrarían en la misma tumba, y bruscamente se encendió un cigarrillo, pese a que apenas habían probado el primer plato.

—Te noto un poco alterada —observó su madre.

—A quién habré salido —replicó la hija.

La madre se ofendió, se levantó con intención de marcharse, pero le cortó el paso un camarero que llevaba un calientaplatos enorme del que salía una rebelde llama azul brillante. Se sentó como si algo tirara de ella hacia abajo y dijo que aquel comentario era la quintaesencia de la crueldad. La hija le pidió perdón. La madre dijo que ella había hecho cuanto había estado en su mano, y sin criada ni coche ni talonario ni ninguno de los lujos que existen en esta vida. Las exquisiteces de la vida no se habían cruzado en su camino, había tenido que tejerse los jerséis, cortarse y coserse las faldas, hacer de peluquera. La hija le pidió por lo que más quisiera que no les aguara la fiesta. La madre dijo que con setenta y ocho años tenía mucho tiempo para pensar.

—Y con treinta y ocho también —repuso la hija.

Deseó entonces que su madre hubiera tenido una vida más feliz y menos exigente, y sintió que estaban ordeñándola emocionalmente. Compadecía con todo su corazón a aquella mujer, la compadecía por haber machacado sus sueños y haberse encadenado a una vida de sufrimiento. Pero también le guardaba rencor. Las dos estaban trastornadas por las emociones. Hablaban a destiempo y comían distraídamente; la propia comida parecía mofarse de ellas. La madre deseó que uno de los camareros de blanco se llevara con sumo tacto su plato y lo sustituyera por una buena tetera de té caliente, o mejor aún, estar en casa, en su casa, junto a su chimenea, y deseó también que su hija no se hubiera transformado al crecer en la mujer fresca, cruel y sin sentimientos que era.

—¿Acaso podía haber hecho otra cosa? —preguntó la madre.

—Muchísimas —dijo la hija, tragando saliva.

La madre se excusó.

—Cuando me muera, no me arrepentiré de nada —zanjó.

Subió al cuarto, cerró con llave, atrancó la puerta y se hizo un ovillo en la cama, en posición fetal, con una bola de pañuelos de papel delante de la boca. Tras de sí quedó una hija adulta que recordaba a la mujer a la que había amado incondicionalmente y luego había dejado de amar, y de la que se había distanciado en medio de un amplio comedor ante un plato de cordero a la menta poco hecho.

La muerte, a su modo, llega tan de improviso como el nacimiento. Sabemos que moriremos, igual que la madre sabe que tiene que estar preparada para dar a luz en torno a cierta fecha, y sin embargo en sus entrañas prorrumpen una violenta interjección con el primer embate del parto, y cuando rompe aguas ya está completamente estupefacta. Así fue. La reconciliación que la hija esperaba, y que de hecho pretendía provocar, nunca llegó. Estaba en un congreso en el extranjero cuando su madre murió, y en el momento en que cruzó la puerta de su casa el teléfono empezó a

sonar y le dio la noticia del fallecimiento. El mensaje, aunque claro al oído, le pareció increíble. ¿Cómo había muerto su madre, y por qué? En un hospital dublinés, a consecuencia de un infarto. Su madre estaba en la capital para hacer unas compras y se sintió mal en plena calle. Qué terrible debió de ser. La hija se fue directa al aeropuerto, con la esperanza de conseguir plaza en un vuelo nocturno.

Su hermana no aparecería, porque ahora vivía en Australia, en un rancho grande perdida en medio de la nada. En sus cartas siempre pedía noticias, cotilleos, libros, revistas. Se había ablandado con los años, había engordado, y ya no era más guapa que un narciso. Para ella era como ver caer las páginas de la vida y no poder agacharse a recogerlas. Las arrastraba el torrente de la vida. Y sin embargo algo las retenía. El último avión ya había despegado, pero decidió quedarse allí hasta el amanecer, convenciéndose de que sería como estar en el velatorio de su madre. La luz de neón les quitaba el color a todas las otras caras que esperaban, y si bien no fue capaz de llorar, deseó con todas sus fuerzas contarle a alguien que le había sucedido algo inenarrable. Los demás parecían tan agotados e inertes como ella. Café, pan, whisky, todo sabía igual, todo sabía a nada, o como mucho a papel secante. No había ningún hombre en su vida en ese momento, nadie a quien llamar y contarle la noticia. Y aunque lo hubiera habido, ella estaba convencida de que los amantes nunca llegaban a conocer del todo la historia del otro, sino apenas los fragmentos que viven juntos, nunca saben del iceberg de dolor que ha habido previamente y, por tanto, no dejan de ser desconocidos, o semidesconocidos, incluso entre los pliegues del amor. No era capaz de llorar. Se preguntó si su corazón no se habría vuelto de plomo. Aun así temió venirse abajo de repente y que una azafata tuviera que llevársela.

Cuando llegó al hospital al día siguiente, los restos mortales ya no estaban allí, sino viajando por el centro de Irlanda. Por la Irlanda de Joyce, como siempre decía ella, y pensó en la vasta llanura central expuesta a los elementos, en las lluvias torrenciales, en la nieve acumulada, en los vientos que agrietaban los rostros de los agricultores y ganaderos y provocaban difteria a los terneros. Dejó atrás pueblos grandes y pueblos pequeños, recitó fragmentos de plegarias que recordaba, y esperó que nadie la considerase irrespetuosa porque el coche de alquiler era de un rojo ketchup. Cuando llegó a su parte del mundo, la visión de las montañas la conmovió, como siempre había ocurrido: solemnes, hermosas, inalteradas salvo por los distintos grados de color. Sólidas y atemporales. Intentó hablar con su madre, pero las palabras se le antojaron artificiales. Había comprado un sándwich en el aeropuerto y ahora rasgó el celofán con los dientes y le dio un mordisco. Tenía por delante dos días espantosos. Estaría el dolor desbocado de su padre, el dolor de su tía, habría primos y amigos, y gente de paso y jornaleros; habría una sepultura abierta y cuando se dirigieran hacia ella caminarían sobre otras sepulturas, bajo los espinos, pisoteando las ortigas. Conocía muy bien el cementerio, desde niña. Conocía las tumbas, las lápidas, los panteones ocultos. Solía jugar allí sola, desafiante y al mismo tiempo temerosa de los fantasmas.

El interior de la tumba era siempre de un marrón suntuoso y melancólico, y el sepulturero seguramente la adornaría con un emparrado de hiedra o enredadera.

En aquel preciso instante se percató de que acababa de sumarse a un cortejo fúnebre, pero a duras penas podía creer que se trataba del de su madre. Demasiada coincidencia. Avanzaban a buen paso y sin demasiado respeto por la difunta. Se mantuvo en el grupo. La luz iba debilitándose, los arbustos eran como borrones, el aire, de un negro murciélago; los pájaros se habían callado y las montañas eran bultos oscuros. Si la fila de coches se desviaba a la derecha, hacia el pueblo junto al lago, entonces seguro que era el de su madre. Se desvió. Fue la idea de haberlos alcanzado lo que la hizo llorar. Lloró con deleite, lloró como una niña que ha hecho algo bien y recibe elogios y no puede soportar el peso de la emoción. Lloró durante todo el trayecto por el pueblo del lago y sollozó al atravesar el puente viejo que daba a la carretera campestre sombría y frondosa que llevaba a su casa. Lloró como un pajarillo en su nido. Por eso pensaron que era una hija profundamente consternada cuando pasó por delante de la fila de dolientes en la puerta de la capilla y cuando les estrechó la mano o les tocó un brazo a quienes se habían acercado a saludarla. Poco antes un amigo le había dejado un ramo de flores en el mostrador de la oficina de alquiler de coches y ella las llevaba como si las hubiese escogido para la ocasión. Pensó: «Creen que es dolor, pero no es el dolor que ellos creen. Es más vacío que dolor. Es el dolor de no ser capaz de volver a ser sincera. No es falso dolor, pero es inflexible, es sangre de una piedra».

Dentro de la capilla se encontró a su padre dando alaridos, y en las primeras filas, las más cercanas al altar y al ataúd, los más íntimos, tanto mujeres como hombres, lloraban o, agotado el llanto, se enjugaban las lágrimas. Al estrecharles la mano a cada uno de ellos, oyó siempre la misma fórmula de pésame: «Te acompaño en el sentimiento, te acompaño en el sentimiento, te acompaño en el sentimiento».

Aquella noche se reunieron todos en la casa de su padre a beber, comer y recordar. Como si estuviera de luto, de un árbol cercano se había desprendido un trozo enorme de tronco. Las raíces eran como una mano estirada en el aire. La casa hedía ya a dejadez. Ella veía sin cesar la silueta de la madre franqueando la puerta con una bandeja grande cargada de cosas. El enterrador la llamó aparte. Le dijo que, dado que no había visto los restos mortales, la llevaría a la capilla y desatornillaría la tapa del ataúd. Ella se estremeció solo de pensarlo, pero aun así accedió, porque negarse le habría traído mala suerte. La capilla estaba helada, la madera crujía, y en plena noche hasta las flores parecían haberse desligado de sí mismas, como si fueran flores fantasmales. En el momento en que levantaba la tapa el enterrador le rogó que se apartara, y ella pensó: «Ha ocurrido algo fatal, la piel se ha ennegrecido, o un dedo se mueve, o, lo peor de todo, no está muerta, ha sido una breve visita al otro mundo». Luego la llamó y ella se acercó con solemnidad

y casi dejó escapar un grito. La boca intentaba hablar. Estaba convencida. Un párpado no estaba cerrado del todo. Estaba sin terminar. Besó aquel semblante y experimentó una pena terrible.

—Oh, alma —dijo—, ¿dónde estás, en tu vagar? Y oh, alma, ¿eres inmortal?

De repente tuvo miedo del destino de su madre y miedo del hecho de que ella correría la misma suerte el día menos pensado. Quiso estrechar aquella cara y dedicarle palabras de consuelo, pero era incapaz. Se acordó del fiasco de las vacaciones y del amor que al principio había dado de una forma tan cobarde y desmesurada y del amor que había negado de una forma tan despiadada y malintencionada. Se planteó por qué tuvo que distanciarse, por qué la gente tenía que distanciarse, por qué.

Después del funeral deambuló por toda la casa poniendo orden y rebuscando, como quien va en pos de un secreto. En el cuarto azul la humedad había calado en las paredes y había una rebaba de moho adherida como los bolillos del velo de un sombrero. En los cajones encontró fragmentos de la vida de su madre. Emblemas. Deseos. Sueños contenidos en objetos tales como una exótica rosa de gasa de un rojo intensísimo y saturado. Frascos de perfume, zapatos de baile, cajas de pañuelos y la carta devuelta. Iba dirigida al tal Vincent, el hombre con quien su madre tenía intención de casarse pero al que luego abandonó cuando se fue de Nueva York y regresó a Irlanda, a su destino. En líneas generales se trataba de una carta pragmática en la que destacaba las dimensiones de su finca y las cosechas, preguntaba por amigos comunes, por sus circunstancias, etcétera. Al parecer, el hombre trabajaba en una fábrica de productos cárnicos. Solo había una pequeña concesión: «Me acuerdo mucho de ti, no te imaginas cuánto». En un gesto instintivo, hizo una bola con la carta, como si hubiera sido suya. El sobre rezaba por fuera: «Devolver al remitente». Parecían unas palabras descaradas, como si las hubiera escrito él mismo. Había muchísimos sombreros, con flores y velos, todos de colores claros, sombreros para excursiones estivales, para climas sin lluvias. Ay, la cantidad de fiestas al aire libre que debió de imaginar. Dado que nunca tuvo dinero para cosas realmente elegantes, su madre había gastado en artículos de imitación: un bolso de falso cocodrilo y un bolero de falsa piel. Era liviano, como hecho de pelo.

Había también corsés rosas bordados, bombachos largos y tres rebecas sin estrenar.

Sin saber por qué alargó la mano hasta el lugar de la repisa donde escondían chelines cuando ella era niña. Allí, envuelto en telarañas, encontró un sobre dirigido a ella con la caligrafía materna. Sintió escalofríos, mientras rezaba por que no fuera una carta repleta de acusaciones. Dentro había algunas baratijas, una moneda conmemorativa de oro y algo de dinero. Los billetes estaban sucios, arrugados y doblados muchas veces. ¿Cuánto tiempo llevaba allí el sobre? ¿Cómo había conseguido ahorrar su madre? Pese a que no había carta, inventó mentalmente las palabras dulces que su madre podría haberle escrito, cosas como: «Cómprate una chaqueta», o

«Para que salgas a cenar», o «No te lo gastes en misas». Quería algo, un comunicado. Pero no había nada de eso.

Un muro nuevo se había alzado, más sólido y recio que antes. Su vida juntas y todos aquellos intercambios eran como sentimientos derrochados. Trató de distinguir una señal u oír un murmullo. En lugar de eso, un silencio inundó la habitación, y más allá de sus cuatro paredes cayó un silencio aún más vasto, como si la propia casa hubiera muerto o con mucho cuidado la hubieran puesto a dormir.

## Objeto de amor

Simplemente pronunció mi nombre. Dijo: «Martha», y una vez más sentí que estaba ocurriendo. Me temblaron las piernas bajo el gran mantel blanco y la cabeza me dio vueltas, pese a que no estaba borracha. Así es como me enamoro. Él estaba sentado frente a mí. El objeto de amor. Mayor. Ojos azules. Pelo rubio oscuro. Le encanecía por los lados y se había extendido los mechones grises por toda la cabeza, como para ocultar el rubio, del mismo modo que hacen algunos para tapar una calva. Tenía lo que yo llamo una sonrisa muy religiosa. Una sonrisa interior que iba y venía, gobernada por la alegría íntima que le procuraba lo que oía o veía: un comentario mío, el camarero que recogía las bandejas decorativas frías y traía otras, calientes, de una vajilla distinta, la cortina de nailon que se hinchaba y me rozaba el brazo desnudo y bronceado por el sol. Estábamos a finales de un cálido verano londinense.

—Tampoco son santo de mi devoción —reconoció.

Estábamos cotilleando un poco. Hablábamos de una famosa pareja que ambos conocíamos. Él mantenía las manos juntas todo el tiempo, como si rezara. No había barreras entre nosotros. Éramos desconocidos. Yo soy presentadora de televisión; habíamos quedado por trabajo, y él tuvo la amabilidad de invitarme a cenar. Me habló de su mujer —que tenía treinta años, como yo —, de que en el instante mismo en que la vio supo que se casaría con ella. Se trataba de su tercera mujer. No quise preguntarle cómo era físicamente. Sigo sin saberlo. El único recuerdo que conservo de ella es el de sus brazos enfundados en unas amplias mangas de croché color malva; esa imagen no me abandona, y veo las manos rosadas y orantes de él perdiéndose bajo las mangas, y a los dos bailando un vals en una sala grande y tétrica, sonriendo extasiados por la suerte de estar juntos. Pero eso sucedió mucho después.

La cena fue estupenda y tomamos higos de postre. Los primeros higos que comía en mi vida. Él los palpó con delicadeza y me sirvió tres en el plato. Yo me quedé mirando la piel negra violácea, porque los temblores me impedían pelarlos. Me sacó de mi nerviosismo contándome la historia de una chica que durante una entrevista por la radio reconoció que poseía treinta y siete pares de zapatos y que todos los sábados se compraba un vestido que luego intentaba revender a alguna amiga o pariente. De algún modo supe que se trataba de una anécdota escogida

especialmente para mí, y también que no se arriesgaba a contársela a mucha gente. Era, a su manera, un hombre serio, y famoso, aunque eso carece de interés cuando se cuenta una historia de amor. ¿O acaso importa? En cualquier caso, mordí uno de los higos sin pelar.

¿Cómo describir un sabor? Los higos eran un alimento nuevo, y él era un hombre nuevo, y aquella noche en mi cama fue un desconocido y un amante a la vez, el tipo de compañero de cama ideal.

Por la mañana se mostró bastante formal, pero desinhibido; incluso me pidió un cepillo para la ropa porque tenía una mancha de colorete en la chaqueta de cuando nos besamos en el taxi en el camino de vuelta. En aquel momento yo no tenía ni idea de si acabaríamos acostándonos o no, pero me decantaba más hacia el no. Nunca he tenido cepillo para la ropa. Tengo libros, discos y varios frascos de perfume, y ropa bonita, pero nunca compro productos de limpieza o que ayuden a que las cosas duren más. Será falta de previsión por mi parte, pero prefiero tirarlas cuando se desgastan. Al final frotó con el pañuelo y la mancha salió sin dificultad. Lo otro que necesitaba era una tirita, porque los zapatos nuevos le habían provocado rozaduras. Busqué, pero la caja estaba vacía. Mis niños las habían usado todas durante las largas vacaciones de verano. De hecho, por un momento vi a mis dos hijos en aquellos días estivales, repantigados, leyendo tebeos, montando en bicicleta, peleando, haciéndose cortes que rápidamente tapaban con esparadrapo, y luego, cuando el apósito se caía, alardeando de las postillas marrones como prueba de su valor. Los echaba muchísimo de menos y deseaba con todas mis fuerzas abrazarlos, un motivo más por el que valoraba la compañía de él. «No me quedan tiritas», reconocí, no sin vergüenza. Pensé que me consideraría una mujer descuidada. Me pregunté si sería conveniente explicarle por qué mis hijos estaban en un internado siendo aún tan pequeños. Tenían ocho y diez años. Pero no lo hice. Se me habían agotado las ganas de contar la historia del fin de mi matrimonio y de cómo mi marido, incapaz de cuidar a dos chiquillos, insistió en matricularlos en un internado donde hallarían, según sus propias palabras, una influencia estabilizadora. Yo estaba convencida de que lo hacía para privarme del placer de su compañía. No podía contárselo.

Desayunamos en la calle. El inicio de otro día cálido. Del cielo pendía la tenue bruma que precede al calor, y los aspersores del jardín de al lado ya estaban en funcionamiento. Mis vecinos son unos fanáticos de la jardinería. Él se comió tres tostadas y unas lonchas de beicon. Yo también comí, solo por darle el gusto, pese a que no suelo desayunar. «Me proveeré de tiritas, cepillos para la ropa y quitamanchas», le dije. Era mi manera de preguntarle: «¿Volverás?». Él lo captó al vuelo. Tragándose el bocado de tostada, puso una de sus manos orantes sobre la mía y me dijo con tono solemne y amable que no quería tener una aventurilla sórdida conmigo, que nos veríamos al cabo de un mes o así, y que esperaba que fuésemos amigos. A mí ni se me había pasado por la cabeza una amistad, pero era una posibilidad interesante. Recordé los inicios de nuestra conversación de la víspera y sus alusiones a sus otras esposas y sus hijos mayores, y me

pareció una persona sincera y poco nostálgica. Estaba muy harta de penas y de gente que se regodea en ellas. También me enterneció verlo acomodar la colcha verde de seda, algo que yo nunca hago.

Cuando se fue me sentí muy optimista y, en cierto sentido, aliviada. Había sido bonito y sin secuelas desagradables. Tenía la cara enrojecida por los besos y el pelo revuelto por la agitación. Parecía una casquivana. Como la noche casi en vela me había dejado agotada, eché las cortinas y volví a meterme en la cama. Tuve una pesadilla. La de siempre, en la que un hombre me asesina. Dicen que tener pesadillas es sano, y desde esa experiencia lo creo. Hacía meses que no me despertaba tan serena y pasé el resto del día de muy buen talante.

Dos mañanas después me llamó y me preguntó si por un casual podíamos quedar esa noche. Le dije que sí, porque no tenía planes y porque me pareció adecuado cenar y sellar en condiciones nuestro secreto. Pero volvimos a la carga.

—Lo pasamos muy, muy bien —me dijo.

Me percaté de que yo hacía pequeños movimientos rígidos que evidenciaban mi amor, mi timidez; abría los ojos como platos para mirarlo, traslucía confianza. Esta vez él peló los higos de los dos. Colocamos las piernas de tal manera que se rozaban y a continuación las apartábamos, convencidos de que vehiculaban nuestro deseo. Me llevó a mi casa. Cuando estábamos en la cama me di cuenta de que se había puesto perfume en los hombros y que debía de haber organizado la cena con la esperanza, si no ya la intención, de acostarse conmigo. El sabor de su piel me gustaba más que el de la nauseabunda sustancia química, así que tuve que decírselo. Él se echó a reír. Jamás había estado tan a gusto con un hombre. Que conste que me había acostado con otros cuatro, pero siempre había percibido cierta distancia con respecto a ellos cuando se trataba de hablar. Cavilé un instante sobre sus distintos olores mientras respiraba el suyo, que me recordaba a una hierba. No era perejil, ni tomillo, ni hierbabuena, sino una hierba inexistente compuesta de esos tres aromas. En esta segunda ocasión hicimos el amor más relajados.

—¿Qué vas a hacer si me vuelves insaciable? —le pregunté.

—Te cederé a algún amigo muy querido que dé la talla —replicó.

Nos abrazamos y, con la cabeza en su hombro, pensé en los palomos bajo el cercano puente de ferrocarril, que pasaban la noche acurrucados, con la cabeza replegada sobre el pecho malva. Mientras él dormitaba, nos besamos y susurramos cosas. Yo no pegué ojo. Me pasa cada vez que me abruma la felicidad, o la infelicidad, o comparto la cama con un extraño.

Ninguno de los dos dijo: «Bueno, pues nada, aquí estamos, teniendo una aventurilla sórdida». Simplemente, empezamos a quedar. Con regularidad. Dejamos de ir a restaurantes debido a su fama. Cenábamos en mi casa. Nunca olvidaré el frenesí de los preparativos: colocar flores en los jarrones, cambiar las sábanas, ahuecar las almohadas, intentar cocinar, maquillarme y tener a

mano un cepillo por si llegaba antes de tiempo. ¡Qué sufrimiento! Cuando por fin sonaba el timbre, me costaba salir a abrir.

—No sabes el oasis que es esto para mí —me decía. Luego, en el recibidor, me ponía las manos sobre los hombros, los apretaba a través de la fina tela del vestido y añadía—: Deja que te vea.

Y yo ladeaba la cabeza, porque me azoraba y porque así quería sentirme. Nos dábamos un beso que con frecuencia duraba más de cinco minutos. Me besaba las fosas nasales. Luego pasábamos al salón y nos sentábamos en el diván, todavía mudos de emoción. Me tocaba la rodilla y decía que tenía unas rodillas preciosas. Veía y admiraba partes de mí en las que ningún otro hombre se había fijado. Poco después de la cena nos metíamos en la cama.

Un día apareció sin avisar a última hora de la tarde, cuando yo estaba ya vestida para salir. Iba a ir al teatro con otro hombre.

—Cómo me gustaría ser yo tu acompañante —me dijo.

—¿Iremos al teatro alguna noche?

Él agachó la cabeza. Iríamos. Por primera vez lo noté triste. No hicimos el amor porque yo ya me había maquillado y puesto las pestañas postizas, y habría sido muy poco práctico.

—¿Ningún hombre te ha dicho que ver a una mujer a la que deseas y no poder hacerle nada te deja dolorido?

El dolor se me contagió, y me duró toda la función. Estaba enfadada por no haberme acostado con él, y luego me arrepentí aún más, porque a partir de aquella noche nuestras citas se redujeron. Su mujer, que había estado en Francia con sus hijos, regresó. Me enteré una noche en que llegó en coche; en el transcurso de la conversación comentó que aquel día su hija pequeña se había hecho pis encima de un documento importante. Llegados a este punto puedo contaros que era abogado.

Desde entonces vernos por las noches se volvió casi imposible. Me citaba por las tardes y con muy poca antelación. Alguna que otra noche se quedaba a dormir: se presentaba con una bolsa de viaje que contenía el cepillo de dientes, un cepillo para la ropa y las pocas cosas que un hombre puede necesitar para una noche sin amor en un hotel de provincias. Imagino que se la preparaba ella. Y yo pensaba: «Qué ridiculez». No sentía ninguna lástima por ella. A decir verdad, la mera mención de su nombre —se llamaba Helen— me enfurecía. Él lo pronunciaba con suma inocencia. Me contó que les habían entrado ladrones en casa en plena noche y que él había bajado en pijama mientras su mujer llamaba a la policía desde la extensión del piso de arriba.

—Solo roban a los ricos —dije a toda prisa, para cambiar de tema.

Me tranquilizaba saber que usaba pijama con ella, mientras que conmigo no. Le tenía unos celos mortales y, por supuesto, sumamente injustos. Aun así, mentiría si dijera que fue la

existencia de su mujer lo que deterioró nuestra relación. Porque no lo fue. Él ponía especial cuidado en hablar como si no tuviera pareja, y después de hacer el amor dejaba transcurrir al menos una hora antes de irse con toda la parsimonia del mundo. De hecho, considero que uno de esos ratos posteriores al amor constituyó el momento más feliz de nuestra relación. Estábamos sentados en la cama, desnudos, comiendo sándwiches de salmón ahumado. Yo había encendido la estufa de gas porque ya era otoño bien entrado y por las tardes refrescaba. El fuego emitía un susurro constante. Era la única luz de la habitación. Por primera vez se fijó en la forma de mi rostro, porque me dijo que hasta entonces había sido el cutis lo que había concentrado toda su admiración. Su cara y la cómoda de caoba y los cuadros también parecían más bonitos. No rosados, porque el fulgor de la estufa no era de ese tono, pero sí resplandecientes, bañados en una luz blanquecina. La suavidad de la alfombra de piel de carnero que había bajo la ventana resultaba especialmente voluptuosa. Se lo señalé. Él me dijo que tenía una pequeña vena masoquista y que a menudo, cuando no conseguía conciliar el sueño en plena noche, se metía en otro cuarto, se tumbaba en el suelo con un abrigo echado por encima, y así se dormía enseguida. Era lo que hacía de niño. La imagen del chico durmiendo en el suelo me provocó un sentimiento de compasión enorme, y sin que él me dijera una palabra lo llevé hasta la alfombra y lo tumbé. Fue la única vez en que invertimos los papeles. Él no era mi padre. Yo me convertí en su madre. Delicada y sin miedos. Ni siquiera mis pezones, con los que soy muy escrupulosa, se resistieron a sus furibundas exigencias. Quería hacerlo todo por él, lo que fuera. Como suele pasarles a los amantes, mi ardor e imaginación estimulaban la suya. No nos deteníamos ante nada. Después, al comentar nuestra hazaña —algo que él hacía siempre—, reconoció que había sido el momento más íntimo de todos los que habíamos compartido. Cómo no darle la razón. Cuando nos levantamos para vestirnos, se secó las axilas con la blusa blanca que yo me había quitado y me preguntó cuál de mis preciosos vestidos me pondría para la cena de esa noche. Escogió el negro. Me dijo que le resultaba muy placentero saber que aunque yo fuera a cenar con otras personas pensaría en lo que acabábamos de hacer. Una esposa, el trabajo, el mundo podían separarnos, pero mentalmente estábamos unidos.

—Pensaré mucho en ti —le dije.

—Y yo en ti.

Ni siquiera nos entristecimos al despedirnos.

Tiempo después tuve lo que solo puedo describir como un sueño dentro de otro sueño. Estaba saliendo de mi torpor, obligándome a mantenerme despierta, secándome la saliva con la funda de la almohada, cuando algo tiró de mí, un peso enorme me hundió en la cama, y pensé: he caído enferma. He perdido el uso de las extremidades y esto explica mi languidez de los últimos meses, en que no he querido hacer nada más que beber té y mirar por la ventana. Estoy lisiada. Del todo. Ni siquiera soy capaz de mover la boca. Solo el cerebro funciona. El cerebro me dice que la

mujer que está planchando abajo es la única en condiciones de localizarme, pero podrían pasar días sin que subiera, podría creer que estoy en la cama con un hombre, pecando. De vez en cuando paso la noche con un hombre, pero por lo común duermo sola. Dejará la ropa planchada encima de la mesa de la cocina y la plancha de pie en el suelo, para que no quemé nada. Las blusas colgarán de sus perchas, con los cuellos de encaje blancos y suaves como la espuma. Es la clase de mujer que plancha incluso las punteras y los talones de las medias de nailon. Se irá sin hacer ruido, hasta el jueves, el próximo día que le toca venir. Siento algo en la espalda; concretamente, al tirar de las colchas que he subido hasta la altura de la espalda para taparme la cabeza. Para protegerme. Y ahora sé que no es la enfermedad lo que está hundiéndome, sino un hombre. ¿Cómo ha entrado? Está en el cuarto, pegado a la pared. Sé lo que va a hacerme, y la mujer que está abajo nunca vendrá a rescatarme, le daría vergüenza, o podría pensar que no quiero que me rescaten. No sé cuál de ellos es, si será el matón grandote que me encuentro en la puerta cada vez que la abro inocentemente pensando que será el chico de la lavandería y en cambio es Él, blandiendo un cuchillo de carnicero negro y viejo con la hoja reluciente porque acaba de afilarla contra un escalón. Antes de que pueda gritar, mi lengua deja de ser mía. O puede que se trate del Otro. Alto también, me agarra por la pulsera cuando bajo deslizándome por la barandilla de las escaleras. Se me ha olvidado que ya no soy una niña pequeña y que ya no me deslizo por las barandillas con tanta facilidad. Si la pulsera se hubiera partido en dos habría podido escapar, dejándolo con media pulsera de oro en la mano, pero mi maldita y precavida madre mandó ponerle una cadenita de seguridad porque era de nueve quilates. Sea como sea, está en la cama. Y no cesará nunca, esa cosa que quiere. No me atrevo a volverme para mirarlo. Entonces cierta delicadeza en la forma en que baja la sábana me sugiere que puede tratarse del Nuevo. El hombre que conocí hace unas semanas. No es en absoluto mi tipo, tiene venillas rotas en las mejillas, y el pelo rojo, rojo de verdad. Estábamos sobre una piel de carnero. Pero por encima del suelo, a la altura de una cama. Durante el acto amoroso yo me había encargado de casi todo: pechos, manos, boca, todo con el fin de satisfacerlo. Me sentía muy segura, nunca me había sentido tan segura de la validez de lo que estaba haciendo. Entonces empezó a besarme ahí abajo y me corrí con su lengua lamedora, y tenía la cabeza bajo mis nalgas, y era como si lo pariese, solo que en vez de dolor sentía placer. Confiaba en mí. Éramos dos personas; quiero decir que no estaba encima de mí, asfixiándome, haciendo cosas que yo no veía. Yo veía. Podría haberme cagado en su pelo rojo si hubiera querido. Confiaba en mí. Prolongó el orgasmo hasta el final. Y todas las cosas que yo había amado hasta entonces, como las copas y las mentiras, los espejos y las plumas, y los botones de perlas, y la seda, y los sauces, se volvieron secundarias comparadas con lo que me había hecho. Estaba tumbado de tal modo que yo podía verlo: muy delicado, muy flaco, con un puñado de venas azuladas preocupantes por todo el costado. Hablarle era como hablar a una criatura. La luz del cuarto era un fulgor blanco. Me había dejado

muy suave y húmeda, así que me lo metí. Fue rápido, duro y enérgico, y me dijo: «Ahora no estoy pensando en ti, creo que ya hemos pensado bastante en ti», y respondí que era la pura verdad y que me gustaba su brutalidad. Eso le dije. Ya no era una hipócrita, ya no era una mentirosa. Antes de aquello se me había quejado con frecuencia, me había dicho: «Hay palabras que no vamos a usar entre nosotros, palabras como “Perdón” y “¿Estás enfadado?”». Yo las había usado mucho. De modo que por el delicado deslizarse de las colchas —más parecido a una petición— pienso que podría ser él, y si lo es quiero hundirme más y más en el pozo cálido, oscuro y aletargado de la cama, y quedarme aquí para siempre, corriéndome con él. Pero me da miedo mirar por si no es Él sino Uno de los Otros.

Cuando por fin me desperté era presa del pánico y sentí la espantosa urgencia de llamarlo por teléfono, pero, si bien nunca me lo había prohibido, yo sabía que le disgustaría.

Cuando algo ha sido perfecto, como nuestro último encuentro bajo la luz de gas, existe una tendencia fuerte a intentar repetir. Por desgracia, la siguiente vez estuvo empañada. Llegó por la tarde con una maleta que contenía toda la parafernalia para una cena de gala a la que asistiría esa noche. Nada más llegar me preguntó si podía colgar el frac para que no se arrugara. Puso la percha en el borde del armario, por fuera, y recuerdo que me impresionó la ristra de medallas de guerra en la pechera. El rato que pasamos en la cama fue agradable pero apresurado. Estaba preocupado porque tenía que vestirse. Yo me quedé sentada, mirándolo. Quería preguntarle por las medallas, qué había hecho para que se las concedieran, y si se acordaba de la guerra, y si echó de menos a su mujer de entonces, y si había matado, y si todavía soñaba con ello. Pero no le pregunté nada. Me quedé inmóvil, como si estuviera paralizada.

—No tengo tirantes —dijo mientras se abrochaba los pantalones negros y holgados. Los otros debían de llevar cinturón.

—Voy al Woolworth's a comprarte unos —me ofrecí.

Pero no era posible, ya estaba arriesgándose a llegar tarde. Cogí un imperdible y le ceñí los pantalones por detrás. Fue una operación peligrosa porque el imperdible no era lo bastante recio.

—¿Me lo devolverás? —pregunté.

Soy supersticiosa y no me gustan los imperdibles. Tardó en contestar porque andaba refunfuñando por lo bajo. No por mí. Sino por el cuello almidonado rígido, inhumano, que no cedía a los botoncillos dorados con que pretendía cerrarlo. Lo intenté yo. Lo intentó él. Cada vez que uno de los dos fracasaba, el otro se impacientaba. Dijo que si seguíamos así el cuello iba a ponerse cochambroso con tanto toqueteo. Lo que era mucho peor. Pensé que cenaría con gente muy crítica, pero por supuesto me guardé de comentarlo. Al final, cada uno consiguió abrochar un botón y él se tomó un sorbito de whisky para celebrarlo. La pajarita fue otro suplicio. Él no conseguía anudársela. Yo ni lo intenté.

—¿No has anudado nunca una pajarita? —le pregunté.

Imagino que siempre se habrían ocupado sus mujeres, una detrás de otra. Me sentí como una imbécil. Después, un grumo de odio. Pensé en lo feas y rosadas que tenía las piernas, en la repelente forma de su cuerpo, sin nada que se pareciera a una cintura, en lo falso de su mirada, que lo felicitó en el espejo en el momento en que consiguió ejecutar una torpe reverencia. Cuando se puso el abrigo, el tintineo de las medallas me dio pie para comentar su sonido. Poca cosa podía decir. Por último, se puso un pañuelo blanco de seda que le llegaba a la cintura. Parecía un desconocido. Salió apresuradamente. Lo acompañé a la carrera hasta el final de la calle para ayudarlo a parar un taxi, y no fue fácil seguirle el ritmo y charlar al mismo tiempo. Lo único que recuerdo es la visión fantasmagórica del pañuelo blanco aleteando adelante y atrás mientras corríamos. Los zapatos, que eran de charol, rechinaban de una manera muy desagradable.

—¿Es una cena solo para hombres? —me interesé.

—No. Mixta —replicó.

De ahí las prisas. Iba a reunirse con su mujer en algún lugar acordado de antemano. El odio fue en aumento.

Me devolvió el imperdible, pero la superstición no desapareció, porque en el alféizar de mi ventana había cuatro alfileres de cabeza negra y redonda, procedentes de su camisa nueva. Se negó a llevárselos. Él no era supersticioso.

Los malos momentos, al igual que los buenos, tienden a aglutinarse, y cuando pienso en el incidente del traje recuerdo también otra ocasión en que no estuvimos en total armonía. Ocurrió en la calle; íbamos buscando un restaurante. Tuvimos que salir de mi casa porque había venido un amigo de visita y nos habríamos visto obligados a estar con él. Mientras caminábamos —era octubre y hacía mucho viento— sentí que se había enfadado conmigo por habernos obligado a salir a la calle fría, donde, por lo demás, no podíamos besarnos. Yo llevaba unos tacones muy altos y me daba vergüenza el sonido hueco que hacían. En cierto modo me sentí como si fuésemos enemigos. Él escudriñaba los ventanales de los restaurantes por si distinguía a algún conocido en el interior. Descartó dos locales, por motivos que yo ignoraba. Uno de ellos parecía muy prometedor. Tenía bombillas naranjas encastradas en las paredes y la luz salía por un enrejado de cuadraditos negros. Cruzamos la calle para echar un vistazo a los restaurantes de la acera de enfrente. Vi que se nos acercaba un grupo de macarras, y, por decir algo —porque con tanto tacón agresivo, tanto viento, tanto tráfico y tanta calle poco romántica nos habíamos quedado sin un tema de conversación agradable—, le pregunté si sentía aprensión cuando se cruzaba con pandilleros como aquellos, a altas horas de la noche. Me respondió que, de hecho, unas noches antes se dirigía a su casa muy tarde cuando se topó con un grupo muy similar, y aún no había experimentado ni siquiera miedo cuando se dio cuenta de que había desplegado el manajo de llaves entre los dedos y tenía la mano, armada con las afiladas puntas de las llaves,

preparada para sacarla del bolsillo, en caso de que lo amenazaran. Supongo que volvió a hacerlo en ese instante. Por curioso que parezca, no tuve la sensación de que fuese mi protector. Lo único que sentí fue que él y yo éramos dos personas distintas, que en el mundo había problemas, violencia, enfermedad, catástrofes que él afrontaba de una manera y yo afrontaba —o, para ser exactos, rehuía— de otra. Siempre seríamos dos personas, cada una por su lado. Mientras estaba absorta en tan melancólicos pensamientos el grupo pasó por nuestro lado, y mis conjeturas sobre la violencia se revelaron inútiles. Dimos con un restaurante bonito y bebimos mucho vino.

Más tarde hicimos el amor muy a gusto, como de costumbre. Se quedó a dormir. Las noches en que se quedaba me sentía especialmente privilegiada, y el único detalle que menoscababa mi alegría eran unos accesos de ansiedad por si le había dicho a su mujer que estaría en tal hotel o en tal otro y ella llamaba y no lo encontraba allí. Más de una vez di rienda suelta a un cuento imaginario en el que ella se presentaba en mi casa y nos descubría y yo me sumía en un silencio señorial y él le pedía con sequedad que esperase fuera mientras se vestía. No me daba ninguna lástima. A veces me preguntaba si algún día nos conoceríamos o si de hecho no habríamos coincidido ya en alguna escalera mecánica. Muy poco probable, dado que vivíamos en extremos opuestos de Londres.

Entonces, para gran sorpresa mía, se presentó la ocasión. Una revista norteamericana me invitó a una fiesta de Acción de Gracias. Él vio el tarjetón en la repisa de la chimenea y me preguntó: «Ah, ¿tú también vas?», y yo sonreí y le dije que tal vez. ¿Y él? «Sí», respondió. Intentó que me decidiera en ese momento, pero yo no tenía un pelo de tonta. Pues claro que iría. Sentía mucha curiosidad por ver a su mujer. Y lo vería en público. Me quedaba estupefacta al pensar que nunca nos habiéramos visto en compañía de nadie más. Era como vivir aislada..., un animalillo en cautiverio. Pensé con claridad en un hurón que un guardabosques tenía metido en una caja de madera con la tapa corredera, cuando yo era niña, y en otro hurón que consiguió una vez para que se apareasen. La idea me produjo un escalofrío. Quiero decir que se me mezcló todo: el pensamiento de los hurones blancos con el hociquillo rosa se confundió con el de él abriendo una puerta corredera y metiéndose en mi caja de vez en cuando. Era de piel muy rosada.

«Todavía no me he decidido», le dije, pero el día señalado me presenté. Me esmeré mucho, fui a la peluquería y escogí un atuendo virginal. Blanco y negro. La fiesta se celebraba en un salón inmenso con las paredes revestidas de madera marrón; de cada panel colgaba una portada de la revista. La barra quedaba en un extremo, debajo de un balcón. El efecto era el de unos camareros menguados vestidos de blanco, perdidos bajo el acantilado del balcón, que parecía a punto de caerles encima. Nunca he visto un espacio menos apropiado para una fiesta. Pasaban algunas azafatas con bandejas, pero me vi obligada a ir a la barra porque lo que ellas servían era champán, y yo soy más de whisky. Un conocido me condujo hasta allí y por el camino otro hombre me plantó un beso en la espalda. Esperaba que él nos hubiera visto, pero la sala era tan

grande y había tantísima gente que no tenía ni idea de dónde estaba. Me fijé en un vestido que me fascinó, malva con mangas de croché muy anchas. Al repasar aquellas mangas de abajo arriba, me topé con los ojos de su dueña clavados en mí. Puede que ella también estuviera admirando mi vestido. Es común entre personas con gustos similares. Ignoro por completo cómo era su cara, pero más tarde le pregunté a una amiga quién era la esposa y ella me señaló a la mujer de las mangas de croché. La segunda vez la vi de perfil. Sigo sin saber qué aspecto tenía, y los ojos que miré fijamente no evocan nada especial en mi recuerdo, salvo, quizá, una leve codicia.

Por último, lo busqué a él. Le pedí a un amigo común que me acompañara e hiciera como que me presentaba. Se mostró muy poco cordial. Se me antojó desconocido, con un rubor en los pómulos vívido e innatural. Habló solo con nuestro amigo común y a mí prácticamente no me hizo ni caso. Quizá para hacer las paces, me preguntó, al cabo de un buen rato, si estaba pasándolo bien.

—El salón es un témpano —respondí. Por supuesto, estaba aludiendo a su actitud. De haber querido describir la sala habría usado el adjetivo «tétrico», u otro por el estilo.

—Pues no sé por qué lo dice, yo no noto ninguna frialdad —replicó, con tono agresivo.

Entonces se acercó una mujer muy bebida con un vestido tipo saco que lo cogió de la mano y empezó a cubrirlo de babas. Me excusé y los dejé allí. Con mucha intención, él dijo que esperaba volver a verme en alguna otra ocasión.

En el momento en que me marchaba me crucé con su mirada; experimenté simultáneamente lástima y rabia por él. Se lo veía aturdido, como si acabasen de darle una noticia importante. Me vio alejarme con un grupo de gente y yo lo miré fijamente sin atisbo de sonrisa. Sí, me daba lástima. También estaba resentida. Cuando nos vimos al día siguiente, saqué el tema, pero él ni siquiera recordaba que nos hubieran presentado.

—¡Clement Hastings! —dijo, repitiendo el nombre del tipo. Lo cual viene a demostrar lo nervioso que debía de estar.

Es imposible sostener que las malas noticias comunicadas de cierto modo y en determinadas circunstancias producen un efecto menos desastroso. Pero tengo la sensación de que él me despachó en el momento equivocado. Para empezar, era por la mañana. Sonó el despertador y me incorporé, preguntándome cuándo lo había puesto. Como él dormía en el lado exterior de la cama, ya estaba alargando el brazo para apagarlo.

—Lo siento, cariño —me dijo.

—¿Lo pusiste tú? —pregunté, indignada. Percibía un elemento de traición en el gesto, como si hubiese pretendido escabullirse sin despedirse.

—Eso parece —repuso. Me echó un brazo por encima y volvimos a tumbarnos.

Fuera era de noche y reinaba una sensación —si bien esto puede ser producto de mi recuerdo

— de helada.

—¡Felicidades! Hoy te dan el premio... —me susurró. Me concedían un premio como comunicadora.

—Gracias.

Aquel premio me daba vergüenza. Me recordaba al colegio, cuando era siempre la primera en todo, y me sentía culpable pero no lo bastante disciplinada para contenerme.

—Qué bien que te hayas quedado toda la noche —le dije.

Le acariciaba todo el cuerpo. Mis manos no sabían estarse quietas en la cama. Despierta o dormida, lo acariciaba sin cesar. No para excitarlo, sino simplemente para tranquilizarlo y reconfortarlo, y tal vez para consolidar mi posesión. Tiene algo de terapéutico agarrar cosas. Puedo tener guijarros en la mano durante horas, o aferrarme a los lados de un sillón y sentirme mejor. Él me besó. Me dijo que nunca había conocido a una mujer tan dulce y entregada. Espoleada, empecé a hacerle algo muy íntimo. Oí sus suspiros de placer, el «ah, ah» de deleite en el momento en que se abandonaba y al mismo tiempo se decía que no debía. Al principio no me percaté de que me hablaba.

—Oye —dijo, en tono jocosos, como si nada—, no podemos seguir así, lo sabes, ¿no?

Pensé que se refería a lo que estábamos haciendo en ese momento, porque naturalmente era tarde y él tenía que ponerse en marcha. Entonces levanté la cabeza de entre sus piernas y lo miré a través de mi pelo, que me caía sobre la cara. Estaba muy serio.

—Acabo de darme cuenta de que es posible que me quieras —me dijo.

Asentí y me eché el pelo atrás para que pudiera leer claramente lo que revelaba mi rostro. Me tumbó en la cama para que mi cabeza y la suya quedasen a la misma altura y continuó:

—Te adoro, pero no estoy enamorado de ti; con mis compromisos, no creo que pudiera enamorarme de nadie. Todo empezó como algo sin importancia...

Estas últimas palabras me ofendieron. Yo no lo veía ni lo recordaba así: la cantidad de telegramas que me mandaba diciendo: «Estoy deseando verte» o «Que el sol te ilumine», los primeros instantes cada vez que nos encontrábamos y nos embargaba la pasión, la timidez y la sorpresa de saberse tan alterado por la presencia del otro. Incluso habíamos consultado el diccionario en busca de palabras que expresaran la sensación única que nos provocábamos. Él dio con «incensar», que significaba adorar o cubrir con el perfume del amor. Era el término perfecto y lo usábamos continuamente. Pero ahora lo negaba todo. Hablaba de integrarme en su vida, en su vida familiar... en convertirme en una amiga. Lo dijo, eso sí, sin convicción alguna. A mí no se me ocurría nada que decir. Sabía que si hablaba resultaría patética, así que me quedé callada. Cuando acabó, dirigí la vista a la rendija entre las cortinas y mientras observaba el rayo de luz cruda dije: «Creo que está helando», y él respondió que seguramente sí, porque se nos había echado encima el invierno. Nos levantamos y, como de costumbre, él desenchufó la

lmparita de la mesita de noche y enchufó su maquinilla de afeitar. Yo fui a preparar el desayuno. Fue la única mañana en que olvidé prepararle un zumo de naranja, y a menudo me pregunto si él se lo tomaría como una ofensa. Se fue justo antes de las nueve.

En el salón quedaban las huellas de su presencia. O, para ser más precisa, los restos de sus puros. Uno de los ceniceros, azul con forma de platillo, contenía gruesas plastas de ceniza gris oscura. También había colillas, pero mi mirada se concentraba en la ceniza, mientras pensaba que su densidad se asemejaba a la de sus desagradables piernas. Y una vez más me inspiró odio. Estaba a punto de tirar el contenido del cenicero por la rejilla de la chimenea cuando algo me detuvo, y en cambio fui a buscar una caja de pastillas de regaliz vacía y con ayuda de un folio recogí los pegotes de ceniza y llevé la lata al piso de arriba. Con el movimiento las plastas se desmoronaron, y pese a que me habían recordado a sus piernas, ahora eran una masa uniforme de ceniza gris oscura, seguramente como la de los muertos. Guardé la lata en un cajón, debajo de varias prendas de ropa.

Aquel día me concedieron el premio, un medallón de plata gigantesco con mi nombre grabado. En la fiesta que siguió me emborraché. Mis amigos dicen que no me puse en ridículo, pero conservo el humillante recuerdo de empezar a contar una historia y no ser capaz de continuar, no porque perdiera el hilo, sino porque me resultaba demasiado complicado articular las palabras. Un hombre me llevó a mi casa y, tras servirle una taza de té, le di las buenas noches con mucha corrección; se marchó y yo llegué a trompicones hasta mi cama. Cuando bebo de más duermo fatal. Todavía era de noche cuando desperté y enseguida recordé la mañana anterior y la intuición de la helada afuera y las frías palabras de advertencia de él. Tenía que darle la razón. A pesar de que nuestros encuentros eran perfectos, experimentaba una sensación de fatalidad inminente, de un abismo que se abría entre los dos, de que alguien se lo contaría a su mujer, de amor amargo, de destrucción. Y eso que no habíamos llegado tan lejos como podríamos haber llegado. Había cumbres de alegría y de todo lo contrario que debíamos haber escalado, pero no hubo tiempo. Él, naturalmente, había dicho: «Físicamente, todavía me atraes muchísimo», lo que me había resultado en cierto sentido humillante. Seguir haciendo el amor con él después de que se hubiera deshecho de mí habría sido repugnante. Habíamos puesto el punto final. Yo no paraba de pensar en una violeta en un bosque a la que le llega la hora de marchitarse y morir. La helada debía de influir en mis pensamientos, o más bien en mis cavilaciones. Me levanté y me puse una bata. Me dolía la cabeza de la resaca, pero sabía que tenía que escribirle mientras aún me quedara un poco de determinación. Conozco mis defectos, y sabía que antes de que acabara el día querría verlo otra vez, sentarme con él, convencerlo con mi dulzura y mi abrumadora indefensión para que volviera conmigo.

Escribí la nota, mencionando lo de la violeta. No es fácil ponerlo por escrito sin que parezca extravagante. Le decía que si no estimaba prudente que nos viéramos, no nos veríamos. Que

había sido un bonito interludio del que debíamos conservar un buen recuerdo. Era una carta notablemente comedida. Él respondió enseguida. Mi decisión había sido un jarro de agua fría, decía. Aun así, reconocía que llevaba razón. En mitad de la carta decía que debía quebrar mi compostura y admitir que por encima de todo me quería y siempre me querría. Aquellas, naturalmente, eran las palabras que yo llevaba meses buscando. Me desataron. Le escribí una carta larguísima. Perdí la cabeza. Hablé de más. Di fe de que lo amaba, de que esos días me encontraba en el filo de la locura, esperando un milagro.

Por suerte no detallé el milagro en cuestión, porque posiblemente es, o era, bastante inhumano. Tenía que ver con su familia.

Él volvía del funeral de su mujer y sus hijos, con el frac negro. Llevaba también el pañuelo blanco de seda que yo conocía, y un tulipán negro en la solapa. Cuando se acercaba a mí, yo le arrancaba el tulipán negro y lo sustituía por un narciso blanco, y él a su vez me ponía a mí el pañuelo y me atraía hacia sí agarrando los flecos de los extremos. Yo no paraba de mover el cuello adelante y atrás al ritmo del abrazo del pañuelo. Luego bailábamos divinamente sobre una pista de madera blanca y resbaladiza. Por momentos me parecía que íbamos a caernos, pero él me decía: «No te preocupes, estoy aquí contigo». La pista de baile era también carretera, por la que nos dirigíamos a un lugar hermoso.

Durante semanas aguardé una respuesta, que no llegó. Más de una vez cogí el teléfono, pero cierta cautela en el fondo de mi cabeza —sensación novedosa para mí— me invitaba a esperar. A darle tiempo. A permitir que el arrepentimiento anegara su corazón. A dejar que viniera por su propio pie. Y entonces me aterroricé. Pensé que tal vez la carta se había extraviado o había caído en las manos de quien no debía. Como es natural, la había enviado al bufete de Lincoln's Inn, donde él trabajaba. Le escribí otra. Esta vez una nota formal a la que adjunté una cartulina con las palabras SÍ y NO. Le preguntaba si había recibido la carta anterior y que simplemente tachara la respuesta que no procedía y me la reenviase, para que yo lo supiera. La recibí con el NO tachado. Nada más. De modo que la había recibido. Creo que pasé horas contemplando la cartulina. No podía dejar de temblar, me tomé varias copas para calmarme. La tarjeta tenía algo de inmensamente brutal, pero la verdad es que podía decirse que yo sola me lo había buscado por abordar la situación de esa manera. Saqué la lata con su ceniza y lloré sobre ella, y quise tirarla por la ventana y al mismo tiempo conservarla para siempre.

Me comportaba, en general, de un modo muy extraño. Llamé a una persona que lo conocía y le pregunté, sin venir a cuento, qué aficiones creía que tenía. Me respondió que tocaba el armonio, noticia que me resultó de todo punto insoportable. Entonces me sumí en un agujero negro y al tercer día perdí el norte.

Lo cierto es que a fuerza de no dormir y de tomar estimulantes y whisky mi conducta se

resintió. Me temblaba todo el cuerpo y tenía la respiración muy acelerada, igual que si acabara de presenciar un accidente. Me planté delante de la ventana de mi cuarto, que está en la segunda planta, a mirar el hormigón de la calle. Las únicas flores que quedaban eran las hortensias, que al marchitarse habían adoptado un tenue color rojizo, mucho más atractivo que el rosa estridente que había lucido todo el verano. Las fucsias del jardín de al lado tenían una capa de escarcha. Mirando primero las hortensias y luego las fucsias trataba de estimar las consecuencias de mi salto al vacío. Me preguntaba si la caída sería lo bastante fuerte. Dada mi torpeza física concluí que a lo sumo me provocaría daños irreversibles, lo cual sería peor, porque me vería postrada en una cama y cautiva de los mismos pensamientos que me conducían a la desesperación. Abrí la ventana y me asomé, pero enseguida reulé. Se me había ocurrido una idea mejor. Abajo había un fontanero instalando la calefacción central, una empresa en la que me embarqué cuando mi amante empezó a venir con regularidad y descubrimos que nos gustaba pasearnos por la casa desnudos, comiendo sándwiches y poniendo discos. Decidí gasearme; le pediría ayuda al fontanero para hacerlo bien. Soy consciente —me lo habrá dicho alguien— de que hay un momento en plena ejecución en que el sujeto se arrepiente e intenta echarse atrás, pero no puede, algo que se me antojaba como una nota extra de tragedia que no tenía ningunas ganas de experimentar. Así pues, decidí bajar a hablar con el hombre y explicarle que quería matarme, y que no se lo contaba solo para que lo evitara o me consolara, que no buscaba su piedad —llega un momento en que la piedad no vale para nada—, y que lo único que pretendía era que me echase una mano. Él podría explicarme cómo hacerlo, acomodarme, y —cosa absurda— quedarse por ahí para atender el teléfono y el timbre en las horas siguientes. También para ocuparse de mi cadáver con dignidad. Por encima de todo, eso era lo que más quería. Incluso decidí lo que me pondría: un vestido largo, del mismo color que las hortensias en la fase rojiza, y que solo había llevado para unas fotografías o para salir en televisión. Antes de bajar escribí una nota que decía únicamente: «Me suicido por falta de inteligencia y porque no sé ni he aprendido a vivir».

Pensaréis que soy una desalmada por no haber pensado en mis hijos. Pero en realidad sí los tuve en cuenta. Mucho antes de iniciar la aventura ya había llegado a la conclusión de que el internado los había separado irremediabilmente de mí. Si lo preferís, sentía que ya los había abandonado años atrás. Consideraba, sin asomo de histerismo, que el hecho de estar viva o muerta poco influiría en el curso de sus vidas. Debo decir que llevaba un mes entero sin verlos, y es espeluznante el hecho de que, si bien la ausencia no merma el amor, sí que atempera la necesidad física de nuestros seres queridos. Aquel mismo día volvían a casa por las vacaciones de mitad de curso, pero como les tocaba quedarse con su padre, sabía que solo estaría con ellos una tarde, unas pocas horas. Y en mi estado de desánimo eso se me antojaba peor que no verlos.

Como es natural, cuando bajé, el fontanero me dirigió una mirada y me dijo: «Le sentaría bien

un té». Él mismo lo había preparado. Me lo tomé y me quedé allí, calentándome las manos infantiles con la taza marrón. De pronto, rápidamente, me acordé de mi amante midiendo nuestras manos cuando retozábamos en la cama y diciéndome que no las tenía mucho más grandes que las de su hija. Y entonces reviví otro recuerdo, menos edificante, relacionado con las manos. Fue cuando nos conocimos y él estaba muy consternado porque había pillado las manos de esa misma hija con la puerta del coche. No le había roto los dedos, pero sí hecho mucho daño; se sentía fatal y esperaba que la niña lo perdonara. Al oír aquella historia me sentí compelida a contarle la anécdota de cuando yo casi había perdido los dedos con la puerta de un Jaguar. No tenía sentido, aunque quien nos hubiera oído habría inferido que yo era una presuntuosa sin corazón. Cualquier criatura con los dedos atrapados en la portezuela de un coche me habría dado pena, pero en aquel momento mi mayor empeño era atraerlo a un mundo secreto solo nuestro. Quizá fue una de las cosas que le hizo quererme menos. Quizá fue entonces cuando resolvió poner fin a la aventura. Estaba a punto de contárselo al fontanero, de prevenirlo contra esos supuestos amores que a menudo te curten el corazón pero que, al igual que las violetas, pueden acabar muy mal y causar una pena mortal en las dos personas. Me había echado azúcar en el té y me pareció muy empalagoso.

—Necesito que me ayude —declaré.

—Lo que haga falta —respondió.

Debí de habérmelo imaginado. Éramos amigos. Haría la instalación con muy buen gusto. Las tuberías serían pequeñas obras de arte y pintaría los radiadores a juego con las paredes.

—Tal vez usted crea que voy a pintarlos de blanco, pero en realidad serán de un tono marfil claro —dijo. El encalado de las paredes de la cocina había amarilleado un poco.

—Quiero matarme —dije apresuradamente.

—Dios bendito —exclamó, y acto seguido se echó a reír.

Siempre había sabido que yo era una melodramática. Pero entonces me miró, y mi semblante fue sin duda una revelación. Para empezar, no era capaz de controlar la respiración. Me pasó un brazo por los hombros, me condujo al salón y nos tomamos una copa. Yo sabía que le gustaba empinar el codo, y pensé: «No hay mal que por bien no venga». Lo más descabellado era que mis pensamientos seguían siendo los de una persona viva. Me dijo que yo todavía tenía muchos motivos para vivir.

—Una mujer joven como usted... los autógrafos que le pide la gente, un bonito coche nuevo...

—Todo eso es... —busqué la palabra adecuada. Quería haber dicho «inútil», pero el adjetivo que salió fue «cruel».

—Y sus chicos —continuó—. ¿Qué pasa con sus hijos?

Había visto fotos de los críos y un día le había leído la carta que me había escrito uno de ellos. La palabra «cruel» me ardía en la cabeza. Me chillaba desde todos los rincones de la habitación.

Con el fin de evitar su mirada, desvié la vista hacia la manga de mi jersey de angora y empecé a arrancar metódicamente pelusillas y a hacer bolitas con ellas.

Hubo un silencio.

—Esta es una calle de mala suerte. Usted es ya la tercera —me dijo.

—¿La tercera qué? —inquirí, amontonando laboriosamente la pelusa negra en la palma de la mano.

—Una mujer al final de la calle; su marido era director de orquesta, solía volver tarde a casa. Una noche fue a la sala de baile y lo sorprendió con otra chica; volvió a su casa y se quitó de en medio sin pensárselo.

—¿Con el gas? —pregunté, con sincera curiosidad.

—No, con sedantes —repuso, y prosiguió con otra historia sobre una chica gaseada que él mismo encontró porque en aquel momento estaba en la casa tratando las maderas podridas—. Desnuda salvo por un jersey —añadió, especulando sobre por qué se habría vestido así. Cambió considerablemente de tono al recordar el momento en que entró en la casa, olió el gas y se puso a buscar la fuga.

Yo lo miré. Estaba muy serio. Tenía los párpados descamados. Nunca antes lo había visto tan de cerca.

—Pobre Michael —dije.

Una disculpa muy poco convincente. Estaba pensando que, de haberme asistido en el suicidio, el recuerdo lo habría atormentado para siempre.

—Una chica joven, encantadora —añadió, melancólico.

—Pobrecilla —convine, haciendo acopio de compasión.

No parecía que hubiera nada más que decir. Me había disuadido consiguiendo que me avergonzara. Me puse de pie y me esforcé por aparentar normalidad; recogí unos vasos de una mesilla y fui a la cocina. Si los vasos sucios son una prueba de cuánto alcohol se ha consumido, entonces yo debía de haber bebido mucho en los últimos días.

—Bueno —dijo con un suspiro al tiempo que se ponía de pie. Reconoció sentirse satisfecho consigo mismo.

Resultó que ese día me tenía reservada una segunda crisis. Aunque mis hijos debían ir a casa de su padre, este me llamó para explicarme que el mayor tenía fiebre, y como él no podía hacerse cargo de un crío enfermo —si bien no lo dijo a las claras—, se veía obligado a dejármelos a mí. Llegaron a media tarde. Yo los esperaba en el umbral, muy maquillada para disimular el agotamiento. El niño enfermo llegó con una manta echada sobre el abrigo de tweed y envuelto en una de las bufandas de su padre. Cuando le di un beso, se echó a llorar. El pequeño se dio una vuelta por toda la casa para comprobar que todo seguía como lo había dejado. Normalmente los recibía con regalos, pero esta vez no pude y se quedaron un poco abatidos.

—Mañana —les dije.

—¿Por qué tienes los ojos llorosos? —me preguntó el niño enfermo mientras lo desvestía.

—Porque estás malito —respondí, con una media verdad.

—Anda ya, mamaíta —me respondió, usando el apelativo con el que me llamaba desde hacía años.

Me abrazó y los dos nos echamos a llorar. Sentía que él lloraba por las numerosas y misteriosas aflicciones que las circunstancias de un hogar roto le imponían. Resultaba extraño e insatisfactorio estrecharlo entre mis brazos cuando en los últimos meses me había acostumbrado a las dimensiones de mi amante: la anchura de sus hombros, la altura exacta de su cuerpo, que me obligaba a ponerme de puntillas para que nuestros miembros coincidieran a la perfección. Al abrazar a mi hijo solo era consciente de lo menudo que era y de la tenacidad con que me agarraba.

El pequeño y yo nos instalamos en el dormitorio y jugamos a un juego que consistía en lanzar preguntas como: «¿Un río?», «¿Un futbolista famoso?», y en dar vueltas a un disco hasta que se paraba en una letra, inicial del río, o del futbolista famoso, o de cualquiera que fuera la respuesta que correspondiera dar. Yo era bastante lenta, igual que mi hijo enfermo. Su hermano ganó sin dificultad, pese a que le había pedido que dejase ganar al impedido. Los niños no tienen piedad.

Dimos un respingo cuando arrancó la calefacción, porque la caldera, que estaba en el sótano, justo debajo de nosotros, emitió un potente gorgoteo y se puso en marcha con el mismo impulso repentino que yo habría querido para mí esa mañana cuando me había asomado a la ventana del dormitorio con intención de tirarme. El fontanero, para darme una sorpresa y levantarme el ánimo, había llamado a dos colegas y entre los tres habían acabado el trabajo. Para dejarnos calentitos y contentos, como él mismo dijo cuando vino al dormitorio a contármelo. Fue un momento muy tenso. Yo había estado evitándole desde el drama matinal. A la hora del té incluso le dejé la bandeja en el rellano. ¿Le contaría a otra gente que le había pedido que fuera mi verdugo? ¿Lo habría interpretado así? Les ofrecí una copa a él y a sus amigos, que se quedaron plantados en el dormitorio de los niños, visiblemente incómodos, y al ver la cara colorada del chiquillo dijeron que enseguida mejoraría. ¡Qué iban a decir!

Los niños y yo pasamos el resto de la velada jugando al juego de mesa una y otra vez, y justo antes de que se acostaran les leí un cuento de aventuras. Por la mañana ambos tenían fiebre. Las dos semanas siguientes me dediqué en cuerpo y alma a cuidarlos. Les preparaba mucho consomé con pan migado y los convencía para que se tomaran aquellas sabrosas sopas. Exigían un entretenimiento constante. Lo único que se me ocurría era citar datos sobre la naturaleza que le había oído a uno de mis colegas en la cafetería de la cadena de televisión. Pero, por mucho que añadiera de mi cosecha, no tardaba más de dos minutos en hablarles a mis hijos de una tormenta de mariposas en Venezuela, de los animales llamados perezosos, tan vagos que se cuelgan de los

árboles y se cubren de musgo, y de que el canto de los gorriones ingleses es distinto del de los gorriones de París.

«Más —me pedían—, más, más.» Entonces retomábamos el estúpido juego o nos embarcábamos en otro cuento de aventuras.

En aquellos instantes no le permitía a mi mente divagar, pero por las noches, cuando venía su padre, me retiraba al salón y bebía una copa. Aquello era un desastre. El ocio me invitaba a cavilar; por lo demás, las bombillas de mis lámparas tienen muy poca potencia y la penumbra creaba un ambiente que estimulaba los recuerdos. Me trasladaba al pasado. Revivía varios tipos de reencuentros con mi amante, pero mi preferido era un encuentro inesperado en uno de esos pasajes subterráneos alicatados, inhumanos, donde echamos a correr el uno hacia el otro y nos reunimos a la altura de una escalera con el letrero (existe de veras en Londres) SOLO A LA ISLA CENTRAL, y nos reímos cuando la subimos propulsados por unas alas milagrosas. En momentos menos indulgentes me lamentaba de que no hubiéramos visto más atardeceres, o anuncios de cigarrillos, o alguna otra cosa, porque en mi memoria nuestras abundantes citas se confundían en un estado larguísimo e ininterrumpido de copulación sin una cotidianidad que hiciera brillar esas cúspides. Los días, las noches con él, parecían haberse comprimido en una única noche, larga y bonita, pero única, en vez de expandirse en los diecisiete encuentros que en realidad fueron. Ay, las cúspides desaparecidas. En cierta ocasión estaba tan convencida de que había entrado en el salón que arranqué y le ofrecí un gajo de la naranja que acababa de pelar.

Pero desde la otra habitación me llegaba la voz segura y grave del padre de mis hijos dando información con la prepotencia de quien enuncia dogmas, y me estremecía ante todo el veneno que existía entre dos personas que antaño se quisieron tanto. La peste del amor. Entonces transferí a mi amante una parte de los sentimientos que me inspiraba mi marido, y razoné conmigo misma que la carta en que me aseguraba que me quería había sido una farsa, que la había escrito solo cuando creía haberse librado de mí, y al verse otra vez acorralado se había retirado, contentándose con reenviarme la cartulina. Yo era una desconocida para mí misma. El odio se apoderó de mí. Le deseé incontables humillaciones. Incluso fantaseé con asistir a una cena a la que supiera que él estaba invitado y desairarlo de principio a fin. Mis pensamientos oscilaban entre el odio y la esperanza de un final definitivo que no me dejara dudas de lo que sentía por mí. Incluso durante un trayecto en autobús relacioné con él una valla publicitaria que me llamó la atención. Decía: NO SUFRA, NOSOTROS ARREGLAMOS, ADAPTAMOS, REMODELAMOS. Anunciaba reparaciones de alhajas de perlas. Yo sí que arreglaría las cosas, a base de bien.

No sabría decir cuándo empezó a ocurrir, porque sería demasiado categórico, y en cualquier caso no tengo idea. Pero los niños habían vuelto al colegio, la Navidad había pasado, y no habíamos intercambiado postales. Pero empecé a pensar en él con menos dureza. Eran

pensamientos muy tontos, en realidad. Esperaba que estuviera gozando de pequeños placeres, como una cena en un restaurante, de calcetines limpios y del vino tinto a la temperatura que le gustaba, e incluso, sí, incluso del éxtasis en la cama con su mujer. Estos pensamientos me provocaban una sonrisa interior, una sonrisa nueva recién descubierta. Me estremecía ante el riesgo que había corrido al verse conmigo. Naturalmente, los pensamientos dolidos de antes se debatían con los nuevos. Era como llevar una candela por un pasillo con fuertes corrientes, en riesgo continuo de que se apagara. Pensaba en él y en mis hijos al mismo tiempo, las pequeñas manías de unos se confundían con las del otro: los elaborados embustes de los niños sobre sus derrotas deportivas, los leves bufidos de él cada vez que subíamos una escalera y su torpe intento por disimularlo. La diferencia de edad entre nosotros debía de pesarle. Fue entonces, creo, cuando me enamoré de veras de él. El cortejo, los telegramas, su marcha, ni siquiera el sexo eran nada comparado con esa sensación nueva. Brotó en mí igual que la savia, ¡y a menudo me hacía llorar el hecho de que él no pudiera disfrutarlo! La tentación de llamarlo ya había pasado por completo.

Su llamada fue de todo punto inesperada. Fue una de esas veces en que me debatía entre contestar o dejarlo sonar, porque en la mayoría de ocasiones no atendía las llamadas. Me preguntó si podíamos vernos, si —y esto lo dijo con suma dulzura— estaba más estable de los nervios. Le contesté que mis nervios nunca habían estado mejor. Era una libertad que necesitaba tomarme. Quedamos en una cafetería para tomar el té. Tostadas otra vez. Igualito que al principio. Me preguntó cómo estaba. Elogió mi buen color. Ninguno de los dos aludió al incidente de la cartulina. Ni él explicó el impulso que lo había llevado a telefonarme. Puede que no existiera impulso alguno. Me habló de su trabajo y de lo atareado que había estado, y después me contó que había sacado a una anciana tía suya a dar un paseo en coche y había circulado tan lento que la mujer le había pedido que por favor aligerase porque andando habría tardado menos.

—Te has recuperado —dijo entonces, de repente.

Lo miré a los ojos. Sabía lo que estaba pensando.

—He pasado página —repuse, hundiendo un dedo en el azucarero y ofreciéndole la yema para que lamiera los cristalitos blancos.

Pobre hombre. No podía decirle otra cosa, no lo habría entendido. En cierto modo era como estar con otro. No era la misma persona que había acomodado la colcha, me había lamido hasta el tuétano y había dejado la ceniza de sus puros para que yo la conservara. Era el representante de ese otro hombre.

—Nos veremos de vez en cuando —declaró.

—Claro que sí. —Debí de parecerle ambigua.

—A lo mejor no te apetece.

—Siempre que quieras.

Yo ni ansiaba ni temía esa posibilidad. No cambiarían en nada mis sentimientos. Fue la primera vez que caí en la cuenta de que durante toda mi vida había tenido miedo del cautiverio, de la celda de las monjas, de la cama de hospital, de aquellos lugares en que te enfrentas a ti mismo sin distracciones, sin el apoyo de los demás; pero allí sentada, dándole azúcar, pensé: «Acabo de entrar en una celda, y este hombre no puede saber lo que significa para mí quererlo como le quiero, y no puedo cargarlo con ese peso, porque él está en otra celda, enfrentándose a otras dificultades».

La celda me recordaba a un convento, y, por decir algo, le hablé de mi hermana, la monja.

—He visto a mi hermana.

—¿Cómo está? —quiso saber.

Solía preguntarme por ella. Le despertaba mucho interés y me preguntaba cómo era físicamente. Incluso llegué a tener la impresión de que fantaseaba con seducirla.

—Está bien —respondí—. Íbamos por un pasillo y me pidió que me asegurara de que ninguna otra monja estuviera mirándonos, y entonces se levantó los faldones y bajó la escalera deslizándose por la barandilla.

—Qué maja —observó. Le gustó aquella historia. Hallaba un inmenso placer en los detalles más insignificantes.

Lo pasé bien tomando aquel té. Fue una de las tardes menos productivas de los últimos meses, y cuando salíamos me agarró del brazo y me dijo que sería perfecto si pudiéramos escaparnos unos días. Quizá lo decía en serio.

A decir verdad, hemos mantenido nuestra promesa. De vez en cuando nos vemos. Podría decirse que las cosas han vuelto a la normalidad. Y con normalidad me refiero a un estado en el que distingo la luna, los árboles, los escupitajos frescos en la acera; miro a los desconocidos y reconozco en sus rostros algo de mi propio dilema; formo parte de la vida cotidiana, supongo. En mi cuarto tengo una lámpara que emite un chasquido seco cada vez que pasa un tren eléctrico, y por las noches cuento los chasquidos porque es el momento en que él vuelve. Me refiero al auténtico, no al hombre que se sienta frente a mí de vez en cuando en algún café, sino al que vive dentro de mí. Se levanta ante mis ojos: las manos orantes, la lengua a la que le gustaba lamer, la mirada ladina, la sonrisa, las venas de las mejillas, la voz serena que me hablaba con sensatez. Me imagino que os preguntaréis por qué me atormento así con los detalles de su presencia, pero lo necesito, ahora no puedo dejarlo marchar, porque si lo hiciera, toda nuestra felicidad y mi dolor posterior —no soy capaz de poner la mano en el fuego por el suyo— no habrían servido para nada, y es espantoso aferrarse a la nada.

## Número 10

Todo empezó a mejorar para la señora Reinhardt a partir del momento en que se volvió sonámbula. Cada noche el paseo le reservaba una nueva sorpresa. Primero vio ovejas, pero no las ovejas que se ven en la vida real, baladoras y un poco sucias, sino de esas que se ven en sueños. Vio montones de vellones blancos en lo alto de una colina, rodeados de corderillos que triscaban y mamaban a voluntad.

Luego vio cuadros que no había visto en su vida. Su marido era dueño de una galería de arte y la señora Reinhardt tenía la oportunidad de ver muchos; sin embargo, los que contemplaba por las noches eran mucho más placenteros. Para empezar, estaba dentro de ellos. No los veía desde fuera, ni hacía comentarios estúpidos, sino que formaba parte de la obra: un brazo o un lirio o las crines grises de un caballo. No tenía que competir, no tenía que hablar. Todos sus movimientos estaban preestablecidos. Solo era consciente de su propia respiración, que era suave, regular, constante.

Por las mañanas su marido señalaba que se la veía un poco exaltada o un poco tensa, a lo que ella respondía: «Tonterías», porque en veinte años de matrimonio nunca se había sentido mejor. Estaba a gusto con su vida durmiente y, por supuesto, nunca sabía lo que le esperaba. Su vida cotidiana seguía un esquema. De lunes a viernes pasaba las mañanas en casa, ayudando o supervisando a Fátima, la asistente española. Dedicaba dos tardes de la semana a dar clases a niños autistas, otras dos hacía ejercicio y los viernes iba a Harrods y hacía la compra para el fin de semana. El señor Reinhardt había adquirido una finca dos años antes, y los fines de semana los pasaban en el campo, en su casita recién reformada. En el campo la señora Reinhardt no era sonámbula, y se preguntaba si no la inhibiría la alambrada de espino que cercaba el jardín. Pero hay cancelas, se decía, y podría abrirlas. Se sentía un tanto molesta consigo misma por no ser más audaz.

Pero una noche de mayo, en la casa de Londres, tuvo un sueño increíble. Paseaba por un prado con su hijo —que en la vida real estaba en la universidad— y de pronto, al unísono, ambos se arrodillaban y empezaban a rascar la tierra con las manos. Era una tierra rojiza y rica que se desmenuzaba con facilidad. Procedían con tanto entusiasmo porque sabían que estaban a punto

de desenterrar el tesoro. Y así fue: encontraron pepitas de oro, granitos minúsculos que guardaron en un pañuelo, y entonces, como guinda a su felicidad, la señora Reinhardt encontraba una preciosísima llavecita de oro que levantaba hacia la luz mientras su hijo reía y con una voz infantil decía: «Mami».

Poco después de ese sueño la señora Reinhardt se embarcó en la limpieza de primavera. Cortinas y alfombras a la tintorería, cajones vaciados de todos los trastos inútiles acumulados. Puso también orden en la ropa de su marido. Entre ellos se había abierto una pequeña grieta que aumentaba a diario. Él sufría muchos cambios de humor. Llegaba a casa más tarde de lo normal y, aunque no lo decía, ella sabía que había hecho una parada en el bar de la esquina y se había tomado unas cuantas copas. Una vez, aquella primavera, la obligó a sentarse a su lado en el sofá del salón y le acarició los muslos y empezó a desvestirla a escasa distancia de Fátima, que estaba en la cocina cortando verdura y cantando. Se pasaba la vida cortando y cantando o tarareando. Las mayoría de veces, sin embargo, el señor Reinhardt se iba directo al mueble bar y servía una ginebra para cada uno, la suya más generosa porque, como él mismo decía, con tanto ayuno de las narices la señora Reinhardt se achispaba enseguida.

Estaba ordenando las camisas del señor Reinhardt —camisetas, polos de verano, jerséis gruesos de cuello redondo— y colocando cada cosa en una cuidada pila, cuando de la chaqueta de sirsaca cayó una llavecita de oro que le hizo soltar un grito. Lo primero que sintió fue un latigazo de terror. Se agachó y la recogió. Era exactamente igual que la que había visto en el sueño. La apretó en la mano, prometiéndose no separarse nunca de ella. Qué idiotas somos al perseguir por el día lo que deberíamos dejar para la noche.

En el siguiente episodio de sonambulismo la señora Reinhardt salió de su casa; se metió en un taxi que estaba esperándola y tras un breve trayecto llegó a una casa en un callejón. En el exterior de esa casa del callejón había una tina blanca y negra llena de flores preciosas. Con un sencillo movimiento metió la mano bajo las hojas y sacó la llave. Dentro había un nido pequeño. El papel de la pared del vestíbulo era idéntico al que ella siempre había querido para su hogar, de un dorado claro con unas florecillas blancas diminutas, más bien manchas que recordaban a flores, como las de las fresas silvestres. La cocina estaba impoluta. En el rellano del piso de arriba había un banquito con calados. Los cojines del salón eran rígidos y majestuosos, al igual que el tapizado, pero el dormitorio... ay, el dormitorio.

Era el dormitorio que siempre había querido tener. De hecho, era justo el que ella había imaginado tantas y tantas veces y había descrito a su marido hasta el más mínimo detalle. Una cama con estructura metálica y un pequeño dosel de encaje, la pared de enfrente totalmente ocupada por un espejo de metal oscuro donde parecían flotar sombras, un diván de terciopelo azul claro, una planta colgante con hojas resplandecientes y una lámpara de pie con pantalla marrón de flecos que proyectaba una luz delicadísima.

Se sentó en el borde de la cama, maravillada, y se fijó en las demás cosas que siempre había deseado. Vio, por ejemplo, la foto de una niña vestida de primera comunión; vio el pisapapeles en que se desataba una ventisca en miniatura si lo agitabas; vio la bandeja de nácar con las dos copas de champán; y de repente se echó a llorar, de lo inmensa que era su felicidad. Quizá, pensó, él venga a mi encuentro, me visitará, y será como en los viejos tiempos y no estará irascible ni tamborileará con los dedos ni toqueteará el capuchón de la pluma. Me cubrirá de besos y abrazos y nos revolcaremos en esta cama inmensa.

Permaneció sentada en el dormitorio, sin tocar nada, ni siquiera los dos lirios blancos en su alto jarrón de cristal. Llevaba la llavecita en la mano y comprendió que era para el armario y que solo tenía que abrirlo para descubrir un vestido de noche con el corpiño plisado, falda larga de tul, una capa de zorro plateado y un par de zapatos con el talón descubierto. Pero no lo abrió. Quería que algo siguiera siendo un secreto. Salió con sigilo y volvió a su casa, a su cama, sin que su marido se hubiera percatado de su ausencia. Se había quejado otras veces de sus pies helados cuando volvía a meterse en la cama, y le había preguntado qué había estado haciendo, por el amor de Dios: ¿preparando té, o qué? Aquella mañana su felicidad era tanta que se inclinó, le desabotonó el pijama y le hizo el amor con mucha dulzura, muy despacio, y pareció que a él también le gustaba. Sin embargo, cuando se espabiló estaba enfadado, como si le hubieran hecho algo malo.

Como es natural, la señora Reinhardt empezó a ir a la casa del callejón noche tras noche, y su corazón se iluminaba en cuanto veía el pilar con el número, el 10, en letras doradas con el borde negro. El cero estaba un poco torcido. A veces se metía en la cama de estructura metálica y sabía que antes o después el señor Reinhardt la seguiría, solo era cuestión de tiempo.

Una noche estaba en la cama, un poco sofocada, cuando llegó él sin hacer ruido, cerró la puerta, se quitó el batín y la poseyó con tal fuerza que después empezó a sospechar que le había fracturado una costilla. Emplearon palabras que llevaban años sin usar. Se sentía joven y asilvestrada. Una maravillosa fiebre se apoderó de ella. Lo trataba con descaro y él no paraba de implorarle que se casara con él, que por favor sacrificara su independencia, que por favor fuera suya, añadiendo que aunque se negara la raptaría. Luego, para demostrarlo, la poseyó de nuevo. Ella por poco se muere, tan profundo y total era el placer, y cada vez que se recobraba veía algún objeto pequeño o detalle destinado a incrementar su deleite; una vez fue un móvil en que unos caballitos plateados se perseguían, en otra ocasión fue un sonido similar al de un riachuelo. Él le sirvió champán y bebieron en completo silencio.

Pero cuando despertó del idilio estaba en su propia cama, igual que él. Se moría de vergüenza. ¿Habría gritado en sueños? ¿Habría gemido? No tenía ninguna costilla rota. Estiró la mano para coger el espejito y no identificó señal alguna de lascivia en su rostro, no tenía el pelo revuelto y el camisón estaba pulcramente cerrado hasta el cuello.

El marido era un monolito de sueño. Abrió los ojos. Ella le dijo algo, con ansiedad, pero él no le contestó. Se levantó y bajó al salón a pensar. ¿Cómo acabaría todo aquello? ¿Debería contárselo a él? En su opinión, no. Pasó toda la mañana probando la llavecita en varias cerraduras, pero era demasiado pequeña. De hecho, en una ocasión estuvo a punto de perderla porque se coló dentro de una de ellas y tuvo que usar la punta de un tenedor para sacarla. Por supuesto, no permitió que Fátima, la asistente, se enterase de lo que estaba haciendo.

Era viernes, el día en que se iban al campo, y ella no tenía ningunas ganas. Sabía que en cuanto llegaran saldrían al jardín a comprobar si las plantas habían crecido y a echar un vistazo a las hojas de los rosales para asegurarse de que no tuvieran parásitos. Luego, oteando los campos hacia donde estaban las vacas, comentarían lo afortunados y listos que eran por ser dueños de un lugar tan bonito. Las magnolias habrían acabado de florecer y ella contemplaría el árbol como si contemplándolo pudiera impregnarse de su blancura.

Cuando llegaron, las magnolias habían florecido, como pequeñas hueveras de porcelana blanca, cada pétalo alzado hacia el cielo. Dos de los olmos estaban enfermos, dijo el señor Reinhardt, porque las hojas estaban marchitándose. Habría que talarlos; el señor Reinhardt calculó que darían leña para dos inviernos. Lo hablaría con el administrador, que vivía al final del camino. Entraron las compras, subieron las persianas y encendieron la calefacción central. La pequeña cocina estaba como la habían dejado, salvo porque las primulas del jarrón se habían amustiado y parecían tiras de piel amarillenta. La señora Reinhardt sacó la comida que habían comprado, metió algunas cosas en la nevera, y empezó a pelar zanahorias y patatas para la cena. El señor Reinhardt clavó cuatro alcayatas en la pared para los grabados nuevos que había adquirido. De vez en cuando la llamaba para preguntarle en qué orden debía colocarlos, y ella acudía, con las manos embadurnadas de harina, y proponía distraídamente una combinación.

Llevaba la llavecita en el monedero, que abría de cuando en cuando para comprobar que no se había extraviado. Y se ruborizaba.

Al anochecer salió a coger una rama de manzano para que el fuego oliera bien. Un pájaro gorjeaba desde un árbol. Era más un sonido que un canto. No distinguía qué pájaro era. El magnolio era una mole blanca en medio de la oscuridad. Caía la rociada y se agachó un momento para tocar la hierba mojada. Deseó que fuera domingo para volver a su casa. En Londres las noches parecían pasar más rápido y todos tenían más cosas que hacer. Sintió que en cierto modo estaba engañando a su marido.

Bebieron vino tinto sentados junto al fuego. El señor Reinhardt estaba nervioso pero al mismo tiempo la acusaba a ella de estar nerviosa. Se mostraba inflexible ante el mercado común. ¿Por qué le exponía la logística del asunto cuando ella ni siquiera le llevaba la contraria? Se enardecía, hacía aspavientos, decía que él amaba Inglaterra, que la amaba con pasión, que Inglaterra iba de

mal en peor. Cuando ella se levantó a empujar un tronco que se había salido del hogar, su marido le pidió por lo que más quisiera que le hiciera caso.

Ella se sentó de inmediato, con la esperanza de que no estallara una de esas peleas terribles, inesperadas y sin sentido. Pero por suerte se produjo una distracción. Le oyó exclamar: «¡Caramba!», y al levantar la mirada vio lo que él acababa de ver. Un rebaño de vacas los observaba. Ella dio un brinco. El señor Reinhardt corrió hacia el teléfono para llamar al administrador, dado que él no tenía ni la más remota idea de la vida campestre, no digamos ya de cómo ahuyentar un rebaño.

Ella cogió un bastón y salió para evitar que las vacas cayeran a la piscina. Hacía frío y el viento crujía en todos los árboles. Las vacas la miraron, suspicaces. Levantaron las orejas. Ella amagó un par de movimientos con el bastón, y en ese momento cuatro de ellas saltaron la alambrada y volvieron al prado contiguo. La vaca restante se puso a corretear. Desde el prado, las otras cuatro empezaron a mugir. La quinta vaca corneaba la empalizada. La señora Reinhardt pensó: «Sé cómo te sientes... Te sientes perdida y desorientada, te has salido de tu camino».

Su marido salió, furibundo porque no había nadie en casa del administrador. «¡Nunca está, joder!», exclamó. El vozarrón atemorizó tanto a la pobre vaca que intentó saltar y quedó atrapada en el alambre de espino. La señora Reinhardt vio las púas clavarse en las ubres enormes y pensó: «Hay que ver donde ha ido a aterrizar». Debían rescatarla. Con mucho cuidado se acercaron al animal; la idea era que el señor Reinhardt agarrara a la vaca mientras ella liberaba la carne. Intentó proceder con delicadeza. La vaca desprendía un olor lechoso, tenue comparado con los mugidos, que eran implorantes. El señor Reinhardt la sostenía por los cuartos traseros y le pidió a su mujer que se diera prisa. La vaca corcoveaba. En el momento en que la señora Reinhardt levantó la carne ensangrentada, el animal dio un buen salto, salvó la cerca y regresó al prado, donde corrió al río a beber.

Las otras la siguieron y de pronto la pradera entera fue escenario de un tumulto y unos mugidos desquiciados. El señor Reinhardt se frotó las manos y suspiró aliviado. Propuso que abrieran una botella de champán. La señora Reinhardt estaba encantada. Últimamente su marido se había vuelto muy ahorrativo y no se permitía ninguna extravagancia. De hecho, le había dado por decir que pronto tendrían que renunciar al vino debido al estado del país. En el momento en que entraban en la casa le pasó un brazo por los hombros. Y en el salón la señora Reinhardt tomó asiento y se sintió como una señorona cuando se bebió el champán, le dirigió una sonrisa a su marido y notó cómo la sustancia le corría por todo el cuerpo. El champán los puso de buen humor y se abrazaron al subir las estrechas escaleras que los conducían a la cama. Sin embargo, a la señora Reinhardt no le apetecía ninguna clase de intimidad; ella quería reservarla toda para el dormitorio oculto.

Volvieron a Londres el domingo por la tarde; aquella noche la señora Reinhardt no pegó ojo.

De modo que no fue a ninguna parte en sueños. Por la mañana se notó alterada. Se miró en el espejo. Estaba envejeciendo. Después del desayuno, cuando el señor Reinhardt se preparaba a toda prisa para irse, le enseñó la llavecita.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Y yo qué sé! —repuso él. Estaba lívido.

Llamó a la peluquería y pidió cita. Habló consigo misma. No debía envejecer. Luego, cuando se arreglara el pelo, le daría una sorpresa, aparecería en la galería y le pediría que la llevase a un pub agradable. Por el camino se compraría un fular nuevo que se anudaría al cuello, y aparentaría menos años.

Cuando llegó a la galería descubrió que el señor Reinhardt no estaba. Hans, su ayudante, estaba muy ocupado con un cliente de Oriente Próximo. Dijo que esperaría. La secretaria nueva fue a preparar té. La señora Reinhardt se sentó al escritorio de su marido, pensativa, y empezó a pasar indolentemente las páginas de la agenda, solo por hacer algo. Comida con fulanito y menganito. Una nota para acordarse de comprarle un regalo por su aniversario, cosa que había hecho: le había comprado un anillo precioso con una esfinge.

Y entonces la vio: la dirección a la que acudía ella noche tras noche. Número 10. Los dígitos bailaron ante sus ojos igual que cuando llegó en el taxi la primera vez. Todos sus movimientos se volvieron apresurados y mecánicos. Apuró el té de un trago, le estrechó la mano distraídamente al caballero árabe, se comió la galleta de jengibre con tanta brusquedad que le rechinaron los dientes. Se puso a dar vueltas, volvió a consultar la agenda. La misma dirección: tres, cuatro o cinco veces por semana. Volvió atrás para ver desde cuándo. Era inútil. Lo único que podía hacer era ir allí.

En el callejón encontró la llave en la tina con las flores. En la cocina había cáscaras de huevo y una sartén donde alguien había preparado una tortilla. Dos cáscaras marrones y una blanca. Metió un dedo en la grasa; todavía estaba templada. El corazón se le salía del pecho por las escaleras. Era como un perdigón dentro de su cuerpo. Ya tenía la mano en el picaporte cuando de pronto se detuvo en seco y se quedó inmóvil. Se apartó de la puerta y regresó al banco del rellano.

No se entrometería, no. Estaba muy claro por qué iba allí el señor Reinhardt. Acudía de día para citarse con ella, para serle infiel con ella, igual que ella acudía por las noches. Un día o una noche, con suerte, se cruzarían y compartirían su secreto, pero hasta entonces la señora Reinhardt se conformó con dejarlo todo tal como estaba. Bajó la escalera de puntillas y se alegró de no haberse precipitado, de no haber roto el hechizo.

## La señora Reinhardt

La señora Reinhardt había trazado su itinerario. En azul las carreteras principales, en rojo cuando quisiera desviarse. Un sistema, y una promesa. Tenía que pasárselo bien, tenía que descansar, tenía que recuperarse, tenía que ganar algo de peso y quizá florecer un pelín. Tenía que superarlo. A fin de cuentas, el mundo era un lugar verde, soleado, encantador. Estaban segando el heno; las vacas manchadas eran tan esbeltas que parecían dálmatas y sus movimientos en las praderas tan indolentes que podrían haber pasado por sonámbulas. Los hombres y las mujeres que faenaban en el campo parecían no conocer la preocupación o la prisa. Era junio en Bretaña, justo antes de que llegaran las hordas de visitantes, y las carreteras estaban relativamente vacías. El tiempo era tempestuoso pero, mientras circulaba, algún que otro parche de sol iluminaba los árboles, la hierba exuberante y los pantanos. Las semillas y el polen en la superficie de las aguas eran de un amarillo mostaza fuerte. El arcén estaba salpicado de ginestas en flor y cada cierto tiempo un poste con un teléfono de emergencia de color naranja chillón captaba su atención. No le gustaba. No le gustaban las emergencias y no le gustaban los teléfonos. Mejor evitarlos.

Mientras conducía la señora Reinhardt estaba entretenida y con el corazón relativamente sereno. Nadie habría adivinado que no hacía mucho las había pasado moradas y que todavía le esperaban cosas peores. Aquel era un respiro. Observar los arces, las margaritas en los campos, las amapolas rojas y rosas, y los lupinos, tan amodorrados como las vacas; observar las señales de tráfico y pensar si acaso en los ingleses muertos en la última guerra, cuyas ánimas penaban por aquellos lugares, ingleses muertos de los que en aquel instante, en una casa adosada de Inglaterra, alguien acariciaría alguna fotografía, alguna reliquia o algún pensamiento hecho añicos. Pensar en comida, pensar en marisco, pensar en cómo se dice «arándano» en francés, pensar en lo que fuera, con tal de mantener la mente ocupada.

El hotel prometía ser bonito. Lo había visto en fotos, un palomar al borde de un lago, la quintesencia de la calma, la belleza, el aislamiento. Un lugar donde reencontrarse con el dios de la paz. Los pinos que flanqueaban la carretera eran jóvenes y larguiruchos pero las vacas eran como péndulos, con las ubres asombrosamente grandes y colmadas. Pensó que todavía era por la mañana y que acababan de ordeñarlas, ¡cómo no estarían al atardecer! Qué rabia, las ubres de las

vacas reavivaron el pensamiento prohibido. Una vez, en la casa de campo, una vaca se había quedado atrapada en la alambrada de espino y tanto ella como el señor Reinhardt dedicaron un buen rato a buscar ayuda y luego a tratar de liberar al animal, creando un gran revuelo entre la comunidad vacuna. Luego bebieron champán, con la actitud de quien celebra algo. ¿O era más bien para ocultar algo? El señor Reinhardt había dicho que no debían distanciarse y sin embargo discutió con ella a cuenta del mercado común y le quitó las gafas cuando ella estaba leyendo un cuento de Flaubert en la cama. El principio del fin, lo sabe ahora, lo supo entonces, pero ¿lo sabía de verdad, lo supimos de verdad, existe tal cosa, o no es más que otro comienzo para otro fin? Y así sucesivamente.

—¡Mierda! —exclamó la señora Reinhardt, y aceleró justo a la altura de un montón de señales con flechas gruesas y nombres en azul marino.

Se había desorientado. Se desvió a la derecha y se dio cuenta enseguida de que había cogido la salida para la localidad al este y no para la principal. Eso le pasaba por distraerse. «Olvidate ya de él.» Lo peor ya había pasado. Al echar un vistazo atrás divisó la catedral del pueblo, y se puso a buscar dónde girar a la derecha.

Lo peor ya había pasado, siendo lo peor cuando la otra mujer, una chiquilla, en realidad, obtuvo permiso para usar el vestido de fiesta y el collar de la señora Reinhardt. Por divertirse. «Es joven», le había dicho él. Y al parecer lo era, aquella rival, o más bien, aquella sustituta. Tan joven que gritaba por las ventanillas del coche a otros conductores, que llevaba un paraguas grande y llamativo, que tomaba patatas fritas o pastillas para la tos de camino a los carísimos restaurantes donde la llevaba el señor Reinhardt. En definitiva, una cría.

La señora Reinhardt circuló por una población amurallada y dedicó una sarta de palabrotas a un sistema de señales donde no figuraba el nombre del pueblo con molinos que estaba buscando. Había otras cosas, como un reloj y una panadería, y unos cuantos transeúntes, y cuando aparcó en la placita rodeada de árboles vio a un joven desnudo de cintura para arriba delante de un caballete, que sin duda estaba haciendo un boceto de la catedral. Desplegó el mapa sobre sus rodillas y abrió la portezuela para que entrara un poco de aire. El chico la miró. Ella le sonrió. Tenía que sonreírle a alguien. De repente experimentó un deseo irracional de tener un hijo, un hijo varón que estuviera con ella en ese momento, que la consolara, que le diera seguridad, que estuviera de su parte. Naturalmente ya tenía un hijo, pero era mayor y se había ido a América y no sabía nada de lo ocurrido y tampoco debía saberlo.

El hombre le dijo que se había equivocado al entrar en el pueblo de la catedral, pero ella se dijo que así al menos había visto el pueblo, había visto al joven pintor, había esbozado una sonrisa útil y él le había devuelto la sonrisa, lo que no era poco. El resto del trayecto permaneció alerta,

vio árboles, casas con gabletes, unos pocos molinos de viento, vio dientes de león, dejó atrás varias aldeas, vio ropa tendida, y supo que iba en la dirección correcta.

La llegada estuvo envuelta en magia. Árboles, el rumor del agua, flores, flores silvestres, y la sensación de estar en un lugar que requería tiempo para ser conocido, para ser descubierto. Para acrecentar aún más el misterio, los apartamentos eran chalets de piedra diseminados a cierta distancia entre sí por todo el territorio. En realidad se trataba de un complejo, pero donde prevalecía la naturaleza. Bajó unos escalones siguiendo la indicación de RECEPCIÓN y nada más presentarse le pidieron que se apresurara porque estaban a punto de servir el almuerzo. Encontrar el comedor fue una verdadera expedición: subir una escalera, bajar otra y luego acceder a un pequeño salón exterior donde había mesas redondas vestidas con manteles de encaje con sendos jarrones con flores silvestres. Se inclinó para oler unos pensamientos. Un olor puro, dulce y sedoso, con la textura de la infancia. Se sintió agradecida. Su marido pagaba todo aquello, y era una lástima que, como ahora ella, no estuviera bajando otros peldaños, dejando atrás un biombo de raso, hasta una mesa para dos junto a una ventana abierta, con el acompañamiento del gorgoteo del agua. Tomó media botella de champán, paté de pato y un sencillo pescado blanco a la parrilla sobre un lecho de tiras de puerro hervido. La salsa holandesa era perfecta y más amarilla de lo habitual porque le habían añadido mostaza. Salvo por la camarera y una pareja mayor que ocupaba una mesa a unos metros de distancia, estaba sola. No oía lo que se decían. El hombre bebía calvados. La camarera era guapa y llevaba el pelo castaño y rizado recogido con un lazo. Se había dejado adrede un bucle sobre la frente. Irradiaba inocencia y un sueño. La señora Reinhardt no fue capaz de mirarla mucho rato y pensó que seguramente nunca habría estado en París, ni en Nantes, pero que esperaba ir y algún día iría. Llevaba aquella historia grabada en los ojos, en los rizos de su pelo, en todo lo que hacía. Aquella sed.

Después de comer acompañaron a la señora Reinhardt a su habitación. Estaba al final de un camino polvoriento flanqueado de helechos y acederas. Rosas silvestres del rosa más pálido caían sobre el dintel de la puerta, y cuando se plantó en medio del cuarto y miró por una de las estrechas ventanas lo que vio fueron las rosas y los pastizales, mientras que por el otro lado oía el ímpetu del agua, y ambas imágenes le recordaron a sí misma y a todas las personas que había conocido. Unos eran verdes y mudos y tranquilos; los otros, torrenciales. ¿Tenían que entrar en conflicto? Se desvistió, deshizo la maleta, abrió la neverita para ver qué delicias contenía. Había cerveza, champán, botellitas en miniatura de whisky, agua de Vichy y un refresco rojo. Era como volver a ser una niña y estar en la casita de muñecas. Lloró un poco. Por qué lloraba la señora Reinhardt: por la belleza, por la fealdad, por ella, por su hijo en América, por el señor Reinhardt, que había perdido la razón. Tanto quería el señor Reinhardt a esta chica nueva, Rita, que la había

obligado a presentarle a todos sus amigos y él les había preguntado cómo era Rita a los dieciséis, y a los diecisiete, qué ropa usaba, cómo iba en su puesta de largo, y por qué Rita había dejado los estudios de bellas artes, y había tomado nota de todo. Se había puesto en ridículo. Sí, lloraba por eso, y mientras lloraba le parecía que las lágrimas eran como los estratos de este planeta, que tenían muchos niveles y muchas capas, y que esas capas eran distintas y que ahora lloraba por más de una cosa al mismo tiempo, que sus lágrimas estaban todas mezcladas. Lloraba también por la edad, por dos hebras grises en el vello púbico, lloraba por no haber puesto más de su parte en ciertas ocasiones, como cuando el señor Reinhardt volvía a casa con la esperanza de encontrar un poco de excitación o descanso y en cambio se topaba con la típica historia sobre el operario del gas que no se había presentado. Se había dejado arrastrar por el torbellino cansino e hipnótico de la vida doméstica. Con ella las revistas tenían que estar ordenadas, el polvo quitado, había invertido todo su perfeccionismo en esas cosas y no en lo más importante, o en el señor Reinhardt. ¿En qué momento nos equivocamos? ¿No se supone que de eso se encargan los ángeles de la guarda, de cogernos de la mano y acompañarnos?

Lloraba también por la noche en que le tiró un plato a su marido, y él se quedó catatónico y admitió ser consciente de que estaba arruinando las vidas de ambos, pero que no podía hacer nada, dijo que quizá fuera pura locura o la menopausia masculina o como quisiera ella llamarlo, pero que así estaban las cosas, así estaban, así. Incluso había hecho alusión a ella. Le contó una historia, le contó que ese mismo día fue a una subasta a comprar unos cuadros para la galería y Rita lo acompañó, y mientras circulaban por la autopista había albergado la esperanza de que se estrellaran, tan terrible era para él la situación y tan imposible le resultaba renunciar a esa chica que, lo admitía, le había hecho perder la cabeza, pero también le había hecho Feliz, Feliz, repetía sin parar.

Lo que más la hacía llorar era la impotencia del ser humano, y cuando mucho después, es decir, al atardecer, la señora Reinhardt se enjugó los ojos y se puso su vestido color ostra y el collar chino todavía se repetía el tema de la impotencia. Al mismo tiempo se recordaba que ante sí tenía una vida, aventuras, que no todo había terminado, que simplemente había cambiado de rumbo y aún no conocía el nuevo camino.

Se sentó a cenar. Ocupó una mesa distinta. Esta vez con vistas a un lago que era la viva imagen de la belleza: árboles a ambos lados, ramas colgantes, hojas verdes con el dorso plateado y una rama caída donde se posaban los patos. Los huéspedes eran sobre todo ancianos, a excepción de una mujer con el pelo anaranjado y gafas de sol con tachuelas. La mujer estuvo hojeando una revista durante toda la cena, sin dirigirle la palabra a su acompañante.

La señora Reinhardt se concentraba en las vistas, daba un sorbo al vino, masticaba un pellizco del pan, que de tan ligero parecía una hostia. De pronto miró hacia un lado y vio, en un acuario

lleno de burbujas, varias langostas. Eran tan bonitas que al principio las tomó por modelos de langosta, adornos. Los caparzones tenían unos preciosos tonos azulados, del azul del lapislázuli, y pese a que al principio su actividad la puso nerviosa, poco a poco fue quedándose cautivada por sus movimientos y olvidó lo que ocurría alrededor. Se movían con suma belleza y determinación. Se movían para tocarse unas a otras, al menos algunas, y las otras aguardaban, eran las receptoras, por decirlo así, del contacto, del roce. Sus movimientos poseían toda la grandeza de la palabra, sin el elemento de la locura. Pero las intenciones eran claras. Tan absorta estaba que no oyó a la chica guapa anunciarle que tenía una llamada, y fue menester que le tocara el brazo desnudo, gesto que por supuesto la sobresaltó. Naturalmente, fue hasta el teléfono un tanto aturdida, no vio un escalón y tropezó, pero no se torció el tobillo. Era su tobillo malo, sobre el que siempre caía. Al aproximarse a la cabinita se armó de valor. Puede que su marido estuviera arrepentido o borracho, o que hubiera habido un accidente, o que su hijo fuera a casarse. Fuera lo que fuera, era importante. Pronunció su «¿Diga?» con calma y vivacidad al mismo tiempo. Lo repitió. Era una voz del todo desconocida, un hombre que preguntaba por Rachel. Ella dijo qué Rachel. Tras unos instantes de acalorada irritación seguida de una decepción absoluta, la señora Reinhardt volvió a su mesa, temblando. ¡Qué estúpida la chica, mira que llamarla a ella! Solo las langostas salvaban la situación.

Ahora les dedicó toda su atención. Ahora se olvidó del error telefónico y observó el drama que acontecía. Una langosta grande y muy larga parecía la dueña y señora del acuario. Tenía las pinzas cerradas con gomas negras, lo cual no evitaba que acechara orgullosa a sus compañeras acuáticas y mantuviera batallas frontales con algunas, aunque su meta principal era provocar a otra: a una langosta durmiente que era sin duda su enamorada. Sus reclamos resultaban fascinantes. La acariciaba con las antenas, le ponía las pinzas encima y a continuación introducía una de ellas por debajo para levantarla un segundo, luego la dejaba tranquila un instante, y volvía a la carga con más fuerza y contundencia. Naturalmente había momentos en que se veía obligada a desistir para espantar a otras que invadían su territorio, cosa que hacía con idéntica determinación, enfrentándose a ellas con unos ojos despiadados y sin embargo inmóviles como cuentas. Arremetía en el agua y las hacía retroceder o irse a otra parte, y entonces volvía con su amada, con su oráculo. Había movimientos secundarios en el acuario, por supuesto, pero la señora Reinhardt solo tenía ojos para el espectáculo principal. Dio por hecho que se trataba de un macho y lo llamó Napoleón. Por momentos su empeño sexual era tal que se llevaba una antena muy larga debajo de la cola y se tocaba las pequeñas membranas pardas de la pechera para excitarse y volver a la carga con su bella durmiente. Porque no le cabía la menor duda de que esta acabaría por sucumbir. La señora Reinhardt la bautizó a ella como la Dama Japonesa, por su languidez, su rechazo a dejarse provocar, por Napoleón o cualquier otra langosta, y pensó: «Ay, qué escena cuando se levante y se rinda a su abrazo, ¡ay, qué matrimonio formarán!». La señora

Reinhardt pensó también que era muy probable que solo pasaran en el acuario un número limitado de horas y que en dichas horas tendrían que interpretar el papel de sus vidas. Mientras las miraba, apretándose las manos, esperó como los niños pequeños que el cortejo tuviera un final feliz.

Todavía seguía en curso cuando hubo de abandonar el comedor, pero tenía la sensación de que con las luces apagadas y sin testigos, las protagonistas, a salvo en su acuario, protegidas por las burbujas de aire, se encontrarían secretamente. Había bebido un pelín de más, y se tambaleó ligeramente al caminar por el camino polvoriento hasta su chalet. Estaba exultante. Había visto algo que la había conmovido. Había visto el instinto, había visto la efusión y había visto la voluntad que rechaza el rechazo. Había visto la ternura.

Ya en el dormitorio guardó el collar en la caja de mimbre con forma de corazón y la escondió bajo el almohadón de la segunda cama. Se lo había robado a su marido, una preciosa gargantilla de jade. Había sido de la madre de él. Valía diez mil libras. Era su regalo de despedida. Se lo había quitado. Antes de meterlo en la caja mordió las cuentas como si fuesen fruta.

«Si me das el collar, me iré.» Esas habían sido sus palabras exactas, y sabía que lo había herido mortalmente en algún rincón de su corazón. Era el collar de su familia y lo único que consideraba un amuleto. Además, había nacido bajo el signo de Cáncer y cuando se aferraba a algo, se aferraba de verdad. Era el objeto que compartían, y al llevárselo estaba diciéndole que se iba para siempre y que se llevaba una parte de él, su talismán más significativo, reliquia de su madre, reliquia de su vida juntos. Se había encariñado tanto con aquella joya que cuando se la ponía se tocaba el cuello sin cesar para comprobar que siguiera ahí, y cuando se la quitaba le daba un beso, y por las noches soñaba con ella, y una noche soñó que se la había metido en la vagina como medida de seguridad, para esconderla. Otras veces fantaseaba con ir al casino y jugársela, su suerte y la de él. Había un casino cerca y el sábado se celebraría una carrera ciclista, y pensó que una noche, tal vez la del sábado, saldría, y tal vez jugaría, y tal vez ganaría. Se quedó dormida enseguida.

Al tercer día, la señora Reinhardt salió a dar una vuelta con el coche. Necesitaba un cambio de aires. Necesitaba brisa marina y peñascos. Necesitaba fortalecerse. El nidito resultaba empalagoso. El cua, cua, cua de los patos, el gorgoteo del agua, todo eso estaba muy bien, pero empezaban a hacerse eco de sus anhelos y no le gustaba un pelo. Así pues, después de desayunar leyó la oración de la monja del siglo XVII, la que le pide al Señor que te libre del exceso de verbo, que te vuelva sensato pero no malhumorado, que te conceda unos cuantos amigos y te conserve razonablemente amable. Pensó en Rita. En los luminosos ojos azules de Rita, ojos zafiro, y en los pequeños pendientes a juego que lucía. Rita era desgarrada como un potrillo. Rita sería la clase

de chica que podía pasar la noche en vela, ir a nadar al amanecer y luego dormir como un bebé todo el día, incluso en una habitación con luz. La juventud. Sin embargo, resultó que a la señora Reinhardt le había salido un admirador. Monsieur, el dueño del hotel, le había prestado mucho más que una atención pasajera. A decir verdad, raras veces doblaba una esquina sin que apareciera él, con cualquier excusa para entretenerla un rato y así poder mirarla a placer. Al principio fue una liebre que corría por los matorrales, luego su perro que perseguía a unos patos, después la furgoneta de los electricistas que venían a reparar el cable del teléfono. El temido teléfono. Ella se alegraba de que estuviera averiado. Como también se alegraba de seguir gustando, y no podía negarse que la señora Reinhardt era una auténtica seductora.

El señor Reinhardt conoció a Rita en la exposición de jóvenes artistas que él había ido a valorar. La obra de Rita era la peor, y al ella darse cuenta la rasgó, en un ataque de rabia. Él volvió a su casa y se lo contó a la señora Reinhardt y añadió que le había dado mucha lástima, pero que la chica tenía valor. Era un 22 de febrero. Al día siguiente ocurrieron dos cosas: él se compró varias camisas de seda y le propuso hacer una escapada de fin de semana a París.

«Ojalá pudiera cerrar la puerta con llave y volver cuando sea una anciana, ojalá pudiera.» Esto se decía la señora Reinhardt mientras se alejaba del nido verde, de los pajarillos cantores y de los mosquitos revoloteantes, de las espesas salsas holandesas y la cama con su colcha, de las abrumadoras comodidades que aquel lugar le ofrecía. Pensó que quizá ella hubiera asfixiado a su marido de esa misma forma. Porque pese a que la señora Reinhardt era fría con los demás, distante en sus relaciones con hombres y mujeres, no era esa su verdadera naturaleza, sino algo que se había construido, un muro de reservas con que ponerse a salvo de sus temores. En casa se mostraba sentimental y hacía un millón de cosas para complacer al señor Reinhardt, para mimarlo. Le calentaba su lado de la cama mientras él todavía estaba desvistiéndose, o contemplando un dibujo que acababa de comprar, o incluso paseándose por el dormitorio. Los paseos se habían hecho más febriles. Cuando le tejía calcetines de ochos siempre le hacía un tercer calcetín por si uno se desgarraba o se estropeaba. Cuando iba a pescar o a cazar a Escocia en agosto, ella lo acompañaba solo por estar con él, pese a que detestaba aquellas correrías. Demasiada vida social. Fiestas en casas de unos y otros durante una semana frenética y cordial. No tenían ninguna intimidad. Algunas de las mujeres participaban como ojeadoras, mientras otras se acomodaban en uno de los salones e intercambiaban recetas o hablaban de estiramientos faciales, ropa buena u agencias de servicio doméstico. El paisaje y los urogallos tenían el mismo color magnífico, el del metal oxidado. A menudo daba la impresión de que los pájaros abatidos se hacían los dormidos, de lo poco muertos que parecían. Hasta las escasas gotas de sangre se antojaban irreales, teatrales. A ella le encantaban los páramos, el color herrumbroso de las viviendas y el sotobosque. Le encantaban los perros y la agitación, pero no aguantaba el ruido de los disparos. Una violencia repentina en aquellos páramos intactos y el posterior alborozo cuando

los cazadores iban en busca de la pieza. Él a veces, cuando se sentaban a descansar, le guiñaba un ojo o le pasaba una taza de consomé, pero no la integraba en sus conversaciones. No tenía por qué. Con frecuencia ella pensaba que el auténtico secreto de su amor era que ella mantenía su propio interior siempre caliente para él, como quien conserva un huevo bajo un nidito de paja. Cuando amaba, lo hacía incondicionalmente, a la manera de un cocker spaniel. Compartía con esa raza el color de ojos pardo amarillento. Un día cuando era niña estaba usando la máquina de coser y se clavó la aguja en el índice, pero no avisó a sus padres, que estaban en el cuarto de al lado, sino que esperó a que viniera su madre. Esta, al ver el desastre, soltó un grito. Segundos después su padre estaba a su lado y con un golpe a la palanca levantó la aguja; luego le dirigió a su hija una mirada, una mirada llena de amor. Por aquel entonces la señora Reinhardt era simplemente Tilly, hija única y muy confiada. Creía que primero querías a tu padre y a tu madre, querías a tu hermano, luego querías a tu marido y después, más que a nadie, querías a tus hijos. Sus padres la habían consentido, habían celebrado sus cumpleaños en el Ritz, le habían dejado dijes de oro bajo la almohada en Nochebuena, la habían consolado cada vez que había llorado. Con veintiún años encargaron un retrato suyo carísimo que colgaron de la pared, en un lugar destacado, y los invitados exclamaban: «¿Quién es? ¿Quién es?», y se deshacían en elogios.

Cuando cumplió los treinta, su marido encargó otro retrato de ella que en aquel preciso instante se hallaba en su salón, observándolos a Rita y a él, salvo en el caso de que él le hubiera dado la vuelta o Rita lo hubiera emborronado con pintura para las paredes. Rita era una rebelde, al parecer. Los celos de Rita eran más drásticos que los ocasionales submarinos de celos que la señora Reinhardt había botado a lo largo de sus diecisiete años de matrimonio, siempre por otras mujeres, de su edad, mujeres de buen porte, mujeres casadas, mujeres sagaces, mujeres que hacían de sus vagabundeos su profesión, pero volvían a sus casas a las seis. Estar celosa de Rita era algo más abstracto; solo se habían visto una vez, en la entrada de un teatro. Rita había seguido hasta allí al señor Reinhardt, había subido los escalones, le había pasado una nota y había salido corriendo. Sentir celos de Rita significaba sentir celos de la juventud, de la libertad y la espontaneidad. Rita no quería bodas ni anillos de compromiso. Ella quería ir a Florencia, quería asistir a un baile, ir al parque a patinar. Rita tenía carácter. Una vez, en una de las veladas que celebraba su padre, había tirado veinte sillas de oro por la ventana. Si ellos hubieran tenido una hija las cosas quizá serían distintas ahora. Y si su hijo viviera con ellos, las cosas quizá serían distintas ahora. Habrían sido cuatro personas sentadas a una mesa blanca, bajo un parasol rojo, contemplando un lago de color castaño atenuado por las arboledas y los arbustos. Habría cuatro vasos, uno con Coca-Cola, uno o quizá dos con whisky, y el de ella con vino blanco y soda. Una voz juvenil preguntaría: «¿Qué es eso?», señalando una cesta de mimbre deformada sobre un pedestal de madera en medio del lago, y cuando ella mirase para saber lo que era y decidiera que se trataba de un nido de cisnes o de patos, la pregunta se repetiría con un deje de

impaciencia: «Mamá, ¿qué es eso?», y la señora Reinhardt respondería. Ay, Señor, aquella estampa familiar la dejó hecha polvo.

Estaba tan absorta en el pasado, en la idea de una familia feliz reunida en un hotel, que se sintió como una sonámbula atravesando las rocas cubiertas de musgo y la arena húmeda entre las rocas. Iba abriéndose camino hacia los peñascos lejanos. Los casquetes de algas en la arena eran tan verdes y tenían una forma tan similar a la de un cráneo humano que parecían pelucas teatrales. Se quedó mirando una, se agachó para fijarse en su verdor y cuando levantó la vista, lo vio. Un hombre de veintitantos años con una camisa azul y los labios separados parecía estar diciéndole algo agradable, aunque quizá solo fuera un saludo, un «buenas». Tenía acento estadounidense. De haber coincidido en un bar o un aeropuerto difícilmente se habrían dirigido la palabra, pero aquella situación lo exigía a voces. Uno de los dos tenía que expresar o confirmar admiración por el mar, los barcos, las casas blancas en lontananza, la blancura de la luz, el panorama; y luego, con total espontaneidad, él tenía que agarrarla por la muñeca y decir: «Mire, mire» en el momento en que un ave se sumergía en el agua, emergía de nuevo y volvía a sumergirse hasta salir con un pez en el pico.

—Un predador —dijo la señora Reinhardt, con la mano de él todavía rodeándole la muñeca, como si nada. Discutieron sobre el pájaro, ella decía que era un alcatraz y él sostenía que era un tipo de halcón. Ella dijo con dulzura que conocía la naturaleza mejor que él. Él le dio la razón. Dijo que alguien salido de la calle mayor de Iowa City no tenía ni idea de nada, era un cateto. Se echaron a reír.

Cuando volvían por la orilla le contó que se alojaba un poco más allá, con unos amigos, y había decidido irse por su cuenta porque uno nunca descubre nada si no está solo. Pasaría allí un par de noches y luego continuaría hasta Turquía. No estaba embarcado en un *grand tour* ni en un viaje gastronómico, solo estaba disfrutando de las zonas vírgenes de Bretaña, y había encontrado un hotel al otro lado que nadie más conocía. «El lado salvaje», dijo.

Para cuando la señora Reinhardt accedió a tomarse una crepe con él ya habían intercambiado esos datos básicos. Él confesó que no hablaba apenas francés. Ella que había hecho un curso intensivo y que se planteaba incluso pasar tres meses en París para matricularse en un taller de cocina. Cuando entraron en el local se quitó el pañuelo de la cabeza y él se quedó cautivado por la belleza de su melena castaña. Un recóndito impulso de vanidad la llevó a ahuecárselo mientras elegían mesa.

—Cuéntame... —dijo él—. ¿Estás casada o no?

—Sí y no...

Se había quitado la alianza y la había guardado en la cajita de piel que chasqueaba al cerrarse.

La respuesta lo dejó intrigado. Ella se apresuró a explicar que había estado casada pero que pronto dejaría de estarlo. Él alargó la mano pero no la tocó y ella pensó que aquel gesto tenía

algo de exquisito, sutil indicio de solidaridad. Él comentó que había perdido la oportunidad de casarse y tener hijos. A ella le pareció que era sincero. Añadió que había sido un gato callejero y cada vez que había conocido a una chica buena la había traicionado y perdido. No era capaz de sentar cabeza.

—Soy pájaro de mal agüero —dijo, y se rieron; tenía una faceta maliciosa que conquistó a la señora Reinhardt.

Conforme se conocían mejor se vio obligada a reconocer que era de una belleza inmaculada. Quizá no tuviera un carácter tan horrible como él mismo pintaba. Lo incitaba para que le hablara de cosas, cosas pueriles, como sus primeras vacaciones en Grecia, o su primera novia, o su primera guitarra, y fue dándose cuenta de que se interesaba realmente por esas cosas, pese a que en sí mismas no eran nada nuevo bajo el sol. Era la calidez, en realidad, y el deleite con que él se las contaba, lo que llevaba a la señora Reinhardt a pedirle más historias. Era como la persona que al regresar de una larga travesía quiere oír cuanto ha ocurrido en tierra firme. Le contó que había hecho un cortometraje que le encantaría que ella viera. Si pudiera, ¡volvería en avión a su casa esa misma noche solo para buscarlo! Trataba de motociclismo, y lo había rodado mucho antes de que nadie más hubiera hecho una película o un libro sobre el tema. Le describió algunas de las escenas. En una de ellas, al anochecer en un lugar inhóspito, un hombre sufre un pinchazo y dice: «Bah, qué más da...» y se sienta a fumarse un cigarro. La señora Reinhardt percibía pureza en él, amén de todo lo demás. Adoraba el desierto, adoraba las praderas, pero sí, había vivido mantenido por mujeres, y había bebido mucho y dormido a la intemperie y había fumado todas las hierbas que existen en este mundo, y le habría gustado conocer a Aldous Huxley, que Aldous Huxley fuera su padre.

—Todavía estoy buscando —añadió.

—Es la nueva moda —replicó ella, un poco seca.

—Anda, ¿por qué no nos casamos? —dijo, y ambos juntaron las manos y fingieron que iba en serio.

Los dos interpretaban una breve obra teatral, exactamente igual que si alguien hubiera entrado y les hubiera dicho: «Haced como si fuera de verdad, chicos». En broma juntaron las mejillas, en broma entrelazaron los dedos, en broma chocaron los nudillos y en broma se pusieron de pie, pasaron a la pequeña zona de baile y bailaron la música de la gramola, tan pegados como siameses. En broma, o quizá no, la señora Reinhardt sintió a través de los bonitos pliegues de su vestido color ostra la presión del sexo de él, y dieron vueltas y más vueltas, los prometidos de mentirijillas, lejos de sus casas y sumidos en un torbellino de excitación. Qué emocionante y qué rejuvenecedor era bailar dando vueltas y vueltas y sentir la fuerza y la necesidad de aquel hombre cada vez más cerca, pero sin prescindir de sus reservas. En su rostro se dibujaba una

bellísima sonrisa de éxtasis. Sonreía por ella misma. Él deslizó la otra mano hasta su trasero, pero la señora Reinhardt se la apartó. En el momento en que acabó el baile, se separaron.

Poco después de volver a la mesa ella miró su diminuto reloj de pulsera, y al verla entornar los ojos, él encendió su mechero de plástico azul para que pudiera ver las minúsculas manecillas negras que semejaban insectos. Entonces alzó la llama a la altura de su rostro para admirarla, para admirar los ojos, la nariz alargada, la boca sensual, el collar.

—Son auténticas —dijo él, tocando las cuentas verdes que habían cobrado tanta importancia para ella, a las que se sentía tan unida.

—Eso creo —repuso ella, arrepintiéndose al instante.

A fin de cuentas, el mundo estaba lleno de ladrones y granujas, y llevar diez mil libras al cuello no era ninguna broma. Había leído sobre mujeres como ella, que se prendaban de hombres, hombres jóvenes o mayores que les robaban, les arrebataban sus posesiones, las desplumaban. Se le heló la sangre y de pronto se inventó que estaba esperando una llamada en el hotel. Cuando se excusó, él se levantó con suma caballerosidad, la acompañó a la puerta, por la escalera y por el sendero de grava hasta el aparcamiento. No hubo beso de buenas noches.

A la mañana siguiente el mundo era nítido y luminoso. Había llovido y todo estaba como recién lavado: los molinos de agua, los patos, las rosas, los árboles, los lupinos y los caminillos sinuosos. Los caminillos sinuosos, naturalmente, estaban salpicados de pétalos blancos, rosas y azul celeste. Le pareció ver nieve cuando abrió las ventanas, se asomó y arrancó una rosa todavía húmeda y que no había recuperado aún del todo su fragancia. El olor de la lluvia mitigaba el perfume, y eso también era hermoso. Como sus pechos desnudos apoyados en el alféizar de la ventana. Como la vida, el bienestar físico, el propio cuerpo, las rosas, los encuentros, las promesas, el baile. Se apartó nada más ver a Monsieur abajo, clavando distraídamente unos clavos en una pared. Parecía estar haciendo una espaldera para las rosas, pero sin prisa y sin dejar de mirar hacia donde estaba ella. Tenía facilidad para encontrarla, estuviera donde estuviera. La noche anterior, cuando llegó a altas horas, estaba esperándola en el aparcamiento para decirle que le habían reservado una mesa para cenar. Llevaba una carta en el bolsillo. El perrazo negro también la escrutaba. En cierto modo, su propia blancura y la lechosidad de sus pechos contrastaban con la negrura del perro, y los vio distantes y sin embargo unidos en un cuadro muy bonito, contrarios, uno alargado y negro y con hocico, y el otro blanco y globular, como una lámpara. Le gustó aquel cuadro, lo añadiría a los que había ido viendo a lo largo de sus años de sonambulismo. Ya no era sonámbula. La vida era así, soñabas mucho, o llorabas mucho, o deseabas mucho algo, hasta que desaparecía y otra cosa ocupaba su lugar.

La señora Reinhardt se lo tomó con calma. Se puso un vestido, luego otro, levantó un cenicero y descubrió debajo un enjambre de hormigas pequeñas, sacó una botella de agua con gas de la

nevera, se la bebió, tomó dos pastillas de hierro y por asociación de ideas se bajó el párpado inferior para ver si seguía padeciendo anemia. Hizo un hallazgo magnífico: durante varios minutos no había dedicado ni un pensamiento al señor Reinhardt, lo que marcaba el inicio de la recuperación. Así ocurría: te olvidabas dos minutos y lo recordabas otros veinte. Te olvidabas tres minutos y lo recordabas otros quince, pero del mismo modo que un péndulo el olvido y el recuerdo iban igualándose hasta que un buen día el péndulo empezaba a oscilar del otro lado, dándole la victoria al olvido. Qué más podía pedir una mujer. La señora Reinhardt bailó por la habitación, se echó sobre la cama, lanzó una almohada por los aires y se sintió tan viva y contenta como el día en que se prometió y supo que sería feliz por siempre jamás. Qué más podía pedir una mujer. Podía pedir al americano, aunque fuera un canalla. Tal vez no lo fuera. Lo conseguiría, pero a su debido tiempo, y según sus propios requisitos. No le dejaría invadir su apartamento en el hotel porque su intimidad era sagrada. De hecho, empezaba a divertirse. Pensándolo bien, podía tomarse el café a mediodía en lugar de a las nueve y media, podía comerse un petisú, podía depilarse las cejas, podía cantar notas agudas y notas graves, podía vagar sin rumbo.

—¡Libertad! —le dijo la señora Reinhardt a la mujer guapa y ágil con la bata de flores que le sonreía desde el espejo alargado, mientras la otra señora Reinhardt le decía a la mujer guapa que el aguardiente de ciruelas que había bebido la víspera todavía le bailaba en el cerebro.

Después de desayunar paseó por el bosque. Nada más cruzar un puentecillo se quitó las sandalias y avanzó de puntillas para no alterar los sonidos y las actividades de la naturaleza. Jamás se había adentrado en un bosque tan oscuro. Las copas de todos los árboles se entrelazaban, de modo que la bóveda estaba compuesta de capas y más capas de verdor. Los helechos crecían en prodigiosa abundancia, y entre los helechos otras cosas luchaban por dejarse ver mientras en derredor revoloteaban las mariposas y los insectos. Crecían setas y hongos venenosos en la base de cada árbol; se arrodilló para olerlos. Le encantaba aquel aroma húmedo y frío. Cantos de todas las notas y variedades hendían el aire mientras los pájaros se movían como flechas a ras de suelo o alzaban el vuelo. La fertilidad de la naturaleza, el coro de los pájaros y el arrullo distante de los pichones en su palomar la entusiasmaron, pero algo más avivó sus anhelos: llegó a sus oídos el silbido grave y sugerente de un varón. Casi lo había pisado. Él le vio las piernas desnudas bajo el vestido. Ella se apartó. Estaba tumbado y llevaba la camisa abierta. No se levantó para saludarla.

—Tú... —le dijo.

Él alzó un pie a modo de saludo. Ella se quedó allí plantada, tratando de decidir si su presencia era bienvenida o más bien una intrusión.

—Increíble —repuso él, estirando las manos para abarcar la exuberancia natural que los rodeaba.

Se disculpó por su presencia pero dijo que había ido en bici hasta allí solo para saludarla, y dejarle unos cruasanes recién hechos, pero al enterarse de que estaba durmiendo había decidido darse una vuelta por el bosque. Les había dado los cruasanes a los pájaros. Empleó varias palabras en francés para impresionarla y ella se echó a reír, disipando así su contrariedad. Al fin y al cabo, el bosque no era suyo, y él no había llamado a la puerta de su dormitorio, y ella habría quedado muy decepcionada si él se hubiera marchado sin verla. Extendió la falda del vestido debajo de sí, como si fuera un cojín, y se sentó cruzando las piernas hacia el otro lado. Fue entonces cuando empezaron a hablar. Hablaron largo rato. Hablaron del valor, del valor de los hombres, que es distinto del de las mujeres. El valor cuando un caballo se encabrita o el coche de delante sufre un accidente, el valor agotador del día a día. Ella afirmó que los hombres nunca veían el momento de decir basta. «Joder, tienes razón», convino él, y aquella informalidad le resultó cómica en contraste con la paz y la majestuosidad del bosque.

«Qué bien hueles», le decía él de vez en cuando, y eso también formaba parte de otro ambiente, pero en líneas generales la impresionó con su sinceridad y con su costumbre de tomarse su tiempo para decir lo que quería decir. Antes de que acabara la semana lo metería en su cama. Sería crudo e inesperado, una invitación formulada en el último minuto, como cuando alguien coge una flor o un pañuelo y lo lanza al ruedo. Se mostraría desvergonzada, como llevaba años sin hacer. Estuvieron casi una hora charlando, y a veces uno de los dos se levantaba, caminaba o corría hacia el puentecillo y fingía sacar una foto. Al final se levantaron juntos y fueron a buscar la bicicleta. Insistió en que ella montara. Después de unos titubeos iniciales, circuló por el sendero y oyó los aplausos de él. Luego se apeó, giró la bici y volvió a donde estaba él. Él le dijo que la próxima vez tendría que ejecutar el giro sin bajarse, y ella le dio una torta y dijo que hacía años que no montaba. Tenía la cara colorada y la falda se le había manchado de grasa de la bicicleta. Solo para divertirse, él la montó en el manillar, pasó una pierna por el cuadro y emprendieron el camino hacia la avenida a una velocidad de vértigo y cantando: «Daisy, Daisy, give me your answer do, I'm half crazy all for the love of you...».

No quiso parar pese a que ella le juraba que iba a caerse de un momento a otro.

«No pasa nada...», le decía al doblar la siguiente esquina. Al cabo de poco ella dejó de gritar y disfrutó de la excitación que sentía.

La señora Reinhardt estaba en la estrecha ducha, con la pastilla de jabón verde bajo una axila, cuando vio que una rama del rosal ondeaba dentro del cuarto. Como en un espejismo empezaron a caer pétalos. ¿Quién de los dos era? ¿Él o Monsieur? Se sentía tremendamente apasionada. Él entró por la ventana y fue directo hacia ella. No dijo una palabra. La agarró con fuerza, sin desnudarse, y tan concentrado estaba poseyéndola que no se dio cuenta de que estaba poniéndose empapado. El agua de la ducha salía a chorros, pero ninguno de los dos se molestó en cerrar el

grifo. A ella la cremallera de los pantalones le hacía daño, pero él no se daba ni cuenta. La deseaba desde el primer momento, y ahora le inyectaba toda su arrogancia y su pavoneo, y ella los recibía encantada, con voracidad, incluso. Estaba recuperando su orgullo de mujer, de mujer deseable, encima. Lo que tanto había añorado en los diez últimos meses. Aun así le sorprendía aquella necesidad salvaje de ajustar cuentas con la vida, o de curarse. Se apoyó contra la pared de la ducha, toda húmeda y resbaladiza, y se abandonó a los movimientos de él, fundiéndose con su cuerpo. No se preocupaba por él, que sin embargo parecía loco tanto como por estar a la altura como por complacerla, y no paraba de repetirle las palabras más sucias: la llamaba «cerda», «perra», «zorra», etcétera. Incluso se planteó que pudiera concebir, de tan intenso como era, y la única otra cosa en que pudo pensar fue en las langostas y en la dama langosta, muy quieta mientras los demás la cortejaban.

Cuando él se corrió, ella se negó a declararse satisfecha y con unas caricias bruscas insistió para que la colmara de nuevo y sondeara en todas y cada una de sus fisuras. Todo esto ocurrió sin palabras salvo por los insultos que él susurraba mientras ella le exprimía los jugos cuyas reservas ya había agotado. Sin duda, estaba resarciéndose.

Luego se lavó y al verlo tumbado en el suelo del baño, sin aliento, le pasó por encima y fue a su cuarto a descansar. Se sentía como una reina. Cuando se tendió en la cama, todo su cuerpo fue como un navío engalanado. ¡Qué victoria! Había cerrado con llave la puerta del dormitorio. Que espere, que sude. Lo vería para cenar. Se lo había dicho en francés, sabiendo que lo confundiría por partida doble. Se echó a dormir deseándose dulces sueños, sueños coloridos, de los colores del rayo de sol y el relámpago, del sol amarillo y el relámpago azafrán.

Él no faltó a la cita de la cena. La señora Reinhardt lo divisó desde un rellano, en el saloncito donde había mesas vestidas con encajes y jarrones con flores silvestres que recordó haber visto el primer día. Él estaba bebiendo Pernod. La estancia se hallaba casi a oscuras salvo por las velas de las mesas. Era un lugar sombrío. Todos los dibujos de las paredes representaban a monjes o ascetas y había un ave clavada a una cruz de madera, lo que parecía ser un faisán. Iba de verde, llevaba una chaqueta de noche verde de seda; ¿no la había visto en algún otro sitio? Sí, expuesta en la pequeña vitrina del hotel donde también vendían joyas y ropa de baño.

En el momento en que se acercó a la mesa percibió el cambio que se había operado en él. El chico indolente y bueno había dado paso al seductor ligeramente irritable; no movió una silla ni un músculo cuando ella tomó asiento. Llamó a Michèle, la chica del pelo rizado, para que trajera otro Pernod, no, que fueran dos. La señora Reinhardt pensó que se trataba de una treta y que solo pretendía demostrarle que era un hombre de mundo. Ella anunció que había dormido bien.

—¿Y tu botín? —le preguntó él, mirándole el cuello.

Lo había dejado en su cuarto y había optado por un collar de perlas. Ella no contestó,

limitándose a levantar un libro de bolsillo para mostrarle que había estado leyendo.

—¿Tú lees eso? —repuso él. Era un libro de D. H. Lawrence—. Yo dejé esa basura a los doce años.

Estaba borracho. Mala señal. Ella se preguntó si debía dejarlo plantado, pero, al igual que en ocasiones anteriores en que las cosas se ponían feas, la señora Reinhardt se volvía idiota, una inútil. Él le guiñó un ojo a la camarera y le agarró la mano izquierda, en la que llevaba una pulsera. La chica se apartó con su languidez habitual.

—Eres una muñequita —le dijo.

—No habla inglés —informó la señora Reinhardt.

—Habla el inglés que a mí me gusta —replicó él.

La cena se inauguró, pues, en un estado de cólera, fastidio y agitación. Él estudió los cuatro menús y se decantó por el más caro, añadiendo que se alegraba horrores de que ella fuera un zorrón ricachón.

—Zorrón ricachón —dijo, y soltó una carcajada.

Ella lo dejó correr. Él le propuso que lo llevara a Pamplona a ver los toros y luego se extasió hablando de corridas y de toreros del pasado.

—Bah, eso se lo has leído todo a Hemingway —le dijo ella, incapaz de resistirse a pincharlo.

—Vaya, la señora es un poquito veleta... —repuso él en el momento en que cogía la carta de vinos forrada de terciopelo que tenía delante.

El acuario de las langostas estaba ostensiblemente vacío. Solo había tres langostas del todo inmóviles. Quizá estuvieran conmocionadas por la redada y prefiriesen pasar inadvertidas, no moverse, para que no las vieran. La señora Reinhardt estaba al borde del llanto. Él pidió una botella de gran reserva y entonces la chica tuvo que llamar a Monsieur, que fue por la llave, bajó a la bodega, subió la botella con mucha ceremonia, les mostró la etiqueta, la descorchó, decantó el vino y esperó. La camarera se había cambiado de ropa porque iba a la carrera ciclista. En vez del pichi negro llevaba un vestido azul con tablas de colores. Estaba guapísima. Lista para la lluvia de besos y admiración.

—¿Te gustaría que te follara? —le preguntó a la chica, que observaba cómo les servían el vino.

—Te estás pasando —terció la señora Reinhardt.

Y él, tal vez temiendo que montara una escena, se inclinó hacia ella y dijo:

—No te preocupes, que de ti ya me encargaré.

La señora Reinhardt pidió disculpas, más a la camarera que a él, y salió de allí. Nunca en su vida había estado tan furiosa. Se sentó en la hamaca del jardín y rogó a las estrellas y a las preciosas lámparas hexagonales y a los patos durmientes que la socorrieran en aquella pesadilla. Pensó en la cuenta del hotel, y en la chaqueta, que se habría añadido a la cuenta, y lloró como

una niña enfadadísima que se ve incapaz de contarle a nadie lo que le ha pasado. ¡Qué deshonra! Se meció adelante y atrás en la hamaca, soltando sapos y culebras, y luego pidiéndole paciencia a Dios. Lo más importante era que no tenía por qué volver a verlo jamás. Cuando regresó a su apartamento estaba temblando y conmocionada. Quería ponerse una rebeca y pedir que le llevaran un sándwich o una sopa. Pero allí estaba él, con su bata puesta. Le dijo que había abandonado la cena dada la grosera espantada de ella. Él también estaba a punto de pedir un sándwich. Nada más entrar, cerró la puerta de la neverita, que estaba abierta. Sin duda él había mezclado varias bebidas y estaba fuera de sí. No dejaría escapar aquel lujo, aquella indolencia. Se levantó y trastabilló.

—Primer *round* —dijo, agarrándola.

—Fuera de aquí —repuso ella.

—¿Quién, yo? Yo he venido aquí por la priva.

La señora Reinhardt se convenció de que iba a ser testigo, y partícipe, de un sórdido lío. La presteza se apoderó de ella y pensó: «Gánatelo, transmite madurez, ríe, distráelo». Pero al ver la locura en sus ojos, el instinto la hizo recurrir a medidas más duras y se le escapó un grito pasmoso incluso para sus propios oídos. Apenas unos segundos después, Monsieur ya estaba en la habitación, enfrentándose cuerpo a cuerpo con él. La señora Reinhardt se percató de que había estado vigilándolos y preparándose para la situación, a diferencia de ella. Monsieur le pedía en francés que se vistiera y se largara. Casi parecía una farsa.

—Vale, vale —decía—. Dejad que me vista, dejadme salir de esta pocilga.

La señora Reinhardt se alegraba de que existiera una barrera lingüística. Entonces ocurrió una cosa muy fea: en el momento en que Monsieur lo soltó, él recurrió al juego sucio. Agarró la botella vacía de champán y la blandió en dirección a la cabeza de su oponente. De pronto los dos se enzarzaron y la señora Reinhardt se devanó los sesos para decidir qué hacer. Levantó una silla, pero su movimiento parecía a cámara lenta porque mientras ellos forcejeaban para tirarse al suelo ella sostenía la silla en el aire, sin hacer nada. La botella rota era lo que más miedo le daba. En ese instante pulsó el timbre de emergencia y cuando los dos cayeron al suelo apareció el pinche de cocina empuñando un cuchillo. Debía de haber acudido directamente desde la cocina. Entre los dos consiguieron controlar la situación y él, poniéndose de pie, sacudió la cabeza, como un boxeador que ha encajado un buen gancho.

Monsieur le sugirió a la señora Reinhardt que se fuera, que se refugiara en recepción. En el momento en que salía del apartamento, le tendió su chaqueta. Recorrió el caminillo temblando como un flan. La chaqueta se le caía. Era consciente de que acababa de escapar de un horror indescriptible. Un horror como los que salen en la prensa. Se dio cuenta de lo protegida que había vivido siempre, cosa que no la consoló en absoluto. Lo que realmente quería era sentarse a hablar con alguien, de lo que fuera. El vestíbulo del hotel era la viva imagen de la decencia. Otra

chica, también con una rosa en el pelo, preparaba despacio una bandeja de bebidas. Había un grupo de holandeses en un rincón, el perro espantaba a las moscas y desde la sala de al lado llegaban compases musicales, porque estaba celebrándose una boda. La señora Reinhardt se sentó en un sillón de piel muy profundo y se dejó lamer por todas esas cosas agradables. Oyó discursos y aplausos y a continuación las dulces y encantadoras notas del acordeón, y aunque no era capaz de explicárselo aquellos sonidos hacían que se sintiera enormemente a salvo, que se sintiera como si fuese ella la que se casaba, hasta que comprendió que se trataba de las placenteras secuelas de la conmoción.

La atracción principal de la mañana siguiente fue el nacimiento de siete patitos. Las criaturas se sumergieron en las agitadas aguas pardas ante la mirada arrobada del público. Otros patos se acurrucaban encima de unas piedras, malhumorados quizá por que no les hicieran ningún caso en favor de una madre orgullosa y sus pequeñas crías, bobas y sin plumas. Las palomas también desplegaban la cola, muy molestas, mientras todo el mundo miraba hacia las aguas, sin prestarles atención alguna. La señora Reinhardt se sentó y se bebió despacio un café. Monsieur estaba a cierta distancia, alternando su admiración entre los patitos y ella. Desmenuzaba pan con las manos y luego abrió la puerta corredera y lo tiró fuera. Luego la miró y le sonrió. Hablarle quedaba fuera de sus posibilidades. Se había enamorado de ella, o prendado, o fingía haberse prendado, una de tres. Puede que solo estuviera salvaguardando el orgullo de la señora Reinhardt. Fuera como fuera, la delicadeza, la adoración que traslucía su mirada era auténtica. Le costaba tragar, tenía las mejillas coloradas como amapolas y ejecutaba pequeños gestos como darle cuerda al reloj o colocarse bien los calcetines, todo por y para ella. En una ocasión le puso una mano en un hombro para avisarla sobre algún detalle nuevo en el comportamiento de los patos, apretando tanto que le hizo daño.

«¡Si se enterase Madame!», pensó ella, y se estremeció de la cabeza a los pies ante la perspectiva de otra situación desagradable. No preguntó por el sinvergüenza pero más tarde sí que pidió echar un vistazo a su cuenta, donde efectivamente figuraba el *veston*, el *veston* de caballero de mil seiscientos francos. Después de desayunar se sentó en el césped a observar a los otros patos. «Pasan el rato tan ricamente —pensó—, dormitan, se rascan o se asean, luego vuelven a dormirse, después pasean un rato y quizá se desprecen», pero dudaba que un pato pudiera caminar más de doscientos metros en toda su vida. Más tarde escribió una carta a su hijo en un precioso papel con membrete del hotel. Redactó una carta intencionadamente alegre, una carta sobre patos, árboles y naturaleza. Había dos vasos con sendas rodajas de naranja chupadas apoyados en un nicho del muro, y se lo describió a su hijo, pensando que no tardaría en concederse un capricho y pedir un cóctel de champán. No escribió: «Tu padre y yo nos hemos separado». Se lo diría más adelante, cuando el dolor remitiera y ya no tuviera tanta importancia.

¿Cuándo sería? La señora Reinhardt miró el cojín sobre el que estaba sentada y vio que era cien por cien de rayón y, respecto a ella, aquello era lo único de lo que podía estar completamente segura en esta vida.

Cuando volvió a su cuarto antes de comer decidió ponerse un vestido de georgette y la gargantilla. Se lo debía a Monsieur. Tenía que estar guapa aunque no lograra sonreír. Tenía que fingir, y fingiendo podría convertirse en la persona que aparentaba ser. Los pensamientos incendiarios y las heridas recientes se camuflarían en su interior y podría simular toda la calma e imperturbabilidad de un lago en verano, con sus hojas de nenúfar y sus flores estrelladas. Bajo la superficie, la carpa que no atrae al pescador. La ternura de Monsieur significaba mucho para ella, significaba que todavía era digna de atenciones, incluso de amor, por parte de otra persona.

Pobres langostas, pensó, y se acordó de los movimientos implorantes. Cuando abrió la caja con forma de corazón donde guardaba el collar, la señora Reinhardt soltó un chillido. Había desaparecido. Había desaparecido. Su talismán, su seguro de vida, su último vínculo con Harold, su marido, había desaparecido. Su única oportunidad de reconciliarse. Había desaparecido. Corrió a recepción. Estaba desquiciada. Madame estaba muy enojada porque ella hubiera dejado por ahí de cualquier manera un objeto tan valioso. De robo no quería ni oír hablar. Qué vulgaridad, esas cosas ocurrían en otro tipo de establecimientos, no en su bonito hotel de tres estrellas. Ella regentaba un negocio intachable que era su mayor orgullo y alegría, un refugio del mundo exterior. Cómo se atrevía el mundo exterior a invadir sus dominios. El semblante de Monsieur se descompuso en tonalidades de rojo cada vez más intensas y adoptó una expresión desdichada. No abrió la boca. Madame afirmó que sin duda había sido el visitante, el caballero estadounidense, y que a saber qué más se habría llevado. Para ella estaba muy claro que la escoria del mundo había irrumpido en su nido, e hizo un gesto insignificante y sin embargo muy revelador: cogió un florero y lo cambió de sitio, y al colocarlo el agua salpicó y emborronó la cuenta que estaba preparando. Esto la irritó aún más. Fue un momento de tensión absoluta. El pobre Monsieur no podía ayudar a ninguna de las dos. Le tiró de una oreja al perro. La señora Reinhardt debía llamar a su marido. Era su obligación. Allí mismo, a la vista de todos, mientras Madame garabateaba cifras en el papel y Monsieur le tiraba al perro de la oreja, la señora Reinhardt le contó a Harold, su marido, que estaba en Inglaterra, que le habían robado el collar, que habían robado su collar, el collar de él, el collar de ambos, y se echó a llorar. Él no fue de ninguna ayuda. Preguntó si había posibilidad de recuperarlo y ella respondió que lo dudaba mucho.

—El clásico «coge el dinero y corre» —explicó, con la esperanza de que él supiera a qué se refería.

Tal vez sí, porque entonces él repuso que, por lo visto, estaba pasándole de todo. Ella replicó

que estaba hundida y le pidió a Dios que él le dijera: «Vuelve a casa». Pero él no se lo pidió. Le dijo que se pondría en contacto con los del seguro.

—¡Que les den por culo a los del seguro! —exclamó la señora Reinhardt, colgando el auricular.

Monsieur se volvió hacia la otra parte. Ella salió. No tenía ni un amigo en el mundo.

La señora Reinhardt vivió uno de esos momentos que pueden perturbarte para siempre. El mundo se volvió negro. Una negrura que permeó su corazón. Era como si unas ratas le arañasen el cerebro. Implacables. Fórmulas como «qué tal estás» o «te quiero» o «cariño» eran la encarnación del escarnio. Las caras de los pocos extraños que la rodeaban adoptaron máscaras animales. El mundo en que se movía, y del que estaba a punto de caer, era verde y bonito pero en cuestión de un segundo quedaría sustituido por un pozo sin fondo por el que la señora Reinhardt se precipitaría para toda la eternidad. Se desmayó.

Debieron de socorrerla, porque cuando volvió en sí no llevaba puestos los zapatos de salón, le habían desabotonado la blusa y había una taza de tisana caliente en un taburete, a su lado. Una presencia acababa de desvanecerse. O un fantasma. Se había escabullido. Pensó que se trataba de una mujer, quizá de su madre, ungiéndola con cenizas, y pensó que era Miércoles de Ceniza. «Porque no tengo esperanza de volver a vivir», dijo, pero por suerte nadie pareció comprenderla. Se incorporó, dio un sorbo a la infusión, pidió perdón por el collar y por la escena que había montado. No tenía claro hasta dónde había llegado. Se le vino a la cabeza la imagen del rey Lear tocando la túnica de Cordelia y le preguntó a Dios si los muertos podían volver a la vida, «si», si ella también podía presenciar el milagro que los tres apóstoles presenciaron cuando llegaron y vieron la tumba abierta de Jesucristo. «Vuelve», susurró, y fue como si se cogiera su propia mano y se reviviera. Quien la guiaba era su yo presente y quien se dejaba guiar era una niña pequeña que amaba a Dios, amaba a sus padres, amaba los árboles y el campo, y nunca había querido que nada cambiara. Sus dos identidades se quedaron plantadas en el centro, vacilando. Fueron momentos extremos para la señora Reinhardt, y de haber cedido, habría tomado el mal camino. Pidió agua. El vaso que sujetaba se volvió blando en sus manos y a la niña asustada que había en ella la asaltó un recuerdo de carne que caía, pero la mujer que había en ella sonrió y les aseguró a todos que la crisis había pasado, lo que además era verdad. Se quedó un rato tumbada y escuchó el gorgoteo del agua, que se estrellaba sin cesar contra la rueda negra del molino, y decidió que por la tarde se marcharía y se despediría de aquel episodio hecho de encanto, venganza, vergüenza y la ternura de Monsieur.

Cuando se alejaba en el coche, lo vio aparecer por detrás de la casa del árbol con un ramito de pensamientos recién cogidos. Eran multicolores, pero predominaban dos tonos: el amarillo y el granate. Olían a piel joven y tenían la misma delicadeza. La señora Reinhardt le dio las gracias y

disfrutó del momento. Era como un bálsamo. Ella le sonrió, sus miradas se encontraron, para él también era un momento de felicidad auténtica, fugaz pero auténtica, un momento de bienestar.

El hotel nuevo estaba en un puerto y por segunda vez en cuatro días caminó por peñascos cubiertos de musgo. A sus pies, los vistosos planteles de algas que de nuevo parecían pelucas teatrales, pero esta vez la señora Reinhardt veía a quién tenía delante y a quién detrás. Lo tenía todo bajo control. Lo que la sacaba de quicio era que las mujeres hacían constantemente lo que ella había hecho, pero no las despojaban de su orgullo ni de sus joyas. O quizá lo mantuvieran en secreto. Había que ser muy astuta, muy taimada.

Al mirar los barcos por toda la bahía, los mástiles y alguna que otra vela doble, se dio cuenta de que, efectivamente, acababa de empezar su nueva vida, una vida de ajustes y cambios. La vida con signos de interrogación. «¿Cuál es tu ideal de vida?», se planteó. La respuesta era ninguno. Siempre había sido su marido, su relación con él, la galería de arte, la casa de campo y los proyectos. Por encima de todas las demás, una cosa le vino a la cabeza: los miles de pétalos de flores que había puesto bajo la alfombra del vestíbulo para alisarlos. Aquellas flores encarnaban los momentos de su vida juntos, ¿qué sería de ellos? Allí se quedarían durante años, o alguien los barrería. Le parecía verlos, miles de pétalos coloridos y suaves, recuerdos de los momentos compartidos. Antes del paseo había estado leyendo a Ruskin, leía sobre la necesaria conexión entre belleza y moralidad, pero no la había conmovido. Ella quería alguien a quien amar. A su juicio, las teorías de Ruskin eran bonitos sermones, pero no lo que pide el corazón. Pronto tendría que volver a casa y buscar trabajo. Debía intentarlo. La señora Reinhardt echó a correr, hasta quedar sin aliento, se detuvo a mirar el puerto, corrió de nuevo y merced a su fuerza de voluntad consiguió liberarse del estado de melancolía en que se hallaba.

Durante la cena el *maître* se le acercaba entre plato y plato y le preguntaba si estaban gustándole. Uno consistía en una terrina de pescado de colores estivales: blanco, rosa, verde, los colores de las flores. Le habría encantado saber prepararla. Luego tomó cangrejo relleno; incluso habían espolvoreado con harina y horneado las pinzas cortadas para crear el efecto del olor a pan recién hecho. Todo era perfecto y todo era luminoso. La macetita de la mesa era de un tono rosa guinda brillante, los petirrojos revoloteaban alrededor de los árboles en sombras y las bandejas decorativas de la vitrina acristalada tenían calados y dibujos de flores.

—Un caballero desea verla —le anunció el camarero más joven.

La señora Reinhardt se quedó helada; el sinvergüenza había vuelto. Lista para la batalla, dejó la servilleta arrugada en la mesa y salió con paso resuelto. Al doblar una esquina para acceder al vestíbulo principal, allí, sentado en una de las sillas de respaldo alto de estilo español estaba su marido, el señor Reinhardt. Se levantó enseguida y se estrecharon la mano con formalidad, como una abogada y su cliente en una reunión propicia. «Ha venido a denunciarme por el collar», pensó. No le preguntó: «¿Qué haces aquí?». Parecía cansado. La señora Reinhardt se estremeció

al oír que había cogido un avión privado. Había pasado por el otro hotel y llegado a este en coche. No quiso beber nada y evitaba mirarla. Meditaba sobre el ataque. Ella estaba convencida de que iba a dispararle cuando lo vio meterse la mano en el bolsillo y sacar una cosa. No le importaba que la mataran, pero tuvo un pensamiento absurdo referente al estropicio que causaría y al estado en que quedaría el bonito mobiliario español.

—Lo han encontrado —dijo él, sacando el collar y dejándolo encima de la mesa que había entre ambos.

Parecía la serpiente de un cuadro, enroscada y a punto de alzarse. Sin embargo, ante esa visión a ella se le empañaron los ojos de lágrimas y entre balbuceos le contó lo del sinvergüenza, cómo se habían conocido y que la había utilizado, y de pronto se dio cuenta de que estaba contándole algo que él ni siquiera sospechaba.

—Lo robó la camarera —dijo él, y entonces ella se imaginó a la camarera de pelo castaño y rizado vestida para la carrera; le entraron ganas de arrancarse la lengua por haberse precipitado y haber contado la historia del canalla.

—¿La han echado? —preguntó.

Él no lo sabía. Tenía la impresión de que no.

—Es un sitio muy bonito —añadió, refiriéndose al lago y los molinos.

—Esto también es bonito —repuso ella, y le habló de las vistas desde el comedor, y de la luz, tan contundente, tan blanca, tan inevitable. Igual que su situación. Al cabo de un momento él se levantaría y se marcharía. Ojalá no le hubiera dicho nada del sinvergüenza. Ojalá le hubiera permitido explicar por qué había venido. Acababa de cerrar la última puerta.

—¿Cómo te va? —le preguntó el señor Reinhardt.

—Bien —dijo ella, pero el nervio de la mandíbula no quería quedarse quieto y sin preaviso y sin que ella quisiera ocurrió que la señora Reinhardt se echó a llorar, para asombro del joven camarero que esperaba, convencido de que pedirían algo de beber.

—Intentó chantajearme —dijo, y acto seguido se desdijo.

Su marido la miraba en silencio y ella no tenía claro si aún sentía un poco de compasión. Pensó: «Si se va ahora, será una catástrofe», y volvió a pensar en las pocas langostas que quedaban en el acuario, inmovilizadas por el dolor.

—Por un lado estamos nosotros y, por el otro, está la gente como ese hombre —dijo el señor Reinhardt, y pese a que ella no le había contado toda la historia, había intuido toda su gravedad.

Añadió que, si ella no tenía inconveniente, pasaría allí la noche y sugirió que, como tenía hambre y ya era tarde, entrasen a cenar. Ella lo miró, seguramente con los ojos empañados.

—¡Nosotros, y la gente como él! —repitió.

El señor Reinhardt asintió.

—¿Y Rita? —preguntó ella.

Él aguardó. Miró en derredor. No estaba nada a gusto.

—Es una de nosotros —dijo, y luego matizó—: O podría llegar a serlo, si conociera al hombre adecuado.

Por su expresión, la señora Reinhardt supo que no debía seguir indagando. Lo cogió del brazo cuando entraron en el comedor.

El viento susurró en la chimenea y un poco de carbonilla cayó encima de un ramo de flores. La señora Reinhardt lo vio. Lo oyó. Le apretó el brazo. Se sentaron uno frente al otro. Cuando el viento ruge, cuando los atizadores tintinean, cuando hasta los cristales de las ventanas parecen temblar, entonces el viento y el mar se unen, los perros empiezan a aullar y la tormenta inminente posee algo de sobrenatural. ¿Qué hacer, qué hace entonces una señora Reinhardt? Recurras al rostro que tienes delante, el rostro que amas, que odias, que temes, el que te ha traicionado, el que conoces solo a medias, el que deseas tocar y tener de nuevo a tu lado, al menos mientras dure la noche de viento. Y por la mañana, ¿quién sabe? Qué sabe nadie, en el fondo.

# Georgette verde

## *Jueves*

Los Coughlan nos han invitado a su casa a mamá y a mí. Iremos el domingo por la tarde, a las siete. Nos imagino saliendo con tiempo de sobra, pese a que solo hay un corto paseo hasta el pueblo donde viven, y a mamá advirtiéndome que levante los pies para que la hierba alta y húmeda no me manche los zapatos de charol blanco. Supongo que nos recibirá Rita, la asistenta, y que nos hará pasar al salón del piano. El piano es negro. Lo vi el día que los Coughlan se mudaron, vi a cuatro hombres acarreándolo, sudando y diciendo palabrotas, y cuando lo soltaron emitió un sonidito, una melodía quebrada y fantasmal.

Hace casi cuatro meses que viven aquí. El señor Coughlan trabaja en el banco y, aunque tienen coche, va andando todas las mañanas; a las nueve menos veinte sale puntual con un maletín de piel de lagarto. Seguramente camina por hacer ejercicio, porque está rechoncho y siempre tiene la frente perlada de sudor. Sufre una calvicie incipiente. Junto al banco se encuentra el río Graney, y él se inclina religiosamente sobre el puente de piedra para admirar las aguas pardas, del color de la cerveza negra, o quizá los pececillos, percas y piscardos, que arrastra la corriente veloz. No hace caso a casi nadie y solo dirige una leve inclinación de la cabeza a una o dos personas eminentes. No goza de popularidad. Su mujer, por el contrario, es el centro de todas las miradas. Es igual que una reina. No hay mujer que no se sienta intrigada por su ropa elegante, su porte orgulloso y su sonrisa glacial. Cada domingo cuando entra en misa la gente la mira embobada pegándose codazos mientras ella avanza por el pasillo para sentarse lo más cerca posible del altar. Tiene un surtido de trajes bien cortados y montones de accesorios y broches. Cuando llegaron, era febrero y lucía un abrigo de felpa con botones de piel marrón con muescas. Parecían castañas recién caídas del árbol. Poco después lució un abrigo marrón de *bouclé* que le llegaba casi hasta los tobillos y llevaba abierto para que se viera el contraste con el vestido naranja apagado. Tiene un broche de mariposa, un broche de ámbar con forma de escarabajo, un broche de marcasita de hojas alargadas y uno con forma de corona de turquesa con perlas diminutas. Se llama Drew. Su hermana Effie vive con ellos y es mucho más sencilla; solo tiene

dos trajes, ambos de tweed. Lleva un cuello de zorro algunos domingos, y los ojos vidriosos del animal resultan bastante siniestros. Estaba en un convento, pero se salió antes de pronunciar los votos definitivos, por motivos que nadie conoce con exactitud. Reza con mucha firmeza, con los ojos bien cerrados, besando una y otra vez su crucifijo de metal. Drew, en cambio, mira al frente, al altar, como si percibiera en él algún misterio. Intento conseguir asiento delante de ella, para poder girarme y mirarla bien, y tomar nota de sus pequeñas costumbres y de la frecuencia con que traga saliva. Pestañea con suma languidez.

Mamá dice que tomaremos un bollito antes de salir, porque no estamos seguras de si la invitación incluye algún refrigerio. Puede que entremos por la puerta de servicio, donde hay un caminito húmedo bajo un toldo de lona y un rodillo para el césped que jamás se usa. Depende de si hay alguien mirando desde el otro lado de la ventana. A mi padre no lo han invitado, de modo que por lo visto se trata de una cita solo para señoras. Posiblemente estaremos Drew, Effie, mamá y yo. Las niñas se encuentran en un internado. Son gemelas, Colette y Cissy, y me alegro de que no estén, porque me meterían en otra habitación con ellas, se me negaría la compañía de las mayores. No diré ni una palabra. No hará falta.

La invitación es un milagro y se produjo de manera accidental. Los Coughlan daban una cena. Todo el pueblo lo sabía. Tomarían cóctel de gambas como entrante y luego cochinitillo con salsa de manzana, seguido de petisús de chocolate y crema. Rita se jactó de todo ello en la carnicería, en la ferretería y en los tres ultramarinos. Los invitados eran banqueros de otras localidades, además de una señora separada de su marido, con fama de ser la monda. Sin embargo, el día de la cena ocurrió una calamidad. La nata de la lechería se había agriado. Al parecer no habían escaldado bien los tanques y hubo que tirarla toda. Rita recorrió las demás tiendas pero lo único que consiguió fue un bote de nata con el dibujo de un clavel rojo en la etiqueta. La señora Coughlan estaba furiosa. Dijo que a la gente de bien no se le podía servir nata envasada y que había que encontrarla fresca como fuera. Rita se acordó de nosotros. Nos conocía bastante y antes venía algún que otro sábado a ayudar a mi madre, pero desde que entró a trabajar con ellos no quería saber nada de nosotros, y si nos cruzábamos, miraba hacia otro lado. Aun así, vino a casa con un jarro y media corona en la mano y mamá la saludó con frialdad: «Cuánto tiempo». Rita le explicó que estaban en un lío espantoso, que no había manera de encontrar nata fresca, y le preguntó si, por favor, podría echarles una mano. Mamá se hizo de rogar. La reprendió por ser una chaquetera y por no avisarnos de que no vendría más los sábados a fregar el suelo. Rita estaba aturullada, reconoció que había obrado mal, que se pasaba las noches en vela dándole vueltas y mordiéndose las uñas. Enseñó las uñas, que ciertamente estaban mordisqueadas hasta los muñones. Entonces mamá le cogió el jarro blanco. Era un precioso jarro alargado y fino, con un dibujo en sepia de una pareja de pie, muy pudorosos uno junto al otro. Tres cacerolas grandes de nata se asentaban en la vaquería y mamá quitó la capa superior con la yema de los dedos y la

metió en el jarro. Lo hizo a la perfección, con cuidado de que no se colara nada de leche. La leche restante era de un blanco azulado, nada que ver con el tono amarillo mantequilla de la nata. No quiso coger el dinero. Había tratado a Rita con aspereza, pero ahora se ablandó y le regaló un saco de manzanas para cocinar por si les faltaban.

Nos enteramos de que todo había salido a pedir de boca. En la calle delante de la casa había aparcados cuatro coches de distinta matriculación. Después de la cena se improvisó un concierto. Desde la taberna de enfrente se oyó a una mujer que cantaba. «There's a bridle hanging on the wall and a saddle in a lonely stall...», chillaba, según atestiguaron los parroquianos del pub.

Mamá dice que tengo que ponerme el vestido verde de punto con el festón de angora y llevarme la rebeca por si refresca a la vuelta. Hay menos de un kilómetro de camino. Ella lucirá su traje de tweed, marrón claro con motitas rosas, el que tardó todo un invierno en tejerse. Sé que en el fondo está deseando presumir de que se lo hizo ella misma. De hecho, si recibe elogios, seguramente se ofrecerá a tejerle uno a la señora Coughlan. Ella es así. Con toda seguridad le hará algún regalito a Drew, o una cartera, o una alfombrilla, porque por las noches frecuenta la nueva escuela técnica para aprender a hacer esas cosas. Nada le gustaría más que entablar amistad con ellos, que los Coughlan vinieran a nuestra casa y ponerles delante un amplio despliegue de bizcochos, bollos, hojaldres rellenos de salchichas y natillas en recipientes individuales. Dice que no debemos comentar nada de nuestras vidas, ni de lasocas que nos robaron junto al río por Navidad, ni de los berrinches de mi padre y, sobre todo, de sus borracheras, que por suerte han remitido un poco. Mi padre insistirá en que le dejemos la cena lista antes de irnos y agua hirviendo en el fogón para que pueda prepararse una tetera. Meteremos las gallinas y los pollos en el gallinero pero, como aún será de día, nos costará que entren. Al poco de llegar sabremos si habrá o no refrigerio. Percibiremos un olor procedente de la cocina, o el ajeteo de Rita, o Effie andará de acá para allá supervisando todo.

### *Lunes*

Fuimos. Effie nos recibió y nos condujo al salón, donde la señora Coughlan estaba sentada muy tiesa en un sofá de dos plazas con los cantos de los brazos dorados. Llevaba un vestido de georgette verde y un fular largo a juego le cubría el cuello y parte de la barbilla. La imagen me remitió inmediatamente a otra que había visto en un libro del colegio en que se veía a una señora inglesa atravesando el desierto envuelta en ropajes blancos. Soltó una risa ligera y quebradiza, y su mano en contacto con la mía era ingrátida, como una pluma.

—Qué bucles más preciosos —observó, y volvió a reírse.

Era la primera vez que oía su voz, que se me antojó como el sonido de una caja de música,

dulce y tintineante. Dirigiéndose a mamá comentó la ilusión que le hacía nuestra visita y lo amable que había sido al regalarle aquella deliciosa nata. Enseguida tuvieron tema de conversación. Comentaron si era mejor batir la nata con un tenedor o con unas varillas, y ambas estuvieron de acuerdo en que unas varillas en manos de una moza con poco brío, sin nombrar a nadie, podía dar como resultado un cuenquecillo de mantequilla blanducha.

La chimenea ardía y con una pantalla bordada delante. Las diversas lámparas que estaban encendidas eran color burdeos, con montones de flecos de un burdeos más oscuro. Parecía el salón de un cuento, entre el fuego, la pantalla delante de la chimenea, los atizadores resplandecientes y el cuadro sobre la repisa negra de mármol, con un caballero a caballo enfrentándose a una tormenta. Me senté en un puf bajo de piel, mirando a Drew y luego por la ventana el sol poniente, del que irradiaban haces de luz dorada, y luego otra vez a Drew, cuyo perfume impregnaba la estancia. A pesar de su sonrisa divertida y del variado y enternecedor juego de mano y muñeca, su mirada transmitía tristeza. Yo no entendía por qué estaba envuelta en aquel fular, salvo que fuera por puro glamour, dado que hacía bastante calor en el salón. Effie se mostraba sumamente nerviosa, no acababa las frases y de vez en cuando se daba una bofetada y mascullaba entre dientes, para irritación de su hermana. Me dio por pensar que probablemente se había visto obligada a dejar el convento por causa de los nervios. Además, parecía al borde del llanto, pese a que estaba contándonos lo bien que se habían adaptado, lo mucho que les gustaban el canal y los barcos, los paseos por el sendero del bosque, y que habían hecho amistad con varias personas.

—A Hugh no le gusta —intervino la señora Coughlan, añadiendo que era un lobo solitario. Esto le dio a mamá otro pie en la conversación, y reconoció que cuando volvió de América (dato que se moría por anunciar) ella también se había sentido una extraña. La señora Coughlan soltó un grito y preguntó:

—¿Y por qué demonios volvió?

Mamá le explicó que solo regresó de vacaciones, pero se prometió y al poco se casó. A las dos se les escapó un pequeño suspiro. La señora Coughlan anunció que Hugh no acudiría, porque era un tímido patológico y no se le daban nada bien las relaciones sociales. Supuse que estaría en su madriguera haciendo números, o tal vez leyendo. Entonces Drew descruzó las piernas y al levantar un instante los pliegues de georgette verde pude deleitarme con la visión de sus preciosos zapatos. Eran de tela con filigranas plateadas, un hilo morado en paralelo y una hebilla reluciente en el empeine. Me habría arrodillado ante ellos. Effie se excusó entonces, más lacrimosa que nunca. Mamá se alegró, porque quería compartir confidencias con la señora Coughlan y comentar sus opiniones acerca del matrimonio, la crianza de los hijos y los cambios de la vida.

—No es un camino de rosas, de ninguna de las maneras —declaró mamá sin rodeos, y la

señora Coughlan concordó. Incluso fue un poco indiscreta, dijo que el día de su boda se habían producido tres acontecimientos desafortunados: el borde del velo se le enganchó a la reja de la iglesia cuando posaban para las fotografías, el mango del cuchillo con que cortaban la tarta se partió y una tía mayor juró haber visto un ratón gordísimo corriendo por el comedor del hotel y se puso histérica. Entonces, sin darle mayor importancia, comentó que se había casado en la veintena. Calculé que tendría unos treinta y cinco o treinta y seis. Dijo que los pueblos pequeños eran asfixiantes y que los banqueros solo sabían hablar de negocios. Además, cada pocos años a Hugh lo trasladaban a otro pueblo, de modo que nunca echaban raíces y todo era un horror. Mamá se compadeció, dijo que una vez estuvo muchos años en el mismo sitio, pero que ahora le encantaba su finca, su huerto y su casa, y que nadie la separaría de ellos. Luego aprovechó para añadir que esperaba que la señora Coughlan se sintiera en confianza para visitarnos, cuando quisiera, un comentario que fue correspondido con una gratitud tibia, distraída. Las cosas no estaban saliendo a las mil maravillas. No había emoción ni entusiasmo. A veces parecía como si la señora Coughlan se hubiera ausentado literalmente; no nos oía ni nos veía, enfrascada en su particular ensoñación hastiada.

Llegó un carrito. El juego de té de porcelana era exquisito, con cuenco para los posos, azucarero y lechera a juego. La tetera imitaba la forma de una pequeña pava y tenía el asa de mimbre. Pero el refrigerio no era tan exquisito. Los sándwiches, sin duda preparados por Rita, parecían secos, y juraría que el bizcocho no era casero. Tenía un glaseado rosa coronado por una guinda, nada que ver con los bizcochos de mamá, espolvoreados de azúcar superfino o un glaseado hecho a fuego lento que literalmente se derretía en la boca. También había galletas de la tienda. Drew nos animó a comer; ella en cambio se abstenía de probar bocado y no paraba de palparse el cuello a través de las capas de pliegues de georgette verde. La mano de Effie temblaba una barbaridad cuando nos pasó la taza y el platillo. Drew le pidió que por el amor de Dios abriera las mesitas nido para que al menos pudiéramos apoyarnos.

Mamá, con unas ganas tremendas de mostrar su agradecimiento, dijo que si alguna vez necesitaban nata, huevos frescos, col o manzanas para cocinar no tenían más que pedirselo. Por lo general era muy reservada, pero el deseo de entablar amistad la volvía excesivamente servicial.

De repente Drew se puso de pie y corrió a mirarse en el espejo ovalado flanqueado por dos candelabros con sendas velas blancas apagadas. Al quitarse el fular de georgette exhaló un suspiro y le pidió a Effie que se acercara a echarle un vistazo, que tenía mucho peor el sarpullido. Effie acudió enseguida, le palpó los ganglios y le confirmó que sí, y que también se le había hinchado el labio. Nosotras no percibíamos hinchazón alguna, solo un labio ligeramente agrietado y una pupa. Effie dijo que llamarían al médico de inmediato, pero la señora Coughlan chasqueó la lengua en señal de desaprobación y replicó que eso habría sido abusar demasiado y

que lo mejor sería que fueran ellas a la consulta. A mí se me cayó el alma a los pies. Y a mamá seguramente también. Estuvo de acuerdo con Effie en que era más conveniente llamarlo y que viniera con su cabás lleno de medicinas. Drew no dio su brazo a torcer y ordenó a Effie que le trajera la chaqueta de piel. No paraba de tocarse el labio y los ganglios con el índice; mamá se preguntó en voz alta si no sería una alergia, si tal vez no habría tocado una ortiga o alguna otra planta, a lo que obtuvo un tajante y escueto «No». Mamá no sabía qué más decir.

Effie volvió, deshaciéndose en atenciones, y le echó la chaqueta por los hombros a su hermana mientras salían. Nosotras las vimos marchar desde el vestíbulo. Effie, que acababa de aprender a conducir, arrancó a una velocidad temeraria. Podría haber matado a alguien. Nos planteábamos qué hacer, pero lo cierto era que no nos apetecía volver a casa tan pronto. Mamá bajó la vista y se quedó mirando el felpudo de goma perforada al que se adhería todo el barro y la humedad y juró que en cuanto ahorrara un poco compraría uno igual, para no tener que arrodillarse a fregar el suelo de la cocina y el pasillo tres veces por semana. Todavía no había anochecido del todo. En la acera de enfrente unos hombres sentados en un banco bebían y conversaban en voz baja. Nos reconocieron, pero no nos llamaron, dado que el hecho de estar en casa de los Coughlan nos situaba por encima de ellos. Mamá dijo que sí, que el salón era bonito, pero que las vistas no eran ninguna maravilla. Hacía una noche serena y olía a flores, sobre todo a los alhelíes del jardín de la señora McBride, la vecina. La señora McBride era una apasionada de la jardinería y siempre andaba llevando a su casa macetas con flores en una carretilla. Habíamos oído que entre los Coughlan y ella había desavenencias porque ambos tenían parcelas en la parte de atrás de sus casas y habían discutido a cuenta de la cerca, al punto de que había tenido que intervenir un guardia para que la cosa no pasara a mayores.

Al volver al salón sorprendimos al señor Coughlan engullendo los sándwiches. En cuanto nos vio articuló un murmullo de disculpa y salió a toda prisa. Mamá me susurró que olía mucho a alcohol y dijo que nadie tenía ni idea de los secretos que guardaban las familias. Apartó la pantalla de la chimenea y por costumbre atizó el fuego y echó un terrón, y a continuación miró con más detenimiento los elementos de la estancia, hizo una estimación del precio de todo el mobiliario, y dijo que si pudiera elegir una cosa se quedaría con el carrito para el té, y tal vez el espejo de los candelabros a ambos lados, pero que por el piano no pagaría ni dos peniques. Entonces, como si yo no estuviera allí, se dijo a sí misma que no había ni hinchazón ni sarpullido, y que le parecía sospechoso, muy sospechoso, que una mujer quisiera ir al médico a esas horas de la tarde.

—Me he enamorado de los zapatos plateados que llevaba —dije, intentando aparentar madurez.

—¿Sí, eh, cariño? —repuso, pero estaba demasiado ocupada cavilando acerca de cuánto

bebería el señor Coughlan, o de si se llevarían bien marido y mujer, o de por qué unas niñas tan pequeñas estaban en un internado, o de por qué vivía con ellos la hermana, la exmonja.

El médico era una especie de mujeriego, y aunque mamá no hizo alusión a ello, se sabía que besaba a las enfermeras jóvenes en el patio del hospital y que una vez había llevado a una estudiante de enfermería a Limerick, al cine, donde estuvieron todo el segundo pase besuqueándose, para disgusto de la acomodadora. Solo comentó que, si bien el vestido de georgette verde y los zapatos eran el colmo de la elegancia, no era la clase de atuendo que una se pondría para ir al médico. En aquel preciso instante, como una loca, me imaginé a Drew tumbada en la camilla del médico, y que él se inclinaba sobre ella y le acariciaba el labio, tal vez con tintura de yodo, y ella se estremecía de dolor, un pelín ruborizada, y a los dos, como en las películas, sintiendo una repentina necesidad de besarse, pero sin atreverse. Nos sentamos un rato y comimos unas galletas.

Cuando volvieron se mostraron muy sorprendidas de que aún estuviéramos allí. Creo incluso que Drew estaba irritada.

—Espero que no sea grave —dijo mamá, y Effie se crispó y dijo que a su hermana le habían mandado una pomada y también un reconstituyente, porque se hallaba muy desmejorada. Al parecer, el doctor le había examinado debajo de los ojos en busca de síntomas de anemia. Drew estaba distinta, como si le hubiera ocurrido algo emocionante, y se regodeaba en el hecho de que se tuteaba con el doctor y su mujer, como si se conocieran de toda la vida. Según nos dijeron, habían tenido que esperar porque el médico estaba atendiendo a un niño epiléptico, y entretanto apareció su mujer y se puso a charlar con ellas, les ofreció un jerez e insistió en que la tutearan. Las expectativas de mamá se truncaron en ese momento. La mujer del médico nos conocía, nos había frecuentado, lo cual era un honor y significaba que éramos gente de bien. Mamá le hacía favores, le cosía, tejía y preparaba dulces, y siempre tenía escondido un frasquito de ginebra en un cajón para que ella le diera un trago, sin que mi padre se enterase, cada vez que nos visitaba. Pero de pronto había dejado de venir, para perplejidad de mamá, y sin motivo, porque no hubo enfriamiento ni discusión. Meses más tarde nos enteramos de que le había contado a la mujer del pañero que nuestra leche olía fatal y que no volvería a pisar nuestra casa. Resulta que uno de los días en que vino la hierba estaba muy fuerte y, por tanto, la leche desprendía un intenso olor, pero, como persona de ciudad que era, ella ignoraba el motivo.

Effie anunció que Drew debía meterse en la cama, y mamá se mostró de acuerdo y pidió que nos disculpasen. Era demasiado conciliadora, pese a estar muy nerviosa.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —dijo la señora Coughlan, aunque sin calidez alguna; era como decirnos que éramos insulsas y aburridas y no gente de bien.

—Bueno, ahora ya puedo decir que he conocido a la ilustre señora Coughlan —comentó mamá con acritud en el camino de vuelta, y se repitió el trillado refrán sobre los viejos amigos y

los nuevos amigos: cuando hagas amigos nuevos, no te olvides de los viejos, porque los nuevos son de plata, pero los viejos, de oro.

Caminábamos en penumbra. La hierba estaba cargada de rocío, y había ganado rumiando y resollando. Esta vez no me advirtió que levantara los pies para proteger los zapatos blancos, dado que estaba muy preocupada. No se veía luz en la ventana de la cocina, lo que significaba que mi padre se había metido en la cama y que tendríamos que subirle una taza de té y consentirlo, de lo contrario amanecería irritado al día siguiente.

Sentí un deseo voraz de melocotones en almíbar, pero mamá dijo que abrir una lata a esas horas era una extravagancia, prometiéndome que los comeríamos algún domingo, y también un suflé de naranja, cuya receta acababa de conseguir. El deseo se confundía con una rabia creciente. Nuestras vidas se me antojaban grises, monótonas. Recé por que ocurriera algo dramático, que los novillos se alzaran y amotinaran y se corneasen, que mi padre muriera mientras dormía, que la escuela se prendiera fuego y que el señor Coughlan cogiera una pistola y matara a su mujer y luego se suicidara.

## Menudo cielo

Las nubes —oscuras, densas y resueltas— atravesaban el cielo a toda velocidad. En un momento dado se abrió un hueco, una bóveda de un azul tan intenso que semejaba una cavidad por la que esfumarse, pero las nubes lo cubrieron enseguida, como cortinas en movimiento, y lo hicieron desaparecer. Caían chaparrones intermitentes —chaparrones fuertes— y en algunos campos el agua había formado charcos poco profundos donde las vacas permanecían impasibles, contemplando el panorama. Los cuervos eran incorregibles. Como estaba dentro del coche, ella no oía los graznidos, pero los conocía muy bien y recordó que mucho, mucho tiempo atrás le gustaba escucharlos con atención y tratar de descifrar si anunciaban muertes o algo más alegre.

En el instante en que subió los peldaños de granito de la residencia su rostro, por iniciativa propia, se contrajo en una sonrisa falsa y obediente. Había unos pocos ancianos sentados en el vestíbulo, una mujer rezaba con un inmenso rosario de carey negro y un hombre miraba lánguidamente por la ventana alargada y salpicada de lluvia, mascullando, como si los murmullos pudieran llevarle una visita, o tal vez al párroco, para que le diera la extremaunción. Una de las mujeres le explica que su padre estaba deseando que llegara y que se ha asomado a la puerta varias veces. Ella se echa a temblar y se clava las uñas en las palmas para reunir valor. Nada más cruzar el umbral de la pequeña habitación de su padre, la primera pregunta que este le suelta a quemarropa es: «¿Por qué has tardado tanto?». Ella le explica con suma educación que el coche que tenía que recogerla del hotel se ha retrasado un poco.

—Llevo esperándote dos horas —replica él. Está de un humor de perros y tiene el pelo de punta, con mechones grises como Lucifer.

—¿Cómo estás? —pregunta ella.

Le dice que está fatal y se queja de un dolor en la espalda que le baja desde un hombro, como si le clavasen un cuchillo. Ella le pregunta si es el reuma. Él contesta que qué va a saber, pero que, sea lo que sea, es espantoso, y para enfatizar la molestia abre la boca y emite un gemido. Pasa los primeros minutos enseñándole los regalos que le ha traído, pero el padre está demasiado disgustado para apreciarlos. Intenta convencerlo de que se pruebe el jersey, pero no hay manera. De pronto sale de la cama y se mete en el aseo. El aseo es contiguo a la habitación, poco más que

un armario con accesorios y sanitarios. Ella se queda sentada en el dormitorio recalentado y escucha, aunque intenta no escuchar. Mira por la ventana abierta; hay vistas a una ciénaga, y por encima, contra un jirón ilimitado de cielo color suero, los cuervos revolotean a distintas alturas y graznan sin piedad. Son tan negros que parecen de seda, y al oírlos, en un intento por no oír a su padre, piensa que si cerrara la puerta del aseo tal vez no sería todo tan horrible; pero él ni cierra la puerta del aseo ni pide perdón. Sale con el pantalón del pijama arrastrando y se dirige a trancas y barrancas hacia la cama, donde le han dejado la bandeja con el almuerzo. Las piernas como velas, blancas y larguiruchas, presagian la propia vejez de ella, que se pregunta con un escalofrío si también acabará en un sitio como aquel.

—Lávate las manos, papá —le sugiere mientras aparta las colchas.

Se produce un segundo de resistencia, él la mira, con una rabia deshumanizada como de animal atrapado, pero por algún extraño motivo cede, va al pequeño lavabo y se enjuaga de pasada las manos, o más bien la mano derecha. Se la seca colocándola sobre la toalla que cuelga a un lado del lavabo. Es una toalla que ella reconoce de su casa: azul marino con salpicaduras anaranjadas. Incluso ese sencillo recuerdo resulta desgarrador: huele la toalla, la recuerda secándose por encima del fogón, la palpa sin tocarla. La toalla, al igual que todos y cada uno de los objetos de aquella casa sitiada, se ha metido dentro de su cerebro, donde permanece, como los muebles de una habitación. El ciclamen blanco que ha traído la mira fijamente, las flores son igual que mariposas y los pequeños retoños parecen puntas de lápices; se obliga a mirarlo para generar un poco de alegría.

—Pasé el día de Navidad más solo que la una.

—No, papá, eso no es verdad —replica ella, y le recuerda que lo visitó un pariente y se lo llevó a comer.

—Te estoy diciendo que pasé el día de Navidad más solo que la una —repite, y ahora es ella quien se irrita.

—Estuviste con Agatha. ¿Te acuerdas?

—¿Y tú qué sabrás? —replica, mirándola fijamente, y ella aparta la vista, reprochándose haber perdido los estribos.

Él la sigue con la mirada, alzando las manos igual que un suplicante. Una de las manos está colorada y en carne viva.

—Eccema —anuncia, casi con orgullo.

La otra está sarmentosa, los dedos arracimados forman un muñón. Dice que le salió de tanto dar de comer al ganado invierno tras invierno. Luego le pide que se acerque al ropero. Hay tres trajes oscuros, varias chaquetas de tweed y una espantosa gabardina azul celeste que una monja joven lo obligó a comprarse antes de irse de vacaciones a un convento de Nuevo México. Elogia a la monja joven, sor Declan, elogia su buen talante, su optimismo, su generosidad y su sentido

innato del sacrificio. Al parecer, lo que más le gustaba de niña era sentarse en la cocina con su padre, a imaginar hipotéticos partidos de hurling, o a comentar partidos ya celebrados, en lugar de pendonear por ahí con los muchachos. Comenta que el padre de la monja murió de repente, se ahogó mientras tomaba té, pero no muestra signo alguno de lástima o conmiseración, y ella cree que en alguna fisura de su mente febril él cree que la monja lo ha adoptado, y quizá tenga razón. Hace poco han mandado a la monja joven al mismo convento de Nuevo México, y la hija piensa que quizá haya sido un castigo, que quizá estuviera cogiéndole demasiado cariño a ese hombre solitario e irascible. A saber.

—Una chica fabulosa, la mejor amiga que he tenido nunca —añade.

Encajado entre los trajes del armario está el abrigo oscuro de lana gruesa que pertenece al pasado, a la juventud del padre. Quizá si metiera la mano en un bolsillo encontraría un penique antiguo o una piedra que él hubiera recogido durante uno de sus paseos, los largos paseos que daba para aplacar la ira. Le pide que mire en la maleta beis, y ella obedece. Está a rebosar de cosas de verano, y él le anuncia valientemente que tiene intención de volver a visitar a la joven monja, cruzar el océano y llegar seguramente en plena noche, como la otra vez, donde sor Declan y varias religiosas más lo esperarán en la puerta del convento para darle una bienvenida ceremoniosa.

—A lo mejor ni vuelvo —se jacta.

En la estantería más alta del ropero hay varios pares de calcetines, y pañuelos —pañuelos nuevos y destrozados—, botellas de whisky vacías y dos fotografías enmarcadas. Le pide que le baje una de las fotos, y por enésima vez ella observa el parecido entre los padres de él. La madre es formidable, con un moño de rizos y un corpiño blanco con encajes que incluso en la desvaída fotografía parece una armadura. El padre, que está sentado, transmite más timidez y docilidad.

—Siete años tenía yo cuando se me murieron mi madre y mi padre, con un mes de diferencia —dice, y su voz ahora es ronca. Aprieta los dientes.

¿Qué habrían hecho de él?, se pregunta la hija. ¿Lo habrían amansado con su amor? ¿Sería una persona distinta? ¿Sería ella una persona distinta?

—¿Lo pasaste muy mal? —pregunta, pero sin ternura sincera.

—¿Mal? ¿A qué te refieres? ¿A que te saquen a un patio, te metan en una carreta y te pongan en manos de unos parientes?

Ella sabe que si de verdad sintiera algo por él le preguntaría por la carreta, por el cojín sobre el que se sentaba, si disponía de una manta para las rodillas, qué clase de abrigo llevaba y de qué color tenía el pelo entonces; pero no le pregunta nada de eso.

—¿Te pegaban? —inquire, a modo de conciliación.

—Te pegaban si te lo merecías —repite él, y sigue contando cómo sobrevivió al rencor de los familiares, cómo cultivó su independencia, cómo halló una distracción y una pasión en los

caballos, y se convirtió en leyenda desde muy jovencito por ser capaz de domar cualquier caballo.

Rememora el internado y lo mucho que lo odiaba, luego sus días sin oficio ni beneficio, después cuando siendo aún joven —demasiado joven, añade— conoció a su futura esposa, y la hija sabe que pronto se echará a llorar y hablará de su difunta mujer y de la lápida de mármol que erigió en su recuerdo, y detallará cuánto le costó y a cuánto ascendió la factura del hospital, y dirá que él nunca la dejó ni un instante, ni dejó a ningún miembro de la familia sin dinero para comprar muebles o comida. «Su voz me atraviesa —piensa la hija—, igual que su mirada y su necesidad y los mechones tiesos de pelo plumizo y la dentadura demasiado rosada en un vaso para cerveza.» Se siente clavada al suelo, siente que ha perdido toda voluntad y el uso de sus extremidades, y piensa: «Así ha sido siempre». Al apartar la vista para evitar la mirada de él, sus ojos se topan con las pantuflas. Son de fieltro, de fieltro verde y rojo; con agujeros, y se arrepiente de no haberle comprado unas nuevas. Le pide que le acerque el sobre marrón que está encima del lavabo. El sobre contiene fotografías de él tomadas en Nuevo México. Parece un enamorado, y la pose y la actitud que ha adoptado le quitan al menos treinta años de encima.

En ese momento entra una de las monjas decanas, le da la bienvenida, le ofrece una taza de té y comenta lo bien que la ve. Él interviene, dice que nadie tiene mejor aspecto que él y le enseña las fotos. Relata otra vez su viaje a Estados Unidos; las azafatas asombradas por su edad y vitalidad, y todo el mundo desviviéndose por él. La monja y la hija intercambian una mirada. Tienen una estrategia. Han estado escribiéndose al respecto, la última carta de la religiosa incluía una tarjeta de felicitación escrita por él en que le rogaba a su hija que fuera. Por el tono dedujo que había cambiado, que se había calmado; pero no ha sido así, está como siempre, piensa ella.

—Bueno, hable con su padre —dice la monja sin moverse, con las manos metidas en las anchas mangas negras, mientras la hija le pregunta a su padre:

—¿Por qué no comes en el comedor, papá?

—No quiero comer en el comedor —contesta, igual que un niño castigado.

La monja le recuerda que pasa demasiado tiempo solo, que llora demasiado, que le sentaría muy bien socializar.

—Son unos ignorantes, son personas ignorantes —declara acerca de los demás residentes.

—Todos no pueden serlo —protestan la hija y la monja al mismo tiempo.

—¡Os digo que son todos unos ignorantes! —exclama él, con furia en los ojos.

—Pero así no te sentirías tan solo, papá —dice la hija experimentando una repentina lástima por él.

—¿Y quién dice que me siento solo? —replica, arisco, sabotando la lástima, y enumera los amigos que tiene, los coches a los que puede acceder, a los corredores de apuesta que conoce, a

los domadores de caballos con los que habla de tú a tú y las incontables casas en que es bienvenido a cualquier hora del día o de la noche a lo largo de todo el año.

Para animarlo, la monja sale corriendo y le grita a una chiquilla que está en la despensa que hay justo enfrente que traiga la tetera y el plato de galletas. Mientras observa cómo sirve el té, insiste en que la taza esté tan llena que cuando le añada la leche rebose en el platillo, pero no se da cuenta, no le importa.

—Gracias, gracias, hermana —dice.

Antes nunca daba las gracias y ella se pregunta si tal vez sor Declan le habría explicado que la cortesía era una manera de ganarse el amor de los contumaces. Machaca las galletas con las encías y de pronto se le ilumina el semblante al recordar la noche en que el perro de unos vecinos lo atacó. Estaba en su casa para recuperarse de un herpes. Se embarca en una descripción del perro, un pastor alemán, y cuenta que una noche, pobrecito de él, bajó a prepararse una taza de té y el perro se le abalanzó, él se puso un brazo delante de la cara para protegerse, el perro lo atacó y no se lo comió vivo de milagro. Narra los tres días de agonía hasta que lo llevaron al hospital, le curaron el brazo, que llevó en cabestrillo dos meses, y describe la pequeña sierra eléctrica que el cirujano del condado empleó para quitarle la escayola.

—¡Por Dios bendito, lo que sufrí! —exclama.

La monja ya se ha marchado, murmurando una excusa.

—Pobre papá —se compadece su hija.

Está decidida a ser amable, a reconocer lo desdichada que es y siempre ha sido su vida.

—No tienes ni idea —replica él, al tiempo que compara su vivienda actual, una mazmorra, con su preciosa casa de caliza, que se cae a pedazos. Recuerda los cincuenta y tantos años vividos en aquella casa: las comodidades, el fuego vivo, las cenas a base de cordero seguido del arroz con leche que le servía su mujer. Ella le recuerda que ahora la casa pertenece a su hijo y entonces él se contrae de dolor al recordar que entre ellos también existe una brecha.

—Valiente inútil —dice, y prefiere explayarse en los pormenores de su encarcelación en la residencia—. Aquí no hay cordero; siempre nos ponen ternera.

—¿No tienen ovejas? —pregunta, estúpidamente.

—Esto no es vida para un padre de familia —continúa, y ella se percata de que está a punto de pedirle una garantía que ella no puede darle.

Levanta la bandeja del té y la deja en el suelo del pasillo, y a continuación alaba la amabilidad de monjas y enfermeras y le pregunta cómo se llama la jefa, para mandarle un donativo. Él no contesta. Durante esa terrible pausa, como si le hubiesen dado el pie, un cuervo se posa en la alambrada de espino al otro lado de la ventana y emite una serie de roncas exclamaciones. Está a punto de decirlo, a punto de revelar la agradable sorpresa. Ha venido para sacarlo de paseo. Ese es su plan. El retraso se ha debido a que ha parado en un lujoso hotel para preguntar si servían

almuerzos fuera de horario. Cuando llegó desde Londres, bien entrada la noche anterior, se alojó en un hotel más comercial del pueblo, donde pasó despierta gran parte de la noche debido a los ruidos del ganado. Había un matadero cerca, y a primerísima hora de la mañana oyó la llegada de los animales, sus berridos, sus lastimosos berridos, y sus varios resbalones y babeos, y el vocerío de los hombres que los sacaban de los camiones y los remolques y los metían en los rediles, y luego otros gritos, gritos indeterminados de hombres. Se había acostado en la muy caldeada habitación de hotel y había dado rienda suelta a su mente para que volviera a los tiempos en que su padre compraba y vendía ganado, lo llevaba a pie hasta el pueblo, a veces con ayuda de un retrasado, con frecuencia fracasando a la hora de vender las bestias y viéndose obligado a traerlas de vuelta a casa, con las consiguientes riñas y discusiones acerca de las deudas. Cree que, efectivamente, su padre no estaba hecho para una vida a base de ganado y forraje, sino para algo de más categoría, y disfruta con un estremecimiento de placer la sorpresa que reserva a su padre. Ya había dado el visto bueno al hotel, admitiendo, es cierto, una pequeña decepción porque el servicio no pareciera tan augusto como los jardines o el imponente salón con sus retratos descomunales y su preciosa escalera. Cuando entró para preguntar por los almuerzos, un chico bastante inexpresivo le dijo que no, que no servían almuerzos fuera de horario, pero que seguramente podrían preparar unos sándwiches, de queso o jamón. Aun así, el ambiente lo entusiasmaría; mientras está allí sentada con él en la residencia se deleita con su júbilo íntimo. ¿Acaso no ha conocido a alguien, a un hombre cuya voz, cuyos ademanes tajantes la colman de energía y felicidad? Apenas lo conoce, pero cuando la llamó y él se la imaginó rodeada de variopintos admiradores ella no lo sacó de su fantasía. Recuerda, no sin picardía, que esa misma mañana en el mercado ha comprado fundas de almohada y sábanas bordadas, pensando en el día o la noche en que él franqueará el umbral de su dormitorio. La idea de esa cita futura la ablanda con respecto al anciano, su padre, y por un momento ambos hombres se confunden en sus pensamientos como dos mitades de una aparición de movimientos lentos. En cuanto al nuevo, ella sabe por qué ha comprado fundas de almohada y sábanas carísimas: porque quiere que su entorno no solo sea bonito para él, sino que contenga los vestigios de su pasado, elementos tan sagrados como flores y ropa blanca, y de repente, con una nitidez desconcertante, teme querer que este hombre nuevo tome parte en su pasado, que lo conozca en todo su dolor y sus permutaciones.

Ha llegado el momento de anunciar la sorpresa, de pedirle a su padre que se levante y se vista, de conducirlo por el pasillo, agarrándolo del brazo en actitud protectora para que los demás vean que está bien cuidado, y de levantarle el ánimo en el coche, ofrecerle cigarrillos, y encontrar en el hotel el saloncito más acogedor; en definitiva, de proporcionarle una sensación de bienestar, de pasar un buen rato. Les dará tema de conversación durante semanas, sustituirá al eccema o el

brazo roto. Algo la refrena. Quiere hacerlo, y va a hacerlo, pero lo retrasa sin cesar. Trata de analizar por qué. ¿Es el acto físico de ayudarlo a vestirse, ya que naturalmente él insistirá en que le ayude? No, una monja se ocupará. ¿Es la idea de que sea feliz lo que la fastidia? No, no es eso; ella desea con todo su corazón verlo feliz. ¿Es el miedo a que el servicio del hotel le resulte decepcionante, a que los sándwiches sean un chasco cuando él habría preferido una sopa y un plato de carne? No, no es eso, dado que, a fin de cuentas, el servicio no es responsabilidad suya. Lo que teme es la intimidad, estar con él. Tiene miedo de que ocurra algo espantoso. Él se vendrá abajo y le suplicará que le muestre el amor que sabe que ella mantiene oculto; y luego, cuando vea que ella no puede ni quiere ceder, se pondrá furioso, los dos se pondrán furiosos, se producirá el peor de los enfrentamientos, una disputa a voces de palabras, juramentos, quejas enterradas, quizá incluso golpes. Sí, va a hacerlo dentro de unos minutos; dará una palmada, se levantará de un salto y con voz cantarina dirá: «¡Qué tarde es, qué tarde es! ¡Hemos de darnos prisa!». Está ensayando, incluso prevé la extraña sonrisa que esbozará su padre, su deshielo, y la pregunta: «¿Seguro que puedes permitírtelo, cariño mío?», mientras le pedirá que abra el ropero y le elija un traje.

Cada vez que se revuelve en la silla dispuesta a actuar, algo se interpone entre ella y el bonito gesto. Es como una fobia, como sentirse demasiado aterrorizada para meterse en el agua y así quedarse en el borde. Y sin embargo, sabe que si cediera no solo sería una delicia para él, sino un paso enorme para ella. Hace ya un tiempo que se le está endureciendo el corazón, y cuando algo la conmueve no es capaz de exteriorizar sus sentimientos; todos sus sentimientos los reserva para la intimidad de su dormitorio. El corazón se le está volviendo de piedra, pero ese gesto, ese contacto la ablandará de nuevo y la transformará, si no ya en la niña consentida, al menos en la chica entusiasta que llegaba a casa con las notas escolares o los trofeos ganados, deseando que él la felicitara, esa chica que en vez de cantar una canción recitaba los versos de «Fontenoy».

Fuera, las nubes han empezado a aglutinarse para otro aguacero, y se percata de que tiene los ojos llenos de lágrimas. Se agacha, fingiendo atarse un cordón, porque no quiere que él la vea llorar. Se daba cuenta de que era perverso no dejarle acceder a ese resquicio de emoción, pero se daba cuenta también de que no evitaría nada con ello. Él no la conocía; no podía conocerla; su propia vida lo desgarraba igual que un perro rabioso. ¿Por qué no se pone en marcha? Pronto lo hará. Él no para de hablar, animado ahora por la epopeya de su pasaporte y de cómo tuvo que sacárselo a toda prisa para el viaje a América. Le pide que lo saque del cajón, ella obedece. Está muy nuevo, solo tiene un sello oficial, detalle que le comunica a ella más cosas que todas las palabras que él pudiera pronunciar: las penurias y la aridez de su vida. El padre afirma que el día que se lo expidieron fue el día más feliz de su vida, que tuvo que ir a Dublín, que las monjas habían chasqueado la lengua en señal de desaprobación y le habían asegurado que a nadie le hacían el pasaporte en tan poco tiempo debido al papeleo, pero él aseguró que volvería con el

pasaporte. Describe la jornada lluviosa, una de las más húmedas, cuenta que Biddy, la taxista, no quería salir, porque decía que se quedarían tirados, y él le ordenó que se dejara de parloteos y se pusiera el abrigo. Revive el trayecto, la claridad del día, las riadas, las ramas caídas, y a Biddy y a él por la pedregosa carretera a Dublín, fumando y cantando, Biddy tomándole el pelo todo el rato, diciéndole que no iba por el pasaporte sino a verse con una amante, a un encuentro.

—Entonces ¿te hicieron el pasaporte al momento? —pregunta la hija, para congraciarse.

—De un rato para otro. Tenía influencias; les pedí a las monjas de aquí que llamaran a la Asamblea, al parlamentario, ¡y ya lo creo que lo llamaron!

Ella pregunta por el nombre del parlamentario, pero él no tiene ningún interés en contestarle y sigue contándole que en la oficina de pasaportes una chica muy descarada le preguntó por qué iba a Estados Unidos y él le contestó que iba a buscar oro. Se entusiasma con su historia, y ella vuelve a oír lo del viaje en avión, las amables azafatas, las dos comidas que le sirvieron en bandejitas de plástico, y que cuando llegó vio su nombre en un letrero grande, y a las puertas del convento tres monjas sonrientes lo esperaban para recibirlo, la más joven de todas saludándole con una mano levantada.

—La criatura más buena que ha pisado este mundo —dice con énfasis.

De pronto ella entiende que no puede sacarlo de paseo; quizá lo haga al día siguiente, pero ahora no puede, y se levanta del asiento.

Él lo nota, la mirada se le endurece.

—No te irás ya, ¿no?

—No me queda más remedio; el conductor solo podía esperarme una hora —comenta lánguidamente.

Él sale de la cama, dice que al menos la acompañará a la puerta, pero ella lo disuade. La mira como si le leyera el pensamiento, como si conociera el generoso impulso al que no ha cedido. En ese momento se detesta a sí misma más aún de lo que lo detesta a él. Mañana lo visitará, sí, antes de irse, y harán las paces, pero sabe que ha dejado pasar algo, algo de un valor incalculable, una reconciliación momentánea. El aguacero ha detenido el avance de las nubes, el cielo es una inmensidad gris, como un cedazo grisáceo que tamizara una grisura aún mayor. En el instante en que se pone de pie para marcharse nota el corazón hecho añicos, desperdigados por toda la habitación. Lo ha dejado a cargo de su padre, pero él está buscando frenética y desesperadamente el suyo.

## La viuda

Se llamaba Bridget. Jugaba a las cartas como si le fuera la vida en ello, y bebía ginebra con zumo de lima. Tenía huéspedes, pero solo muy selectos: gente que iba a pescar con mosca, o tal vez un abogado que pasaba allí la noche para comentar un caso con un cliente o con un procurador.

El director de la fábrica de productos lácteos fue el primer huésped más o menos permanente. Al cabo de pocos meses quedó claro que no iba a construirse el bungalow que aseguraba se construiría, y otros pocos meses después invitaba a chicas a la casa, como si fuera suya. ¡Qué historias, qué historias! Timbas, alcohol y sabe Dios qué más. Nadie se atrevía a preguntar abiertamente. Mujeres vulgares, con las uñas pintadas, bolsos de lagarto, etcétera, aparecían con frecuencia, a veces para quedarse el fin de semana entero. Bridget les había reservado el salón a él y sus invitados, tomando la decisión de decir que lo que hicieran no era asunto suyo.

Trabajaba de día, en una tienda del pueblo, como contable. Era bastante reservada, se sentaba en el pequeño despacho con las paredes de cristal opaco a hacer facturas y pagar mercancías, y raras veces, por no decir nunca, salía a atender a la clientela. El dueño y ella se llevaban muy bien. La llamaba Biddy, diminutivo de Bridget, señal de que eran buenos amigos. De vez en cuando salía de su pecera de cristal para felicitar por su bebé a una madre primeriza o dar el pésame a quien había perdido a un ser querido, pero, como decía la gente, no era más que una formalidad, un simple gesto. Nunca había invitado a nadie a su casa nueva enguijarrada, y a las gemelas que aparecieron sin avisar no las dejó cruzar el umbral, con la excusa poco convincente de que estaba pintando el techo de la cocina. Estaba resuelta a mantener las distancias y, para recalcar su postura, instaló cortinas venecianas.

Os preguntaréis, como se preguntó la encargada de la estafeta de Correos —su enemiga declarada—: «¿Por qué tiene siempre las venecianas echadas, en invierno y en verano, de día y de noche? ¿Qué intenta ocultar Bridget?». ¿Qué ocurría allí por las noches, cuando volvía a su casa cargada con algún manjar que le había regalado el dueño de la tienda, lonchas de beicon o unas latas de salmón? Se rumoreaba que se quitaba la oscura bata de la tienda y se ponía ropa más alegre. Un niño la había visto con un cubo de carbón. O sea, que encendían la chimenea del salón, decía la gente.

Empezaron a celebrarse fiestas, y muchas noches uno o dos coches de fuera, incluso tres, aparcaban en el caminillo de acceso a su casa, donde permanecían hasta casi el amanecer. A menudo se oía a los invitados salir, cantando «She'll be comin' 'round the mountain when she comes, when she comes». Tales frivolidades inevitablemente generaban percances, uno de los cuales dejó anonadada a la vecindad. Un cura murió en la casa. No era un cura de la zona, sino que había llegado en uno de esos coches desconocidos de matrículas desconocidas. Se contaba que subió al baño, al salir no vio un escalón y, claro —podría haberle pasado a cualquiera—, tropezó y cayó. Se precipitó por la escalera de quince peldaños, se dio un cabezazo contra el reloj de pared que había abajo y quedó inconsciente en el suelo. El revuelo que se montó fue espantoso, como refirió Rita, una vecina. Se oyeron gritos dentro de la casa. El director de la fábrica de lácteos, al parecer, llegó trastabillando hasta su coche, pero estaba demasiado ebrio para arrancar; entonces salió una chica joven, cogió el coche, y poco después el párroco del pueblo llegaba a la casa con el viático. Una hora más tarde, la ambulancia se llevaba al cura al hospital, pero ya había fallecido.

Bridget puso al mal tiempo buena cara. En vez de disimular su comprensible cargo de conciencia, lo reconocía abiertamente. Hablaba hasta la saciedad de la noche fatal, de la jarana que había precedido a la tragedia, del cura que no bebió ni una gota y los deleitó con el maravilloso relato de cuando lo habían dejado entrar en el Vaticano, no para una audiencia, como él pensaba, sino para ver los tesoros. «Miles de libras valían los tesoros... ¡Miles de libras valían esos tesoros!», parece que había dicho al describir un cuadro, una escultura, un cáliz o unas vestiduras. Entonces Bridget proseguía y contaba que se pusieron a jugar todos a las cartas y cuando quisieron darse cuenta eran ya las tres de la mañana y el padre Fulano de Tal se levantó para irse, no sin antes subir al baño. Había tomado, según ella, un vaso de limonada detrás de otro. Después, el terrible golpetazo, y ellos que no se creían lo que había pasado, y el director de la fábrica de lácteos que se levantó y fue al vestíbulo, y luego otra chica que salió, y luego los gritos. Bridget se encargó de que todo el mundo se enterara de que jamás se perdonaría el no haber instalado una bombilla más potente en el rellano. En la misa solemne por los restos mortales del cura vistió una prenda negra larga de encaje que no se había puesto desde que murió su queridísimo esposo.

Su marido se había ahogado años antes, y por eso solían referirse a ella como la Viuda. Solo llevaban casados unos meses y eran dos auténticos tortolitos. Por aquel entonces vivían en otra casa, una casita con porche soleado donde cultivaban geranios y begonias y hasta tomates. La terrible desesperación de Bridget tras la muerte de él se volvió legendaria. El bramido que emitió cuando le dieron la noticia desgarró a toda la vecindad, y se decía que se había oído hasta en parroquias lejanas. Los bebés lo oyeron desde sus cunas, igual que los viejos sordos que estaban

sentados junto al fuego, igual que los hombres que faenaban en los campos. Cuando le dijeron que su marido se había ahogado no dio crédito: su marido no estaba muerto; era un gran nadador; llevaba la vida entera nadando en los embarcaderos todas las tardes antes de cenar. Mediante aquellos bramidos se rebeló. Bramó toda la tarde y toda la noche. Nadie en el pueblo pegó ojo. Cuando a la mañana siguiente encontraron el cadáver enmarañado de juncos, los berridos alcanzaron cotas colosales. No la dejaron acudir a la capilla. Las mujeres la retuvieron para evitar que montara un espectáculo.

Pero días después de que lo enterraran, cuando el ganado empezó a pasar por encima de la tumba y a tratarla como cualquier otra sepultura, Bridget interrumpió el lamento. Poco después adoptó un semblante perfectamente sereno, alegre, resignado. Le contó a todo el mundo que ahora era una mujer muy atareada y con mucho que hacer. Debía escribir a todos los asistentes al funeral para darles las gracias, y agradecerles también a los sacerdotes que habían oficiado la misa solemne, y luego, decidir qué hacer con la ropa de su marido. Por encima de todo, estaba decidida a vender la casa. Le aconsejaron que no lo hiciera, pero nada la disuadió. Aquella casa había sido de ella y de Bill —«mi querido Bill», como lo llamaba— y solo renunciando a ella mantendría intacto el recuerdo, el recuerdo incorrupto, de sus mañanas y sus tardes y sus noches y sus momentos de intimidad.

Vendió la casa sin dificultad, o mejor la malvendió, y volvió al campo a vivir con los suyos, un hermano y una hermana sordomuda. Ningún vecino del pueblo supo nada de ella hasta unos cuantos años después, cuando el hermano murió y la hermana ingresó en una institución. Incapaz de ocuparse sola de la labranza y el forraje, Bridget vendió la finca y regresó al pueblo. Cuando volvió era otra mujer, mucho más dueña de sí misma. Mucho más encopetada, como decía la gente. Consiguió el trabajo de contable en la tienda y empezó a construirse una casa; durante las obras muchos conjeturaron que tenía un segundo marido en mente. Se comentaba que habían visto a solteros hablando con ella, en particular a uno que había estado en América y la había llevado al canódromo de Limerick varias noches de sábado seguidas, donde la invitaba a ginebras. La noticia de que bebía no tardó en divulgarse, y el veredicto fue que era de las que empinan el codo con el primero que se le pone por delante. De ahí que la instalación en su nueva casa no fuera el acontecimiento vecinal que debía haber sido. No hubo fiesta de bienvenida, por ejemplo; ni le regalaron nata ni morcillas caseras ni bizcochos de cerveza negra; no hubo herradura de la suerte en la puerta. En definitiva, la condenaron al ostracismo. A ella no parecía importarle, ya que de todos modos siempre había sido muy reservada. Tenía un buen armario, tenía un buen trabajo, y en cuanto empezó a acoger a huéspedes selectos —solo dos, tres a lo sumo— todo el mundo señaló que se le estaban subiendo los humos. Llamaban sarcásticamente a su casa «la morada del placer» y a veces, con más inquina, se la relacionaba con la canción «Biddy la puta, que vivía en un hotel que parecía una gruta».

Sus primeros huéspedes fueron dos forasteros que estaban realizando una encuesta para la comisión territorial, sospechosos de ser un par de entrometidos, a ojos de los agricultores. Bridget y ellos entablaron una estrecha amistad: los oían reír en las tumbonas del jardín; iban juntos a la iglesia, a la última misa dominical; y por las noches bebían, en casa o en el hotel. Cuando se marcharon, llegó el director de la fábrica de lácteos, un hombretón ancho de hombros, de cara grande y colorada. Era locuaz, cariñoso. Tocaba las solapas de la gente, sobre todo las de las mujeres, y no le daba ningún apuro pedir besos. Unas cuantas chicas afirmaban haberlo rechazado. Las solteras, que desconfiaban de él, lo vigilaban cuando salía de la lechería a las cinco y media para comprobar si iba directo a casa o si cruzaba el pueblo para beberse un par de pintas. Acechaban tras los muros de las casas o detrás de las ventanas de sus salones. Él casi nunca llamaba a Bridget por su nombre, se refería a ella como «mi casera», a menudo añadiendo lo fresca que era y lo bien que guisaba. Sentía especial predilección por su estofado de cordero, que, como decía la gente, en realidad era estofado de borrego.

Poco después el director de la fábrica de lácteos, que se llamaba Michael, se echó una novia formal llamada Mea. Era empleada de banco en la ciudad, y los fines de semana llegaba en coche y se quedaba dos noches. Él se ponía agua de colonia las tardes en que ella llegaba y se lo veía dando vueltas delante de la casa, de las ganas que tenía de verla. Nunca se besaban en la entrada, sino que se metían siempre en casa, dejando a los cotillas del pueblo, sobre todo a las mujeres, muertos de curiosidad sobre lo que ocurría después. Mea tenía a Michael comiendo de su mano, como le contó Bridget al tendero, y este a su vez a todo el mundo. Al parecer, Mea sufría de cambios de humor muy impredecibles: a veces estaba como unas pascuas, pero otras veces decía que tenía jaqueca o sinusitis o dolor de estómago y se negaba a dirigirle siquiera la palabra a Michael. Un día se encerró en su cuarto y no salió en toda la noche. Comía como un pajarillo, se decoloraba el pelo con yema de huevo y limón y se hacía notar en misa y los oficios al lucir cada domingo un sombrero o un fular distinto. Sin embargo, se veía que rezar no era su fuerte — miraba a todos lados, evaluando a los feligreses, observándolos con desprecio— y que no sabía con certeza cuándo tocaba levantarse o arrodillarse, así que simplemente imitaba a los demás.

«Ay, es su dulce misterio... su dulce misterio», le había dicho Michael a Bridget, quien se lo contó al tendero, quien a su vez, por supuesto, se lo contó a los demás. Poco después Mea y Michael se prometieron, y Mea no venía ya dos sino tres noches durante la semana, y recorría el pueblo con él en busca de casas o bungalows vacíos, porque naturalmente quería disponer de vivienda propia. Cada semana compraba también algún mueble, por lo general de grandes dimensiones —un espejo o un ropero o una rinconera o un buró—, y a él lo oyeron decir que era una apasionada del mobiliario. Michael preguntaba a los hombres, de guasa, quién le había mandado a él ponerse la sogá al cuello.

Iban a casarse en junio, pero una noche de primeros de mayo tuvieron una disputa. Michael rompió el compromiso. Todo ocurrió en el hotel, mientras la concurrencia les deseaba lo mejor y hacía alusiones a la cigüeña. Michael estaba muy borracho —había empezado a beber mucho más en las últimas semanas— y de buenas a primeras se volvió hacia Mea y dijo, con suma candidez y casi con lágrimas en los ojos, que no podía seguir. Que se quedara con el anillo, si quería; deseaba que acabaran en buenos términos. Ella lo abofeteó allí mismo, tres veces, delante de todos. «¿Cómo te atreves?», exclamó con la acritud de una gobernanta, y acto seguido salió corriendo, él fue detrás, y al poco tomaron la carretera del Shannon, sin duda para hacer las paces, según decía la gente. Pero Michael no dio su brazo a torcer. El compromiso quedó anulado.

Mea se marchó esa misma noche y Michael no apareció durante tres días. Volvió a la fábrica, demacrado y sin afeitar, y aquel viernes se enteró por el periódico semanal de que había sido denunciado por incumplimiento de promesa de matrimonio. Aparecían fotos de él y de Mea, alusiones a ciertos intercambios acaramelados y hasta una foto de Bridget, que según Mea ejercía una influencia excesiva sobre él y probablemente estaba detrás de la ruptura. Mea hablaba también de su desengaño, de los planes que había hecho, de la casa que pensaba comprar, con su rosaleta, y luego del último cajón de su cómoda, lleno de ropa blanca, saquitos de lavanda, etcétera. Sobre todo se lamentaba de que para ella ya ni se planteaba un futuro romántico con cualquier otro hombre; en pocas palabras, su vida había quedado destruida. Michael recibió una carta de un abogado, se asesoró con el suyo, y se contaba que le pagó a Mea una indemnización considerable. Luego se dio a la bebida varias semanas seguidas y tuvieron que llevarlo al monasterio cisterciense, hasta que por fin regresó a casa más flaco y mucho más apagado. «Una cazafortunas es lo que era esa, ¡una cazafortunas!», decía Bridget cada vez que alguien pronunciaba el nombre de Mea, y con el tiempo el asunto cayó en el olvido.

La gente empezó a percatarse —primero la encargada de la oficina de Correos y luego otra señora, que lo comentaron con varias personas más— de que Bridget y el director de la fábrica de lácteos coqueteaban sin tapujos. Poco después los vieron pasear cogidos de la mano por el camino de la capilla, tras la bendición. Se habían demorado en el templo, esperando que los demás se marcharan. Los vio la sacristana, que corrió al pueblo a contarlo en cuanto se hubo recuperado del susto. La gente le preguntó si estaba segura, si no se lo habría imaginado. «Que me parta un rayo si no es verdad», dijo, llevándose la mano a la rebeca de lana gris que le cubría los senos hundidos.

No, aquello era más de lo que podía tolerarse. A fin de cuentas, se trataba de una viuda, y cuarentona, para colmo, que tenía que saber de sobra cómo comportarse. Los vecinos empezaron a observarla con mayor detenimiento, sobre todo de noche, para ver cuántas luces había

encendidas en el piso de arriba; para ver si cada uno tenía su dormitorio o si vivían en pecado mortal. Los menos críticos decían que era algo pasajero y que pronto él se buscaría otro bomboncito, de ahí que todos, todos sin excepción, se quedaran de una pieza la mañana en que Bridget apareció en la puerta de la tienda y anunció el compromiso. Lo ratificaba un rombo azul que resplandecía en uno de sus dedos, y sus ojos titilaban mientras la gente la miraba boquiabierta.

Poco después ella compró un coche, y Michael le dio clases de conducir en la carretera de los embarcaderos, la misma que transitara el marido de Bridget el día que murió. Él dejó de flirtear con las chiquillas, incluso con la joven mantequera que trabajaba en la fábrica, y a los desconocidos les contaba lo feliz que era y que hasta entonces todas las mujeres con que había estado habían sido meras chucherías; en cambio, Bridget era la suya.

La gente no estaba preparada para asimilar la felicidad de Bridget; la tachaban de desvergonzada, vaticinaban otra ruptura del compromiso, aguardaban la debacle. Algunas de las señoras más provecas le fueron con el cuento al párroco del pueblo, pero él estaba tan malhumorado por los donativos para un altar nuevo que les pidió que se dejaran de paparruchas y se pusieran a recaudar dinero vendiendo bizcochos, mermeladas y objetos varios en un mercadillo benéfico. El cura sospechaba el motivo de la visita, porque el director de la fábrica de lácteos había ido a verlo a solas y se había entrevistado con él durante una hora, y sin duda le había hecho una oferta cuantiosa para las misas.

Para guardar las apariencias durante la fase del compromiso, un muchacho del campo fue a vivir a casa de Bridget, un chico tan bobo que arrancó los bulbos de los lirios creyendo que eran cebollas; una birria de carabina, en definitiva. Se casarían en diciembre, lo que significaba que Bridget disponía de dos meses para dejar el trabajo y preparar el ajuar. Ahora siempre se la veía pasar a toda velocidad en su coche rojo, una amenaza para el ganado y los transeúntes, que se apartaban a los arceles. Para congraciarse con los demás, como decían, se ofrecía a llevar a las personas a la ciudad o a hacerles recados. Algunos, los débiles, aceptaban los favores, pero nunca los más intransigentes. Cierto que algunos de los hombres la elogiaban, reconocían que no le faltaban agallas. Era mucho mayor que Michael, y para colmo lo había apartado de la bebida; ahora solo bebía vino, vino de mesa.

Una semana antes de la boda, la pareja se presentó en el pub del pueblo, hábito que habían abandonado, e invitaron a una ronda. El tendero, haciendo el brindis, les dio la bendición en nombre de todo el pueblo. La gente aplaudió y alguien entonó una canción. Entonces Bidy, un poco achispada, dio unos toquecitos en el vaso con el anillo de compromiso y anunció que quería recitar algo. Sin más dilación se puso en pie, esbozó su sonrisa de niña pilla, se pasó la lengua por los labios —otra costumbre suya— y declamó un poema titulado «La gente hablará». Se trataba de un ataque frontal a todas esas personas malvadas y envilecidas que envidiaban su leve

florecimiento. Quizá esta osada provocación fue lo que causó estragos durante las semanas siguientes, y de hecho muchos así lo aseguraban. De haberse confiado a algunas vecinas del pueblo, podría haberse salvado, pero no se confió con nadie; se mantuvo distante en compañía de su hombre, con los ojos centelleantes, con la felicidad asegurada.

Nunca salió a la luz quién difundió el rumor, pero de pronto se corrió la voz, el secreto que llevaba años al acecho: que su marido no se había ahogado por accidente, sino que se había quitado la vida. Estaba en tal aprieto que no había visto otra salida. Aquella tarde el marido de Bridget fue a los embarcaderos, tras otra espantosa bronca con ella, con papel y boli en el bolsillo, y escribió una nota de despedida. La llevaba en el pantalón antes de que se la entregaran a ella. ¿Por qué si no estuvo la Viuda bramando tres días enteros, se preguntaban, y por qué no se halló en condiciones de acudir al entierro ni a la misa solemne por su difunto marido? ¿Por qué si no se había recuperado tan pronto, sino porque era una ramera perversa y desalmada? El director de la fábrica de lácteos, vaticinaban, sería el chivo expiatorio una vez que intercambiaran los votos matrimoniales. Primero lo susurró una persona, luego otra y después otra; la historia fue pasando de casa en casa, de boca en boca, y no tardó en llegar a los horrorizados oídos de la propia Bridget. Por si fuera poco, una mañana recibió una carta anónima que decía que su futuro marido se enteraría de su secreto muy pronto. La echó a la estufa y luego trató en vano de rescatarla de las llamas. Por suerte, Michael no había bajado todavía y dormía en su cuarto. Fue entonces cuando cometió el primer error: fue por ahí intentando sobornar a la gente, pidiendo que no comentaran tan terrible rumor, que no le dijeran nada a Michael, que por el amor de Dios no le dijeran nada. Cuanto más se empeñaba en acallar las habladurías, más se convencían los vecinos de su culpabilidad. Perdió toda compostura. Se la veía salir descalza o en camisón al encuentro del cartero, para interceptar cualquier otro comunicado desagradable.

A partir de aquella mañana no se atrevía a dejar que Michael fuera solo a ninguna parte, por si alguien se iba de la lengua. Sabía, o al menos se aferraba a esa esperanza, que nadie del trabajo asumiría el riesgo de hablar, por temor a que lo despidieran al instante. Pero la calle, o el trayecto a misa, o el pub, eran zonas de peligro, y durante semanas fue con él a todas partes, de modo que Michael empezó a manifestar señales de impaciencia y le decía que era peor que una lapa, todo el día pegada a él. Bridget, que tenía mucho mejor aspecto desde el compromiso, se desmejoró sobremedida y volvió a ser como antes: una vieja pelleja con el pelo ralo y la piel demasiado amarillenta.

Michael notaba que estaba alterada, pero no comprendía el motivo. Al parecer le dijo a la joven mantequera que a su parienta le había entrado el canguelo y que cuanto antes se casaran, mejor. En el momento mismo en que él pronunciaba esas palabras, su futura parienta estaba agarrándose a un clavo ardiendo. Se confió al tendero, quien le aconsejó que hablara con

Michael, pero ella se vino abajo y volvió a alterarse, desconfiando de su único amigo. «¿Por qué no agarras el toro por los cuernos y se lo cuentas sin rodeos?», le había dicho él. No podía hacerlo. La dejaría plantada. ¿Acaso no había plantado ya a una chica más joven y guapa, y no se atormentaba Bridget por la posibilidad de correr la misma suerte? Fue entonces cuando se acordó de la anciana que vivía enfrente de ella y su marido y luego se había mudado al campo. Recurriría a aquella mujer, que daría fe de que jamás había oído una palabra más alta que otra, y que de hecho Bridget y su primer marido solían sentarse en el porche soleado por las tardes, entre los geranios y las begonias, y cogidos de la mano se hablaban en susurros y se hacían carantoñas.

Entonces hubo una pequeña tregua. Michael decidió irse una semana a casa de sus padres, una decisión que fue como agua de mayo. Se reunirían en Limerick con unos cuantos familiares y se casarían en la iglesia de los agustinos. Uno de los frailes, amigo de Michael, ya lo había organizado todo. Debido al episodio del incumplimiento del compromiso anterior, sería una boda sin alharacas.

Antes de irse, Michael abordó la situación. Sentó a Bridget en el silloncito que había junto al fogón de la cocina, donde con frecuencia, con mucha frecuencia, bromeaban y se hacían mimos. Le preguntó si estaba pensándose mejor, si tal vez no le amaba. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Le dijo: «No, no, Michael... no». Estaba tan enamorada, confesó, que le daba miedo que todo se fuera al traste. Entonces él la besó y la reprendió por ser tan boba y bailaron un vals por toda la cocina, haciéndose promesas que cumplirían de casados, como por ejemplo poner una claraboya en la cocina y comprar un fogón nuevo para que ella no tuviera que ensuciarse los dedos con la ceniza y la escoria. Michael le dijo que adoraba sus manitas, y se las besó. «Ñam, ñam», dijo, como si se las estuviera comiendo, como si fueran tartaletas de confitura.

Como más tarde le dijo al tendero, tuvieron una despedida de ensueño. Él intentó sonsacarle lo que pensaba ponerse para la boda, pero ella se hizo la sueca. «Me hice la sueca», afirmó Bridget, y contó que fue al piso de arriba para coger el viejo cuello de zorro, con su hociquito zorruno y sus ojos pequeños y brillantes, y lo amenazó con él, exclamando: «Au, au, au». Jugaron al escondite, rieron, se tomaron el pelo mutuamente, pero bajo ningún concepto lo dejó acceder a la habitación donde ella guardaba el ajuar, junto con el traje de tul, los zapatos de satén, las pilas de bragas por estrenar y el batín nuevo de piel de borrego. La despedida fue tan tierna que Michael llegó a plantearse cancelar el viaje: «¡Qué caramba, ya soy mayor de edad!». Pero ella lo convenció, insistió en que tenía que ir. Sabía que era fundamental que se alejara de allí, donde cualquier chismoso podía decirle: «Tengo entendido que tu futura mujer empujó a su primer marido al suicidio». No podía asumir ese riesgo. Aunque ella nunca se lo dijo, algo en Michael le recordaba a su primer marido. Los dos eran aniñados y cariñosos, y ambos tenían mal pronto pero enseguida se disculpaban, le ponían una tabletita de chocolate o un pañuelo encima de la

almohada para hacerse perdonar. Los quería de un modo muy similar —el mismo modo efusivo, dicharachero, pueril con que amó en la veintena— y milagrosamente su amor era correspondido.

El día después de la partida de Michael, Bridget fue a ver a la anciana. Estaba contenta cuando paró en el pueblo a poner gasolina. Incluso le dijo al joven empleado del surtidor que estaba pensando en dar una fiesta y le preguntó si le gustaría acudir. «Ya lo creo», declaró haber respondido él.

Ninguno de nosotros supo jamás cómo fue el encuentro con la anciana, porque sucedió en el trayecto de vuelta. Era un tramo traicionero de la carretera, siempre lo había sido; había una curva, que se enderezaba y luego se bifurcaba de pronto y se ondulaba bajo un tupido dosel de hayas. Se habían estrellado allí tantos coches y camiones que la gente decía que el tramo estaba maldito. Durante un tiempo vivió cerca una bruja, una bruja que desafiaba a la jerarquía eclesiástica y elaboraba curas paganas a base de hierbas. La gente se preguntaba si la causa de tanta fatalidad no serían las secuelas de la bruja, y más de una vez los curas habían rociado agua bendita en el lugar.

El accidente se produjo cuando ya había caído la noche. Bridget fue a ver a la anciana y luego pasó por un hotel del pueblo más cercano para tomar algo. Quizá la parada en el hotel fuera para celebrar, para disfrutar por vez primera de la alegría, así como la certeza, de su porvenir. Tal vez la anciana le dijera: «Yo les contaré lo felices que erais Bill y tú», o llorara, recordando aquellos tiempos en que no era tan vieja, cuando no tenía cataratas, cuando la simpática pareja la invitaba a tomar una cerveza o una taza de té en su casa. O tal vez la anciana lo hubiera olvidado casi todo y se limitara a temblar y mirar al vacío. Pasara lo que pasara, nunca se supo, pero en el hotel donde Bridget se tomó la ginebra con zumo de lima y compró la bolsa de patatas charló con el dueño y le pidió una tarjeta, asegurándole que volvería a cenar alguna noche con su marido. La localidad, afirmó, le había traído buena suerte, y sentía que le debía una pequeña recompensa. Media hora después estaba empotrada contra un árbol, el coche levantado por la parte de atrás, igual que un animal, y ella con la cara en el salpicadero, ladeada, y los ojos abiertos como platos.

Unos obreros que habían estado asfaltando la carretera oyeron el chirrido del accidente y salieron corriendo de un pequeño remolque donde se preparaban la cena. Ninguno la conocía. Dos de ellos se quedaron allí mientras el tercero se acercó al pabellón de una casona para preguntar si podía usar el teléfono. La señora del pabellón era un poco rara y no quiso dejarlo entrar, así que el hombre tuvo que ir a la casa, y pasó largo rato hasta que llegaron la ambulancia y los guardias. Pero todos coincidieron en que había muerto en el acto. La llevaron al hospital más cercano, donde una enfermera joven la vistió de blanco. Al día siguiente, los asistentes al funeral se quedaron sorprendidos, por no decir horrorizados, de que tuviera la cara tan suave y

bonita, sin cortes ni tajos. Era porque la habían maquillado, declararon, la habían maquillado a la perfección; qué escándalo, embellecer un cadáver.

Michael se arrodilló a su lado y bramó sin medida, como bramara ella tiempo atrás, disipando cualquier duda de que la amaba con pasión. En el cementerio intentó hablar con ella, intentó impedir que bajaran el ataúd. Ahora ya lo sabía todo; conocía la situación y no podía hacer nada. Bridget tuvo un gran funeral, pero bajo las oraciones y los susurros se murmuraba que estaba borracha perdida cuando se subió en el coche. Decían que había quedado desfigurada, pero que una enfermera estúpida la había puesto presentable, había manipulado la verdad, la había mandado con su creador con aquel camuflaje monstruoso; una niñata, tan disoluta como la propia Bridget.

## Tormenta

El sol confería a los campos desnudos el lustre del heno madurado. Es lo que atrae a la gente, el sol y el paisaje; cordilleras de montañas, cumbres resplandecientes, un cielo casi sin nubes, el abanico de azules del mar en su incesante titilar, como una bandeja llena de joyas. Sin embargo, Eileen quiere irse a casa; para ser más precisos, se arrepiente de haber venido. Su hijo Mark y la novia de este, Penny, se han convertido en unos desconocidos para ella, y pese a que conversan y van a la playa y salen a cenar, hay tensión entre ellos. Eileen pondera aquí su edad y su distanciamiento de una forma mucho más dolorosa que estando en casa, y se siente perdida sin el sostén del trabajo y los amigos. Ve defectos en Penny que antes le habían pasado inadvertidos. Le fastidia que una chica de veinte años esté tan segura de sí, le fastidia la concienzuda languidez con que se aplica el bronceador, asegurándose de que cubre hasta el último centímetro de su cuerpo, dándose la vuelta después y suplicándole a Mark que se lo extienda por toda la espalda. Otras veces se vuelve huraña y se parapeta tras un voluminoso libro de bolsillo con la imagen de una chica tocada con una papalina de gasa en la cubierta. Y eso no es todo: cuando salen a cenar, toquetea los cubiertos o los saleros, se muestra ridículamente escrupulosa con la comida y da a probar cosas a Mark como si fuese todavía un bebé.

La tercera noche Eileen no consigue dormir. Siguiendo un impulso se levanta de la cama, se pone una rebeca y sale a la terraza para urdir una estrategia. Ha bajado la niebla, es tan densa y opaca que Eileen no distingue las columnas y tiene que avanzar como una sonámbula para abrirse camino hasta la balaustrada. En algún punto de esta esfera de blancura lechosa chillan las gaviotas, unos chillidos que poseen una cualidad sobrenatural por la incapacidad de Eileen para ver sus siluetas. Pocas horas antes, los cielos eran de un azul profundo, susurrante, cuajado de estrellas; el entorno resultaba cautivador; la noche, balsámica y delicada. De hecho, Penny y Mark se habían sentado en las hamacas a observar las constelaciones con la esperanza de ver una estrella fugaz y poder pedir un deseo juntos. Eileen se había acomodado un poco aparte, lamentándose de no haber sido jamás tan joven ni tan despreocupada. Ahora, de nuevo en la terraza, escudriñando la espesura de la niebla y enervada por las gaviotas chillonas, se hace la

firme promesa de volver a su casa. Se inventa una excusa, que la han llamado para que participe en un jurado; luego, como una sonámbula, vuelve a tumbada a la cama.

Pero al día siguiente se descubre tumbada en la playa junto a ellos, abrasándose bajo un sol inclemente. Se produce una pequeña tragedia: Penny ha perdido un anillo y Mark rebusca en la arena. Cava y cava, igual que haría un niño, hasta que coge una palita de juguete olvidada y hace hoyos profundos, más profundos de lo necesario. Repasa las zonas que ya ha peinado. Penny está llorando. El anillo se lo había regalado Mark, una amatista. A Eileen le gustaría ayudar, pero Mark dice que él sabe dónde ha buscado ya y que es mejor que lo deje a él. Penny relaja los dedos largos y elegantes y recuerda cómo se le ha escurrido el anillo. Mark gasta una pequeña broma, dice que es una pena que no lo hubiera dicho en ese preciso momento, porque así podrían dar con él. Otros los observan, suponiendo que han perdido dinero. Penny le ruega que pare, le dice que es evidente que tenía que ser así y alude a una posible mala suerte. Mark se coloca en otro sitio.

—Ahí no puede estar —advierde ella, casi tajante.

Eileen ve que su hijo sonrío. No lo ve recoger nada, pero poco después se planta junto a Penny, se arrodilla y escenifica de nuevo el ritual de ponerle un anillo de compromiso. Penny emite un grito de alegría e incredulidad, dice que no puede creerlo, y una oleada de calidez y aturdimiento se apodera de ellos. Mark se pone entonces a contar anécdotas de la vida universitaria, peleas en que ha participado, líos en que se ha metido, la policía que lo para cuando va en moto, etcétera, como si el alivio de encontrar el anillo eliminara cualquier diferencia implícita entre ellos.

A última hora de la tarde vuelven al chalet y hablan de dónde ir a cenar. Penny decide cortarse el flequillo y se instala en la mesa de la cocina empuñando unas tijeras enormes, las únicas de la casa, mientras Mark le sostiene un espejito con forma de concha. A veces Penny se apunta a las sienes con las tijeras, de guasa, o le corta a él un pelillo por encima de la oreja, y bromean sobre quién de los dos es más cobarde. Después los mechones de pelo rubio caen sobre la mesa, pero Penny no hace amago de recogerlos. Se toman algo y las guedejas siguen ahí, ya secas y exquisitamente rubias. Al final las quita Eileen, ofendida, incluso mientras lo hace.

Cuando llegan al restaurante los relegan a una terraza y les dicen que tienen que esperar.

—*Aspetta...*, *aspetta* —les repite el camarero, aunque el significado está ya claro.

Eileen lo percibe todo con una nitidez terrible, como si alguien hubiese apartado un velo de su cerebro: las sillas de metal centellean como sillones de dentista, un caño que sobresale por debajo de la terraza arroja residuos al mar mientras un perro mestizo ladra a los desechos con un júbilo indecoroso. El camarero les lleva tres vasos altos de Campari rojo con soda.

—A mí esto me sabe a enjuague bucal —dice Penny, llevándose una de las pajitas a los labios.

Eileen está haciendo todo lo posible por mostrarse agradable, pero se siente a punto de estallar. Primero cuenta atrás desde cien, luego da un sorbo de su vaso, sin usar pajita, y sigue contando y se pregunta si ellos también son conscientes del distanciamiento. Tiene intención de anunciarles que se marchará antes de lo previsto, pero cada vez que está a punto de hablar se produce alguna distracción: Penny pide otra pajita, o el perro acude a su mesa, o aparecen dos personas vestidas idénticas y con un corte de pelo similar, de género misterioso.

De regreso al chalet, después de la cena, sucede. Es algo inesperado, asombroso. Eileen no entiende cómo ocurre, pero ocurre: una palabra cortante, y otra, y otra, y luego la erupción.

—¿Todo bien por ahí detrás? —pregunta Mark.

—Sí —responde Eileen.

—¿No vamos muy rápido? —insiste él.

—Si Penny fuese demasiado rápido, le diría que frenara un poco.

—Ja..., de poco iba a servir —interviene Penny—. ¡La mandaré a hacer autoestop!

Eileen se ofende. Percibe en el comentario insolencia, antipatía, descaro. De pronto habla de prisa, con torpeza, y se oye diciendo cosas crueles, aludiendo al humor cambiante de ambos, a los pelos en la mesa, al precio del chalet, al precio del coche en que circulan, horrorizada consigo misma por pronunciar esas palabras. Ellos, en cambio, están completamente inmóviles, y el único cambio que advierte es la mano de Mark sobre la de Penny. Al final Eileen se calla, agotado el arrebató, y continúan sin mediar palabra. Cuando llegan a la casa, se apean con torpeza, y Eileen los ve dirigirse al chalet con aire de cansancio y derrota. Aprieta el paso, para intentar arreglar las cosas.

—Tenemos que hablar —le dice a Mark, tocándole la manga.

Él se zafa como si su madre fuese una alimaña. Le toca a él explotar. Su cólera es feroz, y Eileen se da cuenta de que un chico que ha sido tranquilo y afable toda su vida está maldiciéndola con violencia. Penny se agarra a él como si fuese un mástil, rogándole que no se enfade, y se produce un contraste aterrador entre la tierna súplica de sus sollozos y la rabia de las palabras con que Mark censura a su madre. Ella también lo mira, rogándole que pare, y ve que tiene los ojos del color de la sangre recién derramada. Ha dictado sentencia sobre ella para siempre. Un millar de recuerdos desfilan ante los ojos de Eileen en el momento en que suplica que la deje explicarse. Él no quiere oír nada más. Cuando concluye su exhortación, se lleva a Penny hacia la puerta abierta y salen juntos, bajan los escalones y cruzan el camino de la entrada. Eileen sabe que llamarlos es inútil, y, sin embargo, los llama. Cuando desaparecen, se pone a dar vueltas por la cocina y hace algo que sabe absurdo: se pone un delantal y friega los vasos que estaban en la pila antes de que salieran. Los sumerge en agua con jabón, los enjuaga con agua

caliente, luego con agua fría, y los seca hasta dejarlos tan secos que oye el zumbido del paño contra el cristal.

La cocina se sume en un silencio total. A través de la ventana abierta, Eileen oye el movimiento de las aguas y el chasquido de los cordajes de los pocos barcos que se mecen con la brisa. Aguarda tanto el ruido del motor al ponerse en marcha como el del regreso de Mark y Penny. Se cepilla el pelo, deambula por el dormitorio, consulta el reloj de la mesilla y aguza el oído. Al cabo de una hora se desviste y apaga la luz con la creencia de que la casa a oscuras y la confirmación de que se ha metido en la cama los hará volver. Se tumba, reza —algo que lleva años sin hacer— y los oye entrar de puntillas, y sin pensárselo se precipita al pasillo y en un arranque les pide perdón y les dice que se ha dejado llevar por la locura. Alude a un golpe de calor, como una tonta, y ellos intercambian una mirada, descompuestos y mortificados.

Por la mañana los tres se levantan antes de lo acostumbrado y Eileen se da cuenta de que, como ella, no han dormido. Están callados; se muestran extremadamente atentos y correctos, pero están abochornados. Les pide un favor: les recuerda que llevan días planeando salir a navegar y les pregunta si podrían ir hoy, pues le iría bien pasar el día sola. Ellos se sienten aliviados y ostensiblemente contentos, y sin tocar siquiera el desayuno se levantan y empiezan a preparar sus cosas: toallas, bañadores, el bronceador y una botella de agua por si, como dice Mark, naufragan. Eileen sale a despedirlos cuando se marchan con el coche. Una vez que se han ido, entra de nuevo en la casa, prepara otra tetera y se sienta a la mesa, abatida. Más tarde hace su cama y cierra la puerta del cuarto de ellos; no se atreve a entrar, o no quiere. El suelo del dormitorio está sembrado de ropa: un vestido rosa de gasa, unos zapatos plateados, una pamelita y, lo más doloroso de todo, un osito de peluche raído que pertenece a Penny.

Eileen recoge las botellas vacías de agua de Seltz y las lleva al ultramarinos del pueblo para obtener un reembolso. Ha cogido el diccionario a fin de facilitar la transacción. Unos niños se bañan y chapotean en el puertecillo mientras sus madres, sentadas en toallas grandes de vivos colores, hablan a voces y chillan de vez en cuando a los críos. No es del todo una playa, sino más bien un puerto con unos pocos barcos de pesca y una franja de arena patética y diminuta. Una vez devueltas las botellas, se desvía y se sienta al lado de las madres, sin entender ni una palabra de lo que dicen. Hay niños por todas partes: niños que se tiran al agua, niños que salen y piden que los sequen, niños con burbujas de plástico que parecen huevos atadas a la espalda para poder nadar, niños mojados y resbaladizos como anguilas, tiritando. Dos niños pequeños con bañadores rojos de sirsaca se disputan una cuerda, y cuando Eileen sigue la línea de la cuerda con la vista descubre una cometa, muy arriba, aleteando al viento. El hilo finísimo que la retiene le sugiere ese otro hilo finísimo que hay entre una madre y un hijo y siente como si por fin se le revelase del todo el significado de la maternidad. Aunque no sabe nadar, decide darse un baño. Cree que

así se calmará, que solo está agitada por el calor. Vuelve corriendo a la casa para coger un bañador y una toalla, y por el camino se convence de que Mark y Penny han regresado.

—¡Yujuuu! —exclama en el momento en que entra en la cocina, y a continuación se dirige al cuarto de los dos y llama con cautela.

Al no obtener respuesta, entra y se pone a hacerles la cama. Aparta la colcha con un gesto brusco, sacude el colchón y hace la cama despacio y con paciencia, doblando incluso el embozo de la sábana, como en los hoteles. Luego recoge las prendas del suelo y las cuelga en el armario ya abarrotado. Se fija en que Mark ha traído dos trajes oscuros, uno color crema, varias americanas e incontables pares de zapatos de piel. Se pregunta qué clase de vacaciones se había imaginado y de pronto cae en la cuenta de que han debido de ser un fiasco también para ellos. Se debate entre la vergüenza y la rabia. Tendrían que haberla entendido, tendrían que haberse disculpado, tendrían que haber mostrado más comprensión. Está sola, la han abandonado hace poco, ha soñado con su amante y su mujer en un columpio, balanceándose por el aire, un par de criaturas privilegiadas, seguras. Grandes lagrimones le resbalan por las mejillas y el cuello, y en el momento en que llegan al esternón se estremece. Las lágrimas la ciegan de tal modo que las baldosas rojas se le antojan onduladas, las rosas de la colcha flotan como en la superficie de un lago y los ojos perlados del osito le lanzan destellos de malicia. Irá a nadar, o lo intentará; tiene que disipar este frenesí.

En el puerto se quita el vestido por la cabeza con timidez y, con una vergüenza considerable, se pone los manguitos. Son de plástico azul y exhiben el llamativo logo de una marca de bronceador. De pie en la orilla hay un chico de unos dieciocho años con un balón de fútbol emitiendo unos sonidos guturales indecorosos. Es retrasado. Eileen se da cuenta por su forma de mirar. Intenta no hacerle caso, pero ve el balón venir hacia ella en el momento en que hace su audaz entrada en el agua. La pelota le golpea en un hombro, Eileen pierde el equilibrio, se tambalea y tarda un segundo en volver a erguirse. El retrasado la mira fijamente e intenta decirle algo, con los labios llenos de una saliva espumosa. Ella mira a lo lejos mientras se quita los manguitos, fingiendo no percatarse de su presencia. Él avanza hacia Eileen, alarga una mano e intenta en vano agarrarla, pero ella es más rápida. Sale corriendo del agua, se coloca contra una roca y se envuelve en una toalla marrón inmensa y mullida. Él la sigue. Lleva al cuello una cadena con una medalla de plata con un grabado azul de la Virgen María. Tiene la piel de un tono caoba. Se le acerca e intenta decirle o sugerirle algo, y Eileen, temblorosa bajo la gran toalla marrón, le dice en su idioma que se marche, que se largue. «Fuera» dice, y agita el dorso de la mano para confirmar que va en serio. Entonces una de las mujeres lo llama, insultándolo, y el chico regresa al agua silenciosamente, lanzando el balón al azar.

En la casa se obliga a comer algo y empieza a admitir la gravedad de la situación. Se da cuenta de que Mark y Penny se han ido. Se los imagina buscando una habitación barata en otra zona de

la isla, o quizá comprando una tienda de campaña y decidiendo que dormirán en la playa. Colonias de hormigas saquean de su plato los restos de carne amarilla y rosa adherida al hueso de un melocotón, con una diligencia tan absoluta que Eileen se ve obligada a apartar la vista.

Sale apresuradamente, ataja por un campo y unos matorrales y llega a la pequeña iglesia blanca de la colina. Es como una colmena, y al ir hacia ella piensa que su angustia disminuirá en cuanto entre, en cuanto se arrodille y se prosterne ante su Creador. La puerta está cerrada con llave; aun así, gira el pomo negro de hierro en todas direcciones. Rodea la iglesia y descubre que la puerta lateral también está cerrada, y entonces, al intentar encaramarse a la pared de guijarros para asomarse por la ventana, pierde pie y se raspa la rodilla. Adopta un aire de disculpa por si alguien la ha visto, pero no hay nadie. Solo hay un romero maltrecho y varios cascotes de botellas, vestigios de una borrachera reciente. Arranca unos pocos tallos de romero para ponerlos en el cuarto de Mark y Penny.

—Me comporto como si fueran a volver —dice mientras busca flores silvestres.

Al bajar de la capilla vuelve a asaltarla la visión de unos niños, niños descansados tras la siesta que pedalean frenéticamente en triciclos y bicicletas, niños que alborotan por las calles, seguidos por una segunda pandilla con plumas en el pelo, blandiendo arcos y flechas. Eileen camina de manera mecánica, y sus pasos la alejan del pueblo, la adentran en un bosque. Es un bosque joven y los pinos aún no han alcanzado una altura considerable, pero el olor es agradable, igual que el frufú de las agujas rojizas. De vez en cuando aguza el oído esperando percibir un coro de pájaros, pero se da cuenta de que no hay aves, y oye en cambio el susurro distante del mar. Algunos árboles están debilitados, son poco más que unos tocones grises y pelados, secos y deshojados. Le recuerdan a su rabia y de nuevo rememora la escena de la noche anterior, una instantánea que ha quedado grabada en su retina.

Tres chavales en sendas motos entran en el bosque y lo atraviesan como si trataran de destruirse a sí mismos y a toda criatura viviente. Son como un clan en guerra, y gritan conforme avanzan hacia ella. Eileen corre hacia un matorral, se agacha y se esconde detrás de los árboles para que no la vean. Oye sus gritos y cree que están llamándola, y ahora a cuatro patas empieza a gatear entre la maleza, abriéndose camino por una senda oculta para regresar al pueblo. Los arañazos no importan y tampoco que se le haya desgarrado la ropa; su única preocupación es volver a donde está la gente, escapar a los estragos de los jóvenes y a su locura creciente. Mientras vuelve, la luz cambia y los árboles empiezan a mecerse igual que ramas flexibles. Se ha levantado viento y en el pueblo las casas ya no son de un blanco cegador sino parduscas, como si les hubiesen robado la luz. Por la calle ruedan tapas de cubos de basura y no hay ni un alma, ni niños ni adultos. Todos se han metido en sus casas para protegerse de la tormenta. En el agua los barcos parecen las bolas de un árbol de Navidad, indefensos ante la tormenta que está gestándose. En la terraza

se han volcado las hamacas y el pequeño tendedero plegable con los paños tendidos. Cuando va a recogerlos, la mesa con sombrilla se cae hacia delante y le da un topetazo. Su mente solo puede lanzarse a una única conclusión: ve a Mark y a Penny en un velero, a Penny haciendo aspavientos, a Mark brincando y tirando de las velas, tratando en vano de conducirlos a resguardo. Eileen no sabe dónde viven los padres de Penny y corre hacia el cuarto de ambos para buscar su pasaporte. La cara guapa e infantil que la mira desde la foto parece querer decirle algo, suplicarle, pedirle clemencia. Los ve en medio del océano, separados por las olas, como los desdichados amantes de un cuento mitológico. Acto seguido se dice que Mark es buen marinero y que sabrá ponerse a salvo. Entonces se pregunta en voz alta dónde los enterrará, olvidando que los declararán desaparecidos en el mar.

—Qué estupidez... Qué estupidez... —grita una voz que es la suya, insistiendo en que los isleños no alquilarían un barco en un día así.

Va de cuarto en cuarto, cerrando puertas y ventanas contra un temporal que se desboca como una bestia. De pronto oye un golpe y, adoptando una fingida compostura, se precipita a abrir la puerta y descubre que no hay nadie. Escudriña la negrura del exterior y le parece que el lamento del viento es un heraldo de la muerte.

Las horas discurren lentas, unas horas en que Eileen pasa por todas las fases de la duda, el repunte del ánimo, el terror y, por último, la desesperación. Recuerda un millón de cosas, momentos de la niñez de su hijo, su deseo de arrancarse las pestañas largas y rizadas para regalárselas a ella, un pequeño xilófono de colores que tuvo, cromos que coleccionaba y ordenaba con mimo bajo pliegues de papel amarillo transparente. Ve a Penny, alta y espigada con sus vaqueros ajustados y su camiseta rosa con perlititas en la pechera, los destellos de sus ojos, su actitud premurosa ante cualquier capricho de Mark.

A las siete sale en busca de un restaurante, convencida de que así acelerará el regreso de su hijo y su novia. Se aferra al optimismo. Volverán; es más, volverán hambrientos. El restaurante está vacío, de modo que puede elegir entre varias mesas. Se decanta por una junto a la ventana y contempla el mar, que ya no está revuelto pero sí gris y ceñudo debido a la tormenta. En realidad, Eileen se da cuenta de que no aguanta el mar y cambia de sitio enseguida. El dueño y su hija, que están arreglando otras mesas, se encogen de hombros. No es bien recibida. Para empezar, porque ha llegado demasiado temprano, y encima anda enredando. Pide una botella del mejor vino. La hija se lo trae y le sirve también un plato con aceitunas verdes. Por momentos, cada vez que oye pasos, Eileen hace amago de levantarse para recibir a Mark y Penny, pero son otros camareros que entran a trabajar y se quitan las chaquetas mientras atraviesan la sala. El restaurante adopta una apariencia festiva. La hija dobla las servilletas dándoles forma de fez y las coloca en una bandeja junto a unos jarroncitos con una rosa cada uno. La música de guitarra es demasiado estridente y Eileen pide que la bajen, pero no le hacen caso. Sí, reconoce que Penny y

Mark son unos desconsiderados por estar tanto rato fuera y no volver para el aperitivo previo a la cena; no obstante, no los regañará, los recibirá con alharacas. Ya ha preguntado si tienen langosta y ha pedido que le aparten tres.

—Pero ¿y si no vienen? —se pregunta en voz alta, como si se dirigiera a otra persona.

La hija, que definitivamente no la soporta, la oye y susurra algo a su padre. Eileen se plantea entonces preguntas irracionales, tales como si debería comer si no han llegado a las ocho, ocho y media como muy tarde, y si tendrá que pagar las tres langostas si no aparecen. Abre el monedero y examina los cheques malva, pasándolos con un dedo, preguntándose si tiene dinero suficiente para sufragar los gastos que sin duda recaerán sobre ella.

Tan pronto como apura la primera copa de vino empieza a llorar, y el dueño, que hasta entonces le tenía ojeriza, se acerca a la mesa y le pregunta qué pasa.

—*Morto* —dice ella al levantar la mirada, y el hombre entonces se muestra solícito y le pide en un inglés chapurreado que le explique lo que ha pasado—. *Il mare* —añade, y asiente e infla los carrillos y emite bocanadas para describir la furia de la tormenta.

Al oír la historia, el hombre aparta la botella de vino y pide a su hija, Aurora, que traiga el coñac. Eileen se da cuenta de que la situación debe de ser muy grave, de lo contrario no habría pedido el coñac. Recuerda una muerte por ahogamiento que se produjo en su aldea, el dolor y el horror, la oscuridad que cayó, y aunque no entiende todo lo que el dueño del restaurante le dice, capta lo esencial y se retuerce las manos de puro terror. El hombre se dirige a la barra y marca un número de teléfono sin dejar de mirar a Eileen por si le da por hacerse daño. Entonces, en cuanto descuelgan al otro lado de la línea, se gira y habla apresuradamente, haciendo que Eileen se ponga en lo peor. Vuelve atusándose el bigote con orgullo y en un inglés vacilante le anuncia que el equipo de salvamento no ha tenido noticia de ningún accidente en el mar.

—Valor, valor, valor —le dice, convencido de que la angustia se transformará en risas de un momento a otro.

En torno a las nueve Eileen decide volver a la casa y el hombre le asegura que reservarán una mesa para los jóvenes hambrientos. Entonces va a la carrera hasta la barra, coge dos rosas de un jarrón y se las entrega con gallardía, junto con su tarjeta.

El chalet está oscuro, más que una tumba, y Eileen entra apresuradamente y enciende todas las luces.

—Vendrán de aquí a cinco minutos —dice, muy convencida, e incluso se atreve a mirar las arácnidas manecillas del reloj de pared.

No vienen. No van a venir. El dueño del restaurante es su único amigo. La ayudará con las formalidades, hablará con la policía por ella, se encargará de que intervengan los buzos. Pero luego ¿qué? ¿Qué pasará después?, pregunta con voz trémula. Con cada nueva confesión siente

que su delirio ya no puede ir a más y que la sobrepasa, y, sin embargo, cuerpo y mente se lanzan en picado al siguiente minuto de espanto. Da vueltas alrededor de la mesa tocando su superficie, se mete en el baño, sale, y de nuevo rodea la mesa, y luego entra en los dos cuartos, primero en el suyo, después en el de ellos, y aparta las colchas ceremoniosamente, como para una pareja en su noche de bodas. El reloj y los grabados en madera de la pared están torcidos y se dispone a colocarlos bien. Entonces empieza a redactar una carta para el dueño del chalet, que reside en Madrid, explicándole por qué ha tenido que irse antes de lo previsto. Al hacerlo, admite que ha ocurrido lo peor. Ahora está muy tranquila y su letra es tan diáfana como la de una niña. Piensa en los padres de Penny, a los que no conoce; prevé su dolor, su conmoción, su rabia, su incredulidad. ¿Cómo han podido perder a una hija así, Penny, Penelope, la alegría y la luz personificadas? Su padre, miembro del ejército, seguramente se lo tomará mejor, pero ¿qué será de la madre, esa señora con sobrepeso que Penny describía como una vidente? Puede que lo sepa ya, puede que haya visto a su hija en las profundidades del océano, entre peces predadores. Entonces, con un dolor tan intenso que parece prohibido, ve a Mark con los ojos inyectados en sangre y recuerda su repudio.

Unos faros iluminan el camino de la entrada y Eileen se recompone, convencida de que es la policía, pero según se levanta oye el bocinazo cordial con que siempre saludan Mark y Penny. De repente se siente ridícula. Los chicos entran, radiantes, desaliñados y rebosantes de novedades. Le cuentan que han conocido a un inglés con un detector de metales que les ha dado una vuelta por toda la isla, les ha enseñado unas ruinas y unas sepulturas, y que más tarde han estado en un hotel y se han bañado en la piscina, escondiéndose debajo del agua cada vez que pasaba un camarero. Están ebrios de felicidad.

—¿Habéis salido a navegar? —le pregunta a Mark.

—Sí, pero la cosa se puso peligrosa —responde Mark, adivinando el miedo que ella ha debido de pasar.

Penny y él le hablan de un restaurante precioso donde han comido; las mesas en los rincones, los manteles, las flores, la música y, sobre todo, los sabrosísimos platos: cordero dulce, calabacines y patatas guisadas con hierbabuena y mantequilla.

—Mañana por la noche la llevamos —dice Penny sonriendo.

Es la primera vez que se miran desde el arrebato, y Eileen siente ahora que ella es la más joven de las dos y la más insegura, con diferencia. Penny la ha perdonado, lo ha olvidado todo. Durante el día ha estrechado lazos con Mark y está muy entusiasmada.

—Ya hemos reservado la mesa —añade Mark, y apunta a Eileen con un dedo para indicarle que ellos invitan, que quieren darle ese gusto.

—Creo que debería irme a casa —responde ella, lastimosamente.

—No digas tonterías —replica Mark con una mirada cargada de piedad y temor.

Eileen está a punto de hablarle de su día, de la maleza, de los chavales, de la tormenta, de su frenesí, pero los ojos de su hijo, ahora serios y húmedos, le ruegan que no lo haga. Los ojos de Mark le piden que se guarde su dolor, su alarma, para ella.

—¿Qué has hecho tú? —pregunta aun así.

—Uy, de todo, y todo muy bien —dice, y la mentira posee tanto para ella como para él toda la dulzura y frescura de la verdad.

Durante el resto de las vacaciones se comportarán como si nada hubiera pasado, pero, claro, ha ocurrido algo. Los tres han vislumbrado el abismo y han dado un paso atrás, atemorizados por las fuerzas primitivas que acechan allá abajo.

—Mañana... —dice Mark, esbozando su sonrisa habitual.

—Mañana... —repite Eileen, como si no hubiese habido tormenta, ni brecha, como si el mar fuese una cuna que meciera al mundo y lo sumiera en un sueño dulce y candoroso.

## Paraíso

En el puerto estaban los cuatro barcos. Barcos bautizados en honor de un país, una vía férrea, un sentimiento y una chica. Ella los vio por primera vez al caer la tarde. Eran preciosos y apacibles, embarcaciones blancas a cierta distancia unas de otras, mimando el puerto. A lo lejos, una montaña. Lila en aquel instante. Parecía hecha de una sustancia quebradiza, de lo inconsistente que era. Entre los barcos y la montaña, un faro, en una isla.

Alguien dijo que la belleza del faro no tenía nada que ver con la de antiguamente, cuando vivía allí el guarda costero y funcionaba a gas. Ahora en cambio era automático y mucho más luminoso. Entre ellos y el mar había cuatro campos con higueras. Campos secos y amarillentos que parecían exhalar polvo. Ni rastro de hierba. Volvió a mirar los cuatro barcos, los campos, las higueras, el océano afable; miró la casa detrás de ella y pensó: «Puede ser mía, mía», y su corazón dio un leve brinco. Él percibió su agitación y sonrió. La casa ejercía una especie de hechizo sobre quienquiera que la pisaba. La cogió de la mano y la guio por la escalera principal. Peldaños de piedra con una barandilla tambaleante. La parte inferior de cada peldaño, de un azul intenso. «Para», le ordenó él, en el lugar que quedaba en sombras casi al final, y fue a encender la luz.

Un sirviente le había deshecho el equipaje. Había flores en el cuarto. Olieron los pastelitos. En el baño, una urna de cristal inmensa con polvos de talco. Se inclinó sobre el borde y aspiró. Le provocó tres estornudos. Habían sacado de su envoltorio varios óvalos de jabón morado oscuro, y durante varios minutos sostuvo uno en cada mano. Sí. Había hecho bien en ir. No había motivos para tener miedo; él la necesitaba, su gesto y sus manos unidas se lo confirmaban.

Se sentaron en la terraza a beber un cóctel que él había preparado. Era de ron y limón, sumamente fuerte. Uno de los invitados comentó que el ángulo de luz de la montaña estaba en su punto álgido. Él se llevó los dedos a los labios y le lanzó un beso a la montaña. Ella contó las cumbres, trece en total, con una meseta entre las cuatro primeras y las otras nueve.

Las cumbres estaban cerca del cielo. Más abajo, en la pared de la montaña, sobresalían

diversos bultos que creaban sombras sobre los bultos vecinos. Le dijeron cómo se llamaba. En ese mismo momento oyó una pregunta dirigida a una mujer joven: «¿Te interesa María Estuardo?». La joven, con un brillo seductor en la piel, respondió que sí demasiado rápido. Tal vez el brillo fuera producto de un suministro constante de esperma masculino. El hombre tenía la frente ancha y pálida y un rictus mortuorio.

Bebieron. Fumaron. Los doce fumadores tiraban las colillas a las tejas que se inclinaban sobre las dependencias de la granja. Empezaron los relámpagos de verano. Eran esporádicos, silenciosos y levemente teatrales. Parecían concebidos para entretenerlos. Encendían una parte del cielo, luego otra. También había un revoloteo de murciélagos, y sus formas oscuras unidas a los fogonazos azarosos y fugaces de los relámpagos estivales eran una distracción y les proporcionaba algo que señalar con el dedo. «Si yo tuviera un caballo lo llamaría Relámpago de Verano», comentó una de las mujeres, y el hombre que tenía al lado dijo: «Qué bonito». Ella sabía que tenía que hablar. Quería hablar. Tanto por él como por ella. Su mente ejecutaba una pequeña cabriola, se detenía, y ejecutaba otra; las palabras luchaban por liberarse, por decir algo, algo gracioso que la integrase en el grupo. Pero tenía la lengua atada. Seguramente ellos conocían a sus predecesoras. La compararían con minuciosidad, su apariencia, su acento, la forma en que él se comportaba con ella. Sabrían mejor que ella misma lo importante que era para él, si se trataba de algo serio o de un paréntesis. Todos habían leído en las columnas de sociedad cómo se habían conocido; él había ido a hacerse una radiografía y la había conocido allí, la técnica de rayos vestida de blanco, confinada en una habitación a oscuras llena de placas con imágenes de pulmones y aparatos respiratorios.

—Necesitas tomar clases de natación, si no me equivoco, ¿verdad? —le preguntó un hombre, escogiendo el momento en que ella se había reclinado para contemplar un pino muy alto.

—Sí —contestó, lamentando que se hubiera enterado.

—No tiene ningún misterio, lo único que hay que hacer es meterse en el agua y echarse a nadar —añadió.

Qué sorprendidos estaban todos, sorprendidos y divertidos. Le preguntaron dónde había vivido y si era cierto que no sabía nadar.

—No me cabe en la cabeza que haya gente que no nadase de pequeña.

—No me cabe en la cabeza que haya gente que no nade, y punto.

—No tiene ninguna ciencia, solo hay que luchar y luchar.

El sol caía filtrado a través de las agujas verdes y proyectaba juegos de sombras sobre los densos racimos de nueces pardas. Ellos jamás ridiculizan la naturaleza, pensó ella, jamás se atreverían. Él se puso a su lado, acariciándole el hombro pálido y desnudo con una mano. Un hombre que no llevaba cámara fingió tomarles una foto. ¿Cuánto duraría allí? Era la pregunta que todos se hacían.

—Mañana te llevaremos en el barco —anunció él.

Hicieron gorgoritos. Se desvivieron por describirle la embarcación. Competían entre sí para explicárselo. En realidad se dirigían a él. Ella pensó: «Tendría que ser sincera, declarar que no me gusta el mar, que soy más de tierra firme, que me gustan la lluvia y las rosas en un campo, la llovizna que salpica las rosas y la vegetación, y que para mí el mar es tan oscuro como las valvas de los mejillones, y que es sinónimo de catástrofe». Pero no podía.

—Tiene que ser maravilloso —se limitó a decir.

—Es bastante, bastante espectacular —convino él con timidez.

En la cena ella se sentó en un extremo de la mesa con forma de huevo y él en el otro. Seis velas blancas clavadas en candelabros de cristal los separaban. La secretaria había asignado los asientos. Una mujer gorda a la derecha de él llevaba muchas pulseras de plata y un velo de crepé. De entrante tomaron sopa fría. Los aderezos estaban cortados tan pequeños que era imposible identificarlos a simple vista. Ella se descalzó. Un hombre que estaba contando su viaje a la India se explayó demasiado en lo repugnante de la comida. Había ido a ver los templos. Otro, que se desvivía por animar el ambiente, preguntó a los comensales: «¿Cuál es el mejor puerto del Mediterráneo para atracar?». Cada uno tenía su predilecto. Unos escogían puertos que habían sido escenario de cosas emocionantes, algunos se decantaban por otros que fascinaban a quienquiera que se acercara, comparando por curiosidad tasas portuarias; el hombre que había planteado la pregunta los divirtió a todos relatándoles un crucero que había hecho con su hija, del que fue incapaz de desembarcar cuando llegaron a Venecia debido a la borrachera que llevaba. Ella se vio obligada a admitir que no conocía ningún puerto, confesión que los conmovió.

—Iremos a todos —dijo él desde el otro extremo de la mesa— y llevaremos un cuaderno de bitácora.

Los demás lo miraron a él y luego a ella con una sonrisa de complicidad.

Aquella noche, a salvo tras los postigos cerrados, representaron su ritual. Los dos estaban impacientes por llevarlo a cabo. Mucho antes de que les sirvieran el café se levantaron de la mesa y se las ingenieron para quedarse solos, eligiendo el asiento de piedra que circundaba el pino alto. El asiento estaba manchado de la resina transparente del árbol. Las nueces se mecían y emitían un repiqueteo flojo, como de castañuelas. Se quedaron allí sentados el rato que dictaba la cortesía, y luego se retiraron. En la cama ella volvía a sentirse a salvo, unida a él no solo por la pasión y el placer, sino por una implicación más radical. No tenía nombre para aquella emoción enigmática que era más que amor, o quizá menos, pero que no era simplemente sexual, si bien el sexo desempeñaba un papel imprescindible y los mantenía unidos igual que unos alambres mantienen unidos los pedazos de un jarrón roto. Los dos habían sufrido muchas fisuras y por eso amaban con recelosa superstición.

—Qué me das —le dijo él—. Cómo me conoces, todas mis vibraciones.

—Yo creo que estamos conectados por debajo de la piel —repuso ella en voz baja.

Con frecuencia pensaba que él la odiaba por involucrarlo en algo demasiado íntimo. Ahora sin embargo no la odiaba.

Al final tuvo que volver a su dormitorio, porque él se había comprometido a madrugar para ir de pesca con los hombres.

Mientras se despedía con un beso se vio a sí misma en la superficie cromada del termo del café que estaba en la mesilla de él; le devolvieron la mirada unos ojos que traslucían satisfacción y desazón y pánico. Cada vez que se separaba de él esperaba no volver a verlo nunca; cada despedida prometía ser la última.

Los hombres se fueron pasadas las seis; ella oyó las portezuelas de los coches porque no podía dormir.

Por la mañana tomó su primera clase de natación. Habían acordado que la tomaría mientras los demás desayunaban. Habían traído a un monitor de Inglaterra. Ella le preguntó si había dormido bien, pero no dónde. Los sirvientes desaparecían de la casa bien entrada la noche y se dirigían al complejo de edificios bajos. El perro se iba con ellos. El monitor le pidió que se metiera en el agua bajando por la escalerilla de metal. Había avispas y ella pensó que si le picaba alguna se ahorraría la clase. Ninguna se le acercó.

Algunos niños habían estado nadando antes y habían dejado juguetes de plástico: un flotador amarillo del que sobresalía el cuello y la cabeza de un pato. Era un pato con una expresión completamente asqueada. Había también un delfín azul con un nombre pintado, y toda clase de acorazados. Eran los hijos de los huéspedes. Los mayores, todos varones, no hacían ni caso de los adultos y se movían a sus anchas, ruidosos y entrometidos, aprovechando cuanto les ofrecía el lugar; por las noches observaban a los lagartos pacientemente, durante los calores diurnos pasaban horas a remojo y por la mañana temprano recogían almendras, por cuya recolección él les pagaba. Una aleta negra acechaba desde el fondo de la piscina. Ella la miró y la rozó con los dedos de un pie. Fueron sus últimos momentos de autonomía, los momentos previos al inicio de la clase.

El monitor le pidió que se sentara, que se sentara en el agua, como si estuviera en la bañera. Se agachó, y ella lo imitó, despacio. «Ahora tápate la nariz y mete la cabeza en el agua», le dijo. Ella se caló el gorro de baño por debajo de las orejas y la frente para protegerse el peinado y, apretándose la nariz demasiado fuerte, se sumergió. «¿Lo notas?», le preguntó él, emocionado. «¿Notas cómo el agua tira de ti hacia arriba?» Ella no notaba nada de eso. Sentía que el agua se la tragaba. Él le pidió que se quitara el agua de los ojos. Era la amabilidad personificada. Entonces se zambulló, dio unas cuantas brazadas, y se puso de pie, sacudiéndose el agua del pelo

gris. La cogió de las manos y retrocedió hasta que ambos tuvieron los brazos estirados. Le pidió que se tumbara boca abajo y se dejara llevar. Le prometió que no la soltaría. Cada vez que estaba a punto de tumbarse, se detenía en seco: su cuerpo primero y luego su mente se negaban. Tenía la sensación de que si levantaba los pies del suelo ocurriría lo inefable. «¿De qué tengo miedo?», se preguntaba. «De la muerte», se respondía a sí misma, y sin embargo no se trataba de eso. Era como si fuera a vivir una experiencia terrible antes de la muerte real. Pensó que tal vez se tratara de la resistencia que opondría.

Cuando consiguió estirarse durante un desesperado minuto, él saltó de alegría. Pero en opinión de ella, aquella primera clase fue un fracaso. Mientras volvía a la casa se dio cuenta de que había sido un error llevar a un monitor. Creaba demasiadas expectativas. Le imponía que triunfara. Los demás se interesarían por sus progresos, no porque les importara, sino porque, al igual que los relámpagos de verano o el paso de los yates, eran un tema del que hablar. Pero no podía mandar a casa al monitor. Era un señor mayor y nunca antes había salido al extranjero. Estaba fascinado por el paisaje. Tendría que aguantarse. Mientras volvía a la terraza le pareció caminar en el vacío, le pareció que la tierra bajo sus pies le fallaba; como si se meciera, y las rodillas le temblaban incontrolables.

Cuando se sentó a desayunar descubrió que alguien le había pelado un plátano de almendras. Estaban dulces y frescas, evocaban la dulzura y el frescor de una mañana campestre. Sabían a avellanas. Lo dijo. Nadie estuvo de acuerdo. Nadie estuvo en desacuerdo. Algunos leían la prensa. De vez en cuando alguien leía un artículo en voz alta, algún artículo entretenido sobre un conocido que había cometido una tontería digna de aparecer en el periódico. Los niños miraban el termómetro y discutían acerca de la sombra alargada del reloj de sol. La temperatura rozaba ya los treinta grados. Las mujeres tramaban un plan para ir en lancha a broncearse el vientre. Ella rehusó. Él la hizo acudir al invernadero y le preguntó si podía dedicar un tiempo a supervisar las comidas, porque la secretaria estaba muy atareada.

Las hojas de pasiflora se extendían por el tejado formando cordones umbilicales verdes. Cada hoja semejava los cinco dedos de una mano. Hojas verdes y amarillas en la misma mano. No había flores. Las flores, más adelante. Flores que vivirían un solo día. O eso había dicho el jardinero. Ella dijo: «Espero que estemos aquí para verlas». «Si quieres, estaremos», respondió él, aunque naturalmente podía cambiar de idea e irse. Ni siquiera él sabía lo que haría; ni él, ni nadie.

Lo primero que hicieron las sirvientas cuando ella entró en la amplia cocina fue sonreír. Mujeres de negro con calzado de suela blanda, todas sonrientes, sin asomo de complicidad en ninguna de aquellas sonrisas. Llevaba consigo su guía de conversación, un cuaderno y un recetario inglés.

La cocina era como un laboratorio: varias máquinas blancas pegadas a las paredes, frigoríficos que runruneaban a diversas velocidades, un extractor encima de cada una de las cocinas eléctricas, los pilotos rojos y verdes sobre los diales, ligeramente amenazadores, como si estuvieran a punto de activar una alarma. En la mesa había un pescado enorme que habían arponeado los hombres esa misma mañana. Tenía la boca abierta; los ojos tan juntos que casi formaban uno solo; el labio inferior colgando patéticamente. Las aletas eran negras y estaban apelmazadas de aceite. Todas lo miraban, ella y las siete u ocho hacendosas mujeres con quien tendría que entenderse. Cuando se sentó a copiar la receta del libro inglés y a traducirla al idioma de ellas, encendieron otro extractor. Ya estaban cortando cosas para la cena. Tres chicas picaban cebollas, tomates y pimientos. Parecían disfrutar con la tarea; parecían sonreír a las montañas de verdura que picaban con extrema diligencia.

Había ocho cestas de pícnic que subir al barco. Y brazadas de toallas. Los niños rogaban que los dejaran cargar con ellas. Él llevaba las botellas de vino en una bolsa con cremallera. Agitó la bolsa para que las botellas tintinearán en su lecho de hielo. Los invitados sonrieron. Sabía transmitir su estado de ánimo sin necesidad de decir o hacer gran cosa. Y al contrario, sabía cómo excluir a la gente. Ambas cosas eran fascinantes. Atravesaron los cuatro campos que llevaban al mar. Los higos estaban duros y verdes. El sol actuaba igual que un soplete sobre la espalda y la nuca de ella. Él le dijo que tendría que embadurnarse con bronceador. Le sonó extrañamente hostil que dijera aquello en voz alta así, delante de todos. Conforme se acercaban al agua ella sentía que se le aceleraba el pulso. El agua era puro fulgor. Algunos se lanzaron a nadar, otro subieron al bote de remos. Al pasar la mano por la superficie rizada del agua pensó: «No tengo miedo a los calambres, a las medusas o a los cristales rotos, sino a otra cosa». Tiraron una escalerilla por un lado del barco para que los bañistas subieran. Nada más subir había que quitarse las sandalias. El suelo era de madera clara y ardía. Los nadadores tuvieron que inspeccionarse las plantas de los pies en busca de manchas de alquitrán. El barquero estaba allí de pie, con un algodón empapado en aguarrás, preparado para quitar las manchas. Los hombres se pusieron manos a la obra: uno ayudó a encender el motor, otros dos echaron los toldos, algunos más sacaron unos cojines grandes de rayas que desperdigaron bajo los toldos. Dos chicos se negaron a subir a bordo.

—Me gusta pegarle a mi hermano pequeño debajo del agua —dijo un chiquillo, en tono amenazante y melodioso a la vez.

Ella sonrió y bajó unos peldaños que daban a una cocina y a la zona nocturna, con camas para cuatro. Él la siguió. La miró, respiró hondo, y murmuró algo.

—Quítatelo —le ordenó ella—. Quiero ahora, ahora mismo.

Timorata y loca de deseo. Cómo le gustaba eso a él. Cómo le gustaba el tono imperativo. Cerró la puerta y ella lo observó bregando para quitarse el bañador, incapaz de desanudar el

cordón. Ahora el torpe era él. Cómo tropezaba. Ella esperó un rato atroz y lo hizo esperar a él. Entonces se arrodilló, y cuando empezó lo oyó mascullar algo. Él, que sabía adiestrar animales, se veía indefenso en aquella situación. Ella se empleó a fondo, chupaba, chupaba y chupaba, con toda el hambre que sentía y toda el hambre simulada que le gustaba hacerle creer que tenía. Amenazaba con dejarlo lisiado, pero se limitaba a rozarlo con los dientes finos y cuadrados. Nadie los interrumpió. Apenas tardaron unos minutos. Ella esperó un rato decente antes de salir tras él. Tenía mucha sed. En el alféizar de la ventana había libros de bolsillo y frascos de bronceador. También un bañador con los nombres de todas las cosas posibles de este mundo estampados: nombre de bebidas, de capitales y las banderas de cada país. A través del ojo de buey, el mar era un glóbulo azul pequeño e inofensivo.

Dejaron atrás el puerto, los otros tres barcos y el pinar. Pronto no hubo más que mar y rocas, ni una ensenada cubierta de juncos ni un pueblo. Kilómetros y kilómetros de mar alucinante. Se le contagió la locura de los marineros, la ilusión de que aquello era tierra firme y podía atravesarla. Una tierra que no conducía a ninguna parte. Las rocas habían quedado reducidas a cualquier forma que el ojo y el cerebro lograran concebir. Cerca del agua había cavidades abiertas por el mar: algunas codiciosas, lo bastante grandes para que una pequeña embarcación se colara por debajo, otras tan pequeñas y perturbadoras como las cuencas de los ojos. Los árboles de las caras escarpadas de las rocas no eran sino un esfuerzo por ser árboles. Los pájaros no podían posarse, menos aún anidar. Ella intentó no acordarse de la clase de natación, posponer el recuerdo hasta la tarde, hasta la siguiente clase.

Salió y se unió al resto del grupo. Una chica joven estaba sentada en la popa, entre los cojines, tocando la guitarra. Llevaba unos pendientes largos de plata con forma de espátula. Una cingara por elección. Los niños jugaban al veoveo, pero les costaba localizar objetos nuevos. Debían contentarse con las cosas que veían alrededor. Al ponerse de pie descubrió que el viento y las salpicaduras del agua la refrescaban. Las montañas en lontananza le parecían inconsistentes, pero las más cercanas centelleaban cuando el sol atravesaba las piedras puntiagudas.

—Me resulta un tanto irreal —le dijo a uno de los hombres—. Bonito, pero irreal. —Tuvo que gritar debido al ruido del motor.

—No sé a qué te refieres con «irreal» —repuso él.

Tenían un repertorio reducido pero efectivo. En la entonación se hallaba el aguijón. Terriblemente sutil. Imposible defenderse. De hecho, lo más desesperante era el espantoso desconcierto que generaba. ¿Era o no intencionado? Recordó con claridad que una vez le pareció notar el encaje de una telaraña en la cara, pero fue incapaz de localizarla con la mano; ser incapaz de tocar su purulencia con los dedos le provocaba la misma sensación. Intercambiaron pequeñas maldades y acto seguido pasaron al siguiente tema de conversación. Hablaban sobre

todo de los lugares donde habían estado y de la gente que habían conocido, y aunque hablaban sin fin, no contaban nada sobre sí mismos.

Hicieron el pícnic en un pequeño cabo rosado. Comieron muy poco y luego él se marchó a pasear. Ella pensó en seguirlo, pero no lo hizo. Los niños se metieron en el mar montados en un tronco largo y blanquecino, y una de las mujeres les leyó la mano a todos. A ella le predijo una enfermedad. Cuando él volvió, tendió su mano alargada y amarillenta con recelo. Le auguró un hijo. Ella lo miró en busca de una señal gratificante, pero no obtuvo nada. En aquel momento él estaba hablándole a uno de los hombres de un balandro negro que adoraba de niño. Ella pensó: «¿Qué ve en mí, él, que tanto ama el mar, los balandros, los chistes, las mascaradas y las prórrogas? ¿Qué ve en mí, que no amo ninguna de esas cosas?»

El monitor apareció con unas tablitas blancas. Agarró un extremo y ella el otro. Observó sus manos con detenimiento. Estaban muy blancas a fuerza de tanta agua. Se tumbó bocabajo y agarró las tablas sin quitar ojo a las manos de él, por si las soltaba. Las tablas se tambaleaban e incrementaban su incertidumbre. El monitor dijo que una cuerda sería mejor.

Al pescado grande le habían quitado la raspa y luego lo habían recompuesto. Un engaño perfecto. La cabeza y los ojos demasiado juntos habían desaparecido. Siguiendo el consejo de ella, la gobernanta había sacado los limones de la nevera y ahora parecían limones y no trozos de esponja congelada. Alguien elogió la decisión y ella experimentó un placer pueril. Un viento del sur desencadenó un extraño regocijo nocturno. Bebieron mucho. Rememoraron veladas bonitas. Veladas resucitadas por el vino y el viento y una buena voluntad pasajera. Uno de ellos habló de cuando vio unos faisanes dorados pavoneándose en un patio; otro habló de gallinas de Bantam encaramadas a una cancela al atardecer como notas musicales en un pentagrama; nadie hizo alusión al amor o la familia, era el paisaje, la naturaleza o un lebrél lo que les procuraba los recuerdos mejores y más serenos. Ella revivió una noche de tormenta en que un burro rebuznaba en un campo y una rama cayó sobre una carretera. Después de la cena varias parejas fueron a pasear, o a darse un baño, o a ver dónde estaban los críos. Los tres hombres solteros se acercaron al pueblo para una ronda de reconocimiento. Las mujeres discutían las dietas que seguían o las cremas que consideraban más beneficiosas. Una divorciada le dijo al anfitrión: «Tienes que acostarte conmigo, no acepto un no», y él sonrió. Solo era una broma, un comentario más en el discurrir de una noche extraña en que también hubo grillos, ranas y un sonido de besos clandestinos. Los hombres solteros volvieron y contaron que el único bar estaba lleno de alemanes y que el whisky era de pésima calidad. El que mayor desprecio había mostrado hacia sus clases de natación se sentó a sus pies y le dijo que era tremendamente guapa. Inquirió sobre

detalles de su vida, su trabajo, su educación. Sin embargo, aquella cordialidad no hacía más que reforzar la visión de ella sobre su propia soledad, su exclusión. Respondió a cada una de las preguntas con cautela y seriedad. Al responder alimentaba su deseo de encajar. Como lo veía un poco celoso, se levantó y se acercó a él. Él tampoco era uno de ellos, en realidad. Simplemente los orquestaba para su propia diversión. Ella, lejos de ellos, casi era capaz de entrar en contacto con él. Era como si estuviera ceñido por un nudo que quizá, solo quizá, ella podría deshacer, por mucho tiempo, viviendo una vida juntos, cultivando sentimientos verdaderos, independientemente de otras personas. Pero ¿se alejarían alguna vez de todo aquello? Ella no se atrevía a preguntar. Esa clase de conversaciones eran sustituidas por silencios.

Se coló en sus cuartos para hallar pistas de sus identidades íntimas, para ver si habían traído tiritas, pastillas para la acidez, toallitas para la cara, artículos de primera necesidad. En un tocador había un soporte para pelucas con un pelo rubio rizado con mucha gracia. En el rostro del soporte unas lentejuelas de colores conformaban los rasgos de una reina del antiguo Egipto. La divorciada tenía un cojincito de recién nacido con una funda amarilla de muselina. Algunos habían traído botellas de vino que seguían intactas. Las sirvientas solo tocaban lo que estaba tirado por el suelo o dentro de las papeleras. La ropa para lavar se dejaba en el suelo. Era una de las normas de la casa, como la de tomar cócteles en la terraza por las tardes. Alguien había escrito unas postales que ella leyó con interés. Postales que no contaban nada salvo que todo era fabuloso.

La secretaria de él, muy apocada, la evitaba. Tal vez supiera demasiado. Los planes que él había hecho para el futuro.

Escribió a su médico:

Estoy tomándome los tranquilizantes, pero no me siento más relajada. ¿Puede usted recetarme otros?

Rompió la hoja.

Se le enredaba el pelo por la sal de la brisa marina. Se compró unas tenacillas.

Una mujer, que estaba embarazada, se pasaba el día echándose polvos de talco en la barriga. Siempre tomaban juntas el té. Eran amigas. Ella pensaba: «Si esta mujer no estuviera preñada, ¿sería igual de simpática?». La forma de pensar de ellos empezaba a arraigar en ella.

El monitor le pasó una cuerda por la cabeza. Ella se la bajó hasta la cintura. Oyeron un cua, cua, cua. Estaba convencida de que lo había entonado el pato de plástico. Se echó a reír mientras se ajustaba el nudo corredizo. El monitor también rio. Sostenía con firmeza la cuerda. Ella trillaba el agua, tratando de no pensar dónde estaba. A veces lo hacía muy bien; otras veces tenían que arrastrarla como a un madero viejo. No era capaz de prever el resultado de cada zambullida; no preveía cómo sería, ni qué pensamientos la bloquearían de repente. Pero él decía cada vez: «Estupendo, estupendo», y su entusiasmo la consolaba.

Una mujer llamada Iris llegó nadando hasta su yate. Se quedó en el agua agarrada con una mano a un lateral de la embarcación. El esmalte de uñas estaba perfectamente aplicado y las uñas tenían el brillo intenso de las perlas. En contraste con el pintaúñas nacarado, la blancura de las lúnulas resultaba púdica. También era así su carácter: todo brillo. Para cada rostro tenía una sonrisa y una palabra o dos para quienes ya conocía. Uno de los hombres le preguntó si estaba enamorada. «¡Enamorada!», se sulfuró ella. Dijo que su buen humor se debía a la respiración. Dijo que en la vida todo era cuestión de respirar correctamente. Pretendía invitarlos a unas copas, pero él rehusó porque tenían que volver a la casa. Había invitado a su abogado a comer. Ella lo reprendió por estar tan ocupado y luego fue nadando hacia la orilla, donde su caniche ladraba y la esperaba. Durante la comida todos hablaron de ella. Se aludió a sus aventuras pasadas, las broncas con su marido, la muerte de este, se decía que por suicidio, y del desagradable tema de la sepultura, que fue imposible en territorio consagrado. Al final habían tenido que enterrarlo en una pequeña pradera contigua al cementerio público. Una historia muy fea, y sin embargo quien se había pavoneado en el agua era una mujer radiante sin huellas de sufrimientos pasados.

—Sí, Iris tiene una fuerza de voluntad increíble, increíble —dijo él.

—¿Para qué? —preguntó ella, desde el extremo opuesto de la mesa.

—Para vivir —replicó él con brusquedad.

A los demás no les pasó inadvertido. A ella se le contrajo el músculo de la mandíbula.

Volvió a hablar consigo misma, reconviniéndose por su pena: «Lo intento, lo intento, quiero encajar, quiero ser como ellos, ser ese alguien que se cuele entre una multitud cuando la manifestación ya está en marcha, pero hay algo dentro de mí que yo llamo sensatez y me impide avanzar en vuestra dirección. Es como si solo estuviera aquí para sufrir vuestras críticas». Se refugió en las ensoñaciones y el monólogo.

Posó para una foto. Posó junto a la señora de la escultura. Imitando la pose de esta. Las manos colocadas una sobre la otra y apoyadas en el hombro izquierdo, con la cabeza ladeada hacia las manos. La hizo él. Clic, clic. La señora de mármol era la esposa del escultor y murió trágicamente. Las manos con uñas de una longitud antinatural eran el mejor rasgo. Clic, clic. Cuando ella no estaba mirando, le hizo otra.

Encontró los libros de cuentas en el cajón de un escritorio y le sorprendieron las entradas. Había que registrar artículos como la leche y las cerillas. Pensó: «En el fondo, ¿será generoso?». La gobernanta había dejado una labor dentro del libro. Tenía costumbres anticuadas y se resistía a adoptar muchos de los instrumentos de cocina modernos. Guardaba la leche en tarritos cubiertos con muselina. La descremaba con sus dedos rechonchos y vertía la nata en jarritas que les servía con el café matinal. ¡Qué habrían dicho ellos! Por las noches, cuando todas las tareas estaban hechas, la gobernanta se sentaba en el porche trasero con su marido y se ponía a remendar. Habían colocado ramas de pino en el tejado que al secarse se habían vuelto más recias que el alambre. El marido tallaba figurillas en tacos de madera blanca joven, y cuando se quedaban a oscuras soltaba la navaja y se solazaba con su mujer. Ella los oía cuando entraba a escondidas a coger unos higos de la nevera. Era conmovedor e inapropiado al mismo tiempo.

El monitor soltó la cuerda. Ella, presa del pánico, dejó de mover brazos y piernas. El agua la sumergía. El agua se la tragaba. Era consciente de que gritaba como una condenada. El monitor tuvo que tirarse a la piscina, con ropa y todo. Después se sentaron en la habitación de la plancha envueltos en sendas mantas y bebieron brandi. Prometieron que no se lo contarían a nadie. A él se le subió enseguida el alcohol a la cabeza. Dijo que en Inglaterra estaría lloviendo y que la gente haría colas para coger un autobús, y le brillaron los ojos de pensar en la suerte que tenía de estar en el extranjero.

Más de un invitado se llamaba Teddy. Uno de los Teddy le dijo que por las mañanas antes de que se despertara su mujer leía a Proust en el vestidor. Así podía masturbarse. No le dio más importancia que si le hubiera confesado que echaba de menos desayunar beicon. Para el desayuno había fruta y huevos revueltos. El beicon era una rareza en la isla. A los niños mayores les contó que el pato de plástico era adivino y había graznado. Ellos se partieron de risa. Era una risa sincera, pero la alargaron mucho después de que se agotara la broma. Una niña dijo: «¿Puedo contarte un chiste de mal gusto?». Los chicos parecían querer impedirselo. La niña continuó: «Había una vez una señora y un ciego que llamaba a su puerta todas las tardes pidiéndole seis peniques. Un día que estaba dándose un baño, sonó el timbre y ella se puso una bata y bajó y era el lechero, se metió otra vez en la bañera y sonó el timbre y era el panadero, y a las seis sonó el timbre y pensó: “No tengo que ponerme la bata porque será el ciego”, y cuando abrió la puerta el ciego le dijo: “¡Señora, vengo para decirle que he recuperado la vista!”». Y la risa que no había llegado a apagarse del todo se avivó de nuevo, con ecos. Durante el paseo no se oyó insecto ni pájaro. Tuvo que controlar la hora. Los niños cenaban antes. Comían en el porche trasero y a menudo se pasaba por allí y les robaba una anchoa o un trozo de pan para evitar

emborracharse demasiado en la cena. Nadie sabía a qué hora cenaban ellos. Dependía de él, de si se aburría o no. Todos los días acudía a tomar el aperitivo algún invitado extra de las casas vecinas. Aportaban variedad. Las conversaciones giraban en torno a la navegación y la velocidad, o a los jardines, o a las piscinas. Todos parecían intrigados por esos temas, inclusive las mujeres. Un hombre loco por el esquí conocía las mejores pistas para cada semana del año. Aquel tema no la aburría tanto. Al menos era bonito pensar en nieve, crujiente y azul, como decía él, y que rechinaba bajo los esquís. Con frecuencia oían los chillidos de los críos, pero después de la hora del cóctel nunca hacían acto de presencia. Ella estaba convencida de que las cosas mejorarían cuando se casaran y tuvieran hijos. La aceptarían por cortesía. En realidad era un engaño que unas criaturitas, ridículamente fáciles de engendrar, pudieran afianzar una relación; pero así era. Todo el mundo hacía alusión a lo mucho que él deseaba tener un hijo varón. Rozaba ya los sesenta. Ella había dejado de usar anticonceptivos y él había dejado de pedirle que los usara. Quizá fuera esa su manera de decidir las cosas, de aceptarla por fin.

Llevaron a la mesa unos huevos de gaviota, ya pelados. El amarillo de las yemas era sumamente delicado. «¿Y las cáscaras?», preguntó la señora gorda con velo de crepé. Tuvieron que llevárselas. Habían quedado reducidas casi a polvo, pero aun así se las llevaron. «¿Y los nidos?», preguntó. Nadie la oyó. Se habrían reído, de haberla oído, pero se había levantado viento y todos estaban poniéndose de pie y metiendo las cosas dentro. El viento andaba tramando algo. Despojó a los geranios de sus hojas y enloqueció las llamas de las velas, que bailoteaban de acá para allá en los candelabros de cristal. Aquella noche hicieron el amor con toda la dulzura y toda la liberación que debe de sentir la tierra al recibir la ansiada lluvia. Él era otra persona, poseía otra voz, amorosa, íntima y encantadora. La frialdad, el rechazo hacia ella eran casi inconcebibles. Tal vez, si discutieran, las discusiones, al igual que el sexo, los unirían. Pero nunca discutían. Él decía que jamás había discutido con ninguna de sus mujeres. Ella dedujo que había abandonado a sus esposas en cuanto alcanzaban ese estadio. Él no se lo confirmó, pero ella tenía la impresión de que así era, porque una vez le dijo que todos sus matrimonios habían sido felices. Que había tenido peleas con otros hombres, pero siempre dentro de los límites del decoro. Tenía más tratos con hombres; con las mujeres se mostraba simpático, pero era una simpatía destinada a mantenerlas a raya. No tenía hermanos, ni hijos varones. Tuvo un padre que lo maltrató y retuvo la herencia más tiempo de lo necesario. Esto lo supo ella a través de uno de los hombres, que lo conocía desde hacía cuarenta años. Su padre le había hecho sufrir, mucho. Ella no sabía de qué manera, y no podía preguntarle, porque se trataba de información que ella no debía manejar.

Los niños volvieron famélicos de la excursión a las grutas romanas. Uno protestó porque la comida estaba fría. La sirvienta, percibiendo cierta ligereza, se lo contó al patrón, y la anécdota

provocó risas estridentes en la mesa del almuerzo. Se contó varias veces. Él le lanzó una voz para preguntarle si la había oído. A veces se dirigía exclusivamente a ella de esa manera. Era una de las pocas ocasiones en que los invitados podían percibir el vínculo que existía entre ellos. Sí, la había oído. «Qué majo, qué majo», añadió. Ahora aquel adjetivo surgía en su repertorio constantemente. Ella estaba aprendiendo el idioma de ellos. Y su servilismo. Lejos de casa, de donde pastaba el ganado. El ganado tenía campos por los que vagar y un abrevadero junto a la casa. La tierra en torno al abrevadero siempre estaba removida, siempre sucia de tanto pisoteo. Eran gente de campo, hacían la comida principal a mediodía, tenían broncas. Su padre desapareció una noche después de cenar, dijo que iba a contar las reses, se llevó una linterna y nunca regresó. Los demás se compadecieron, pero su madre y ella se sintieron secretamente aliviadas. Puede que se ahogara en una de las muchas ciénagas o que se cambiara el nombre y se largara a una ciudad. En cualquier caso, ni se colgó de un árbol ni cometió ninguna otra ridiculez.

Estaba boca arriba y el monitor la desplazaba por la piscina, poniéndole una mano en la espalda. El cielo sobre sus cabezas era de un azul inocente y exento de fatalidad, con estelas por donde habían pasado los aviones. Echó la cabeza atrás. Pensó: «Si me abandonara del todo, sería un placer y un logro», pero no podía.

Las algarobas colgaban de los árboles igual que pieles de plátano ennegrecidas. Los hombres las recogían de buena mañana y las metían en sacas, para el forraje invernal. En el granero donde se almacenaban las sacas olía a podrido. Y había una prensa de aceitunas antigua. En el cuarto de la plancha, allí al lado, reinaba un agradable olor a ropa blanca. Las sirvientas abusaban de la lejía. El color de la ropa perdía intensidad tras un solo lavado. Ella se sentaba en uno de los dos espacios a leer. Iba primero a la biblioteca a elegir un libro. Él ocupaba una de las sillas estilo regencia tapizadas con cutí. Como en un trono. Una silla era auténtica y la otra una copia, pero ella nunca las distinguía. «Te vi ayer, por poco te hundes», le dijo. «Todavía tengo que dar unas cuantas clases», replicó ella, y se fue, pero sin el libro que había ido a buscar.

La hija que tuvo en su tercer matrimonio tenía una cintura de avispa. La primera noche se puso un traje pantalón blanco. Separaba las piernas y las tablas se abrían como un acordeón. A la mesa se sentó junto a su padre y lo miró con el debido arrobó. Él contó la historia de una peligrosa caza de leopardo. Celebraron la ocasión comiendo langosta. Las colas de las langostas se arqueaban de un plato al otro, establecían un contacto mucho más cordial que el de la conversación. Ella trató de recordar algo que había leído aquel día. Había descubierto que si memorizaba cosas podría divertirlos a la mesa.

—El gorila come, bebe o se rasca para evitar la ansiedad —dijo más tarde. Todos se echaron a

reír.

—¡No me digas! —repuso él, con una risilla de desprecio.

A ella se le pasó por la cabeza que en cualquier caso a él no le haría ninguna gracia que se volviera demasiado segura de sí misma. O tal vez había hecho aquel comentario para tranquilizar a su hija.

En ciertos momentos se sentía segura de sí. En el fondo sabía qué movimientos se requerían para flotar en el agua. No era capaz de ejecutarlos, pero sabía lo que tenía que hacer. Practicaba con las manos bajo la mesa, en un intento por hacer incursiones más y más profundas en el ambiente. Nadie la pilló. No podía quitarse de la cabeza la palabra «plancton». Veía masas densas de plancton, verdes y serpentinadas, que le debilitaban los dedos. Casi podía saborearlo.

Su última mujer había cosido un tablero de backgammon en verde y rojo. Era una preciosidad. La mujer gorda jugaba con él después de cenar. Reanudaban partidas de la noche anterior. Jugaban con mucha alegría. La mujer lucía un surtido de anillos distinto cada vez y él nunca se privaba de admirarlos y felicitarla. Se mostraba especialmente simpático con quien no poseía el don de la belleza.

Las tenacillas hicieron que saltara el sistema eléctrico. Los otros salieron de sus dormitorios para saber qué había pasado. Ella percibió su cólera, aunque él no la manifestó. A la mañana siguiente tuvieron que mandar un telegrama para que viniera un electricista. En la oficina de telégrafos había dos tipos, uno doblaba los papeles azules y otro les aplicaba cola con un pincelito, les añadía unos bordes blancos y apretaba con las manos. En las franjas blancas ya aparecían el nombre y la dirección. Dentro de la oficina había una moto, para proteger los neumáticos del sol, o para que no la robaran. Los hombres se turnaban cuando había que mandar un telegrama. Ella les ahorró un viaje, porque mientras esperaba llegó otro telegrama de uno de los invitados que ya se habían marchado. Simplemente decía: «Una gozada, Harry». Los invitados siempre se olvidaban algo, y en las cartas de agradecimiento mencionaban lo que se habían dejado. Ella daba por sentado que algunos de los sombreros apilados unos sobre otros y apoyados en el alféizar de piedra habían sido olvidados o abandonados. Se había encariñado mucho con uno verde que había perdido las cintas.

El monitor pidió que lo llevaran a la tienda de regalos. Compró una figurilla de cristal y un collar para su perro. En el camino de vuelta, un empleado de la gasolinera le regaló un pajarillo a uno de los niños. Lo pusieron en la capilla. Le hicieron un nido. La sirvienta lo tiró, con nido y todo, a la papelería. Aquella noche no se habló de otra cosa durante la cena. Él rememoró su anécdota de pesca y se la contó a los recién llegados: una mañana tuvo que renunciar a usar el

arpón porque los sedales se habían enredado, y al día siguiente cuando volvió descubrió que el tiburón se había refugiado en la cueva y tenía dos trozos enormes de piedra en la boca, que obviamente había mordido con intención de liberarse. Aquel incidente lo había afectado mucho.

«¿El barco se llama así por tu madre?», le preguntó a la hija. La madre se llamaba Beth y el barco, *Miss Beth*. «Nunca nos lo ha dicho», replicó la hija. Siempre desaparecía después de comer. Tal vez por consideración hacia ellos. A pesar del calor se empecinaban en ir al dormitorio de él. Y se empecinaban en usar la imaginación. Ella recurrió a una caña verde y recia, para excitarlo, se quedó maravillada y la comparó con él. Él la observaba. No soportaba la competencia. Con la cabeza del revés y muy cerca del suelo de baldosas ella vio todos los aceites y ungüentos de la repisa del baño y trató de leer las etiquetas al revés. «¿Me gusta hacer el amor así?», se preguntó. Tenía que reconocer que seguramente no, que se alargaba demasiado, que lo que ella buscaba era compromiso, compromiso y amenaza.

Intercambiaron sueños. Fue idea de ella. Empezó él. Todo el mundo se desvivía por seguirle la corriente. Contó que en un sueño se perdía un perro y su pena era inconmensurable. Parecía querer añadir algo, pero no lo hizo, o no pudo. Repitió lo mismo, en realidad. Cuando le tocó a ella, contó un sueño distinto del que pretendía contar. Un sueño insignificante y breve, sin complicaciones.

Por la noche oyó llorar a una de las invitadas. Por la mañana, esa misma invitada lucía una bata fogosa y elogió la mermelada, que comía con parsimonia.

Pidió tomar más clases. Le pusieron tres al día y ya no iba en el barco con los demás. Entre clase y clase paseaba por la orilla. Los troncos de los pinos eran pálidos, como si les hubieran pasado un torno. Los vientos invernales eran el torno. En invierno se mudarían; para ver a amigos, celebrar reuniones de trabajo, ir a exposiciones, comprar regalos, ir de tiendas. Él odiaba las maletas, le gustaba que la ropa estuviera esperándolo allá donde fuera, y así era. Ella vio un armario con la ropa de invierno de él cuidadosamente ordenada, vio su abrigo con cenefa y el cuello negro de astracán, y experimentó un deseo incontrolable por aquella estación imposible, aquella ciudad imposible, y por el cuerpo de él dentro del abrigo cuando salían al frío para ir al teatro. Mientras caminaba por la orilla ejecutaba mentalmente los movimientos de natación. Dominaban todos sus pensamientos. Invadían sus sueños. Sueños atroces sobre su madre, su padre, y otro en que unos cachorros de león la cercaban mientras ella estaba tumbada en una hamaca. Los cachorros esperaban para abalanzarse sobre ella en cuanto se moviera. La hamaca, naturalmente, era inestable. Cada vez que despertaba de uno de esos sueños se convencía de que

sus gritos reproducían los gritos de la infancia, y entonces se comía los higos que se había subido al cuarto.

Él le puso un pañuelo, doblado igual que un sobre, ante el plato. Al abrirlo encontró varios tallos de hierbabuena fresca, de hoja grande y fría. Era evidente que antes habían estado en el frigorífico. La olió y la pasó a los demás. Entonces, obedeciendo a un impulso, se levantó para darle un beso y al volver casi atropella a la sirvienta con la sopera, de lo emocionada que estaba.

El monitor era su amigo. «Estamos ganando, estamos ganando», le decía. Caminaba desde que clareaba el día, caminaba por las colinas y veía la tierra cubierta de rocío. Llevaba un pañuelo en la cabeza que se anudaba por encima de las orejas, pero cuando se acercaba a la casa se lo quitaba. Ella se lo cruzó durante uno de aquellos paseos matinales. El gran momento se acercaba y ella no podía dormir ni hacer el amor. «Estamos ganando, estamos ganando.» Se lo decía siempre, dondequiera que se encontraran.

Salieron a comprar lavafrutas. En la cristalería había unos chicos muy flacos de piel muy pálida que agarraban trozos de cristal con atizadores y los metían en los hornos. Olía a madera. Había leña apilada en los rincones. En la parte alta de la pared habían practicado agujeros circulares entre las ventanas cuadradas con reja. El techo era alto y, sin embargo, aquello parecía una caldera. Había cinco gatitos con colas de rata, apelonados e inmóviles. Un chico, tras lavarse en uno de los cubos de agua, fue agarrando y sumergiendo a los gatos uno por uno. Ella lo interpretó como un gesto de bondad. Luego agarró una burbuja azulada y ardiente con el extremo de un atizador y se la puso delante. Al aplacarse la llama fue tornándose malva, y al enfriarse aún más se volvió casi transparente. Tenía forma de serpiente de mar, con la cola de una longitud antinatural. El color y la forma definitiva del regalo eran accidentales, pero la intención era inequívoca. No pudo hacer nada aparte de sonreír. Cuando se marchaban vio al chico que esperaba junto al coche, y al subirse le dedicó un vago gesto de despedida. Aquella noche comieron espárragos; por eso se habían tomado la molestia de ir a buscar los lavafrutas. Los recipientes eran azules y estaban llenos de burbujitas, y si bien las burbujas podían haber sido un defecto, conferían ligereza al grueso cristal.

Había un perro nuevo, un chuchó, al que él no hacía el menor caso. Decía que las sirvientas recogían más perros simplemente porque él destinaba dinero también para los animales. Pero como no estaban dispuestas a dar de comer a más de un animal, al perro del año anterior lo habían sacrificado o abandonado en la montaña. Todos eran similares, medio lobos; ella se preguntaba si cuando los abandonaban en las montañas se transformaban en lobos. Él anunció a

los comensales que jamás se permitiría encariñarse con otro perro. Ella le preguntó directamente: «¿Acaso es posible saberlo de antemano?». «Sí», respondió él. Se dio cuenta de que lo había irritado.

Él se corrió tres veces y luego sufrió un ataque de tos. Ella se sentó a su lado y le acarició la espalda, pero cuando la tos se impuso, él la apartó. Se inclinó hacia delante, llevándose un cojín a la boca. Ella vio una película de sus pulmones, formas anaranjadas con incrustaciones oscuras que presagiaban enfermedad. Quiso hacer algo sencillo y casero, como darle una medicina, pero él le pidió que se marchara. Al atravesar la terraza oyó los pájaros. Los pájaros estaban muy atareados con su canto. Se cruzó con la señora gorda. «Te han mandado a paseo —le dijo—, y a mí también.» Y las dos hicieron una reverencia burlona.

Un arqueólogo había estado en una excavación donde se había descubierto un templo de madera.

—Háblame del templo —le dijo ella.

—Yo diría que data del siglo v antes de Cristo —repuso él, y nada más. Seco, seco.

Un chico que se hacía llamar Jasper y llevaba camisas color malva recibía cartas a nombre de John. Las cartas se colocaban en la mesa del vestíbulo, con una piedra distinta sobre las de cada uno. Su madre le escribió para decirle que esperaban ansiosos la buena noticia. Decía que esperaba que se comprometieran primero, pero admitía que estaba preparada para que le anunciara que ya se habían casado. Sabía lo impredecible que era su hija. La madre dirigía una granja avícola en Inglaterra y era una comedora compulsiva.

Aparecieron unos jóvenes que preguntaron si Clay Sickle se alojaba en la casa. Iban harapientos, pero daba la impresión de que fueran harapos escogidos adrede y para causar cierta impresión. Los zapatos eran pedazos de neumáticos atados con cuerdas. Todos se apearon del coche, pese a que la pregunta podría haberla hecho uno solo. Él estaba volviendo de la piscina y, tras un par de minutos de conversación, los invitó a cenar. Florecía con las caras nuevas. Aquella noche los chicos fueron el centro de atención: los tres muchachos desaliñados y la chica de pelo largo. La chica tenía unos ojos impresionantes, con los que miraba fijamente a todos y cada uno de los hombres. Estaba resuelta a comprometer a alguno de ellos. Los chicos hablaron de sus vacaciones, contaron que estaban sin blanca, los problemas que les daba el coche, que pertenecía a una empresa de compra a plazos de Londres. Después de la cena hubo un incidente. La chica siguió a uno de los hombres al baño. «Quiero ver lo que tienes ahí», le dijo, e insistió en mirarlo mientras orinaba. Dijo que follarían como él quisiera. Dijo que sería estúpido si no aprovechaba la ocasión. Era demasiado tarde para echarlos, porque poco antes los habían invitado a pasar la noche y les habían preparado las camas, abajo, en el cuarto de la plancha. La chica fue la última

en retirarse. Se puso a cantar «Por toda la polla tiene un sarpullido tricoloooo», y siguió canturreando mientras cruzaba el patio y bajaba la escalera, con una botella en la mano.

Por la mañana decidió nadar sola. No es que desconfiara del monitor, pero se acercaba el momento y estaba desesperada. Según se aproximaba a la piscina apareció uno de los muchachos con un bañador blanco prestado, comiéndose un plátano. Ella lo saludó con una alegría tímida. Él comentó que era divertido salir antes que los demás. Tenía la cabeza gorda, el pelo casi al rape, el cuello corto y una nariz muy grande.

—Donde más me gusta estar es en la playa, donde empezó todo —dijo. Ella pensó que se refería a la creación, y al oír tal cosa él soltó una risa ofensiva—. Supongamos que hay unos cuantos chicos haciendo el indio con una pelota, con todas las dimensiones sensoriales en funcionamiento...

—¿Cómo? —lo interrumpió ella.

—Una erección...

—Ah...

—Y la pelota acaba en el mar y yo voy a buscarla y ella viene detrás de mí y me quita la pelota de la mano y se desencadena una densa lluvia de energía, llámala amor, que se transmite de mí hacia ella y viceversa, recíprocamente, por decirlo de otra manera...

Idiota sentencioso. Pensó: «¿Por qué tenía que meter gente así en su casa? ¿Dónde metía la sensatez, dónde?». Volvió a la casa, furiosa por haber desperdiciado la oportunidad de nadar.

Querida madre:

No es esa clase de relación. Casada o soltera gozo de los mismos privilegios, y ni casada ni soltera me aseguro nada. La casa es preciosa, pero estar aquí me genera verdadera ansiedad. Te hacen picadillo a la primera de cambio. Pasa entre amigos. La comida es excelente. Cocinan otros, pero yo me encargo del menú diario. Las compras requieren horas. Las tiendas tienen un olor especial imposible de describir. Todas están a media luz para que la comida no se eche a perder. Una anciana va por la calle vendiendo pescado en una carreta. Da unos gritos muy penetrantes. Es como el principio de una canción. Siempre la acompañan seis o siete chicas, todas con agujeros en las orejas y aritos finos de oro. Las moscas revolotean sobre la carreta hasta cuando está en vertical en medio de la plaza. Se alimentan de restos y escamas, supongo. A ella no le compramos, vamos al puerto y a comprar el pescado directamente a los pescadores. Los invitados —todos, salvo una mujer— comen raciones diminutas. No lo aguantarías. Son todos de mírame y no me toques. Tienen un instinto de conservación muy prudente; saben cuánto deben comer, cuánto deben beber, hasta dónde llegar; se diría que inventaron a Shakespeare, de lo mucho que se han apoderado de su genialidad. No son idiotas, en absoluto. Hay un tablero de ajedrez de marfil, tan grande que sirve de mesa. Alrededor han colocado sillas de una altura adecuada.

Recuerdo, hace mucho tiempo —en mi niñez más remota, madre—, recuerdo tu tos nocturna; en realidad era un lamento, y la odiaba. Por aquel entonces no era consciente de que la odiaba, lo cual viene a demostrar lo poco fiables que son los sentimientos. Ignoramos lo que sentimos en cada momento, y es muy desconcertante.

Perdona por sacar el tema de la tos, es solo que me parece que ya va siendo hora de que nos sinceremos con todo. Pero no te preocupes. Tú les llevas siglos de ventaja a la gente de aquí. En pocas palabras, te tachan de idiota si eres inofensivo. Existe una ley de la jungla que nunca me enseñaste; no podías, porque no la conocías. ¡En fin!

Te llevaré un regalo. Seguramente algo de gamuza. Él dice que aquí son un desastre con la aguja y que todo se cae a pedazos, pero siempre puedes arreglarlo. Cuando yo era pequeña teníamos unos cuencos de porcelana para gelatina preciosos. ¿Qué ha sido de ellos? Con cariño.

Al igual que la carta para el médico, no la envió. Tampoco la rompió; simplemente la metió en un sobre, pero se olvidaba de mandarla un día tras otro. Esta nueva tendencia la turbaba. Esta costumbre de posponerlo todo. Era como si primero tuviera que zanzar algo vital. Lo atribuyó a la natación.

El día en que vaciaron la piscina perdió las tres clases. Oía a los hombres cepillando, y de vez en cuando bajaba y se plantaba a su lado, como si su presencia pudiera acelerar el proceso y hacer que el agua fluyera con un único gesto milagroso. Él percibió su impaciencia, dijo que tendrían que haber construido dos piscinas. Le propuso que los acompañara en el barco. Los libros y los bronceadores seguían en el mismo sitio de la última vez. Los acantilados, más fascinantes que nunca. «Hola, acantilados, ¿puedo tirarme desde vosotros?», saludó con alegría. En un puertecillo vieron a otro millonario con su novia. Estaban solos, sin tripulación siquiera. Sin saber por qué, a ella se le encogió el corazón. Durante la cena los hombres hicieron apuestas sobre la identidad de la chica. Comentaron su belleza, pese a que apenas la habían entrevisto. El agua que llenaba la piscina sonaba como un riachuelo en una colina lejana. Él le dijo que a la mañana siguiente estaría llena.

Otras casas poseían objetos bonitos, pero la de ellos destacaba sobre las demás por su buen gusto. Lo que más le gustaba a ella era el candelabro de metal mate traído de Portugal. Por las noches, cuando estaba encendido, los conos de luz se ahusaban hacia las vigas, haciéndola evocar la madera de las chimeneas y el incesante aleteo de los pájaros. Votivo. Para complacerla, él había mandado encender un fuego en una habitación alejada, solo para que en el aire se percibiera el olor a madera.

La sopa de berros que debía ser una especialidad sabía a agua de mar. Nadie la culpó a ella, pero después se quedó sentada a la mesa, preguntándose qué había hecho mal. Se sentía derrotada. A petición de ella, él llevó otra botella de tinto, pero le preguntó si estaba segura de querer beber más. Pensó: «No entiende mis mecanismos mentales». Pero, en el fondo, ella tampoco. Estaba

borracha. Levantó la copa. Mientras contemplaba el líquido, haciéndolo oscilar de un lado a otro, se preguntó cómo de borracha estaría cuando se pusiera de pie.

—Cuéntame —le dijo—, ¿qué cosas te interesan? —Era la primera pregunta directa que le planteaba.

—Pues... todo.

—Pero en el fondo —insistió ella.

—Los descubrimientos —contestó él, y se marchó.

Pero no el descubrimiento de uno mismo, pensó ella, eso no.

Un neurólogo se emborrachó y se puso a tocar jazz en el órgano de la capilla. Decía que no podía evitarlo, que había demasiadas teclas que pulsar. El órgano estaba duro por la falta de uso.

Ella se retiró temprano. Al día siguiente debía nadar para ellos. Pensó que él le haría una visita. En tal caso conversarían uno en brazos del otro. Ella masajearía aquel escroto lastimoso y desgastado y le preguntaría cosas del mundo submarino en que él se zambullía a diario, le preguntaría por las profundidades, y si había flores de alguna clase, y al contestarle se vería obligado a hablarle de sí mismo. Deseaba con todas sus fuerzas que el organista se durmiera. Sabía que él no aparecería mientras no se hubieran retirado todos los invitados, porque era extrañamente reticente al cariño de ella.

Pero la música no cesaba. De hecho, el músico iba ganando fuerza y brío. Cuando por fin se quedó dormido, ella abrió los postigos. Las luces de la terraza estaban encendidas. La noche estaba inmóvil sin una leve brisa. Del otro lado de los campos llegaban los lengüetazos del mar y luego el sonido de un cencerro, vacilante y entrecortado. Hasta una oveja reconocía la noche profunda. El faro trabajaba fielmente, como el latido de un corazón. El perro estaba encima de una silla, dormido, pero con las orejas levantadas. En otras sillas había jerséis, libros y toallas, vestigios de las actividades diurnas. Ella observó y aguardó. Él no acudió. Se lamentó de no poder ir a buscarlo la noche que más lo necesitaba.

Por primera vez pensó en los dolores menstruales.

Por la mañana se tomó tres pastillas para la jaqueca con el café caliente. Se le deshicieron en la boca. Luego las engulló con soda. Ese día no tenía clases porque el espectáculo de natación debía celebrarse poco después del desayuno. Se probó un bañador, luego otro; después, percatándose de lo absurdo que era aquello, volvió a ponerse el primero y se quedó en su cuarto hasta que fue casi la hora.

Cuando bajó a la piscina descubrió que todos estaban ya allí. Formaban un público bastante nutrido: los veinte invitados, más los seis niños, que protestaban porque los habían obligado a salir de la piscina. Hasta la gobernanta ocupaba el asiento de piedra debajo del árbol, para ver

bien. Algunos sonreían, otros estaban un pelín abochornados. La mujer embarazada le regaló una medalla para que le diera suerte. Iba pegada a un alfiler. Así que eran amigas. El monitor estaba delante, con la cuerda alrededor de la cintura, por si las moscas. Los niños eran los únicos que aportaban una nota de ligereza a la situación. Ella bajó las escalerillas de espaldas, sin mirar a ningún rostro en particular. Se agachó hasta que el agua le llegó por los hombros, y entonces dio un pequeño brinco y se puso a nadar. Casi de inmediato supo que iba a conseguirlo. Las manos, ya sin reticencias a hundirse, paleaban el agua, y las piernas se agitaban con una ferocidad que no creía posible. Sabía que estaba recibiendo vítores, pero no le importaban lo más mínimo. Nadó, como había prometido, de un lado al otro de la piscina, por la parte donde hacía pie. Fue de una brevedad patética, pero era lo que se había comprometido a hacer. Luego, uno de los niños dijo que tenía la cara desencajada. Las flores de goma se le habían caído del gorro hacía ya un rato, y se lo quitó cuando se puso de pie y se agarró a la escalera. Todos aplaudieron. Dijeron que había que celebrarlo. Él no abrió la boca, pero ella sabía que estaba muy contento. El monitor estaba más feliz que nadie.

Para organizar la fiesta fueron al estudio, donde podían sentarse y confeccionar listas. Él dijo que pediría gitanos y flores y que el caviar se serviría en unos cisnes de cristal llenos de hielo. Ella no debía ocuparse de nada. Se lo encargarían a otros. En total escribieron veinte telegramas. Él le preguntó cómo se sentía. Ella reconoció que entre saber y no saber nadar había un abismo. Eran dos sentimientos irreconciliables. La auténtica emoción, añadió, fue el momento en que supo que lo clavaría, pero su cuerpo aún no respondía. Él le dijo que estaba deseando que llegara el día en que entrara y saliera del agua como un cuchillo. Ejecutó el gesto hábilmente con la mano. Le dijo que lo siguiente era aprender a montar a caballo. Él mismo le enseñaría, o se encargaría de que le enseñasen. Ella se acordó de la yegua castaña con la cabeza alzada, olisqueando el aire, y su incapacidad para acariciarla, su incapacidad para ponerse a su lado sin exudar terror.

—¿Tú no le tienes miedo a nada? —le preguntó, demasiado asustada para confesarle el encuentro con la yegua, que había tenido lugar en el establo de él.

—Claro que sí, claro.

—Pues nunca lo dices.

—En su momento, me da mucho miedo todo.

—Pero luego, luego... —dijo ella.

—Luego intentas vivir con ello —añadió él, y acto seguido la miró y la estrechó entre sus brazos.

Ella pensó: «Seguramente se siente más unido a mí que a nadie en su vida, aunque no es una unión muy estrecha, en absoluto». Sabía que si se quedaba con ella no llegarían al fondo de las

cosas, al fondo que ella tanto había temido y anhelado. Respecto a las cuestiones más íntimas él no se arriesgaba.

Estaba cansada. Cansada de la vida que había escogido y decepcionada con el hombre al que había puesto en un pedestal. El cansancio le venía de dentro, y como una respiración profunda que saliera despacio, le rasgó las entrañas. Estaba harta de su propia predilección por la tiranía. Le parecía que siempre se llevaba a las personas a la oreja, igual que su madre se llevaba los huevos a la oreja, agitándolos para comprobar si estaban podridos, pero, a diferencia de su madre, ella se quedaba cada vez con los que habría sido más sensato desechar. Él parecía intuir su tristeza, pero no dijo nada; la abrazó, apretándola de vez en cuando para transmitirle confianza.

Su vestido —regalo de él— estaba extendido sobre la cama, con las mangas anchas y blancas que colgaban a ambos lados. Era calado y guardaba un parecido asombroso con un cadáver. También había un chal, unos zapatos y un bolso. La sirvienta esperaba. Junto a la bañera, su libro, un cenicero, cigarrillos y un librito de cerillas que costaba prender. Se encendió un cigarrillo y le dio una calada profunda. Lamentó no haberse subido una copa. Le apetecía una en ese momento, y se imaginó lo que habría tomado. La sirvienta se arrodilló para poner el tapón. Le pidió que no abriera el grifo aún, y a continuación cogió la toalla más grande que había, se la ciñó alrededor del bañador, cruzó el pasillo y bajó por la escalera de servicio. No tenía que encender las luces; habría sabido llegar a la piscina con los ojos vendados. Todos los juguetes estaban en el agua, como animales de granja recién encerrados para dormir. Los recogió uno por uno y los dejó a un lado, junto a las botellas vacías de cloro. Bajó la escalerilla de espaldas.

Nadó por la parte donde hacía pie, dejando que aflorase el pensamiento temible. Pensó: «Puede que lo haga o puede que no», y el hecho de estar indecisa parecía confirmar su percepción de que no tenía ninguna importancia. Cualquiera, hasta el niño más pequeño, podría haberla disuadido, porque no estaba convencida. Era solo que le parecía más fácil, simplemente, más fácil que el esfuerzo y el amor incompleto y las excursiones que se planeaban.

«Esto es lo que quiero, aquí es donde quiero ir», dijo, refrenando la parte de ella que se habría puesto a gritar. Fue hacia lo profundo, y se rindió, el agua la rodeaba formando un bautismo bonito y generoso. Conforme descendía a la región más fría y emocionante pensó: «Ellos nunca lo sabrán, nunca, nunca lo sabrán, seguro».

En un momento dado empezó a luchar y debatirse, y a gritar, aunque no podía conocer el alcance de sus propios gritos.

Volvió en sí en el terreno, a un lado de la piscina, alterada y con náuseas. Sentía un dolor atroz en el pecho, como si unas tijeras estuvieran cortándole las entrañas. Las sirvientas se encontraban

con ella, y dos de los invitados, y él. Los focos de la piscina se hallaban encendidos. Se llevó las manos al pecho para comprobarlo: sí, estaba desnuda bajo la manta. Debían de haberle arrancado el bañador. Obviamente, él le había hecho la respiración boca a boca, porque jadeaba y se había remangado. Lo miró. Él no sonreía. Sonaba música, fuerte, ridícula, animada. Primero se acordó de la fiesta, luego de lo demás. Aquella agradable vaguedad la abandonó y lo miró avergonzada. Lo miró a todos. ¿Qué había gritado mientras la revivían? ¿Qué pensamientos había verbalizado en aquellos momentos cruciales? ¿Cuánto había durado todo? Su preocupación más inmediata era que no la llevaran a la casa, no debía permitir ese último episodio de indignidad. Pero la llevaron. Mientras el jardinero y él cargaban con ella, vio las flores y las ostras y los platos con gelatina y los cochinitos asados en las mesas, un festín digno de un sueño, solo que ella estaba terriblemente lúcida. Cuando se quedó sola en su cuarto, vomitó.

Durante dos días no bajó. Pidió que le subieran una pila de libros, y cuando él acudía a visitarla siempre lo hacía acompañado. Mostraba gran interés por las novelas que ella había leído y le preguntaba por los argumentos. Cuando bajó, los invitados se mostraron educados, informales y todavía falsos, pero ahora además eran prudentes y sumamente censuradores. Con su trato le transmitían que había cometido un gesto estúpido y abominable, y que, de haber logrado su propósito, los habría involucrado a todos en su desastre estúpido y abominable. Deseó irse a su casa, sin despedirse de nadie. Los niños la miraban y de vez en cuando estallaban en carcajadas. Un niño le dijo que su hermano había intentado ahogarse en la bañera una vez. Aparte de eso y de la inevitable carta para el jardinero, el asunto nunca más volvió a mencionarse. El jardinero había sido quien la oyó gritar y dio la voz de alarma. A ojos de todos era un héroe.

Ya no iban a nadar. Planificaban la partida. Tenían excusas preparadas de antemano: el trabajo, el tiempo que había cambiado, los vuelos reservados. Él le dijo que se quedarían hasta que se fueran todos los invitados, y que entonces se marcharían de inmediato. Su secretaria los acompañaría. Todos los días le preguntaba cómo se encontraba, pero cuando estaban solos se dedicaba a leer o a jugar al solitario. Parecía tranquilo, salvo por los ojos, que le ardían igual que si tuviera fiebre. Eran ojos jóvenes. El azul parecía acentuarse cuando la cólera se reavivaba. Se mostraba arisco con el servicio. Ella sabía que cuando volvieran a Londres dos coches distintos estarían esperándolos en el aeropuerto. Era lo normal. La casa, las piedras calientes del camino, el fulgor del agua asomarían de vez en cuando a su memoria, sin duda; pero de él se olvidaría y lo relegaría a un rincón oscuro de su mente, al lugar donde acechan los fracasos.

## Mis dos madres

En el sueño aparecen una escupidera esmaltada con forma de riñón, blanca como la leche, y una cuchilla de metal resplandeciente igual que la que usan los barberos de la vieja escuela. Mi madre tiene la mano encima de la cuchilla y de pronto veo su cara, como nadando hacia mí, pálida, con forma de pera, a punto de imponer su castigo, de cortarme la lengua. Entonces, paulatinamente, el sueño termina y me despierto temblando tras librarme de la muerte no por primera vez. En el sueño mi madre y yo somos enemigas, mientras que en la vida real estamos tan unidas que casi podrían calificarnos de amantes. Sí, amantes en tanto que yo creía que el universo entero residía dentro de su ser.

Era el núcleo de la casa, las habitaciones cobraban vida cuando ella las ocupaba y morían si estaba ausente. Era una auténtica madre y una madre arquetípica. Los dedos y las uñas le olían a comida, maíz para las gallinas y los pollos, gachas para los terneros y pan para nosotros, mientras que su cuerpo olía a millones de cosas, según fuera feliz o infeliz, y el aroma más agradable de todos era el persistente perfume de la bola de algodón que a veces se colocaba debajo del sostén. En Navidad era un olor a bizcocho de frutas empapado en grog y el perfume azucarado del glaseado blanco, tieso como el almidón, que aplicaba con el éxtasis de una artista.

Yo asociaba inevitablemente a ella cualquier cosa que llevara aparejado un elemento milagroso. Por ejemplo, cuando en clase aprendí que nuestros lagos extensos y picados ocultaban restos de ciudades sepultadas me pareció que dentro de ella también había mundos enterrados. En misa, cuando el cura giraba la llave de la puerta dorada del tabernáculo con su escudo, me asaltaba el pensamiento profano de que estaba girando una llave en su pecho. Como si me leyera la mente, ella me pasaba su libro de oraciones, palabras solemnes en latín, una lengua con la que ninguno de nosotros estaba muy familiarizado.

Durante un tiempo vivimos en tal simbiosis que era como si nunca hubieran existido un marido u otros hijos, pero sí que existían. Todos nos sentábamos alrededor del mismo fuego, comíamos la misma comida, y cuando llegaba una caja de bombones de regalo mirábamos anhelantes el dibujo de la parte de atrás, escogiendo mentalmente nuestros preferidos. Aquella caja podía no abrirse durante un año. La vida era frugal e impredecible, las cosechas y la

maduración del heno estaban sujetas a los azares de la lluvia y el deterioro. Sobre nosotros se cernía siempre el espectro de las deudas. Aun así, en nuestra casa había detalles de grandeza: campanas de plata que semejaban yelmos de caballeros medievales dentro del aparador de roble palustre y espejos con cupidos que se besaban y abrazaban. En los cajones del piso de arriba había cortes de seda de los tiempos remotos en que mi madre trabajó en el departamento de sedas de unos grandes almacenes de Brooklyn, cuyo renombre solo era superado por Heaven. Los domingos se ponía a toda prisa su ropa buena para ir a misa, adquirida en aquella época, o tal vez algo después, prendas desechadas de sus parientes, vestidos de gasa cortada al bias que parecían balancearse sobre un cuerpo, sobre el cuerpo de ella. Yo rezaba por que volviera a ponérselos por la noche para que saliéramos a dar un paseo, y en verano gozar de la ebriedad vespertina de los alhelíos de los jardines de otros.

Teníamos un huerto de frutales, campos roturados y praderas. Por algún extraño motivo yo consideraba que un jardín sería un prelude de felicidad. Las únicas flores que tenía oportunidad de estudiar eran las de los platos y tazas de porcelana, manchas de genciana en cavidades de musgo, y en el papel pintado capullos teñidos tan compactos, tan realistas, que parecía que pudieras apretarlos o espachurrarlos. Aquellos paseos rayaban en lo fantástico, entre vecinos presas de una repentina camaradería que nos cubrían de saludos, y siempre, absurdamente, la posibilidad añadida de que pudiéramos dejar atrás nuestra triste existencia cotidiana. Ella era guapísima. Tenía un pelo precioso, castaño con destellos de bronce, y unos ojos azules que encerraban una capacidad infinita para la censura. Para castigarme no tenía que pronunciar palabra: sus ojos lo hacían mediante una mirada desgarradora. Pero cuando daba su aprobación a algo, todo parecía dulcificarse y la mirada, intensamente azul, era como ver fundirse la vidriera de una ventana.

Durante aquellos paseos hablaba invariablemente de los visitantes que vendrían en verano y de los platos exquisitos que les prepararía. Había un montón de recetas que mi madre aún no había probado. A veces le hacían daño los zapatos y teníamos que sentarnos en un murete, donde se bajaba las medias y se apretaba y masajaba los dedos de los pies enrojecidos. Una vez, un hombre al que apenas conocíamos vino y se sentó a nuestro lado. Llevaba una camisa de franela rota y hablaba con tono exaltado, preguntándonos sin cesar «noticias... noticias». Luego ella se rio y dijo que era un pobre palurdo. Yo pensaba en secreto que ella habría querido vivir en la ciudad, llevar una vida en que pudiera ponerse la ropa buena y los exclusivos zapatos de salón con gruesas hebillas de los domingos. Sin embargo, en el fondo era una mujer de campo, y conforme se hizo mayor, los campos, la ciénaga, sus perros y sus aves de corral cobraron más importancia para ella, fueron sus compañeros cuando yo me fui. Siempre le había prometido que no me iría. Se lo prometía a ella en voz alta y me lo prometía a mí misma a solas cuando

contemplaba los caballeros de plata del aparador y los capullos a punto de eclosionar del papel pintado.

En nuestra casa había broncas, broncas por dinero, por el alcohol, por imprudencias, pero, no contenta con los miedos reales, mi madre también tenía que evocar lo desconocido y sobrenatural. Una rana saltó al fuego una noche y ella se convenció de que era un augurio de la muerte repentina y accidental de algún vecino. Asimismo, un cristal de colores sobre la puerta de un pasillo se rompía una y otra vez, y ella insistía en que no era por el viento o las tormentas, sino que se trataba de un mensaje del más allá. Una noche, sentada en la cocina y muy amilanada, se le metió en la cabeza que un hombre, un extraño, se había apostado tras la ventana e iba a dispararnos. Nos desplazamos a un lado de la ventana y nos sentamos en sendas sillas de la cocina, conteniendo la respiración, esperando a nuestro verdugo. Nos quedamos allí hasta la mañana siguiente, hasta que su marido, que llevaba días por ahí, apareció, sin dormir, todavía medio borracho y molesto por tener que regresar con nosotras. Ella y yo éramos mendicantes juntas: cocinábamos, hacíamos las camas, doblábamos sábanas, realizábamos todas las faenas normales de la llamada vida normal, y en momentos adversos nos encogíamos de miedo detrás de las puertas, bajo los árboles, castañeteando los dientes con un temblor desquiciado y musical. Éramos inseparables.

No recuerdo con exactitud cuándo apareció la brecha por primera vez. Reñíamos por la comida que me negaba a comer y por los pasadores estridentes que me ponía en el pelo. Empecé a escribir: apuntes que tenía que tomar a escondidas porque ella veía en ellos una especie de ansia por conocer mundo. Insistía en que la literatura era la antesala del pecado y la condenación, mientras que yo por el contrario estaba convencida de que era la única alquimia posible. Leía y escribía, y ella, jueza de lo que escribía, debía ser desterrada, igual que en un cuento de hadas. Un día perdió los estribos cuando le leí en voz alta una cita de Voltaire que acababa de copiar: «La ilusión es la reina del corazón humano». Me miró como si acabara de escaparme del manicomio que había a treinta kilómetros.

«La ilusión, la reina del corazón humano», repitió, y siguió con su tarea. Estaba moliendo una avena muy amarilla mezclada con agua hirviendo, y lo hacía con tal vehemencia que perfectamente podría haber estado moliéndome a mí. Aquellas pasiones, aquellos sentimientos presentes en Voltaire o en Tolstói, la temeridad de una Natacha ansiosa por fugarse por una ventana para casarse con un canalla, aquellas eran las cumbres a las que yo aspiraba ahora. Ella percibía el impulso dentro de mí igual que un sabueso olisquea los botines enterrados bajo tierra, y entre nosotras brotó una corriente de desconfianza.

Escrutaba mi mirada, escrutaba mi ropa, escrutaba mi maleta cuando estudiaba en Dublín y volvía a casa; juzgaba repugnantes y depravados los pocos libros que yo llevaba. Estábamos en pie de guerra, pero evitábamos la batalla. Yo escribía y ella rabiaba en silencio. Me contaba lo

que los demás —los vecinos— opinaban de lo que escribía, con la voz empapada de lágrimas por mi delito. Las aventuras, los amoríos juveniles estaban fuera de toda discusión, y sin embargo decidí jugármela con un hombre al que había conocido apenas seis semanas antes. Lo odió nada más ver una foto suya, pero insistió en que me casara para que las cosas se ajustaran a los límites de la respetabilidad, y así fue como celebramos una deslucida ceremonia a la que ella ni siquiera asistió. Con una clarividencia extraordinaria vaticinó el año, el día e incluso la hora en que mi matrimonio se iría al traste. Diez años y dos hijos después, cuando ocurrió, me lanzó su ultimátum. Lo hizo llegar a una lista de Correos y yo lo leí en medio de una calle londinense. Me exigía que me arrodillara allí donde estuviera leyendo e hiciera la promesa solemne de no volver a tener tratos con ningún hombre, ni en cuerpo ni en espíritu, durante el resto de mi vida, y añadía que se lo debía a Dios, a ella y a mis hijos. Se lamentaba de que yo fuera aún joven y, por tanto, estuviera sujeta a tentaciones. Me reclamaba.

Luego hubo años y años de correspondencia suya. Ella, a la que tanto repugnaba la palabra escrita, me escribía a diario, comunicados que iban de los ruegos a lo poético, lo filosófico y lo banal. Nunca leía del todo las cartas, temerosa de que enunciaran una acusación mayor, y mis respuestas eran meras formalidades, acompañadas de pequeños sobornos y dinero para prevenir conflictos. Aun así yo quería preguntarle por algo. Percibía que guardaba un secreto. Antes de mí había nacido y fallecido un bebé prematuro, y yo estaba convencida de que se había debido a una operación drástica entre ellos dos. Por qué si no su nombre no se pronunciaba jamás, ni se rezaba por él, ni visitamos nunca la tumba en cuya lápida ni siquiera figuraban las cuatro letras de su nombre bajo las de antepasados lejanos. Ella no quería más hijos, tres criaturas y una economía menguante ya suponían adversidad suficiente, y al yo nacer dos años más tarde usurpé en cierto modo su voluntad.

Durante veintitantos años había pospuesto el momento de abrir el fajo de cartas que había en mi casa, en un arcón de piel, órdenes que no había leído pero tampoco había tenido el valor de destruir. Hasta que un día, convenciéndome de que para mi trabajo necesitaba visitar las habitaciones y guaridas que habían pasado a otras manos, levanté el pequeño cierre de metal y las saqué. Fue como arrojarse a las tumultuosas aguas de la memoria. Las cartas eran más profundas y tristes de lo que recordaba, pero lo que más me impresionó fue su hambre y su sed. Tenía ante mí a una mujer que trataba desesperadamente de explicarse o de que la comprendieran. Había cientos de cartas, quizá un millar. Llegaban dos, tres por semana, siempre con una disculpa por no haber escrito en el ínterin. Yo las leía y las guardaba. Ella se preguntaba si yo estaba en casa o de viaje, se preguntaba cuándo nos veríamos, qué ropa nueva tendría o qué pieza de extravagante mobiliario. Me juraba que cruzaría el mar para venir a Inglaterra, aunque tuviera que hacerlo a pie, y yo astutamente iba postergando esas visitas. Me mandó cosas de su mueble de la ropa blanca, y la carta que precedió al paquete decía: «Ayer te mandé dieciocho

tapetes grandes, dieciocho pequeños y cuatro caminos de mesa. [...] No he podido lavarlos y almidonarlos todos porque una vez almidonados se tarda mucho en plancharlos en condiciones». En la carta siguiente, o la de después, se ocupaba del trabajo duro. Había cargado con cien baldes de agua y rociado todo el caminillo con herbicida para matar las ortigas. Un domingo salió a dar un paseo, más lejos de donde había llegado nunca. Hacía un calor abrasador, según sus propias palabras, y sentía una energía extraña, una excitación como cuando era joven. En las laderas de la montaña encontró montones de moras maduras en los zarzales y, como no quería que se pudrieran, se puso a recogerlas para hacer mermelada. Dado que no llevaba cesta ni lata, se vio obligada a quitarse las bragas y meter dentro las moras, que soltaron su jugo morado. En la carta manifestaba su deseo de darme un tarro de mermelada recién hecha por encima de un seto y verme probarla y saborearla.

Yo no tenía intención de volver para comprar una casa o una parcela, sin embargo ella estaba siempre pendiente de propiedades que pudieran convenirme. Entre ellas Gore House, llamada así por un propietario inglés, muerto hacía mucho. Decía que era una pena que no la hubiera comprado yo en lugar del sastre alemán, que no solo no pisaba nunca la casa, sino que la había comprado después de verla desde el aire, en su jet privado. Si a los europeos les encantaba aquel lugar, ¿por qué a mí no?

Las cartas sobre sus perros eran las más desgarradoras. Siempre había tenido dos perros pastores que se pasaban el día peleando y gruñéndose, salvo cuando cazaban conejos, pero que por las noches dormían prácticamente abrazados, como un par de osos melosos. Se llamaban Laddie y Rover y siempre corrían la misma suerte. Como acostumbraban perseguir coches en el caminillo, uno, cualquiera de los dos, moría atropellado y entonces el otro se deprimía, no probaba bocado, ni siquiera la carne, según ella, y estaba pendiente de los ladridos de los perros a lo lejos, hasta que al cabo de poco moría y lo enterraban junto a su camarada. Ella juraba que nunca más tendría otro perro, pero en cuestión de meses le escribía a un criador que había a varios condados de distancia y pocos días después le llegaban en autobús dos cachorrillos en una caja de cartón sobre un lecho de paja húmeda, a los que bautizaba de nuevo como Laddie y Rover. Se regodeaba en describir lo revoltosos que eran, lo que comían, las gracias que hacían. Una mañana de mayo se asomó y le pareció que había nevado, pero cuando salió descubrió que los perros habían despedazado las sábanas tendidas, reduciéndolas a jirones diminutos que luego escupieron.

Su vida fue volviéndose cada vez más dura: sufría inundaciones y más inundaciones, y el precio del combustible para la calefacción subía todos los años mientras que el del ganado caía en picado. La gente mataba a las reses para consumo propio, pero, como ella misma decía, para eso necesitaría un congelador grande que no tenía. Una yegua que mi padre adoraba y había mandado con un entrenador debía ganar una importante carrera, pero al final quedó tercera y el

botín fue de unas pocas libras, en vez de los varios centenares que habrían podido obtener, acabando así con toda esperanza de prosperidad. La yegua podría haber llegado la primera, pero tenía mucho carácter; podía ir a la cola en una carrera y de buenas a primeras adelantarlos a todos o, por el contrario, rezagarse. Mi madre no disponía de medios, y sin embargo su gran ilusión era regalarme algún día una lámpara de araña, envuelta con tanto cuidado que ni una sola cuenta de cristal se rompiera. Yo tampoco es que deseara con todas mis fuerzas una araña.

Al hacerse mayor reconocía el cansancio y a veces las cartas estaban escritas con tintas diferentes que indicaban en qué punto se había detenido o quedado dormida. La muerte era ahora el gran factor, el gran interrogante que no había manera de despejar. Vivía en estado de perplejidad. Empezó a albergar dudas respecto a su fe. Una mañana experimentó varios momentos de ceguera, y a partir de aquel día detestó la noche y la oscuridad y me decía que pasaba las noches en vela por miedo a que nunca amaneciera. La vida, afirmaba, era una grandísima batalla, porque, ganara quien ganara, nadie vencía. Empecé a percibir como una nueva luz en ella y me decidí a resolver las diferencias que existían entre nosotras, a librarme de los viejos rencores y recuperar la ternura de antaño. Siempre me la imaginaba trabajando, limpiando la escoria del recipiente para las cenizas y separándola de los pedazos de antracita a medio quemar, que mezclaba con el carbón bueno para ahorrar. Le encantaba la cocina Aga que permanecía encendida toda la noche, porque lo que tenía antes era un fuego de chimenea que había que sofocar y luego reavivar con bolas de papel de periódico, azúcar y aceite de parafina. Me di cuenta de que lo que más admiraba en ella era su actividad incesante, sin permitirse una hora, un día de descanso. Con su resistencia y su extraña e infantil gratitud por las cosas había sido un ejemplo para mí.

Conforme el mundo se oscurecía, empezó a perdonar implícitamente mis transgresiones, fueran las que fueran. Yo iba a viajar a América y me pidió que buscara a un señor en cierta dirección de Brooklyn. Un antiguo enamorado, seguramente. Fue como dar con un cuarto escondido en una casa que yo creía conocer. Me acordé de una cosa que de pequeña me ruborizó oír. Estábamos en un coche de alquiler —mi madre, una recién casada llamada Lydia y yo— en la puerta de un hospital, esperando que sacaran un ataúd y lo metieran en el coche fúnebre. Mi padre y el chófer habían entrado. Lydia fumaba un cigarrillo detrás de otro, reía sin medida y estaba feliz, vibrante. A mi madre, encantada de haberle hecho el favor de llevarla hasta allí, le dio por charlar. Por lo común reservada con los vecinos, empezó a hablarle a aquella desconocida de la época gloriosa que vivió en Brooklyn, de su elegancia, de los bailes a los que había asistido, de los hombres a quienes había conocido. Enfatizando este último punto, dijo que, en efecto, hubo uno muy especial, moreno, guapo, de una discreción encantadora. Se había comportado como un caballero, le había hecho regalitos, y en sus salidas dominicales la acompañaba hasta su casa y le estrechaba la mano en la puerta. Sin embargo, una noche, al pasar

por delante de una casa de mala reputación con luces rojas y suntuosas cortinas de terciopelo le había dado un codazo y había sugerido que quizá deberían entrar a ver qué se cocía allí. Mi madre no llegó a explicar si su amistad se rompió de golpe y porrazo, pero el leve estremecimiento de su cuerpo, en el que se confundían el deseo y la repugnancia, delataba que debía de haber estado enamorada y se arrepentía de no haber franqueado aquella puerta prohibida con él.

Mientras yo me decidía a acudir a aquella dirección de Brooklyn ella cayó enferma en casa y la trasladaron a un hospital de la ciudad, a cientos de kilómetros de distancia. Como muchos otros en el momento en que se ajustan cuentas, decidió que quería cambiar lo que su testamento disponía con respecto a la casa, que para ella poseía el encanto de una casita de muñecas. Su deseo era legármela a mí. Al enterarse de que estaba a punto de ser desheredado, su hijo se presentó en el hospital hecho una furia y tuvieron una pelea en el desangelado pasillo del hospital. Ella sufrió una especie de ataque y la llevaron de nuevo a la cama, delirando. Esa misma tarde se dispuso a escribirme su última carta: «Me tiembla la mano, y tiemblo toda yo, de pensar en lo que tengo que decirte».

No llegó a terminarla, y por eso sigo esperando el sueño que nos conduce más allá de la espantosa escupidera blanca y la cuchilla de metal, a campos y praderas, a lo alto de la montaña, reino azulado, mitad tierra, mitad cielo, hacia su hombre moreno, para iniciar nuestro viaje una vez más, para vivir nuestras vidas como tendríamos que haberlas vivido, felices, confiadas y liberadas de la vergüenza.

## *Manhattan Medley*

Noche de verano, o por ahí. El calor de las rejillas de las aceras, una trompeta, o tal vez un trombón, y las manos de los vagabundos, los dedos finos y suplicantes, como ramitas, extendidas pidiendo una limosna. Éramos relativamente desconocidos entre nosotros y completos desconocidos en aquella ciudad viva, palpitante.

Al abandonar una fiesta que se celebraba en tu honor nos arriesgamos al odio de la colérica Penelope, pero aun así nos fuimos. Me diste la señal, una mirada cómplice y un asentimiento, incluso mientras revoloteaba a tu alrededor un aquelarre de mujeres presas de una admiración evidente y efusiva. Tu fajín escarlata fue objeto de muchos elogios.

En la escalera dimos un puntapié sin querer a unas bolas de mármol que estaban allí de adorno y que salieron volando con nosotros. Pero no fue esa nuestra única fechoría. En el bolsillo de la chaqueta llevabas una taza de café, separada de su frágil asa, que, sin yo saber cómo, se me había quedado pegada al meñique. Con el fin de evitar un numerito, simplemente te guardaste ambas piezas en el bolsillo, y punto en boca. Era una taza color turquesa con el asa blanca y el borde dorado, que con suma delicadeza y elegancia depositaste junto al felpudo en lo alto de la empinada escalera.

En muchos sentidos, las ciudades son los mejores escenarios para una aventura amorosa. Estás en un bosque o un trigal, caminas por la orilla del mar, huella tras huella de arena pisada, y en cierto modo el beso o el pacto verbal se pierden en la vastedad y la indiferencia de la naturaleza. En una ciudad hay lugares que nos recuerdan lo pasado. Está el banco de piedra, por ejemplo, donde nos sentamos aquella noche para apagar nuestra sed, pero en realidad para dar vida a un muro con dos caños de agua pegados, como tubérculos de metal de la marca Siamese. Un lienzo de muro de hormigón contra el que me pusiste en cruz para oprimir contra mí tu ardiente traje.

«¿Hay espacio para mí en alguna parcela de tu vida?», me preguntaste. Sí. Sí, fue mi respuesta. Fuimos hasta la parte alta de la ciudad y volvimos, sin saber qué hacer, sin saber si separarnos o si prolongar el vértigo y el dulce suspense. Pregunté qué te parecía el edificio alto y marrón que da la impresión de ladearse igual que un lago sobre nuestras cabezas, un lago pardo de oficinas, desiertas a aquella hora y en precario equilibrio, como a punto de derrumbarse sobre

la calle. Lo elogiaste pero dijiste que habrías variado el revestimiento. Aquel término me resultó de lo más pintoresco y te tomé el pelo. Al preguntarme por un espacio en el margen de mi vida, me confesabas implícitamente que tú tampoco eras libre, que estabas casado, algo que yo habría asumido de todos modos.

Solo los idiotas creen que hombres y mujeres aman de forma distinta. Los idiotas y los pedagogos. Os aseguro que el amor de los hombres por las mujeres es igual de doloroso, igual de confuso, igual de desconcertante y en definitiva igual de inconcluso. Los hombres han hablado conmigo de sus infidelidades. Un hombre al que conocí en un congreso me contó que había sido infiel durante veintitantos años, y que sin embargo al descubrir la primera infidelidad de su mujer enloqueció, cogió un taxi, dio una paliza a su rival, volvió a su casa, se echó a llorar y se pasó la noche discutiendo largo y tendido con su esposa acerca de los millones de momentos y no-momentos de su matrimonio, las expectativas, las pequeñas traiciones, las grandes, y los regalos que se habían o no hecho. Después, agotados y en cierto sentido purgados, hicieron el amor al alba y ella le dijo a él —aquella esposa falta de sueño, lejos de la juventud y sin embargo maravillosa—: «Si debes tener una aventura, tenla, pero procura que no», y él le juró que no la tendría, pero temía sucumbir en algún punto del camino, rendirse a las zalamerías de las sirenas.

De entre todas las cosas que pueden decirse del amor, la más extraña es el momento en que ataca. Por ejemplo, una vez te vi en el vestíbulo de un teatro en Londres y me pareciste un hombre más bien convencional. Pensé: «Ahí va un hombre con mujer y sin duda dos coches, una casa de campo donde pasa los fines de semana, un coche cargado con comida, vino, quesos, aceite de oliva virgen, cosas así, un hombre sin propensión a los devaneos». Puede que, como mi amigo, te pasaras una noche entera hablando con tu mujer, expiándote, y quizá pareciera que todo estaba perdonado, pero siempre queda algo enconado.

Naturalmente, te conocía porque había oído hablar de ti y había leído artículos elogiosos sobre los edificios, los aleros y templos y las rotondas que te hicieron famoso y soportan la solemnidad granítica que te caracteriza. Entre esa austeridad y tus mejillas color vino tinto, por las que fluía la sangre con aterciopelada excitación durante la cena, vi tus dos naturalezas enfrentadas, tu cautela y tu apetito.

Caminamos y caminamos. El sabueso y la novia del gángster, cargando el arma. Luego nos detuvimos en la puerta de mi hotel y miramos en un panel acristalado las imágenes de las habitaciones más grandes, que estaban decoradas en tonos dorados y albaricoque, con tapicerías de vistosa cretona. No subiste conmigo. Pero fue muy íntimo abrazarnos, incapaces de soltarnos, fundiéndonos.

Tu regalo llegó la tarde siguiente, después de que partieras rumbo a Inglaterra. Era una orquídea dentro de una caja para tartas, con el tiesto lleno de piedrecitas que evocaban los litorales en invierno. Los pétalos blancos en la parte alta del tallo fino y esbelto recordaban a las

mariposas que se disponen a alzar el vuelo. Alzar el vuelo. ¿Has huido de mí? Imagino que no. Incapaz de conciliar el sueño, la miro, y bajo el haz luminoso que entra por la rendija de las cortinas parece un objeto espectral.

Me habías sumido en un estado mental y corporal tan fluido que resolví trabar amistad con todo aquel a quien me presentaran. El fantasma alto y negro de un hombre tuerto extendía la mano implorante y yo me prodigaba. Se lanzó a una arenga absurda: él había combatido en la guerra de Secesión, para defender los derechos de Dios y del hombre, había estado allí junto a Ulysses S. Grant. El parche que tapaba el ojo que le faltaba era penoso. Caminó a mi lado, reticente a abreviar su lamento.

Es extraño lo mucho que pegábamos. La altura perfecta, la gravedad perfecta, las lenguas perfectas y, ay, idiotez de las idioteces, el muro perfecto. ¿Queda algo de nosotros en él, algún vestigio, como los frescos en las cavernas, apenas visibles? Me preguntaste si podríamos hacer el amor en todas las capitales del mundo, si podríamos ir en secreto a cada una de ellas y luego volver, atesorando dulces recuerdos. No caeríamos en un matrimonio que necesariamente se volvería un tanto rancio, un tanto rutinario. Sí, sí, fue mi respuesta. Y, sin embargo, Paul, el amigo que nos vio marcharnos de la fiesta de Penelope, dijo que me volví y lo miré desconcertada, como la esposa de Lot antes de convertirse en estatua de sal.

Una aventura. Es una palabra cargada de sentido. Inestabilidad, cambio constante. Ocurren muchas cosas funestas, a las que se suman muchas otras fascinantes. Cartas abiertas por la persona equivocada o una baratija como regalo enviada a la dirección incorrecta por el aprendiz de la joyería. Una mujer que conozco leyó en secreto la lista de regalos navideños que la amante más reciente de su marido había confeccionado: champán Krug, lencería, una pulsera, y por último, aunque no por ello menos importante, un bebé. Sí, en mayúsculas: UN BEBÉ. La esposa pasó a la acción. Se lo llevó a Extremo Oriente de crucero, a varias islas, todas muy rústicas, remotas, embarcaciones de madera con asientos de madera, cabañas para dormir, bailarinas y guirnalda de gardenias alrededor del cuello de la recelosa pareja. Antes de marcharse de casa, la mujer había hecho algo muy inteligente y muy despiadado. Le había mandado a la joven depredadora copias de otras cartas escritas por otras mujeres, para que comprobara la codicia y la similitud de las misivas, y tuviera en cuenta que, por desgracia, ella no era más que una de tantas. Un toque a lo Strindberg. Otra mujer me contó que el primer indicio de la aventura de su marido no lo obtuvo registrándole los bolsillos, sino a través del simple hecho de que cuando la amante fue a su casa a beber unos cócteles, le llevó a su rival un ramo de flores muertas. Claveles. Esa misma noche, cuando ya se habían desplazado todos a un restaurante, vio al marido y la amante confabular, recordó las flores muertas, se puso de pie y montó la primera escena de su vida, no exenta de patetismo: «Voy a ir al baño y luego me iré a casa», les anunció. Él no la siguió en un

primer momento, pero poco después sí; se la encontró en el sofá comiéndose las flores, como si fuesen tajadas de coco, escupiéndolas después, y lo único que él le dijo fue que detestaba las escenitas, las escenitas femeninas, y acto seguido salió al balcón y empezó a andar de un lado a otro, pero se quedó con ella, según sus propias palabras, se quedó con ella.

Clarissa me llama desde la Costa Oeste casi todos los días. La conocí después de dar una charla allá; ella advirtió que teníamos algo en común. Ocurrió una cosa que nos unió. Se le cayó el contenido de su bolso y yo dije: «Qué te pasa, Clarissa, qué te pasa», y ella se giró y me preguntó si creía que estaba sufriendo un ataque de nervios. Está yendo a un especialista en traumas. Su madre, a la que apenas conocía, ha muerto hace poco y durante el velatorio a Clarissa le cayó encima una montaña de trastornos. La muerte materna ha abierto una trampilla hacia lo desconocido. Su madre, que era guapa y también rica, nunca hablaba abiertamente las cosas, y eso está provocando que a Clarissa se le caigan los bolsos de las manos, se pase con la sal en las comidas y se tome un jerez por la mañana, ella, a quien ni siquiera le gusta el alcohol. Quiere plantearle a su difunta madre una pregunta clave acerca de un hombre desnudo en su cuarto. Ella era todavía un bebé que estaba explorando el rellano cuando la madre le gritó que se fuera de allí. El hombre debía de ser un antiguo novio. En el campamento al que la mandaron cuando tenía doce años vio una fotografía de una mujer muy parecida a su madre y la besó cuando los demás no miraban. La besó, y en casa olía un camisón que colgaba tristemente en un ropero. Olía a madre. Tiene algo importante que decirme, pero no sabe cómo decírmelo. Confía en mí a raíz de la debacle del bolso.

Grafitis, grafitis, grafitis. Parecen ejecutados todos por la misma mano odiosa e invisible. Parábolas de rabia. En muros, en furgonetas, hasta en el cuero sintético del asiento trasero de un taxi. El conductor estaba enfadado. La mirada de la foto de la placa identificativa traslucía desilusión, ya no era joven. De pronto le gritaba a otro conductor que nos había cortado el paso. Entonces se puso a despotricar contra las calesas, los caballos que ensuciaban las calles y meaban las flores artificiales de los laterales de los carruajes.

Cuando brindaron a tu salud en la fiesta de Penelope me di cuenta de que estabas nervioso, se te puso la cara del color de la llama de una vela. No estábamos en la misma mesa, pero sí en el mismo archipiélago, como dijiste tú. Estabas hablando con una mujer, y por tus titubeos comprendí que sabías que ella te deseaba y que no podías corresponderle en ardor. Ella se derramó un poco de tinto en el muslo y rogó que le dieran algún consejo. Alguien sugirió vino blanco para neutralizar el tinto; otra persona dijo que lo mejor era la sal y te pasó unas delicadas vinagreras de plata con que atenderla. Fue entonces cuando me miraste; fue entonces cuando nuestras miradas se encontraron a través del espacio que quedaba entre las celosías que formaban los brazos de los candelabros. Me sostuviste la mirada, indiferente al tinto y al blanco que corría formando un estuario sobre los muslos de la mujer. En aquel entorno de la alta sociedad, llama

abrasadora, quebradiza, nos rendimos. Más tarde, cuando todos nos levantamos a tomar el café en el salón, viste que me cogía del brazo de un hombre, tanto para mostrarme simpática como para ponerte un poco celoso. Bastante irritado, me diste un codazo: «¿Te acompaño a tu casa o tienes algo mejor que hacer?».

Ojalá fueras todo torso, todo polla. Ni ojos meditados que me den la bienvenida o me manden a freír espárragos. Ni mente que haga aparecer como por arte de magia esos celos tan propios de los amantes clandestinos. Ni maleta de imperativos: madre, padre, mujer, hijo, hijos, todo, todo te llama, te llama para que acudas al hogar. Ojalá fuera yo solo un torso, para estar contigo libre de responsabilidades. Recuerdo una postal con una imagen del siglo VII, una mujer sin cabeza, una reina, ligeramente ladeada, con la túnica rasgada, los pechos como caquis, manca, y sin embargo cargada de sus propios almizcles.

He estado en nuestro muro, para presentar mis respetos. Como si fuera el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, donde una vez introduje entre las grietas una petición escrita en un papel. La gente me ve plantada ante nuestro santuario pero no le da ninguna importancia, porque los demás simplemente vagan. Es una ciudad de nómadas. Ves a un hombre o a una mujer con bolsas o sin bolsas de la compra que llega a una esquina, reflexiona y vuelve por donde ha venido. Todo el mundo come en la calle, mendrugos desechados, puntas de pepinillos en salmuera, fideos fosforescentes al sol, forraje para el hambriento. La gente se sienta en escalones o en mesas vacías al aire libre, con la mirada perdida. El espacio rebosa de personas solas y personas sin hogar, en convivencia. Una mujer así, que a diario se sienta en una fuente durante horas, fue, o eso me contó otra mujer, dama de honor en la boda de Grace Kelly, pero cayó en desgracia y se quedó tocada. «Tocada» es una palabra que usan mucho. ¿Por qué siempre en femenino? Traición, quizá. Traición femenina, distinta de la masculina. Una amiga común pronunció tu nombre, lo pronunció varias veces en mi presencia, para ponerme nerviosa. Los ojos le brillaban igual que bisutería, con ese brillo pálido e inmutable que cansa. La gangrena de la envidia, los celos. «No quiero que sufras por nadie», dijo tu mejor amigo, Paul, que nos vio escabullirnos de la fiesta. Con suma mordacidad comentó a continuación lo esbelta que era tu mujer.

Una figura alta de barba pelirroja, un «Finn MacCumhail» de las aceras, de ojos verdes, está envuelto en una manta de tartán, que lleva como si fuera una toga. Vende cosas: grabados abstractos baratos, cubos en blanco y negro y las orquídeas heridas de Georgia O’Keeffe, tan marchitas como fecundas. Le doy un café por las mañanas, porque está apostado en la puerta de la tienda. Le pregunté si alguna vez se sentía desmoralizado. Me miró sorprendido. Me respondió que nunca. Era montañés y boina verde. «Además, tengo a Dios.» Sí, eso contestó: «Además, tengo a Dios».

Comida caliente.

Pizza casera.

Carne caliente.

Yo apenas probaba bocado. Había ido al centro a salmodiar un rato, salmodiar para quitarme de la cabeza tu sabor, tu olor, tu tacto, tu persistencia y permeabilidad. Pensé que conocía el edificio de una excursión anterior, pero me vi en los pasillos que no eran, hablando con bedeles sorprendentemente amables, la madre patria, etcétera. Volví a la calle para llamar a información. Parecía que la cabina había sido la morada de alguien: una gorra de béisbol sucia, latas estrujadas, mondas de naranja y una cinta de casete tan enmarañada que parecía que fuera a emitir un grito. En el muro había un cartel escrito con caligrafía pulcra: WORDPERFECT EN DIEZ HORAS. LOTUS ¿WordPerfect en qué? Calle arriba había dos boxeadoras, que denunciaban la pornografía. Exhibían fotografías de pechos colgando y sus voces roncas se imponían al rugido del tráfico y las sirenas.

En un café, una recién casada sentada a una mesa a mi lado le daba una disertación sobre el matrimonio a su amiga: «Sí... Está muy bien ser una mujer casada... Frank es como un ancla para mí... Hace seis meses no habría opinado lo mismo, pero ahora, sí... Una no confía en su marido de la noche a la mañana, pero llega... llega». Luego se explayó en el tema del perro que habían comprado. Su marido quería uno grande, un labrador. Ella no quería perro. Al final se decidieron por un caniche pequeño con pedigrí, término medio entre un perro grande y no tener perro. Le habían puesto Gloria, por Gloria Swanson.

Clarissa me llamó muy temprano. Quería contarme una cosa. Ha tenido amantes tanto masculinos como femeninas. No porque sea promiscua, sino porque sus necesidades cambian. Le pregunté cómo era. Me dijo que era como tener hambre de un fantasma, un hambre no alterada ni por hombres ni por mujeres, ni por supuesto por el matrimonio. Luego añadió algo conmovedor. Me dijo que el motivo por el que el amor es tan doloroso es porque siempre se reduce a que dos personas deseen más de lo que dos personas pueden dar.

Mi cuarto es de color rosa, con espejos dorados y un buró blanco inmaculado que parece un elemento de atrezo teatral. El cajón del centro no se abre, los laterales, sí. En el revestimiento de papel de uno de ellos escribí «Recuerda». Lo escribí con la pluma carísima que me regalaste cuando nos despedíamos y me pediste que te mandara palabras, palabras. Aunque no subieras aquella primera noche, yo sabía que querías, y me quedé en la puerta de mi dormitorio, mirando cómo el ascensor se abría y escupía a personas, unas bulliciosas, una pareja que hacía gala de una lujuria irritante y otras agotadas por los problemas de la jornada.

Ayer una criatura joven, en su trono de basura, lloraba. Delante de una joyería muy selecta. Le pregunté por qué lloraba. Un hombre le había hecho una sucia jugarreta. Le había metido un

billete de cien dólares en el vaso blanco de plástico y luego se lo había quitado. Se había producido un altercado. En el escaparate que tenía detrás, un collar de rubíes resplandecía sobre una delicada almohadilla de terciopelo y una etiqueta rezaba sin más: *circa* 1800, sin precio. Sí, un hombre le había hecho una sucia jugarreta. El adjetivo «sucio» me dio que pensar. ¿Le habría hecho alguna clase de proposición? Más allá, un hombre tendía su gorra vacía y repetía lo mismo con urgencia una y otra vez —«No tengo dinero no tengo casa no tengo dinero no tengo casa»—, rascándose la cabeza calva y afirmando que había recorrido cientos de kilómetros desde Georgia. Del otro lado de la calle llegaba una voz más vehemente que gritaba que aquella ciudad era una maltratadora, un pozo de mierda, un pozo infernal, y que todo el mundo daba asco. El carrito, que debía de ser de un supermercado, estaba forrado con portadas de revistas en que aparecían las estrellas de cine más actuales. En la pared, encima de él, alguien había escrito: ESTÁS MUERTO.

Nunca me he sentido tan viva, tan vorazmente viva. Camino kilómetros y kilómetros. Ayer por la tarde el cielo se oscureció y empezaron a retumbar los truenos, como si llegaran desfilando desde bosques remotos, desde Georgia, por ejemplo, desfilando sobre la ciudad y sobre los elegidos en sus limusinas, majestuosas como coches fúnebres, inmunes a los apuros de la desdicha. Vi al fanático orinar sobre los fibrados músculos de las estrellas de cine y reír desafortunadamente. El carrito era una ciénaga. En la puerta de un restaurante un hombre se agachaba sobre una bolsa de basura. Lo que me llamó la atención fue su pelo. Una mata corta y muy rizada, color Tiziano. Era sigiloso como un cazador. Extrajo el hueso de una chuleta, con hebras de carne medio cruda y chorreante. Sin pensárselo dos veces se puso a roerlo. La placidez de su mirada era inigualable. Pensé en acercarme a él y darle unas monedas, pero no me atreví. Tenía unas pupilas demasiado orgullosas y distantes, esa distancia insondable de los desfavorecidos. Además, la orgía con el hueso era total.

Stella, una amiga de hace mucho tiempo, me invitó a una fiesta solo para mujeres en casa de su hermana. A las afueras. En la oscura caverna subterránea del metro no conseguí dar con un solo ser humano que me indicara el camino. Una multitud de personas con una prisa mecánica se agolpaba a la altura de los tornos, sin tiempo para hablar. Subí a la superficie y paré un taxi. Desfilé ante hileras y más hileras de bloques de pisos altos e idénticos, y de vez en cuando surgía en una valla publicitaria un rostro glamuroso, masculino o femenino, promocionando cosméticos, zapatillas de deporte o televisores, y yo, impaciente por llegar a casa de Stella y marcharme, porque estaba convencida de que volverías a esta ciudad para buscarme. Incluso te imaginé sentado en un sillón del deslucido vestíbulo, pendiente de las puertas giratorias por si regresaba. La casa de la hermana de Stella era de madera blanca, idéntica a todas las casas de la calle, con un césped bien segado y una sensación de pulcritud y perfección. Las invitadas pertenecían a dos categorías: la de las ligeramente tímidas que llevaban faldas largas y sandalias

y la de las lanzadas con minifaldas y peinados estrafalarios, todas rubias. «What hat de clock», dijo una mujer, señalando que el origen de la lengua inglesa se hallaba en su zona de Sajonia. Su marido acababa de abandonarla por otra mujer más joven. Stella parecía afligida. Estaba en el comedor, con su hijo más pequeño enganchado a ella, con un puñado de cubiertos en la mano y tratando de decirme mediante su expresión que habían pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos. «Un momento, cariño», le decía a su segunda hija, que necesitaba que le sujetara al pelo una corona de papel de plata. La hermana de Stella, Paula, era mucho más asertiva, y mirando por las puertaventanas que daban al jardín se quejó de que la mesa no estuviera puesta.

«He planchado el mantel», balbució Stella. Estaba planchado solo a medias. Las arrugas imitaban diminutas olas sobre el agua. Había empezado a chispear. Los vasos en que se servirían las bebidas tenían incrustaciones de frutas. Toscos pedazos de piña y melón. Cada mujer traía un regalo. Era el cumpleaños de una tía mayor, que estaba sentada en un butacón, aturdida. Cuando le hicieron entrega de un ramo de rosa blancas se le llenaron los ojos de lágrimas y lo apretó contra su pecho, como si fuese un bebé. La mujer que había traído las flores quería un bourbon y despotricaba contra el té helado que iban pasando. Otra, que había llegado de Europa esa misma mañana, anunció haber encontrado el remedio perfecto contra para el jet lag. Fuera donde fueras, o estuvieras donde estuvieras, simplemente tenías que cambiar la hora de tu reloj y hacer vida normal. Perteneecía a la brigada de las flacas, el dobladillo de su falda roja estaba a la altura de la entrepierna. «What hat de clock», qué más da el reloj. Mordisqueé una galleta por pura irritación. Stella se arrodilló para recoger las migajas y sin querer volcó un vaso. Me preguntó si me acordaba de la señora Dalloway, de lo mucho que nos gustaba la señora Dalloway, que tiraba un chelín al lago de Serpentine, compraba flores en Bond Street y anhelaba vivir de nuevo su vida, vivirla de otra manera, o eso interpretábamos nosotras. Ya llovía a cántaros y la soledad me calaba hasta los huesos. Pensé que solo quería pensar en ti y que para pensar en ti necesitaba estar sola. Paula, que estaba preparando un aliño para la ensalada con vinagre de frambuesa, me dijo que no podía irme así, pero me fui. Antes de marcharme, recibí un regalo. En la calle deshice el envoltorio de crepé rojo: era un cucharón, al que salpicó la lluvia, y allí, detenida en aquel frondoso limbo suburbano, pensé en ti con cada poro de mi ser, te atraje hacia mí como si fueras sol, luna y lluvia, rezando por que nada anulase aquellos viajes por las ciudades del mundo entero.

Fui a la casa de Penelope en la ciudad, junto al río, donde tú y yo nos conocimos. Cuántos recuerdos avivados. Resultaba fantasmagórica, con la enredadera negra y venosa sobre los muros de ladrillo y sin signos de vida dentro ni tazas de café junto al felpudo. En el pequeño pasaje, junto a las barandillas, estaban los inválidos con sus enfermeras. Enfermeras con uniformes almidonados muy tiesas tras las sillas de ruedas. Fueron los inválidos quienes más me perturbaron. La melancolía de sus semblantes me resultaba espantosa e inmisericorde. Parecía

una habitación de hospital, pese a que estábamos al aire libre. En cierto modo aquella visión me remitió a la de los inadaptados tristes, aplicados y olvidados de los enigmáticos interiores de Rembrandt. Lo que más miedo me dio fueron los ojos. Ojos sobre los que muy pronto colocarían monedas. Sus vidas, su juventud, incluso su riqueza, ya habían muerto para ellos, y yo pensé: «Estoy viva, tú estás vivo», y recordé detalladamente la noche de nuestro ardor, la de cuando me empujaste contra el muro con urgencia, como si pretendieras partirme los huesos.

Mercedes está limpiando la habitación. Es colombiana. Nos hemos acostumbrado a charlar. Lloro con frecuencia, lágrimas torrenciales. Hace unos meses su hombre, con quien llevaba más de un año compartiendo cama, no volvió a casa. Había sufrido un infarto en el momento en que le sujetaba la portezuela del coche a su jefe y había muerto en la ambulancia, de camino al hospital. Ni el jefe ni ningún otro miembro del personal del edificio sabía de su relación, porque no estaban casados. Se descubrió por una nota que llevaba en el bolsillo donde estaban escritos su nombre y su dirección. El funeral, del que se ocupó ella, fue desolador: solo un abogado, ella y una corona de flores. Crisantemos, cree, con hojas de eucalipto para hacer bulto. Su mujer, jamaicana, reclama enérgicamente lo que es suyo. Primero fue el chaleco de raso, luego el reloj, luego los gemelos grabados y luego la única acuarela de valor que poseía. Mercedes teme que la mujer vaya a ocupar el apartamento. Ha tenido que hacer venir a su hermano desde Colombia para que se quede en casa todo el día de guardia. Toca la guitarra y come sin parar. Reza a diario la misma oración, le pide a Dios que la ayude a aguantar, y me abraza como si yo tuviera alguna influencia al respecto. Dice que era el hombre más bueno del mundo, que le lavaba los pies, le quitaba los callos, la mimaba. Dice también que si le consigo una foto tuya o algo escrito por ti puede pedir a una amiga que haga un conjuro vudú. También se necesita sangre de gallo, pero ella insiste en que no es nada siniestro.

Clarissa ha adivinado mi situación. Me ha invitado a la costa. Tiene una casa de campo disponible para mí en la zona. No nos ocultamos nuestros líos. Ella me dice que estar carnalmente con una mujer implica tantos peligros como con un hombre. Cree que una visita me vendrá bien. No está muy convencida respecto a ti. Tiene sus recelos. Cree que quizá seas un ligón. Yo le digo que no. Me compré un periódico inglés para sentirme cerca de ti de alguna forma. Leyendo uno de los suplementos empecé a imaginar pequeñas aldeas, empinadas carreteras de campo, los desvaídos escudos de armas a las puertas de los palacetes, casas de ancianos y flautas de convolvuláceas blancas prendidas de todo lo que tienen a su alcance. Entonces la imagen se volvió nocturna, un instante de la noche, mudo y despoblado, en que las casas de campo sobre las que de vez en cuando escribía Shakespeare están bañadas de rocío, hay chopos como fantasmas en una colina, luces feéricas que aún parpadean en las tabernas cerradas, y pensé en ti como parte de aquel paisaje y recé por que me dejaras acceder a él, a esa sensibilidad fría y socarrona, a esos hombres y esas mujeres salidos de las entrañas de

almirantes. Me pregunto por qué me elegiste a mí. Una muerte, tal vez. A menudo es la muerte de un ser querido lo que nos lanza a la búsqueda, y vamos de acá para allá, corriendo como liebres, conscientes de que no podemos sustituir a quien ya no está.

Detesto esas aventuras cómodas y clandestinas por la que os distinguís los de tu clase. Las mujeres en sus salas de estar del piso de arriba, de punta en blanco, a la hora de comer, de pie junto a los pliegues de las cortinas fruncidas, con sonrisas satinadas. Esperan el jerez y los huevos de gaviota. Los aposentos conyugales están desprovistos de toda seña de una esposa. Chuletillas de cordero, guisantes congelados y mucho cariño, cariño.

Cuando una está enamorada, ¿qué quiere contar y qué prefiere ocultar? Si por ejemplo tú me dices «Vivir conmigo es un infierno», hay cierto arrojo en tus palabras. ¿Significa que eres perezoso y taciturno sin más, que esperas que otro, una esposa o un sirviente, te ponga delante el café o eche un tronco al fuego, pero que muestras tu mejor cara cuando oyes llegar por el caminillo a las visitas, en el preciso instante en que decantas el vino más escogido? Cómo odio esos juegos y subterfugios. Comidas de domingo, cenas de domingo, meriendas de domingo, las tonterías que se sueltan. Una mujer les cuenta a los invitados lo inteligente que es su Dave, mientras por dentro acumula reproches. Eso se ve por todas partes. Un domingo estaba con una pareja cuando la mujer citó un libro de poemas, a lo que el marido replicó: «¿Lo has leído?», y qué mirada, qué mirada fulminante le devolvió ella, diciendo ¿y tú, lo has leído?, y en el gélido lapso posterior el odio se congeló.

El momento más revelador fue cuando me viste en aquel club nocturno volviendo del aseo, completamente perdida. Menudo lío. Tú te ibas a la mañana siguiente. Tuve que abrirme camino para volver a tu mesa alargada y di un rodeo a fin de pasar más cerca de ti, sin tocarte, claro. De pronto te pusiste de pie y me llamaste con mucha ansiedad, como si alguien estuviera a punto de separarnos. Y me besaste. Te vieron besarme y se sorprendieron de tu indiscreción. No recuerdo cómo volví a mi asiento.

Visito nuestro muro continuamente. Ayer hice una corta excursión antes de que anoheciera. La hora violeta era preciosa, cálida, y estuvo impregnada de la clase de promesas que anuncia la noche en esta ciudad. Unos músicos se habían juntado y tomaron posiciones en varias esquinas. Madejas de sonidos endulzaban el aire. Un chico africano enseñaba su mercancía en una esquina, hileras de perlas y pañuelos que aleteaban igual que velos. Parecía magia. El blanco de sus ojos eran orbes, repletos de la maravilla nocturna, la maravilla africana, la sensación de un día casi concluido. No le importó que no le comprara nada, que no hiciera caso a sus ruegos para que lo mirara. La hora violeta. Los vagabundos ya habían levantado el campamento para pernoctar en portales, recovecos, escaleras de iglesias, todos amontonados como sacos de patatas. Vi a un hombre que se acariciaba la barriga y sonreía beatíficamente mientras dormía. Tal vez estuviera soñando con comida, no con los fideos aceitosos que otro hubiera desechado, sino con un

banquete como el que había vislumbrado a través de la cristalera de un restaurante, abundante y variado, los frutos de la tierra. Y pensar que se despertaría hambriento... Se exponen hambres de toda índole.

El relámpago estremeció los cimientos del hotel, pero yo ya estaba temblando. Me había despertado de un sueño en el que telefoneaba a tu hotel de París, exteriorizando así mi necesidad. Me comunicaban que habías salido. Yo llamaba una y otra vez. A las doce menos un minuto llamaba de nuevo, pero me decían que aún no habías vuelto. Cinco minutos más tarde, cuando telefoneaba otra vez, me pasaban con tu habitación y me contestabas de malos modos porque acababas de meterte en la cama. Supuse que estarías cansado, o tal vez un poco bebido, y que te habrías ido de cabeza a dormir. En el sueño reconocías mi voz inmediatamente y me preguntabas cómo sabía que estabas en tal hotel de París. Yo colgaba porque percibía el terror al desnudo de un hombre que cree que acaba de caer en una trampa. Y me asusté.

Sin pensarlo dos veces, decidí lo que debía hacer. Llamé a la aerolínea y descubrí que tenían billetes, seguramente porque estábamos a mediados de semana. Decidí aceptar la invitación de Clarissa, darle una sorpresa. El bungalow de invitados dispone de cocina y un patinillo que da a un jardín. Me imagino que en esta época del año habrá esas flores rojas afiladas, ahusadas, que semejan picos de aves tropicales, y las corolas rosa palo de los cactus en flor en sus tiestos de terracota. Por qué me imagino estas cosas es algo que se me escapa.

No hay duda de que el ambiente de la cena será tenso y de que correrán el vino y una falsa alegría que aligere la tensión, porque habrá tensión, dado el trasfondo. Clarissa está insegura, reconoce que en Todd tiene un marido fiel, pero no deja de recordar uno de sus cuentos preferidos de D. H. Lawrence, en que una mujer cabalga por el desierto y se despoja no solo de su ropa y sus posesiones terrenales, sino de su antigua identidad y sus vínculos.

Clarissa viene todas las mañanas, cargada con cajas de azulejos y lechada y pintura fosforescente. Coloca las conchas en paneles y fuentes, configuraciones mágicas para casas y grutas, que traen el susurro del océano y las insinuaciones de las criaturas expulsadas que otrora vivieron y prosperaron en su interior.

Tu nombre surge a todas horas y el mero hecho de oírlo me provoca escalofríos. Le he enseñado a Clarissa una o dos postales tuyas, las más elípticas, pero no tus cartas, claro. Sigue albergando sus dudas. Hasta cuestiona tu caligrafía. Cita amores clandestinos de la literatura y la vida real llenos de secretos, celos y traiciones. Pero yo le digo que ya ha empezado. Aunque yo me quedara aquí, allá o en cualquier otra parte, seguiría su curso, a través de cartas, anhelos y del estímulo de la ausencia.

No ir a buscarte es precipitar las tinieblas, y sin embargo dudo. No es que no ansíe la luz. Todo lo contrario: es la certeza de la oscuridad final.

## Flor negra

—Esto es un despropósito —dijo Mona.

—Es genial —opinó Shane, mirando alrededor.

Habían estado conduciendo una hora o más bajo la proa de una cordillera, en busca de un restaurante que fuera tranquilo pero también alegre, y habían ido a parar a aquel salón inmenso y sobrio que al parecer hacía las veces tanto de pista de baile como de comedor. Un micrófono en un soporte metálico ocupaba el lugar de honor, y encima de la tarima de los músicos había un retal arrugado de una cortina naranja, como si alguien la hubiera tirado allí en un acceso de mal humor. Un extremo de una mesa alargada de comedor estaba cubierto con un mantel de encaje blanco bajo el que habían colocado un pedazo de papel crepé rojo; con toda seguridad los sentarían allí.

Estaban a finales de primavera, y cuando habían divisado desde la carretera la verja oxidada y el caminito largo y sinuoso les pareció perfecto y encantador. Por lo demás, el hotel tenía un bonito nombre: Glasheen. Remontaron el camino, flanqueado de árboles, robles, sicomoros, fresnos, todos mezclados, en una lucha amistosa por predominar, y pájaros en sus salidas vespertinas, más atareados que los pichones que arrullaban posados en sus amplias ramas.

En el aparcamiento, separado mediante un cable verde del prado colindante, había un trasto viejo con el letrero de SE VENDE. Un panel en un poste rezaba: PELIGRO. ALTO VOLTAJE y una caja metálica emitía una especie de eructo que cada pocos segundos se elevaba a gruñido.

Cerca de la entrada estaba estacionada la furgoneta de una carnicería con el nombre del dueño en elegantes letras marrones y en el escalón había un tractor de juguete lleno de soldados y bloques de madera. En el pasillo, un nido de velas brillaba en una rinconera alta, y una exuberante planta con flores se extendía por el suelo, al estilo de una ameba. Los pétalos eran de un negro suave y aterciopelado, con ojillos verdes diminutos, apenas unos puntitos, que tenían algo hermoso y siniestro a la vez. Ella no había visto nunca una flor negra. Como nadie salió a recibirlos, se metió en la sala contigua, donde no se percató de su presencia un hombre con la cara tan pegada a la pantalla del televisor que parecía estar conversando con él. Dos perros sesteaban en un sillón de cuero rasgado. En ese momento llegó una chica, una chica corpulenta

que no podía confirmarles si servían o no de cenar, dado que todavía no estaban en temporada alta. No obstante, los acompañó al comedor sobrio y tristón.

Habían conducido muchos kilómetros, primero hasta un pueblo con un lago y una torre redonda por el que habían paseado; luego se habían sentado en unos banquitos de pícnic húmedos de madera basta, ambos extrañados de que los demás visitantes hubieran llegado hasta allí solo para quedarse dentro de los coches contemplando el lago. A él le gustaba su compañía, Mona lo notaba. No lo conocía muy bien. Había dado clases de pintura como voluntaria en la prisión de las Midlands donde él cumplía una larga condena. Aunque a las primeras clases asistieron muchos reclusos, poco a poco fueron abandonando y al final solo quedó Shane. Al verlo de espaldas ultimando un autorretrato en tonos amarillo mostaza y oro viscoso, le preguntó si conocía los cuadros de Van Gogh, a lo que él respondió que no. Ella se acordó de Van Gogh por la suela de una zapatilla deportiva boca arriba con pegotes de pintura seca.

Mientras caminaban por el cementerio que había junto a la torre redonda, dado que solo hacía unas semanas que él había salido de la prisión, le había preguntado en voz muy baja:

—¿Qué te parece el mundo, Shane?

—Abarrotado de gente —había contestado él, con una media sonrisa.

Mientras él estaba en la cárcel, su mujer había muerto de un disparo cuando bañaba al hijo de ambos, un disparo que iba dirigido a Shane, y poco después el niño, al que estaban criando unos parientes, murió también, de meningitis. La tarde en que mataron a su mujer, Shane se había acostado cuando aún era de día, y por mucho que los guardas aporrearon la puerta de su celda, para darle la noticia, no los oyó. Suponía que se había servido del sueño para posponer una noticia que no estaba preparado para asumir, pero que tendría que aprender a asumir. Para Mona era un misterio cómo lograba no derrumbarse.

Unos días antes de Navidad, el director de la prisión la llamó para contarle que le habían dejado un paquete a su nombre en el despacho. Era el autorretrato envuelto en varias bolsas de plástico; en la tarjeta había escrito: «Para Mona... Siento que sea tan tosco». Parecía un mensaje incompleto, como si hubiera querido decir algo más, y esa vacilación fue lo que la animó a preguntarle si le apetecería quedar en Dublín, cuando saliera de allí. Su excarcelación estaba prevista para aquella primavera, pero se mantenía en secreto a fin de evitar el jaleo de los medios. Ella sabía lo reservado que era, porque se lo había dicho él; pese a que comía en el comedor y jugaba al tenis tres veces por semana, iba por libre, y nada le gustaba más que escuchar cintas de música y de canciones irlandesas por las noches en su celda. Mona imaginaba que en esos ratos meditaría sobre el pasado y también sobre el futuro, seguramente pensando en cómo habría cambiado el mundo en los quince años que habían transcurrido desde que lo capturaron. Fue una captura espeluznante que atrajo la atención de toda la nación y lo confirmó como un peligroso forajido.

Quiso el azar que lo liberaran tres días antes de lo previsto. Mona casi no se lo creía cuando la llamó a su estudio dublinés y le dijo con cierta timidez: «Soy yo... Soy libre».

Quedaron en verse en un hotel, y mientras esperaba en la escalera una mañana gélida, con las ramas invernales del parque de enfrente enjoradas de escarcha, Mona tuvo la sensación de que no se presentaría, de que algo se lo había impedido. Pasada casi una hora salió del hotel un muchacho con galones para decirle que tenía una llamada, repitiendo con descaro el nombre completo de Shane. Estaba en otro hotel a unos dos kilómetros de distancia. Ella le dijo, con cierta severidad, que la esperara y que no se moviera de allí.

Sentada con él en un reservado del segundo hotel, tomando té, reinaba un ambiente de incertidumbre. Era raro verlo con una camisa hortera y unos vaqueros, porque en la prisión de Portakabin donde lo había visitado todo se quedaba atenuado. Por lo demás, siempre había habido un policía detrás de ellos, escuchando sus conversaciones, salvo en las raras ocasiones en que daban un paseo, tal vez para fumarse un cigarrillo. No se habían estrechado la mano cuando se vieron en la escalera del hotel, pero ella sabía por su manera de mirarla que se alegraba de verla y le dijo que le quedaba mucho mejor el pelo así, suelto. En las clases de pintura siempre lo había llevado recogido y le daba un aire más austero.

—Así que eres libre... —le dijo ella.

—Me avisaron con diez minutos de antelación.

—¿Y eso?

—El director vino al taller de costura y dijo: «Tienes a tu disposición un coche con chófer durante veinticuatro horas, te llevará a donde le pidas».

Al oírlo Mona recordó claramente haberle preguntado al director si Shane podría estar tranquilo cuando saliera.

Mientras Shane hablaba, se acordó del escalofrío que había sentido cuando el director le dijo que mucha gente quería ver a Shane muerto.

«¿Se refiere a los ingleses?»

«A esos, y a los suyos también... peleas... peleas... Digamos que siempre será un hombre en busca y captura.» Y el director había alzado los brazos para evitar más preguntas.

—¿Qué estabas cosiendo? —le preguntó ella, sorprendida.

—Bueno, pues cosas sueltas para los muchachos... Cremalleras, zurcidos, parches... había cola.

—¿Quién te enseñó a coser?

—En casa éramos diez hermanos... Y mi madre tenía un montón de cosas que hacer —respondió tímidamente.

—Los muchachos te echarán de menos, entonces.

—Puede ser —convino él, pero sin manifestar emoción alguna, y a continuación, con la

mirada al frente, empezó a liarse un cigarrillo con aire pensativo. En aquel instante parecía la encarnación misma de la soledad, del aislamiento.

Entre varios amigos le habían comprado un coche de segunda mano. Varias semanas más tarde Shane le propuso ir a pasar una noche al campo. Quedaron en que ella llegaría en tren y se verían en el pueblo, a menos de quince kilómetros de Dublín, donde él le había alquilado una habitación a una señora negra que se pasaba el día hablándole a sus colibríes y, según Shane, no hacía preguntas.

Ahora estaban en el inmenso comedor, hambrientos y esperando que la dueña hiciera acto de presencia y les dijera qué podía ofrecerles para comer. Cuando Mona vio a Shane en la estación de trenes, como habían acordado, él estaba sentado con la espalda apoyada en el muro de fuera tomándose un helado. Ella se preguntó cómo era posible que un hombre tan buscado, con un montón de enemigos, pudiera sentarse allí, a la vista de todos, con sus vaqueros nuevos y su camisa de colores chillones.

El coche era un dos plazas pequeño con la capota marrón claro. Habían intentado sin éxito parar en varios restaurantes por el camino. En uno, el huraño patrón entreabrió apenas una rendija y les dijo que ni por asomo les pondría de cenar, que él ya estaba metido en la cama. Varias veces se apeó ella para entrar en locales y descubrir que estaban o demasiado animados o demasiado muertos. Cuando volvía gastaba alguna broma, describía las mesas, las luces, las flores secas, etcétera, y puntuaba cada sitio con una nota de uno a diez. Shane no hablaba apenas, le gustaba dejarla hablar a ella. Los años en la cárcel lo habían vuelto taciturno. A juzgar por las fotografías del día que lo apresaron publicadas por los periódicos, había cambiado, estaba irreconocible. Había entrado joven y gallardo, y había salido casi calvo, con un bigote fino color óxido que parecía juntársele con el labio superior. Una vez le dijo, y solo una vez, que juzgara sus actos por sí misma. Él había luchado por lo que creía, que era por que su país fuese uno solo, una tierra, un pueblo, sin un apéndice amputado.

Cuando llegaron a la verja del Glasheen, a Mona le pareció ideal, tan apartado, y con el edificio al fondo, asfixiado entre una arboleda. Mientras sujetaba uno de los dos portones de hierro —en el otro había colocado una piedra— vio a un lado una cabina de teléfono en evidente estado de abandono, con el suelo cubierto de desperdicios. Los castaños de Indias estaban en flor, una preciosa cascada de borlas rosas y blancas, y en el prado los corderos balaban sin cesar. Era un pandemonio, entre los balidos y las carreras que daban por temor a perderse a sus madres.

—Parece una planta de maternidad —dijo Shane, y ella se preguntó si alguna vez habría estado en una, dado que cuando su mujer dio a luz él ya se encontraba en prisión. Solo su mujer lo conocía de verdad, y estaba muerta.

Con la mirada fija en el micrófono en su soporte, Mona comentó que menos mal que no había fiesta esa noche, porque ella no sabía bailar.

—Yo tampoco —dijo Shane.

—Bah, bailarían si los obligaran —terció la dueña entrando apresuradamente y secándose las manos con un paño de cocina. Les habló del magnífico baile de cazadores que habían celebrado en invierno, con gente de todos lados, aristócratas, agricultores, tratantes en ganado, camioneros y sabe Dios quién más.

—¿Hemos venido en mal momento? —quiso saber Shane.

—¡Los esperábamos como agua de mayo! —exclamó, guiándolos hasta la mesa alargada que llegaba casi a la ventana.

Shane sonrió al sentarse. Era su sonrisa lo que atraía a los demás, y la dueña, que lo entendió enseguida, se presentó como Wynne y añadió muy orgullosa que estaban de suerte porque el inútil de su marido había pescado un salmón que ella misma cocinaría con patatas y col. Entretanto, dijo, podían emplearse a fondo con la bebida, que ella les traería pan para que absorberla. Hubo una pequeña complicación porque tenía poca maña para abrir la botella de vino que Mona ya había pedido. El corcho se partió y varios pedacitos quedaron flotando en el pálido líquido ambarino.

—Disfruten de las vistas y de estos campos ondulados —dijo Wynne, e hizo mutis murmurando que Shane era encantador y muy educado, y que por los modales se reconoce a un señor.

—Qué bonito —dijo él.

Le gustó el vino, aunque no estaba acostumbrado a beberlo. Mona se dio cuenta porque se le empañaron un poco los ojos, como el vapor que se forma en la ventana de la cocina cuando hierve una cazuela. Oían a Wynne hablando en la cocina con la chica amodorrada, porque la llegada de los dos había causado cierto revuelo.

—Tienes los ojos del color del tabaco —le dijo Mona.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno.

Girándose hacia Wynne, que acababa de entrar con una hogaza de pan, Shane preguntó cuánto costaba una habitación para una noche.

—El precio es negociable —contestó Wynne, y le guiñó un ojo al marcharse de nuevo.

—No estarás pensando en quedarte a dormir en esta mazmorra —dijo Mona.

—Aquí no me encontraría ni Dios —repuso él con gravedad.

—¿Dónde vas a vivir, Shane?

—Quizá en el oeste —repuso, aunque vagamente.

Ella se lo imaginó en una casa de campo fría y aislada, solo, arrebujado en un abrigo, con los nervios a flor de piel, alerta día y noche.

—¿Te preocupa... te preocupan las represalias?

—Me preocupan otros —contestó, y la miró con sumo interés, con suma ternura desde el otro lado de la ancha mesa; la llama de la vela gruesa se consumía con la brisa que entraba por la ventana abierta y le dejaba medio rostro en sombras.

—¿Crees que volverás a...?

—La lucha no ha acabado... no ha llegado a su fin —la interrumpió, muy serio.

Mona no quiso preguntar más. Siempre había existido cierta distancia entre ellos, una parte de él se había desligado tanto de ella como del resto del mundo, insondable. Qué distintas eran las dos identidades, por un lado el joven bucanero invencible y, por el otro, el hombre que tenía ante sí, avejentado y consumido, con sus hazañas guardadas bajo llave dentro de él.

—Está bien —dijo ella, sin saber muy bien lo que quería decir.

—Pues sí —repuso él, también inseguro.

El salmón hervido era un mazacote al que habían quitado de cualquier manera la cabeza y la cola. La piel colgaba en un largo jirón; parecía un papel atrapamoscas, y aunque por fuera estaba bien hecho por dentro estaba crudo y los jugos en torno a la raspa eran de un pálido color sangre. Wynne lo cortó exultante con un antiguo cuchillo de trinchar y sirvió varias rodajas en el plato de Shane con bravuconería. Luego cogió las patatas calientes con las manos y en su deseo de complacerlo le llenó el plato. Mona pidió una ración más pequeña y Shane se disculpó por la montaña que le había correspondido.

—Luego hay gelatina y natillas, así que dejen un hueco —dijo Wynne antes de marcharse muy orgullosa, tarareando.

Instantes después, él aguzó el oído como si hubiera percibido algo que no eran los balidos de los corderos, que con la luz menguante se habían calmado.

—¿Qué pasa? —preguntó Mona.

—Un coche.

El coche entró a toda velocidad, con las luces largas, y luego se fue como una exhalación.

—Esta juventud... Se creerían que esto es una discoteca —comentó Wynne, que había vuelto con la salsa blanca para el salmón.

Pero Shane no estaba escuchándola, pendiente solo de sus pensamientos, y había perdido el apetito. Tomó unos pocos sorbos más de vino y se puso en pie de un salto.

—Voy al baño —anunció, alargando un brazo para tocarle la manga.

Mona lo vio marchar. Había una especie de herida en él, la ropa se le adhería al cuerpo flaco; se remangó mientras agarraba el pomo suelto de la puerta. Entonces, cosa extraña, volvió y cogió la chaqueta del respaldo de la silla.

Como tardaba en regresar, Wynne, que había estado entrando y saliendo, apareció con una vieja campana abollada para cubrir el plato. Ambas se quedaron mirando el oscuro pasillo al otro lado de la puerta abierta. Los dos perros, tan inertes poco antes, emitieron un aullido terrible,

como si una catástrofe estuviera a punto de abatirse sobre la casa. Wynne dijo que presagiaban tormenta, porque nunca aullaban a los visitantes, ni siquiera a los proveedores, pero en cambio el inicio de una tronada los volvía locos. Predijo que al cabo de poco verían los destellos de los relámpagos y que tanto la casa como la pradera quedarían alumbradas intermitentemente. Aguardaron, pero los relámpagos de verano no llegaban.

—¿Por qué tardará tanto? —dijo Wynne.

—No está acostumbrado a beber —dijo Mona en voz baja.

—Qué hombre tan encantador... Qué sonrisa tan encantadora —señaló Wynne, y volvió a mirar al pasillo, esperando que apareciera con esos andares rápidos y sigilosos. Al final dijo—: ¿Cree que haría bien en llamar a Jack para que entre a echar un vistazo?

Habían salido del comedor y se encontraban en el pasillo, frente a la puerta que rezaba: CABALLEROS con la ce metálica torcida sobre el clavo suelto y oxidado. Mona pensó con horror en la posibilidad de que se hubiera desmayado, y en el bochorno que pasaría él. Jack en su puesto, muy cerca de la pantalla del televisor, masculló algo mientras se levantaba y acudió. Entró en el aseo cerrando la puerta tras de sí. Wynne la empujó al instante, por si podían ser de ayuda.

—Aquí no está —dijo Jack.

—¿Y dónde está entonces? —gritó Wynne.

—Ha salido... a mí me ha pedido cambio para la cabina —explicó Jack

Mona adivinó inmediatamente que había llamado a alguno de sus compañeros para que volviera a recogerla, porque él tenía que desaparecer.

Los perros ya estaban en el camino, correteando nerviosos y dispuestos a hacer papilla a quien fuera.

Las dos mujeres salieron corriendo, con Jack a la zaga, llamándolas.

Había varias personas junto a la verja, mudas y conmocionadas. Shane estaba tirado con medio cuerpo fuera de la cabina, con los ojos, los ojos de color tabaco, todavía abiertos, mirando fijamente el cielo y sus pocas estrellas aisladas. Jadeaba tratando de decir algo, pero las fuerzas lo habían abandonado casi por completo. No lograba decir lo que tanto deseaba decir. Los curiosos se apiñaban, perplejos, sin saber a quién estaban mirando, ni por qué lo habían asesinado mientras hacía una simple llamada telefónica. Ya habían avisado a los guardias, y una mujer, la primera en llegar, dijo que lo había oído repetir muchas veces: «Oh, Jesús, oh, María...», pero su compañero insistió en desmentirlo. Mona quería arrodillarse junto a él y cerrarle los ojos, pero estaba demasiado asustada para moverse siquiera. Ojalá alguien se los cerrara, pero ella no se atrevía, les tenía miedo. Parecía tan desamparado y solo... el aliento se le apagaba, y en el momento en que se cortó del todo, Mona soltó un grito terrible. Estaba muerto.

Muerto por una causa en que los otros no creían. Como si le hubiesen dado pie, un chico que pasaba por allí se detuvo, desmontó de la tosca moto negra, se quitó el casco y cruzó la carretera con la oficiosidad de quien porta un féretro. Al mirar el cadáver reconoció a Shane y pronunció su nombre con evidente furia y asco. Parecía a punto de propinarle una patada. El grupo retrocedió, espoleado no solo por el miedo sino también por la repugnancia. La breve avalancha de piedad había tomado un feo rumbo. Wynne le gritó a Mona:

—¡Un asesino..., has metido a un asesino en mi casa, con mis nietos aquí durmiendo! —E hizo un violento amago de abalanzarse sobre ella, pero Jack la detuvo, repitiendo una y otra vez la misma fórmula:

—Ya está... ya está... ahora ya es historia... ya no puede hacernos daño.

Habían llegado los coches de policía y unos hombres altos y fornidos en un estado de curiosidad y reivindicación se acercaron corriendo a mirar al asesino, contentos por su muerte sangrienta.

—Quien siembra vientos recoge tempestades —dijo uno con petulancia.

Los primeros que habían llegado a la escena fueron citados en la comisaría del pueblo, mientras que a Jack, Wynne y Mona les ordenaron que volvieran al hotel, para un interrogatorio.

Jack y Wynne apretaron el paso y la chica alelada y un chico salieron a su encuentro, abrazados para protegerse. Mona se quedó atrás, temiendo las preguntas y la aversión de los demás. Había empezado a chispear. Un silencio denso colmó el paisaje, los árboles absorbían la humedad. Habría otra muerte para reparar esta, y otra, y otra más, en la larga y nefasta cadena de represalias. Costaba creer que en los valles acechaba la muerte, pues del prado no llegaba ni un murmullo, y los corderos dormían en posición fetal, ignorantes de la matanza.

## Viejas heridas

En nuestro jardín había unas pocas matas de tritomas, ardientes lanzas carmesíes cuando florecían, de un amarillo lechoso cuando no. Pero la hermana de mi madre y su familia, que vivían cerca de la montaña, tenían un jardín deslumbrante: largos festones de rosas de un blanco rosáceo, un arriate alargado de magníficos tulipanes dorados y dalias rojas que rezumaban el frescor del terciopelo incluso cuando el sol apretaba. Si el viento soplaba en cierta dirección, el perfume de las rosas se imponía al olor a estiércol del patio, donde la marrana y sus cochinitos pasaban el día entero comiendo y gruñendo. Mi tía les tenía tanto afecto a los lechones que les ponía nombres cariñosos, a veces los mismos, que se apropiaba de las novelas románticas que sacaba de la biblioteca y leía a la luz de una lámpara de parafina hasta bien entrada la noche.

Nuestras familias habían discutido. Durante varios años no hubo ningún contacto entre nosotros, y cuando los mayores coincidían en algún funeral no se saludaban y miraban de modo deliberado para otro lado. Aun así, seguíamos íntimamente unidos y cualquier noticia de una de las familias despertaba el interés de la otra, aunque fuesen noticias desconcertantes.

Cuando murieron los mayores, seguramente también los más rencorosos, mi primo Edward y yo, bien entrados en la madurez —como él se encargaba de recordarme siempre, tenía doce años más que yo y un marcapasos—, nos reencontramos y dejamos a un lado las prolongadas hostilidades. Aproximadamente un año después fuimos a visitar el cementerio familiar, enclavado en una isla de la amplia extensión del río Shannon. Hacía un día suave de otoño, el cementerio era espacioso, despejado, las erosionadas tumbas resultaban mucho más imponentes que las del camposanto adyacente al pueblo. Eran sepulturas de caliza, con manchas de líquen blanco que formaban grandes salpicaduras y conferían una alegría improvisada a la escena. Las golondrinas revoloteaban en torno a las varias iglesias sagradas, otrora residencia de monjes pero deshabitadas desde hacía mucho, con los tejados caídos pero con los muros y los pórticos decorados aún en pie, grises y sólidos, con sus propios mosaicos de líquen. Las golondrinas chillaban y piaban, más que cantar, y sus circuitos eran un prodigio de velocidad e inventiva.

Estaba contemplando el cementerio a la luz del día en compañía de mi primo, pero unos años antes había estado allí una vez, a escondidas. El muchacho que me llevó trabajaba para un

alemán que criaba faisanes en una de las otras islas y disponía de una barca de remos. Emprendimos el trayecto justo antes del anochecer. El chico no podía parar de hablar ni de cantar. Y fumaba como una chimenea.

—¿No estáis peleados en tu familia? —me preguntó cuando enfoqué con una linterna los nombres de mis antepasados tallados en una lápida muy alta.

Haciendo caso omiso de mi silencio, siguió fisgoneando hasta que, con cierta insolencia, me informó de que la discusión familiar había surgido a raíz de lo que Edward le había hecho a su madre viuda, a la que echó de su casa en cuanto ella puso las escrituras a su nombre.

—Todo eso forma parte del pasado —repuse con sequedad, y empecé a recitar los nombres, incluidos los de unos bisabuelos, unos tales Bridget y Thomas, de quienes yo no sabía nada.

De los demás tenía vagos recuerdos. En nuestra casa, dentro de un mueble para la porcelana, prendidas de un ajado galón morado, estaban las medallas de un tío que fue soldado del Estado Libre Irlandés y sufrió una muerte violenta con veintiocho años. Me acordaba de mi abuelo cayendo en un charco en el patio cuando vino borracho de una feria y partiéndose de risa. Mi abuela era muy severa y me obligaba a beber leche caliente con pimienta antes de mandarme a la cama temprano. Siempre andaba metiéndome en la cabeza historias sobre lo mucho que habían sufrido nuestros ancestros, nuestra gente, a la que habían expulsado de sus propiedades y sus cabañas a lo largo de muchos años. Decía que llevábamos en la sangre la experiencia del desahucio y el miedo al asilo de los pobres. Yo debía de tener siete u ocho años por aquel entonces. Para la misa de los domingos se ponía una papalina de satén negro con unos pequeños bolillos de fieltro que le rebotaban en las mejillas con las sacudidas, porque mi abuelo conducía a las bravas para no llegar tarde. Las calesas y los tálburis se ataban a las puertas de la capilla, y los caballos parecían conocerse y hacerse indolentes reverencias. Cuando me portaba bien, mi abuela me dejaba oler una nuez moscada que guardaba en una lata redonda que había contenido caramelos para la tos. La cama de plumas, que compartía con ella, se hundía casi hasta el suelo, y las fundas de las almohadas olían a harina, porque estaban hechas con costales que ella blanqueaba y cosía. Mi abuelo, que roncaba, dormía en un mueble cama en la cocina, junto al fuego.

Un par de años después de mi visita clandestina al cementerio, Edward y yo nos encontramos por casualidad en un vivero. Yo había ido a casa a pasar las vacaciones y estaba comprando unas genistas para mi sobrino. Conforme nos acercábamos por un pasillo entre una hilera de fúnebres tejos, mi primo me vio, se hizo el sueco y fingió interesarse por una planta tropical inmensa, detrás de la cual se escabulló. Decidida a plantarle cara a la situación, lo llamé por su nombre, y él, girándose, exclamó con ojos intrigados: «¿A quién tenemos aquí...?», pese a que lo sabía de sobra. Así rompimos el hielo. Cierto que estaba fatal de la vista, según me confesó más tarde,

pero me había reconocido y se había sentido incómodo. Cuando nos hicimos amigos, supe de sus visitas a la consulta de un oftalmólogo en Dublín y del tratamiento que siguió antes de que pudieran operarlo, y cuando le mandé flores al hospital, la enfermera, colocándoselas junto a la cama, le dijo: «Vaya, alguien lo quiere mucho», y él le contó muy orgulloso que había sido yo.

Nos escribíamos. Sus cartas eran muy directas. Retrataban vívidamente aquel territorio montañoso y la invariable rutina de sus días: salir al campo nada más desayunar, sacar el ganado, reparar cercas, arreglar cancelas, desatorar desagües, y con frecuencia, según él, sentarse en un muro a fumarse un cigarrillo y empaparse del entorno. Le encantaba aquel lugar. Decía que quienes no conocían el campo —quienes no estaban familiarizados con la naturaleza ni convivían con ella— jamás comprenderían todo lo que se perdían. Yo tenía la sensación de que indirectamente se refería a mí. Escribía sus cartas por la noche junto al fuego, cuando su mujer ya se había acostado. Ella estaba mal de salud, no dormía bien, y por eso se metía en la cama temprano, para aprovechar las horas al máximo. A veces Edward se tomaba un sorbito de whisky mientras me escribía, pero me decía que tenía cuidado de no aficionarse demasiado.

Conocía el lago casi tan bien como la montaña, y con los prismáticos observaba desde su porche la llegada de la gente elegante en mayo, una flota al completo de barcos procedentes de todo el país y hasta del extranjero. Llegaban a la vez que las cachipollas salían de los arbustos cercanos y flotaban por las aguas en enjambres orgiásticos, de modo que los pescadores las cogían con facilidad y las clavaban en los anzuelos de sus largas cañas. Él mismo había pescado allí todos los domingos de su vida, al curricán desde su barca, con cebo seco o húmedo, y era tan bueno que los vecinos le guardaban rencor y decían que sabía perfectamente dónde se escondían los peces y que por eso no dejaba ni un lucio ni una perca ni una trucha para los demás.

Era un hombre austero. Recorría kilómetros a pie para llegar a la clínica de oftalmología desde la estación de Dublín, preguntando unas veces el camino y extraviándose otras debido a su pobre visión. Su mujer y su hijo lo regañaban por no coger un taxi, a lo que él siempre replicaba: «Lo cogería si quisiera». Aun así, recuerdo aquella vez en que de joven nos hizo un regalo a mi hermana y a mí, el mismo: una pulsera roja como de cristal con un elástico. Las cuentas rojas eran tan bonitas que yo las lamía, como si fuesen caramelos. A mi hermana, mayor que yo, era a quien Edward le tenía más cariño. Coqueteaban un poco, aunque por aquel entonces yo ni sabía lo que era eso. Se picaban y luego echaban a correr alrededor de los cuatro muros de nuestra casa de arenisca, hasta que al final se abrazaban, sin aliento por el frenético ejercicio. Yo me ponía loca de celos y me tiraba del elástico de la pulsera nueva. Hacían como si bailaran, igual que en una sala de fiestas, daban vueltas, ella apoyaba la espalda en la curva del antebrazo de él, que cantaba «You'll be lonely, Little sweetheart, in the spring», y lo miraba fijamente, desafiándolo a que la besara. En aquella época era guapo, nada rústico como la mayoría de los agricultores o sus

hijos mayores, y llevaba un abrigo blanco largo con cinturón. Tenía una mata sedosa de pelo castaño y la piel cetrina.

Conocí a Moira, la mujer con quien se prometió dos o tres años más tarde, cuando yo volvía un día de la escuela. Me paró y me preguntó si era la prima de Edward, aunque ella sabía muy bien quién era yo, e ignoró descaradamente a las dos chicas que iban conmigo. Me preguntó medio en broma si no estaría equivocándose, porque alguien le había advertido que mi primo era «mal asunto». Repitió las palabras «mal asunto» con particular fruición. Llevaba un vestido rojo cruzado y sandalias rojas de tacón con los dedos al aire, sumamente bonitas pero discordantes en aquel camino polvoriento y dejado de la mano de Dios. Parecía una llama, una llama enamorada de mi primo; los ojos le bailaban de picardía. No llevaban mucho casados cuando él condujo a su madre al pajar y la informó de que su mujer se sentía mal recibida en la casa y que, por el bien de su matrimonio, tenía que pedirle que se marchara. De ahí la frialdad por nuestra parte de la familia. Toda la feligresía se indignó por que un hijo único hubiera puesto de patitas en la calle a su madre, y sintió lástima por esta, que tuvo que sufrir el mal trago de salir de su casa cargada con sus escasas pertenencias y su única reliquia familiar, una lámpara de latón con pantalla chinesca, desconsolada, como la protagonista de una balada. Se quedó un tiempo con nosotros, e hizo muchos favores a mi madre, siendo como era a su propio juicio una mendiga, y en cierta ocasión, cuando se le cayó una bandeja con tazas y platillos de porcelana buena, se arrodilló y dijo: «Te conseguiré otras», pese a que sabíamos que no podría. Por las noches solía apartarse de la lumbre de la cocina e iba a sentarse sola en el cuarto frío y desocupado, con un chal de lana sobre los hombros, a cavilar. Al final alquiló una habitación en el pueblo. Mi madre le regaló varias sillas de mimbre, cojines y una colcha de chenilla verde clara, para darle a la estancia un aire más alegre.

Pero, con tantos miembros de la familia muertos, ya no había necesidad de mantener las distancias.

Edward me mandó una fotografía de un arcoíris doble que formaba un semicírculo en el cielo por encima de su casa, sobre una parcela de pequeños campos verdes y el lago, hacia la colina que albergaba las tumbas de los hombres de Leinster. En el reverso de la foto había anotado la hora de la tarde a la que había aparecido el arcoíris y que había durado unos diez minutos, hasta que se disolvió en el cielo acuoso. La puse en la repisa de la chimenea para que me trajera buena suerte. El arcoíris, con sus siete franjas magníficas, era siempre presagio de felicidad. En la carta siguiente, respondiendo a mi pregunta, contaba que los hombres de Leinster fueron unos antiguos jefes tribales que habían acudido a un banquete en Munster, donde los insultaron y luego asesinaron, pero en un postrero gesto de honor a alguien se le había ocurrido darles sepultura mirando hacia su propia provincia.

Cada verano, cuando volvía a Irlanda, hacíamos excursiones, excursiones que él llevaba todo el año planeando. Un año descubrí que misteriosamente nos alejábamos de su finca remontando una carretera solitaria, sin nada a la vista salvo unos juncos maltrechos y las ruinas abandonadas de los tiempos de la hambruna. Entonces, casi en la cumbre, aparcó el jeep y sacó dos escopetas del maletero. Durante un año entero había soñado con enseñarme a disparar, tarea que emprendió con sumo gusto. A él le encantaba el tiro. De joven, sin que su madre lo supiera, iba dos noches por semana a Limerick en bicicleta para afinar la puntería en una barraca de tiro al blanco. Con distintos perros de caza abatía faisanes, urogallos, patos y agachadizas, aunque sus preferidas eran las perdices, venidas desde Siberia o Chernóbil. Me las describió recortadas contra un cielo nocturno —no les gustaba la luz—, los picos como agujas de croché, y aterrizando furtivamente en algún cenagal o sobre una boñiga para cazar insectos o compartir la succulencia del agua. Sin embargo, no era capaz de privarse de la excitación de dispararles, recogerlas, palpar la escasa carne pegada al hueso y arrancarles una pluma para mandársela a un ornitólogo de Inglaterra. El 1 de septiembre, me informó, se abría la veda de patos en el lago, habría cien escopetas o más haciendo pum-pum en todas direcciones. Más tarde, en el pub, donde poníamos el broche a la expedición, los caballeros intercambiaban historias sobre la aventura del día, comparando las piezas, cómo les habían disparado y cuáles habían fallado, con una alegría y buen humor a las que Edward no estaba habituado.

A modo de blanco colgó de un poste de madera la tapadera de una sartén. Luego cogió la escopeta más ligera de las dos, la cargó con balas cobrizas, me la entregó y me enseñó a sujetarla, a poner el dedo en el gatillo y a mirar por la mirilla del largo cañón negro azulado.

—Ahora, dispara —dijo con un tono agresivo, y disparé con tanto miedo y al mismo tiempo con tanta diligencia que me pareció estar levitando.

Todo se me antojaba irreal, las balas brotaban y rasgaban el aire, algunas de ellas martilleaban sin acertar en la tapadera de hojalata y mi puntería era tan mala que hasta a él empezó a hacerle gracia. Edward había comenzado a sacar el pícnic sobre una manta de tartán —té con leche en un termo, huevos duros, rebanadas de pan moreno ya untadas con mantequilla—, cuando de la nada surgió un perrazo negro inmenso como un fantasma o un animal del inframundo, emitiendo unos gruñidos extraños y malintencionados. Tenía las patas enormes y salpicadas de barro, los ojos inyectados en sangre, las cuencas magulladas, como si acabara de escapar de una batalla.

—Va a oler que tienes miedo —me dijo mi primo.

—No puedo evitarlo —repuse, y bajé el arma, creyendo que en cierto modo el gesto aplacaría al animal.

No había palos ni piedras que tirarle. Allá arriba no había nada aparte del perro temible, nosotros y la tapa de la sartén que tintineaba sin parar.

Edward conocía a todos los perros en kilómetros a la redonda, y todas las razas, y dijo que

aquel engendro era «un recién llegado». Al final sacrificó la comida para conseguir que el animal echara a correr, lanzando cada trozo más y más lejos, y lo persiguió con la actitud de un torero, blandiendo la estaca a la que estaba clavada la tapa, gritando con una voz que no me parecía la suya, de lo bárbara e inhumana que era. El perro, harto de la inutilidad de todo aquello, decidió alejarse a galope rodeando la montaña y desapareció.

—¡Dios mío! —exclamó mi primo.

Nos sentamos en el jeep porque, según él, no había ninguna prisa por volver a casa. No hablábamos de temas familiares, ni de su mujer ni de mi ex marido, ni de mi madre ni de la suya, seguramente por miedo a reabrir viejas heridas. Había habido muchísimas diferencias entre las dos familias —por perros, por caballos, por un puñetero saco de patatas—, siempre a raíz de cuestiones económicas. Mi padre, cuando perdía los estribos, le recriminaba a mi madre que su padre no le había pagado la dote y aseguraba que cualquier noche se presentaría en su casa y la reclamaría a gritos bajo una ventana.

En cambio, hablamos de perros.

Cazador de toda la vida, Edward tenía varios perros, perros buenos, perros fieles, cobradores, perdigueros, de muestra y levantadores. Su preferido era un setter irlandés rojo al que bautizó como Maire Ruadh, por una noble pelirroja que arrojaba a sus maridos al Atlántico cuando se cansaba de ellos. Movido por un anuncio, había ido hasta el condado de Kildare para echarle un vistazo a aquella perra pura raza; su mujer decidió acompañarlo. Les entró enseguida por los ojos; estudiaron los papeles del pedigrí, pagaron una suma considerable y allí mismo le pusieron aquel nombre arrogante. En el trayecto de vuelta pararon a cenar en un hotel de Roscrea y, entre el precio de Maire Ruadh, el de la cena y el de la gasolina, resultó un día muy costoso.

Le conté la historia de una mañana muy temprano en un café de París con unos cuantos rezagados: dos hombres con sendas botellas de cerveza ambarina y una jovencita que escribía en un cuaderno pautado con su perro a los pies, tranquilo, suplicante. Cuando acabó la disertación, o lo que quisiera que estuviera escribiendo, echó mano al bolso y de repente el obediente perro reculó para escabullirse. Ella tiró de la correa, arrastrándolo tras de sí, pero el perro se resistía y trataba de sentarse. Agarrando al animal por el pellejo, le abrió mucho la boca y con la otra mano le administró un medicamento en polvo de un sobrecito. Inmovilizado como estaba, la única manera que tenía el animal de desahogarse era pateando, gesto con el que no conseguía nada. En cuanto se hubo tragado los polvos, ella lo acarició con ternura y el perro le correspondió con unos quejidos suaves.

—El mejor amigo del hombre —concluyó mi primo, con un deje de melancolía.

Volvimos por otro camino porque quería enseñarme las ruinas de una casa de campo donde había vivido uno de nuestros mozos. De niña estuve locamente enamorada de él y planeé que nos fugáramos juntos cuando yo tuviera edad suficiente. La casa en sí había desaparecido, lo único

que quedaba era un porche en ruinas con unos tallos muy crecidos de geranios con abundantes flores escarlata en medio de aquel lugar dejado de la mano de Dios. Ni siquiera nos apeamos del coche. Sin embargo, muy cerca de allí nos topamos con una escena tan alegre que bien podría haber sido un convite nupcial. En torno a una mesa larga al aire libre salpicada de farolillos veintitantas personas comían, bebían y pronunciaban brindis en distintas lenguas. No obstante el estrépito de voces oímos compases de acordeón. Eran los hippies que se habían mudado a la zona, los «recién llegados», como los llamaba Edward, con el mismo nombre cáustico que le había puesto al imponente perro. Optaron por afincarse en Irlanda cuando el gobierno británico, para evitar concederles prestaciones sociales, les dio una suma cerrada para que se largaran. Ellos cruzaron el mar de Irlanda y hallaron refugios ideales junto a arroyos y riachuelos, y construyeron casas donde cultivaban su propia verdura y su propia marihuana y, según sabía él de buena tinta, practicaban el intercambio de parejas. Edward poseía esa desconfianza del autóctono hacia el forastero. Tuvimos que detenernos porque los patos de los hippies estaban atravesando la carretera. Con el crepúsculo, no podíamos verlos pero sí oíamos los graznidos. Luego asomaron por las ventanillas abiertas del jeep unos niños con las caras pintadas de morado y armados con terrones de turba que nos dieron una serenata.

—Buenas, jefe —saludó uno de los hombres de la mesa, pero mi primo no le devolvió el saludo.

Estábamos ya en su patio trasero, aún dentro del jeep, cuando se echó a llorar. Conforme nos acercábamos a la casa había deducido, por la luz en la habitación de arriba, que su mujer se había acostado temprano, de modo que decliné su invitación a entrar para tomar una taza de té. Lloró largo rato. Las estrellas poseían el mismo brillo y fervor que las que yo había visto de niña y, aunque distantes, parecían allí puestas solo para nosotros, como si alguien en aquella casa gigantesca llamada cielo hubiera ido de cuarto en cuarto encendiendo una constelación de lamparillas. Lloraba, dijo, porque nuestras familias habían estado enfrentadas demasiado tiempo. Incluso había intentado localizarme en Inglaterra, había escrito a un cura que prestaba servicio en una parroquia de Kilburn porque, a tenor de la leyenda, Kilburn era el barrio donde los irlandeses se reunían y peleaban las noches de sábado en las puertas de los pubs y los salones de billar. El cura no fue capaz de dar conmigo pero le habló de otra parroquia de Wimbledon, donde efectivamente viví un tiempo, antes de huir de mi cautiverio. Lo que más le dolía a mi primo era el hecho de que los primos de su mujer sí mantenían el contacto, como ella misma se encargaba de recordarle sin cesar, mandaban tarjetas por Navidad e iban de visita en verano, y cada uno de ellos era obsequiado con un regalo o un par de truchas recién pescadas. A juicio de su mujer, sus primos, es decir, mi familia, eran unos desalmados. Tardó un buen rato en calmarse. Los pañuelos de papel que se sacaba de los bolsillos eran jirones húmedos. Al final, un tanto avergonzado, dijo:

—Normalmente no soy tan sensible. —Y dando marcha atrás hacia la verja abierta, tomó la carretera que bajaba la montaña en dirección al pueblecito donde vivía mi sobrino.

Una tarde poco después de aquello lo llamé desde Londres y me dijo que sabía que sería yo; había vuelto del campo diez minutos antes de la campana del ángelus porque tenía la corazonada de que telefonaría. Hablamos de las últimas novedades: el trasplante de córnea al que se había sometido, un robo en una casa en lo alto de la montaña, donde habían atado a un anciano con unas cuerdas, el tiempo, tan húmedo y turbulento como de costumbre. Me dijo que seguramente dejaría de dedicarse al ensilado y que, por tanto, tenía intención de vender el ganado que llevaba cebando todo el verano. Tal vez comprara primales en mayo del año siguiente, si mejoraba de salud. No mencionó lo feliz que lo había hecho la llamada, pero yo percibía el entusiasmo en su voz cuando me contó otra vez que había vuelto antes del campo porque sabía que llamaría.

Nos acostumbramos a hablar por teléfono más o menos una vez al mes. Cuando su mujer se fue a España con el hijo de ambos, con quien él no tenía relación, me escribió para contarme que me llamaría cierto día a las siete de la tarde. Supe entonces que nuestras conversaciones le levantaban el ánimo.

Corría el tercer verano después de la reconciliación y él había calafateado y pintado de azul de Prusia su bote. Pusimos rumbo al cementerio. El día no podía ser más propicio: sol, una brisa suave, Edward deslizándose el bote con un remo entre un matorral de exuberantes bambúes y juncos, una escena que muy bien podría haberse producido en algún lugar del trópico. Trazó un círculo en dirección a la isla, con el fin de aprovechar el viento; acto seguido encendió el motor y, pese a su mala visión, nos guio con un instinto infalible, porque tenía en la cabeza el mapa de todo el lago, según sus propias palabras. El agua era de plata bruñida y las olas empujaban apenas la embarcación. Como no nos oíamos debido al ruido del motor, nos quedamos en silencio, contentos, rodeados de colinas que se inclinaban sobre nosotros, envolviéndonos con su cordialidad. Solo cuando llegamos al embarcadero me di cuenta de lo mal que veía, por lo mucho que le costó atar la cuerda al lastre y porque me pidió que le leyera el letrero escrito a mano en un trozo de cartón, clavado en un tronco, que rezaba: TORO EN LA ISLA.

—Tendremos que torearlo —me dijo.

Avanzábamos con cautela, entre la pendiente, el miedo al toro y una manada de bueyes que nos clavaban su mirada boba, algunos de los cuales hacían amago de embestirnos. Una vez franqueada la verja que daba al cementerio, nos sentamos y dimos cuenta del oportuno que yo llevaba en una petaca. Sentado en el murete que había frente a la sepultura de nuestros antepasados, declaró que era una lástima que mi madre no hubiera querido que la enterrasen allí. Según Edward, mi madre deseaba estar cerca de una carretera para que quienes pasaran cerca se

persignaran por el descanso de su alma, pero yo siempre tuve la sensación de que había algún otro motivo, una duda en su corazón.

—He venido dos veces desde la última vez que nos vimos... para pensar —me dijo.

—¿Para pensar?

—Me sentía fatal... Vine y estuve hablando con ellos.

No dio más detalles, pero imaginé que debía de haber estado dándole vueltas a las cuentas pendientes con su madre, o tal vez a su matrimonio, que se había vuelto todavía más deprimente con los estragos de la edad. No era el dinero lo que le preocupaba, porque, como él mismo me dijo, le habían ofrecido bonitas sumas por terrenos colindantes con el lago; no paraban de incordiarlo varios promotores y parejas de novios para que les vendiera parcelas, pero se había negado en redondo.

—Tengo pocas ambiciones —añadió, liándose un cigarrillo, recobrando su buen humor y contento de que hubiéramos escogido un día tan bueno para nuestra visita.

Me sorprendió cuando me reveló que, tras la muerte de mi madre, mi padre se había presentado en casa de la hermana mayor de Moira, Oonagh, recién regresada de Australia, para pedirle la mano. Sin ninguna pretensión de cortejo, le había preguntado sin más si quería casarse con él. Necesitaba una esposa. Incluso la había instado a que se lo pensara, y se había cabreado tanto con la negativa que estuvo varias semanas seguidas de borrachera. Yo no podía imaginarme a nadie más que a mi madre en nuestra cocina, en los cuartos del piso de arriba o de abajo; era el alma de la casa.

Me dijo entonces que Moira también había expresado su deseo de que la enterraran cerca del pueblo, pero que a él no le cabía en la cabeza que alguien quisiera reposar en un lugar donde sus restos estuvieran como piojos en costura.

Los pájaros revoloteaban sin cesar, con una libertad total de movimiento y absoluta ligereza, como si el lugar fuera suyo y nosotros fuésemos los intrusos. Me habló de almas enterradas allí en tiempos paganos y tiempos cristianos, los monjes de los monasterios que ayunaban, rezaban y seguramente debían repeler a los invasores. Era un sitio de peregrinación, donde se celebraban misas que duraban noches enteras; me señaló unas peñas con pequeñas cavidades, donde los peregrinos habían sumergido manos y pies en agua bendita.

—Terreno sagrado —dije.

El montículo herboso que cubría la sepultura de nuestra familia era de un verde cálido y suntuoso salpicado de flores silvestres moteadas.

—Tienes tanto derecho como yo a estar aquí —dijo de repente, y mi corazón dio un brinco de alegría infantil.

—¿De verdad?

—Pues claro... Reposarás justo a mi lado —contestó, y entonces se puso de pie, me cogió de la

mano y juntos subimos el montículo, midiéndolo, con las manos unidas en solidaridad. Para mí significaba muchísimo. Yo sería la única de nuestra rama de la familia que descansaría con unos parientes a los que siempre había admirado por ser más estoicos que nosotros y estar más apegados a la tierra.

Cuando su mujer enfermó al invierno siguiente, sus cartas se hicieron menos frecuentes. Casi nunca salía al campo, dado que tenía que cuidarla, y solo contaba con la ayuda de una enfermera que acudía dos veces por semana para cambiarle los vendajes. No sabían si era el cáncer lo que le provocaba las heridas en la espalda o si sería alérgica a los medicamentos que le habían recetado. Me contaba que a veces bramaba de dolor, decía que el dolor era igual que recibir martillazos en el pecho, y suplicaba la muerte. Yo estaba en el extranjero cuando murió y él me llamó para contármelo. Me dieron el mensaje y solo pude mandarle unas rosas a través de Interflora. Para mi sorpresa, me enteré de que al final la habían enterrado en la isla, y cuando más adelante pudimos hablar por teléfono me describió el cortejo fúnebre en el lago, el primer bote para las flores, como mandaba la tradición, luego él con su hijo en el siguiente y el resto de asistentes detrás.

—Una multitud... muy buena gente —me dijo, y me di cuenta de que le había molestado mi ausencia.

Le pregunté si había muerto repentinamente y me contestó que prefería no hablarme del instante de la muerte. Tampoco me contó por qué había cambiado ella de opinión y había accedido a que la enterraran en la parcela familiar.

Yo ignoraba el motivo, pero entre nosotros se había abierto un abismo. Cuando lo llamaba, ya no tenía aquel tono cordial y sus cartas se volvieron formales. Me preguntaba si para él su amistad conmigo había puesto en peligro su amor por su mujer, o si habría caído en las garras de esa melancolía que a uno lo asalta, o eso me temía, con el paso de los años. Una asistenta, una chica muy joven, pasaba por su casa tres días a la semana, le llenaba el frigorífico, cocinaba y a veces subía a pasar la aspiradora y cambiar las sábanas.

—Tal vez deberías ofrecerle una prima —le dije, sugiriéndole que entonces iría a diario.

—Ya le paga bastante el Estado —contestó, disgustado con mi comentario.

Perdí la costumbre de hablar con él por teléfono, pero una mañana de Navidad, en un acceso de sentimentalismo, lo llamé, con la esperanza de que las aguas hubieran vuelto a su cauce. Me respondió con excesiva cortesía unas cuantas preguntas acerca del tiempo, de su estado de salud y de un aparato de aumento que se había comprado para leer, y entonces me soltó sin venir a cuento que había estado consultando los precios de una lápida para él y su mujer y había descubierto que iba a salirle muy caro.

—¿Tú has pensado en lo que quieres hacer? —me preguntó.

—No —respondí sin emoción.

—Pues tal vez te interesaría ir mirando la tuya —añadió.

—No entiendo a qué viene esto —repuse, pese a que lo había entendido perfectamente, y sentí por dentro un río de indignación.

Tenía la impresión de que él había profanado la amistad y la honradez. La idea de recibir sepultura en el cementerio, a su lado, se me antojó de pronto odiosa. Sin embargo, estaba tercamente decidida a no renunciar a mi lugar bajo la loma cubierta de hierba.

Hubo varios segundos de confrontación muda, y entonces la comunicación se cortó. Me había colgado. Lo llamé, pero había descolgado el teléfono, y aquella noche, cuando volví a intentarlo, no obtuve respuesta; seguramente había adivinado que era yo.

Era agosto y llovía a cántaros cuando viajé al hospital del pueblo para verlo. Una enfermera con una chapa que rezaba: M. GLEESON me recibió en el vestíbulo. Era una mujer robusta con una melena corta, sumamente afable. Me miró de arriba abajo, adivinó a quién venía a visitar, y me dijo que su madre me había conocido muy bien, aunque, claro, yo no me acordaría, ahora que era una ricachona. Me dijo que si mi primo hubiera ingresado en Pascua otro gallo habría cantado; sin embargo, las noticias no eran nada halagüeñas.

—¿Y los ánimos? —pregunté, vacilante.

—Está hecho un cascarrabias —contestó, añadiendo que la mayoría de los pacientes conocían el paño y sabían camelársela, pues sabían que sería ella quien los asearía, les daría de comer y les serviría té a cualquier hora; pero mi primo Edward, no.

—Tendría que haber traído flores —dije.

—¡Para flores ya está usted! —exclamó, y me hizo avanzar hacia la puerta abierta de la pequeña habitación, anunciándome sin rodeos.

Estaba sentado en un sillón con un batín beis sobre el pijama, más flaco que un palo, todo mustio, y cuando levantó la vista y me vio, o tal vez sin verme pero al oír mi nombre, entornó los ojos de puro odio. Me di cuenta de que no tendría que haber ido a verlo.

—No he encontrado ningún sitio donde comprarte una triste flor —me disculpé.

—¿Una flor? —preguntó con desprecio.

—Ya no venden en el vivero... Solo árboles y plantas —expliqué, y las palabras se quedaron flotando en el aire.

La lluvia repiqueteaba contra el estrecho cristal como si toda velocidad para alcanzar el alféizar fuera poca, e iba a caer en un trozo de tierra asfixiado de ortigas y acederas.

—¿Cómo estás? —pregunté al cabo de un momento.

Ponderó la pregunta y contestó, con frialdad:

—Eso mismo me pregunto yo constantemente... cómo estoy.

Yo quería aclarar las cosas. Quería decirle: «Vamos a hablar de lo de la lápida y luego nos

olvidamos para siempre», pero no era capaz. La forma en que me miraba empezaba a irritarme. Sentí el impulso de zarandearlo. En la mesilla de noche había una mandarina pelada partida en dos pero intacta. «Habrá otra ocasión», me repetía a mí misma. Solo que yo sabía que estaba muriéndose. Tenía ese rictus de espanto que se manifiesta meses, incluso un año antes de la muerte. No estábamos haciendo avances. La tensión era insoportable, la lluvia seguía salpicando y él continuaba cabizbajo, manteniendo un coloquio consigo mismo. Me recordé lo trabajador, lo austero que había sido toda su vida, sin reconocer jamás la soledad que debía de haber sentido, y pensé: «¿Por qué no le doy un abrazo y le digo algo?». Pero no podía. No habría podido. No habría sido un gesto sincero. Habría sido falso. Sabía que él me despreciaba por la falsedad de haber acudido y por la falsedad de no sacar el tema a colación, y que se despreciaba también a sí mismo por haber cometido un acto irreparable.

—¿Has estado en el cementerio? —me preguntó con aspereza.

—No, pero iré esta tarde. He contratado a un barquero.

—Verás el nombre de Moira y el mío en la tumba de mi abuelo... grabado con cincel.

—Con cincel...

La palabra parecía hender las grietas de aire asfixiante que se abrían entre nosotros.

Comprendí que quería que me marchara.

Resultó que la travesía por el lago se anuló porque hacía un tiempo penoso. Al barquero le pareció demasiado cambiante y peligroso. Era el día de una importante carrera de caballos, y él y su mujer estaban en su salón con el fuego y el televisor encendidos, y una botella abierta de Tía María sobre una mesilla de latón.

Sorprendentemente, ni el nombre de Edward ni el de Moira figuraban en la lápida cuando asistí al funeral de mi primo, un día húmedo de llovizna constante de noviembre de aquel mismo año. La tumba ya estaba excavada. «Diez tíos», en palabras de Jacksie, el barquero, habían ido a encargarse de la faena. Habían achicado agua con baldes, pero la arcilla seguía estando húmeda, debido a unas negruzcas filtraciones cenagosas. El ataúd reposaría sobre el de su mujer, que aún estaba nuevecito y con el barniz intacto. Mientras intercambiaban condolencias sensibleras, las mujeres comentaron que seguramente Moira seguía aún ahí dentro, esperándolo con los brazos abiertos.

Bajo los restos de su mujer estaban los de la madre de Edward, la mujer con quien había discutido y a la que había echado de su propia casa, y más abajo aún había más gente: maridos, mujeres, hijos, silenciadas ya todas sus diferencias. Cuando me tocara a mí, reposaría encima del ataúd de Edward, con unos rieles debajo para amortiguar el peso. En estos pensamientos estaba sumida mientras el cura asperjaba agua bendita sobre la sepultura y tres chicas lanzaban rosas rojas. No las identifiqué. Hijas de vecinos, quise pensar. Tiraban las rosas con cierto

histrionismo; una de ellas estaba muy colorada. Muy bien podrían haber estado participando en un concurso de belleza.

Cuando el cura empezó a rezar el rosario hubo codazos y suspiros descarados, pues era evidente que se disponía a recitar las cinco décadas al completo, y no solo una, como hacían otros sacerdotes. Iba en silla de ruedas y necesitó una barca entera para él. Varios hombres habían tenido que cargar con el cura a lo largo del sendero de grava que conducía al camposanto. Pese a su condición, su voz retumbaba en todo el lago, donde las aves acuáticas se estremecían entre los juncos, y hasta en la carretera principal, donde los cuervos se habían posado sobre el cableado del teléfono, formando una prolija hilera sepulcral, en el momento en que habían sacado el ataúd del coche fúnebre. Los dolientes respondían a los padrenuestros y los avemarías con un zumbido rutinario, y los sepultureros se apoyaban en las palas, inexpresivos, testigos de una escena idéntica a las que presenciaban día sí, día no.

Al término de las oraciones, se colocó una tela morada sobre el ataúd de Edward, que el director de la funeraria remitió como si estuviera arrojando a una persona viva. Yo no sentía pena alguna o, para ser más exactos, no sentía nada, estaba entumecida. Vi un único copo de nieve revolotear por el aire frío, descolorido y solitario.

La mayoría de la gente se dirigió tranquilamente hacia el embarcadero, pero unos pocos nos quedamos rezagados para ver cómo cubrían la sepultura. Quitaron las coronas y las flores artificiales en campanas de cristal de la franja de moqueta verde de plástico, que se había colocado con carácter provisional para atenuar la sensación de adustez. Los enterradores cavaban a toda prisa, sobre el ataúd y la funda morada caían grava y piedrecitas, hasta que al final desenrollaron la capa de turba y la colocaron en su sitio. Flores silvestres púrpura oscuro proliferaban en las tumbas cercanas, a diferencia de las de la franja que habían removido, que habían muerto. El director de las pompas fúnebres, que estaba más contento que unas pascuas, dijo que volverían a crecer, dado que los pájaros desperdigaban semillas por doquier y brotaban flores de todo tipo.

Mientras bajábamos el empinado sendero, la enfermera Gleeson se agarró de mi brazo como si fuéramos viejas amigas. En primer lugar dedicó un montón de cumplidos al traje de tweed que yo llevaba, poniendo especial hincapié en las motas color brezo, y luego dijo que era una pena que ella usara la talla cuarenta y seis, de lo contrario yo habría podido regalárselo cuando me cansara de él. A continuación se deleitó con el pañuelo de la cabeza, verde esmeralda con otros colores vivos, bastante inadecuado para un funeral, pero era el único que me había echado en la maleta. Rememoró mi visita relámpago al hospital; ella había ido a preparar una bandeja con té y pastas cuando, ¡caramba!, al volver a la habitación se encontró con que me había esfumado.

—¿Le dijo algo mi primo?

—No, se hizo el tonto —respondió, y acto seguido, agarrándome aún más fuerte, me indicó

que tenía que informarme de una cosa muy importante.

Días antes de morir, mi primo le había pedido una hoja de papel para escribirme una carta. En la cocina de su casa había un cuenco que quería que tuviera yo, según le había dicho. Resultó que cuando Edward murió, ella encontró la hoja de papel en el bolsillo de la chaqueta de su pijama pero sin nada escrito.

—Le fallaron las fuerzas —dijo, y me preguntó si yo sabía de qué cuenco se trataba.

Lo vi con claridad, igual que lo había visto cierto día mientras esperaba en su cocina a que pasara un chaparrón; unos haces de sol lo iluminaban, despojándolo de la capa de polvo pardo, y lo atravesaban unas delicadas ondas rojas, de tal manera que parecía licuarse, como si estuviera recién soplado. Estaba lleno de cosas: destornilladores, una linterna diminuta, recibos y analgésicos. Cuando lo elogí, él vació su contenido sobre la mesa y lo sostuvo en la palma de la mano, orgulloso, como un cáliz lleno de vino templado.

Deseé que la carta no escrita hubiera sido un intento de reconciliación.

En la barca, acompañada por un grupo de gente amable, veía aún la isla, envuelta en un velo de fina lluvia gris. ¿Por qué, me pregunté, quería que me enterrasen ahí? ¿Por qué, dadas las diversas y persistentes confusiones? No era amor, ni era odio, sino algo que no tiene nombre, porque darle un nombre sería privarlo de su autenticidad.

**«El amor es como la naturaleza, pero al revés: primero vienen los frutos, luego las flores; al cabo de un tiempo parece marchitarse y finalmente cala hondo, tan hondo que nadie lo ve, y a menudo morimos con ese amor secreto escondido dentro de nosotros.»**

EDNA O'BRIEN

Edna  
Objeto de amor  
O'Brien



Los extraordinarios relatos de Edna O'Brien publicados por primera vez en castellano en una edición cuidada por Marta Orriols, que ha elegido aquellos cuentos que se centran especialmente en la fragilidad de las relaciones amorosas.

**«Edna O'Brien escribe las historias más bellas. Ningún escritor o escritora puede compararse a ella, en ningún lugar.»**

ALICE MUNRO

**«Edna O'Brien es la escritora de lengua inglesa con más talento de nuestros días.»**

PHILIP ROTH

**«Las novelas de Edna O'Brien son absolutamente memorables porque su genialidad procede del dolor mismo de la memoria.»**

JOHN BERGER

**«Un tesoro de potencia, inteligencia e ironía.»**

*The New York Times Book Review*

**«Está tan bien escrito que no te decepcionará, busques lo que busques.»**

*Literary Review*

**«Edna O'Brien es, simplemente, una de las mejores escritoras de nuestro tiempo.»**

JOHN BANVILLE

**Edna O'Brien** (Tuamgraney, Irlanda, 1930). Tras su debut con la novela *Las chicas de campo* (1960), primera parte de una trilogía memorable, O'Brien ha escrito una veintena de obras de ficción junto con una biografía de James Joyce y de Lord Byron, así como una pieza teatral sobre Virginia Woolf. Evocativa y astuta, su obra nos habla de mujeres que anhelan la independencia en un entorno opresivo y hostil. Aclamada por la crítica y por los autores contemporáneos más prestigiosos, su trayectoria le ha merecido distintos premios, entre los que destacan el Irish PEN Lifetime Achievement Award, la American National Arts and Letters Award y la Ulysses Medal. Nacida en el oeste de Irlanda, lleva años viviendo en Londres.

Títulos originales: *The Love Object*

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2013, Edna O'Brien

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Regina López Muñoz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ruxandra Duru

Ilustración de portada: © Liana Jegers

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0503-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Objeto de amor

Jarana a la irlandesa

Las Connor

Una mujer escandalosa

La alfombra

La Criatura

La muñeca

Sor Imelda

Una rosa en el corazón de Nueva York

Objeto de amor

Número 10

La señora Reinhardt

Georgette verde

Menudo cielo

La viuda

Tormenta

Paraíso

Mis dos madres

*Manhattan Medley*

Flor negra

Viejas heridas

Sobre este libro

Sobre Edna O'Brien

Créditos